

# CINCUENTA AÑOS NO ES NADA



*Moisés Cayetano Rosado*

*Para mis padres, que iniciaron  
la marcha de esta historia.  
Para Rosa María, que ha soportado tantos  
sueños imposibles, participando en otros.  
Para mis hijos, por si les sirve de lección...  
También ya para mi nieto Moisés,  
nacido apenas he tocado los cincuenta.*

*Badajoz, 2002*

## **MI CALLE.**

No recuerdo bien las piedras de mi calle. De siempre he dicho: “Cuando niño, mi calle era de piedras”. Pero ahora no recuerdo ni su disposición, ni los colores, ni si formaban una comba que vertiera las aguas del invierno a los lados, para impedir los charcos. Aunque si lo pienso, esto al menos debería descartarlo, porque con las lluvias -entonces prolongadas: siempre decimos que llovía más que ahora- se formaban bolsones de agua turbia, donde chapoteaba. O no, quizás a pesar de ello también guardaba la suave forma de una loma, ya que, pegado a mi casa, frente a la lancha de la puerta, hacía correr, pasado el chaparrón, mis frágiles barquitos de papel.

Pero, ¿y las piedras? No debía ser el empedrado compacto que aún conservan muchas calles en el Alentejo portugués, empedrado que tapamos con duras capas de alquitrán en nuestros pueblos extremeños cuando tuvimos cuatro cuartos. Habrían de ser pedruscos separados, porque recuerdo aquel juego temeroso, inevitable, de saltar de uno en otro: “Quien pise tierra, mañana se entierra”, y que me daba auténtico pavor.

¿Cuántos años tendría? ¿Cuántos años saltando y esquivando la tierra de la calle que ahora veo, compactada, abundante, terrible en su poder de llevarme a la tumba, que procuraba descartar porque un muerto ha de estarlo sin sepultar como mínimo un día y sólo hasta morirme habrían de pasar al menos varias horas, con lo que era imposible que se cumpliera la inapelable maldición. ¡Qué angustia! ¡Qué lucha de equilibrios y de razonamientos uno y otro día, sólo porque alguno de los críos de la calle, caprichosamente, lanzaba la consigna. “Quien pise...”, decía gritando, y ya estábamos todos lanzados a la búsqueda de piedras, las más grandes, para evitar que las sandalias, las botas, posaran sus extremos en lo que iba a ser el final de nuestras vidas.

Sí, mi calle era de piedras, y de tierra, y de polvo y barro. Y de niños, muchos niños jugando, sudorosos, sucios, mezclados y contentos, violentos y asustados. Temerosos de Dios y de la escuela, de la terrible escuela que me caía enfrente de mi casa. Fue cárcel antes y ahora hogar de ancianos, y suenan después de tantos años compases musicales a cuyo son bailan los resistentes, los que han vencido al tiempo y

aún tienen energías para soñar y humor para conmemorar cada semana su victoria sobre la muerte que todavía no vino, a pesar de tanta tierra como pisaron en sus vidas.

Pero sigo, yo sigo obsesionado con mi calle, porque fue mi jardín, mi parque de atracciones, mi gimnasio; fue mi lugar de citas, mi senda de ilusiones; fue el andén de muchas despedidas, cuando la emigración se llevó a los amigos, se llevó a los vecinos, los juegos, los pantalones cortos y un poco de alegría irreversible. La calle, esta calle de ahora, alquitranada, debe tener debajo el arqueológico secreto, esa disposición que no recuerdo y que al verla, tal vez, me muestre tantas cosas olvidadas que ahora trato de poner en pie, desde estas palabras esforzadas.

## LA ESCUELA.

Sin embargo, de la escuela me acuerdo como si fuera ahora cuando estuviese en corro, esperando el torrente de preguntas del maestro, que siempre eran de ríos, de montañas, de mares colgados en los mapas, de ciudades extrañas, de verbos y de la tabla de multiplicar. Aquellos salvajes no sabíamos nada. Mirábamos por la ventana hacia la calle, por donde pasaban de continuo mujeres que gritaban y reían, niños más pequeños y hombres que dejaban la faena, o cambiaban de lugar en el campo a través de aquel cordel central, o se llegaban a la plaza, desde donde a veces nos venían sus risas y sus bromas. Todos reían fuera y yo les envidiaba, deseaba llegar a su estatus de personas mayores, liberadas del encierro diario, ¡tantas horas!, de las preguntas imposibles, de la vara de olivo, de aquellos verdugones en el culo que parece que estoy viendo ahora en aquel tropel de niños que nos bañábamos desnudos en el río.

De ahí que los sábados por la tarde fueran lo mejor. Se rezaba el rosario y no había preguntas, ni vara, ni palmeta. ¡Qué maravilla las Mater, Virgo, Agnus y Regina del maestro, ante lo que sólo bastaba decir: “Ora pro nobis”, y seguir el vuelo de las moscas, cazarlas, torearlas cortándoles las alas! Llegaban después los Misterios, la letanía y a continuación, finalizando, canturreábamos la Salve, haciendo mucho hincapié en los acentos agudos, que atronaban la clase y habían de ser frenados de cuando en cuando por el maestro, que paraba la oración para recriminarnos, tras de lo cual seguíamos con un sosiego que al momento se olvidaba; de esta manera, desembocábamos en la Confesión general como unos vigorosos pregoneros y creo que entonces dominábamos nosotros en la escuela por completo, pues no había fuerza humana ni divina que cortase los gritos ascendentes. Salíamos como nuevos, sin castigo, sin acojonamiento de lecciones, habiendo hecho un poco de toreo de salón y gritado por todo lo que el resto de la semana no se nos permitía.

Uno de los mejores rezadores era Lope, un chico algo mayor que yo y que a mí me tenía fascinado. Era ceremonioso, correcto en el trato, paciente y simpático. Aquellos bandidos de mis tiempos lo traían a maltraer, lo hostigaban, gastándole bromas a cual más pesada; al final, él se mosqueaba y con una pronunciación de castellano impecable, que hacía el que todos nos desternilláramos de risa, sentenciaba: *Ya habéis rebosado el vaso, una sola gota más y se vierte, sólo falta una gota para que pierda la paciencia.* Hablaba de vasos y de gotas cuando cualquiera de nosotros en su caso habría manoteado, jurado, maldecido, insultado con todo tipo de frases malsonantes. Él, hierático, la mirada al frente, imperturbable, me seducía con su vaso, y yo esperaba que por fin se derramase, impaciente por ver las consecuencias, pero por mucho que insistíamos esa gota mágica, necesaria, no acababa de llegar. Al final, se le dejaría en paz, un poco amorrado, aunque enseguida volvía a las sonrisas. Qué poderosa su voz en el rosario sin la retranca de los otros, sino propiamente con el convencimiento de lo provechoso de aquellas oraciones. Rosario y sorna con Lope eran una pareja de grandes alicientes para todos.

Estos recuerdos aliviantes los tengo unidos al Acto de contrición que, cuando estuve pasando un par de meses en Almendralejo con mi prima Patro y su marido Jesús, me hacía rezar la tía Mari -hermana de mi madre- al acostarme cada noche. No me producía la mínima angustia que me dijese que aquello era necesario por si me sorprendía la muerte mientras dormíamos; muy al contrario, quedaba muy tranquilo sabiendo que, con el arrepentimiento de todas las fechorías de la jornada, iría directamente al cielo, sin pararme ni siquiera un momento por los rescoldos del

quemante purgatorio, si no volviese a despertar. Aquella costumbre, cogida recién cumplidos los ocho años, la mantuve durante mucho tiempo, pues me daba un sosiego indescriptible, e incluso utilizaba el talismán en pleno día si las barrabasadas cometidas en un determinado momento eran de mucha envidia. Los cuatro angelitos protegiendo las esquinas de mi cama fueron desplazados al momento por el legado de mi tía.

Hasta que fui comprobando que los deseos pedidos -a instancia del maestro- en los rezos diarios del mes de María (aprobar exámenes, ganar apuestas, ser más correspondido por las chicas de la clase de al lado...) no daban resultados, pese a los ejemplos de santos crédulos y de infieles impíos y castigados que ponía, no me despegué del amuleto verbal de mi tía Mari, enredándome en un escepticismo galopante del que nunca he vuelto a desprenderme. Y todo ello lo recuerdo como si fuera ahora. Como si estuviera en la cama, rezando aleccionado por mi tía. Como si fuese el mes de mayo, con su alivio de rezos e historias increíbles, que suponían una tregua en la insaciable ira preguntona del maestro, entre las cuatro paredes torturantes de la escuela.

Pero no tengo vivos en el recuerdo ni los rezos de entrada ni las canciones patrióticas que le seguían. Sí, sé que nunca faltaron, mas no han dejado huella. Nada de todo esto, en el fondo, me ha condicionado; a ninguno, tal vez, nos marcó esa rutina de santos bondadosos, de horas de muerte y purgatorio, de vida en los luceros, pecho ardiente y frente levantada, de las letrillas falangistas, que también era obligatorio cantar, mientras se izaba la bandera. Seguro que pensábamos, en tanto, en otras cosas; se me hace que ocupaba más el tedio de las clases, el temor al maestro, que, tras aquella mezcla de fanfarria y eternidades voceadas, nos esperaba cada día, exceptuada la tregua de la tarde de los sábados y los ratos del mes de mayo, dedicados a la madre del Señor.

Era, eso sí, fantástica la capacidad de cada uno para sobrevivir. Las fórmulas utilizadas para pasar el tiempo siendo feliz un poco en los asientos duros de los bancos de tablón inclinado y agujero en el medio para el tintero que ya iba pasando a los museos. Creo que allí empecé a escribir algunos versos, horribles ripios sensibleros, canciones más bien, obsesionado con la rima y forzando amores imposibles, cosas truculentas o dulzonas. En la enciclopedia, resumen de todos los saberes, que con el tiempo fue nuestra herramienta de tortura, venían fábulas hermosas, romances de moras cautivas y apuestos héroes que conquistaban corazones y mataban infieles sin temblarles la espada justiciera; pero yo me quedaba con la parte ripiosa de la historia, con la sensiblería de la leyenda, con la cáscara, y la soñaba y reinventaba, mezclándola con los seriales de la radio, con llorosos culebrones que al pasar los años apenas cambiaron y siguen su estela por la televisión, por las televisiones de todo el mundo entero, con toda la desgracia retorcida que hacía ver, que hace ver, la de la gente normal como una miniatura, un entretenimiento para pasar el tiempo de la vida.

Nos hacíamos hombres en la escuela, porque desde allí unos salían preparados por siempre para las faenas del campo, otros para unos esforzados estudios superiores, que al final casi todos fueron abandonando, y los demás, cada vez en mayor número, camino de los grandes nombres, de las grandes ciudades que nos fueron llamando con sus irresistibles cantos de sirena.

Todos hubiéramos querido tener un destino más glorioso, pero nos faltó valor. Sí, valor, porque nuestro sueño era haber sido toreros. Por entonces, triunfaba El Cordobés en las plazas de España, haciendo el salto de la rana. No se llenaban los tendidos con las faenas académicas, con los pases dados según la tradición, sino -como él hacía- poniéndose delante de los cuernos y haciendo en ellos como si hablara por

teléfono, brincando delante del enorme bichaco, realizando ademanes con la cabeza como si el matador fuese el que embestía.

Me pasé muchas noches pensando en los aplausos que me daban. En la riqueza acumulada despatarrando toros mientras se “rendía el graderío”, como declamaba emocionado Matías Prats por la televisión. Y toreaba en el doblado de mi casa con la falda de una mesa-camilla y la espada de madera, como el más experto, el más avisado del elenco, que decía el locutor abriendo mucho la “e” como si pronunciara “a”.

Incluso una tarde, haciendo como que salíamos de casa a dar una larga vuelta en bicicleta por el campo, tres de los más impacientes por comenzar una carrera de triunfo, nos fuimos a confirmar nuestra valía. Íbamos pertrechados de mi falda-camilla y las espadas de madera, camino de una finca de Lisardo Sánchez, un afamado ganadero de reses bravas, que tenía unas cuantas en nuestro término.

No he visto a nadie saltar más rápido en marcha de una bicicleta y subirse a una encina que a mis dos socios de aventura. Pero cuando yo también me apercibí de la presencia cercana de una vaca, negra como el carbón y grande como dos toros, uno encima del otro, rebasé las destrezas de mis dos compañeros, y ya ninguno de los tres nos atrevíamos a bajar. Sólo cuando la vaca, despreciándonos, nos ofreció el trasero y obsequió con una plasta que humeaba, descendimos del árbol y tratamos de recomponer el material torero. Pero una nueva mirada de soslayo que nos lanzó aquel monstruo bastó para quedar definitivamente convencidos de que aquello no era para nosotros.

Volvimos corridos, silenciosos. Soportamos estoicamente la regañina familiar por la tardanza inexplicada, y pasamos al pelotón cada vez más nutrido de los que vieron cómo sus sueños de grandeza se frustraban por falta de valor.

La escuela, los verbos de memoria, las listas de reyes y batallas, las cuentas pesadísimas, habrían de seguir empapelando nuestras vidas, ya que las tardes de gloria, y de sudor, y de dinero, nos estaban vedadas definitivamente.

A la postre, con la veteranía, se le cogía gusto al local atiborrado de pupitres, su olor a sudor, su vocerío, los palmetazos del maestro, el Sistema Ibérico, las voces perifrásticas de verbos, las raíces cuadradas y el Cid de espada justiciera. Conforme llegaba el momento de dejarlo para ser libres en la calle y las faenas inciertas del campo, todos sentían el suave amargor de la desdicha por esa etapa que se va y no volverá nunca.

Hasta los 18 años, mi vida se desarrolló principalmente en ese espacio pequeñito de la calle y la escuela. Y de mi casa, una casa que siempre me pareció inmensa, inabarcable, pero a la que los años han ido encogiendo y luego he visto estrecha, sobrada de pasillo pero escasa en habitaciones y en ventilación, aunque las obras sucesivas de los últimos años han ido dando comodidad a ese espacio interior de grandes muros.

Allí, en mi casa, reinaba siempre el silencio, y en verano las moscas. Después de comer y tras haber recogido la mesa, barrido el suelo, fregado los cacharros, mi tía Elena espantaba a las moscas con un delantal negro que enarbolaba como si fuese una bandera. Iba pasillo adentro, desde la puerta de la calle hasta el corral, desplegando la tela que restallaba como un capote; las moscas que no salían quedaban zumbando por el espacio en penumbra hasta que iban a posarse en la tira pegajosa que colgaba del techo, en la estancia donde comíamos, y se sumaban al ejército atrapado que ennegrecía el tirabuzón color de miel, dorado, inencontrable ahora en los nuevos centros comerciales y que hace poco he vuelto a ver en Portugal.

Mis padres se acostaban a la siesta, pero tanto mi tía como yo pasábamos la tarde en el patio. Otra vez un patio inmenso, con un enorme limonero, arriate, macetas y un water de esquina, cuando ni teníamos el concepto de lo que podía ser un “cuarto de aseo”: el lavabo, de jofaina y cubo, quedaba en un cuarto interior, junto a las tinajas de agua fresca. Y nuevamente la pequeñez de ese espacio visto con los ojos de ahora. No porque la mitad del patio se haya habilitado como “cuarto de baño” desde hace casi tres décadas, sino porque, aunque no fuese así, con dos zancadas lo abarcaría en cualquiera de sus lados. Pero ¡cuánta aventura corrí en él!; Cuánto invento tras las películas del cine y tras la misa del domingo! Lo mismo era un pistolero que un galán amoroso, un duro aventurero que un cura dando bendiciones. Después, con los años, el patio perdió también su menudo empedrado -¿eran pequeñas las piedras de mi patio? ¿Hubo alguna vez allí suelo de piedras?--; quedó cubierto por una capa de cemento, y se le hurtó la mitad para el baño. Allí, sobre el cemento y la hamaca que aún conservo, leí a los novelistas rusos del siglo XIX (¡cómo olvidar las tardes con Tolstoi, Gogol, Dostoyevski!); a los franceses Stendhal, Víctor Hugo, Emilio Zola; al inglés Dikens y a los españoles Pío Baroja, Blasco Ibáñez, Clarín, Varela.



## LECTURAS INICIALES.

Pero no fueron ésas mis primeras lecturas. Antes, un vecino algo mayor que yo, que estudiaba en Granada y pasaba sus vacaciones con los padres, me prestó los primeros libros de mi vida. Aún eran los tiempos de la calle, de la horrible sentencia de la tierra y las piedras, pero Vicente -que así se llama- me dejó una novela fascinante, que compraría en una edición similar más de veinte años después y tras buscarlo varios años infructuosamente. Se trataba de “La Venus del cuadro”, de Frank G. Slaughter, y creo que este libro, con sus intrigas políticas y religiosas, la belleza naciente de la Venus de Botticelli, la contraposición ciencia-supersticiones, la grandiosa figura de Miguel Servet, me fue inclinando a un nuevo mundo, alejado de los juegos, sedente y reflexivo.

En una especie de prehistoria, claro, estaban las aventuras que llegaban al pueblo cada semana y que nosotros comprábamos o alquilábamos en casa de Barata. Las hijas, algo mayores que nosotros -los niños enviciados con El Jabato, El Capitán Trueno, El Llanero Solitario, Roberto Alcázar y Pedrín-, tenían un pequeño cuartito lleno de colorines de revistas y olor intenso a tinta de imprimir, novelas de El Coyote y suspirantes historias de Corín Tellado, a donde nosotros acudíamos con un recogimiento de fieles instruidos de una secta. La secta de la venganza justiciera y la ayuda a mamporreros de nuestros héroes protectores de todo desvalido, dibujados musculosos, valientes, en blanco y negro, con globitos de letras y portadas en los colores más chillones. Eran buenas vendedoras las hijas de Barata, simpáticas y alegres, pero nosotros preferíamos cambiarnos después los cuadernillos de uno a otro, pues nos salía de balde. Íbamos por la calle con nuestro fajo de aventuras, que nos pasábamos de mano en mano en las puertas de las casas como si fueran cromos, si bien habíamos de acudir al santuario para comprar las novedades, y entonces las vendedoras abusaban, cobrando comisión y reprochándonos el pirateo que les quebraba su negocio. Sí, cierto que el intercambio, económicamente, no tenía comparación, pero entrar en el recinto oloroso a tinta fresca, restallante de múltiples colores, que atesoraban las hijas de Barata, constituía una experiencia sin igual.

La protohistoria fueron unas novelas rosa que compré, casi preadolescente, sólo por curiosidad; tenían menos dibujos, hojas con sólo letras, y me aburrían un poco, pero algunas muchachas de mi edad lo tomaron como un signo de madurez y me miraban con respeto, incluso con admiración; mis amigos, en tanto, seguían con El Jabato, que es lo que a mí me interesaba, pero disimulé, porque también quería ser el centro de atención y comentar con ellas los amores frustrados de las humildes doncellitas, que al final siempre daban con un príncipe azul y se casaban con unos trajes largos, blancos, ramos de flores, velos de seda y tul, muchos “vivas” y grandes arrumacos.

Una etapa final fueron las “fotonovelas”, historias parecidas a las novelas rosa, pero en fotos con globos de palabras, que me prestaba una vecina analfabeta a cambio de ser el escribiente de sus cartas para los hijos emigrantes, desparramados por Europa, Madrid, Bilbao y Barcelona. Siempre empezaba dictándome: “Espero que al recibo de ésta estéis bien, yo bien gracias a Dios”; luego lloraba, se reponía y contaba las cosas cotidianas que pasaban por el pueblo. Estas lecturas reforzaron el signo de distinción que ya me dieron las anteriores, pero mis gustos no iban por ahí, y fui comprendiendo que a veces el “prestigio” encierra tras de sí un fuerte sacrificio.

¿Qué más fui leyendo en un principio? Estaba, cómo no, Gustavo Adolfo Bécquer, las “Rimas”, precedidas en la edición que adquirí por un amplio prólogo de José Luis Cano donde se narraba la triste vida del poeta. ¡Cuántas veces repetí que las oscuras golondrinas volverían de tu balcón los nidos a colgar! Las golondrinas, para mí, no colgaban, pegaban sus nidos en los aleros de las casas, en las vigas de madera de los doblados; pero era hermoso imaginar a aquellas aves llenas de actividad, de vida, colgando sus nidos en balcones soñados, aunque luego las que aprendieron nuestros nombres no volvieran, porque la vida y los sueños siempre continúan, siempre se renuevan, hasta cuando el reloj de la ilusión decide pararse por completo.

Poco después me entusiasmé con Juan Ramón Jiménez. Me identifiqué más con este poeta nostálgico, dulcemente añorante, sosegado. Sus puestas de sol eran mis puestas; sus malvas, sus dorados, su añil, me fueron penetrando en una antología en la que él se iba y quedaban los pájaros cantando, en la que emprendía viajes para los que revisaba las maletas y siempre le faltaba algo, comprobando tras mucho remirar que era su madre, su origen, lo que echaba de menos y no podía llevar consigo en esa marcha. Luego me llegaría “Platero y yo”, que me resistía a leer, porque el título sonaba a niño chico, a pequeño mimado, consentido. Entré en sus páginas por “El moridero”: *Tú, si te mueres antes que yo, no irás, Platero mío, en el carrillo del pregonero, a la marisma inmensa, ni al barranco del camino de los montes, como los otros pobres burros, como los caballos y los perros que no tienen quien les quiera*. Me pareció una frase llena de grandeza y dignidad. No eran líneas para niños ñoños y melifluos; era un mensaje de amor, de nobles sentimientos, que me enganchó y me engancha a esas páginas que nunca me canso de volver a releer.

*Mira, Platero, los burros del Quemado; lentos, caídos, con su picuda y roja carga de mojada arena, en la que llevan clavada, como en el corazón, la vara de acebuche verde con que les pegan.*

Siendo concejal del Ayuntamiento de Badajoz, leí en un Pleno estas reflexiones sobre la rendida servidumbre, sobre la esclavitud fatalmente asumida. Traté de defender a unos empleados municipales a los que se le había hecho un contrato vergonzoso: serían los vigilantes de colegios públicos y, a cambio de obtener en ellos vivienda con agua y luz pagadas, se comprometían a atender el centro todas las horas del día, de todos los días del año, por sí mismos o, en su ausencia, mediante el concurso de familiares cercanos. Recuerdo que en una cláusula decía que en caso de acudir a una visita médica, aunque fuese por unas horas, algún pariente se haría cargo de la atención y control de las instalaciones. ¡Todo por dejarles vivir allí sin pagar renta! Como había denunciado públicamente el contrato y amenacé con ir a los tribunales de justicia, la concejala responsable del atropello reunió a los afectados, les atemorizó diciendo que yo quería expulsarlos de su vivienda y les hizo firmar un documento agradeciendo sus desvelos y reprochándome la “demagógica denuncia que hacía cuando ellos estaban mejor de lo que querían y sólo recibían ventajas y atenciones”.

Juan Ramón Jiménez me ha acompañado mucho desde que lo descubrí hace más de treinta años. Como después lo haría Antonio Machado, otro pensativo nostálgico, solitario, siempre encariñado con lo más tierno y sencillo: *¡Oh, sí, conmigo*

*vais, campos de Soria,/ tardes tranquilas, montes de violeta,/ alamedas del río, verde sueño/ del cielo gris y de la parda tierra.* Y después Eladio Cabañero en mi emigración a Barcelona, desarraigado también él en Madrid, añorante de su Tomelloso de olor a vino, a campo abierto, a gente conocida. O tantos luego, destacando sin duda el Knut Hamsun de la “Trilogía del vagabundo” que leí, releí, tantas veces recién regresado del servicio militar, cuando empecé a ejercer de maestro en Badajoz y seguía añorando mi pueblo al que regresaba cada fin de semana.

## PRIMERAS RELACIONES POÉTICAS.

Pero Vicente, además de introducirme en la lectura, me animó a que siguiera puliendo mis versos, aquellos rипios de soledad y lloriqueos. Me traía noticias de Granada, de un amigo suyo, poeta inquieto, impulsor de tertulias radiofónicas y suplementos culturales, Juan de Loxa, que poco después editaría una revista sublime: “Poesía 70”.

Juan de Loxa, supongo que haciendo un esfuerzo de amistad hacia mi paisano, leyó algunos de mis versos en un programa literario que tenía en Radio Popular y publicó otros en el periódico “El Faro”, de Motril. Para mí, era la entrada en el Olimpo, la ingenua confirmación de mis laureles de poeta. Y a la vez la angustia por una superación de cuya insalvable dificultad yo mismo era consciente. Sobre todo cuando leía en su revista, cuidada, primorosamente impresa y maquetada, los versos manuscritos de Luis Eduardo Aute, con un dibujo suyo increíble para aquellos años finales de la década de los sesenta: a una mujer desnuda le brotaba de entre las piernas una hermosa y larga flor; el primoroso ritmo de Fanny Rubio, las cálidas metáforas de Félix Grande; la contundencia de José Luis Tejada; la suave tristeza de José G. Ladrón de Guevara o el mismo Juan de Loxa; el poderoso torrente de los poetas cubanos, que antologó en un atrevido número extraordinario, donde Heberto Padilla recomendaba despedir al poeta:

*¡Al poeta despídanlo!  
Ese no tiene nada que hacer.  
No entra en el juego.  
No se entusiasma.  
No pone en claro su mensaje.*

Junto a Padilla, que luego leería tanto en Barcelona y seguiría después en toda su lucha anticastrista, que rechacé tan de plano como me entusiasmé con la hermosura de su prosa..., junto a Heberto Padilla, el verso retorcido, inalcanzable, de José Lezama Lima; el rítmico, pegadizo, de Nicolás Guillén; la seriedad de Roberto Fernández Retamar, y un aluvión de poetas jóvenes, más jóvenes que yo, cuya maestría me dejó derrotado.

Pero, como una especie de cadena, esta amistad epistolar en la que yo insistía y supongo agobiaba a mi desconocido amigo de Granada, me llevó a otra nueva, repartida entre Badajoz y Barcelona, centrada finalmente en esta ciudad, bajo sugerencia y “carta de presentación” de Juan de Loxa. Bien por relacionarme con otros “maestros” más cercanos o por ir desenganchándose de mi presión, me dio las referencias de otro grupo poético que tenía un núcleo activo en Badajoz: “La Mano en el Cajón”, que también publicaba una revista, más modesta (primero a multicopia; después impresa en tamaño bolsillo) y de aire contestatario, incluso militante, con un regusto a lo que había sido la poesía social de los años cincuenta, si bien con indudables escritores de alta calidad, empezando por su propio director: Florentino Huerga, o de sus colaboradores en Badajoz, con los que enseguida me relacioné: Juan Manuel Escudero y Manuel Pacheco, pocos años mayor que yo el primero y ya peinando canas Pacheco.

Poco a poco fui perdiendo contacto con Juan de Loxa, con el que coincidiría a mediados de los años noventa -veinticinco años después- en un Encuentro de Asociaciones Solidarias con Cuba, celebrado en Granada, pero fui acrecentándolo

con los nuevos amigos de “La Mano en el Cajón”. Por ellos, y más en concreto por Juan Manuel Escudero que marchó poco antes, decidí irme en 1971 a Barcelona. Atrás quedaría toda una etapa de mi vida, rural, oscura, de casi veinte años que pasaron lentísimos, en unos escenarios pequeños, familiares, en los que un viaje de cuarenta kilómetros a Badajoz era un acontecimiento señalado, que sólo las visitas inevitables a los médicos o los exámenes de bachillerato podían justificar.

## LA FERIA. TARDES DE VERANO.

Viajé muy poco en esos casi veinte años de calle empedrada, escuela y patio; ir a un pueblo de los alrededores ya era toda una aventura; pensar en el mar, una utopía; viajar al extranjero, aún a la cercana Portugal, una quimera. El aliciente estaba en la rutina diaria de la calle, en la imaginación de los juegos heredados: bolis, burro, taba, peleas territoriales, escapadas al riachuelo, a la alameda. Y los proyectos de la feria, y de la romería, y la emoción con que vivíamos los días esperados.

¿Qué veía yo en la feria de mi pueblo? Aquella feria pequeñita de tómbola ruidosa, tiiovivo con sirena y caballos de cartón, caseta de tiros con escopeta de aire comprimido, dulcería (peras azucaradas y mole de turrón), la humilde noria, el atronar de los músicos tocando pachangadas en la plaza, las ruedas de fuego y de petardos... ¿Cuál era el aliciente que ahora, perdido el tren de la infancia, de aquella primera juventud, perdidos tantos trenes, veo cada año desde la lejanía y no es la misma a la que puntualmente asisto y, pese a que evolucionó, ganó en automatismo, lujos y colores, no me atrae lo más mínimo?

¿Y qué es lo que veía en la jornada romera, un mes antes, a la que tantas veces asistí ayudando a mi padre en el bar que improvisaba entre encinas y donde servía vino, cerveza y aguardiente a corros bullangueros que con tanta frecuencia terminaban en pendencia, mamporros, y a la postre en cinturonzos de la Guardia Civil? ¿Qué me entusiasmaba de las carrozas y luego remolques de tractor engalanados con flores de papel, adelfas, ramas de “manto de la virgen”? ¡Cuánto calor hace por San Isidro y qué poco cobijo ofrecen las encinas cuando el sol se impone al mediodía!

Pero aquello, la música de trompeta y saxofón, de tambor y vocalista y buena voluntad, sigue en el aire, y basta que una nota suelta salte ahora atravesando el tiempo para que vuelva galopando la ilusión, los sueños, la alegría. En verdad, merecían la pena las esperas, los temores de que se estropeará el tiempo, una tormenta... cuando por fin sonaban los estruendos de la diana floreada y aquellos niños y luego jóvenes de torpes movimientos nos comíamos la calle, el mundo, bebiéndonos la vida como cerveza fresca, como la limonada dulce que nos servían los feriantes.

¡Los feriantes! Recuerdo aquellos feriantes sofocados de mi niñez. Daban un poco de miedo, con su mal humor, sus gritos, la actitud malencarada, los pelos tiesos o revueltos. Reñían entre ellos, con los guardias municipales o con los jóvenes del pueblo. Por cualquier cosa gritaban, cerraban los puños, maldecían. Que si una caseta invadía su terreno, que si el de más allá ponía los altavoces mirando hacia su lado, que si algún joven había pellizcado a una de sus chicas... Como en la romería, los guardias civiles ponían orden a soplamocos o llevándose alguno a su cuartel, de donde regresaba preparado. Y luego por las tardes, en las largas siestas de finales de junio, con un calor que asaba pájaros en los tejados, se tiraban por las aceras, desnudos de cintura para arriba, roncando sin piedad o cantando a voz en grito, palmeando, riendo a carcajadas.

Los más refinados eran el dulcero (o turroneo), tal vez el único que sigue yendo a la feria todavía, cuarenta años después, y el dueño de la tómbola, que nos trajo la magnífica invención del plástico, como si fuese el gitano Melquíades, de “Cien años de soledad”, llevando novedades. *Ha salido, señoras y señores* -decía, y resoplaba respirando para llamar más la atención- *un gigantesco baño, un hermoso, reluciente, resistente baño que no pesa: de... plássssticooooo!* Aquello era tocar a arrebató; la

gente corría, se amontonaba, miraba y remiraba al agraciado. Dimas, el tombolero, sacaba partido de la expectación; sometía al premiado, a la premiada, a un interrogatorio hábil, ingenioso: situación laboral, económica, social, familiar... Daba la coincidencia, casi siempre, de que la suerte se posaba en el más indigente, y entonces se inflamaba su discurso, daba gracias a Dios por la elección y se erigía en una especie de intercesor de la divinidad por lograr justicia sobrenatural, para incitar a aquella masa concentrada a confiar en su caritativo palacete de ilusiones.

Un día, Dimas gritaba a prueba de ladrones, asustaba con su llamada de atención: *Un niño, la mano inocente de un niño, ha sido agraciado con una papeleta de la suerte. ¡Y qué suerte, señoras y señores, y qué suerte! Un fantástico, sólido y enorme cubo... de plássssticooooo.*

Cuántas veces mi madre me recuerda la escena, desarrollada a menos de cien metros de nuestra casa. Pensó en la suerte del niño, en la alegría de la familia agraciada y sintió envidia, deseó enormemente que el azar me hubiese puesto a mí en el mostrador de la caseta y que mi padre, accediendo al capricho que ante la negativa nos hacía patalear a los pequeños, me hubiera dado las monedas para comprar la papeleta. Era un momento de poca clientela, pero enseguida se llenó la explanada de la tómbola de manos demandantes de la suerte, que siempre pensamos que no viaja sola. *¡Un niño, un niño!*, seguía gritando Dimas, repartiendo sobrecillos y recogiendo calderilla. Y el niño, agitado, temblando, golpeteándole el corazón casi hasta ahogarlo, arrastrando un cubo enorme que era seguido con codicia por decenas de ojos calle abajo, era yo mismo; mi padre iba detrás, sonriente, satisfecho también con una suerte que adivinó amañada, por el guiño cómplice del feriante cuando me dio el sobrecillo azul que me llevó al triunfo.

Dimas y el dulcero, eran amigos de mi padre. Y este perenne dulcero, que sigue sin faltar cada año a la cita, venía a ser como un... protegido de la casa. Un protegido por el hielo del frigorífico del bar que teníamos en la plaza, y que mi padre le daba para las calurosas tardes de la feria: tenía una niña pequeñita, un bebé que se ponía pálido en las horas crueles en que los pájaros se asaban y caían de los tejados derrotados, agónicos. También su biberón pasaba por el congelador aguardando las tomas, y a veces, cuando no podían más, en lugar de tenderse en las aceras donde blasfemaban los otros feriantes, entraban en el bar -cerrado en esas horas de la siesta- y dormían en el suelo, arrullados por el motor del frigorífico, que había sustituido a las antiguas barras de hielo del principio.

Sin embargo, nosotros, los pequeños disfrutadores de la feria, ni sentíamos el calor. Yo no recuerdo haber pasado calor en el verano, que debía ser inclemente en aquellas casas sin ventilador ni frigorífico. No sólo en las tardes de feria sino también en los meses tórridos siguientes, aprovechábamos, cuando podíamos escaparnos de casa, las horas de la siesta para irnos a cazar caballitos del diablo a la rivera. Saltábamos entre los canchos, chapoteábamos en los charcos de juncos y capas densas de limo, persiguiendo con tiras de goma a aquellos helicópteros de todos los colores, abatiendo docenas, que guardábamos por todos los bolsillos. Ganaba no sólo el que mataba más sino el que conseguía atrapar a un tipo de caballito gigantesco, escaso, escurridizo.

*He visto un cabezón* -decíamos alguno, y se movilizaba tras él todo el ejército.

Entre esto, bañarnos en los charcos tenuemente marrones, pero de más profundidad, y la ayuda en la era, se pasaban tardes deliciosas, que nos hacían felices, como no creo que lo sean hoy los niños, con sus cubos, sus palas, su arena de la playa.

Daba la era para todo: montarnos en las mulas para pisotear las parvas de gavillas de trigo y de cebada; pasar después el trillo, con los montones ya más aplanados; aventar con palas de madera los restos desmenuzados de las operaciones anteriores; cribar con el cedazo, hasta quedar limpios los granos, que iban acumulándose en enormes montones, de donde se llenarían los costales que se llevaban al pueblo en carros... Nos pasaban a veces, furtivamente, la bota y nos atragantábamos, riendo, limpiándonos la boca, la cara, de vino y de sudor, con el brazo canoso del polvo y de la paja.

Lo recuerdo como si lo viviera en este momento, y también veo a las gallinas picoteando por allí: los pequeños labradores se trasladaban en verano con todo a su lote en la era. Los patos, con sus andares de reumático. Los perros, siempre desconfiados. Los burros, moviendo la cola, entre miles de moscas y tábanos furiosos, las nubes de mosquitos. Pero no siento el calor, no me parece que pasara calor en aquellos llanos desolados, donde el único verde era el limo que traíamos repegado por las piernas, resto de nuestra batalla en la rivera.

No sé qué me hacen más increíbles estas historias mínimas, si los muchos años transcurridos, que han borrado claves y matices, o el cambio enorme que ha experimentado nuestra vida, el discurrir de cada día y de los acontecimientos señalados en estos pueblos a trasmano, al pasarle por encima el rodillo de los últimos cincuenta años, la segunda mitad del siglo XX, acelerada y rompedora.

La del bar, que ha ido apareciendo en estos retazos de recuerdos, no era la profesión exclusiva de mi padre. Como casi todos en el pueblo, en casa no cuadraban las cuentas a finales de mes; no llegaban. El bar había sido un respiro que vino a sumarse a otras ocupaciones variadas: oficinista en la Hermandad de Labradores y Ganaderos, corresponsal de un banco y agente de seguros. Entre todo ello, salíamos adelante, e incluso gozábamos de una discreta situación, que no era la tónica de la mayoría de las familias. Los tiempos eran duros; a los primeros años horribles de posguerra le siguieron otros en que también quedó patente la necesidad, e incluso la pobreza. Muy pocos chicos podían permitirse ir a la casa de las hermanas Lavado (tres solteras herederas de fincas y una hermosa huerta) para comprar media docena de unas maravillosas naranjas mandarinas que yo adquiría de cuando en cuando con unas pesetas que me daba mi padre; tocaba en su puerta, entraba por el amplio zaguán y ya me emborrachaba con el aroma, con el perfume de aquellas pequeñísimas naranjas a las que con un dedo hacía un agujero por donde sorbía su zumo abundante y espeso. Otros, drogados con el olor irresistible, desposeídos de la mínima moneda, saciaban la adicción yendo a robarles, con el amparo de la noche, directamente a la huerta. ¡Qué escándalos montaban cuando notaban la invasión por las pisadas!



Una tarde, yendo en grupo escenificando cerca de aquellos naranjales una de nuestras historias recreadas a imitación del cine, algunos avispados esperaron a que las sombras de la noche se apoderaran de la zona. Y con ellas, extendieron las invasiones de las películas recientes a la huerta, solitaria, ofrecida. Yo me quedé velando armas, más que por centinela por miedo a traspasar los límites de la ficción del cine. Pero esta vez el hortelano estaba escondido, aguardando al lado de la tapia y corrió tras de la tropa de invasores. ¡Qué experimentados estaban todos en la huida! Todos menos yo, que caí bajo sus garras y sus gritos y tuve que declararle allí el nombre de mis acompañantes, si bien mentí, acusé a los componentes de otro gripo rival y me dejé marchar, temblando y derrotado. Aquella temporada no pude volver, por el miedo y la vergüenza, a casa de las hermanas solteronas para comprar lo que seguramente creerían que había intentado llevarme sin pagar. Mi padre, siempre benévolo, creo que entendió mi explicación y eso, al menos parcialmente, me aliviaba.

## DEL PARO A LA EMIGRACIÓN.

Por esto, y porque en el fondo no compartía las salvajadas de las luchas a palos y pedradas de las bandas enfrentadas de continuo, activas fundamentalmente al caer la tarde, me gustaba más mezclarme en la plaza con los hombres que formaban corros. Me sentía mayor; también más protegido. Ellos gritaban, fumaban y tosían. Algunos se marchaban, tras hablar con alguien que venía a procurarlos: habían logrado contrato para el día siguiente y tenían que avisar en casa para que les prepararan la merienda y descansar. Los demás, aguantando; a veces, dando una vuelta por los bares, por el bar de mi padre, y seguían echándole paciencia al tiempo que avanzaba. Finalmente, si no había suerte, regresaban a sus casas disimulando la inquietud; por la mañana, madrugarían para volver a la plaza, esperando el dedo salvador de un capataz, de un encargado de finca que tuviera a bien darles faena. Hace poco, lo recordaba mi padre hablando de los tiempos del bar y de los corros que se formaban en la puerta: *Cuando se acercaba un encargado -me decía- los veía levantar la cabeza, hacerse ver, moverse un poco echándose atrás y hacia delante para llamar la atención. El mayoral llegaba, señalaba a uno, a otro, y se marchaba otra vez, dejando a los demás plantados en la plaza.*

*En la plaza del pueblo/ sólo hay hombres parados*, dicen los versos iniciales de un poema del extremeño Luis Álvarez Lencero, que conocí a finales de los años sesenta, al entrar en contacto con el grupo “La Mano en el Cajón”. Él conocía muy bien la miseria del campesinado de Extremadura, sus luchas, sus humillaciones, el hambre inacabada. Un libro suyo, prohibidísimo entonces, “Juan Pueblo”, retrataba el sufrimiento del jornalero como nadie. Admirador de Miguel Hernández, al que me dio a conocer, era también escultor en hierro y forjaba alegorías impresionantes contra la guerra del Vietnam, contra los presos de nuestra dictadura, contra la opresión de los caciques. Tenía entonces unos cuarenta y cinco años y unas ganas enormes de cambiar el mundo. Su poesía era recia, un grito vivo, una denuncia; poesía social, cuando ya se estaba comenzando a abandonar esta modalidad por otra más descomprometida, íntima, experimental.

¡Qué bien conocía Luis Álvarez Lencero las plazas de los pueblos, donde los hombres ofrecían su fuerza y su coraje a cambio de un pan que nunca les saciaba! Escribía:

*Yo no sé qué pan comen,  
porque el pan de los amos  
se está poniendo duro  
y el comerlo hace daño.  
¿Qué piensan estos hombres  
que nacieron esclavos?  
La libertad se gana  
cara a cara ante el látigo.  
Pero están en la plaza  
con ojos entornados  
a vender los sudores  
por jornales baratos.*

Y ese lamento, con la llamada al medio a dar la cara, terminaba en una advertencia, encerrando su rabia:

*En la plaza del pueblo  
sólo hay hombres parados.  
El día que revienten  
nadie podrá contarlo.*

Me influyó mucho Luis. Como poeta y como persona. En mi escritura y en mi actitud ante la vida. Conservo sus libros, y sus dedicatorias, tan emotivas como esta: *Poner la vida y la poesía al servicio del Hombre como el pan y el agua en los latidos de la herida, en la ventana del dolor, en la torre humillada de los pobres... Poner el corazón y el beso en el hombro de los que padecen... Sufrir con ellos, con todos, y dar el último latido porque los que lloran sientan pájaros en los pétalos de sus lágrimas.* Era recio de presencia, tierno de trato, generoso en el tiempo que nos dedicaba a los jóvenes aspirantes a poeta que pasábamos por su taller; siempre comprometido, militante incansable. Con mucho orgullo, se lo presenté a mis padres en uno de nuestros viajes a Badajoz y hablaron de estas cosas, de esa herida tan conocida por ellos que eran los jornaleros. Una herida que por entonces se estaba desangrando camino de la emigración en masa que en 15 años se llevó al 40% de la población de Extremadura hacia las zonas fabriles del norte, a Cataluña, a Madrid, a Europa Occidental.

La emigración ha sido nuestra seña de identidad en todo el siglo XX. Yo procedo, por parte de mi padre, de ese exilio laboral que tanto desarraiga y es tan duro que deja abierta siempre la herida desgarrada del adiós. Mi abuelo marchó muy joven a Argentina. Aún no había hecho el servicio militar, y acudía atraído por ese “efecto llamada” que se llevó a tantos, engañados. Allí todo iba a ser llegar y hacerse rico, conquistar la Pampa. Y como tantos, se encontró con la dureza del campo argentino, con la sacrificada vida de los gauchos, penando por los prados inmensos detrás de incontables cabezas de vacuno, mascando soledad. ¡Cuántos, de aquel millón y medio de españoles que, desde finales del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX, marcharon a Argentina, quedaron descolgados de patria, de familia, de sueños y esperanza, atrapados a los reveses del destino, la burla y el engaño! Es la tragedia que siempre se repite y ahora viven aquí tantos suramericanos, descendientes muchos de los que hace un siglo oyeron cantos de sirena y ahora huyen de la miseria atroz; la que sufren tantos subsaharianos, algunos de cuyos lejanos parientes fueron esclavizados en América, o murieron antes en el mar, como lo hacen ellos en las pateras del estrecho.

También mi abuela había emigrado a la Argentina. Con sus padres y hermanos, procedentes del norte de España, atravesó no sólo el majestuoso Atlántico, que entonces costaba un mes de travesía, sino también la cordillera de los Andes, pues su primer destino había sido Chile. Allí la suerte les fue adversa y probaron con el gran país de recepción, atravesando las montañas heladas, las ventiscas. *¡Qué frío, que frío tengo en medio de esta nieve, estas montañas!*, repetía un día y otro, ochenta años después, cuando estaba muriéndose en su casa de este pueblo extremeño en que nació. Entonces no pasaría de cinco años de edad y aquella bofetada del viento congelado y el destino se le quedó grabada para siempre, y le volvía, como el recuerdo de todos sus familiares, que quedaron allí, repartidos por Argentina, cuando regresó a España en 1936.

Mis abuelos, que se conocieron por azar, por ese azar que une en el exilio a los de un mismo origen, se casaron casi a mediados de los años veinte. Enseguida nacería mi padre, y luego su hermana, Irma; ambos pasaron su niñez en la Pampa, y mi padre recuerda sus cabalgadas a caballo, los rudos vaqueros, que se paseaban con las

pistolas en el cinto por el pueblo, la habilidad de sus tíos con el ganado, las pendencias que terminaban con abundante sangre derramada. Evocaba muchas veces cómo vio a un vaquero, en la puerta de un bar, recostado, sujetándose las tripas con las manos.

El regreso fue porque la vida allí continuaba siendo un puro sacrificio. Y porque acá, en mi pueblo, los padres de mi abuelo les ofrecieron la posibilidad de asentarse con garantías en el campo, sufragándoles además los billetes de vuelta. Así es como decidieron embarcarse y como mi padre vio por primera vez el mar, la desembocadura del río de la Plata, donde estuvieron residiendo casi un mes, hasta coger el barco que les tuvo otro tanto en alta mar. Y en alta mar les llegaría la tremenda noticia del volcán vomitando a donde iban acercándose: España estaba entrando en guerra y, por tanto, se encontraban ante un destino más duro, más cruel, que el que dejaban al otro lado del Atlántico, junto a los padres, los hermanos de mi abuela, los sobrinos, de los que se habían despedido sintiendo que lo hacían para toda la vida.

*El único consuelo que les quedaba a mis abuelos y a mi madre –me decía cincuenta y ocho años más tarde un primo de mi padre en Buenos Aires- eran las cartas, una carta al mes que les llegaba.*

Recuerda que cuando el correo se retrasaba algunos días, andaban preocupados, sin ganas de hacer nada, esperando aquellas líneas de nostalgia de la hija, de la hermana perdida para siempre. ¡Ay!, *cuanto tarda la carta de Rosa*, decían, y también a él se le saltaban las lágrimas casi sesenta años después de las esperas. ¿Y cuándo oirían de nuevo su voz? ¿Cuándo el teléfono les iba a acercar en el ensueño de la boca y el oído allí mismo pegados, cada una en su sitio, a tantos miles de kilómetros de distancia? Era una utopía pensar en ello, desde dos pueblos remotos y atrasados de sus respectivos países, desde aquel fin del mundo, en que cada familia había sido colocada. Cuando lo lograsen, ¿qué voces desconocidas sonarían? Más que consuelo, iba a ser nuevo dolor y nuevas frustraciones.

Sólo en los años noventa, algunos descendientes hemos viajado de un lado al otro, y hemos podido conocernos parcialmente. También lo ha hecho mi tía Irma, pero mi padre no se ha sentido con fuerzas. Quizás haya sido mejor así, porque viajar en el tiempo no siempre es acertado. Es tanto lo perdido que dañan los huecos que quedaron y que no pueden reemplazarse.

## LA HERIDA DE LA GUERRA.

No obstante, en esa época del regreso y la guerra, fue a la familia de mi madre a quien le aguardaba lo peor. La situación en el pueblo, como en todos los pueblos del país, se había polarizado. La II República española no supo, más bien no pudo, resolver el tajo divisorio de las dos Españas, una de las cuales *ha de helarte el corazón*, como versificó Antonio Machado. ¿Qué dos Españas? ¿Por qué el maniqueísmo de los buenos y malos, tan infiltrado en nuestra médula, en nuestro corazón? ¿Por qué la destrucción de nuevo, tantas veces, con ese sentimiento exclusivista de poseer la razón y ser los únicos dignos no ya de expresarla, sino de tener la vida para hacerlo, puesto que a los demás habrá que despeñarlos barranco abajo, porque su pestilencia todo lo contamina?

Mi abuelo materno era relojero de afición, reparador de radios, conductor de uno de los pocos coches que circulaban por el pueblo. Y concejal republicano, zaherido de continuo por los ediles de la derecha, según he podido comprobar, muchos años después, en los ejemplares del periódico provincial “La Libertad” que conservan en la hemeroteca de la Sociedad de Amigos del País. Un hombre tranquilo, inquieto y preocupado ante tanta miseria como tenía que contemplar delante de sus ojos. ¡Oh!, aquellos jornaleros sin jornal, pese a toda la esperanza depositada en la República, en la Reforma Agraria de decretos y normas y leyes incumplidas. Cuánta mano temblando y cuántos ojos vencidos contemplaría en el comercio que mi abuela regentaba en los bajos de la casa, donde después yo nacería y mi tía Elena espantaba las moscas del verano.

Ya habría desembarcado el trasatlántico argentino, cuando él fue llamado por la pareja de tricornio y mosquetón: se le requeriría para unos trámites de nada en el cuartel. De nada eran los trámites, seguro: la decisión estaba ya firmada, y todos lo sabían; todos los familiares de concejales señalados, de dirigentes sindicales, de destacados hombres y mujeres que se dieron el lujo de soñar, de plantear un cambio, acariciar quiméricas justicias.

Una mañana ya no hizo falta el desayuno que le llevaban, los breves días que estuvo en el cuartel, desde mi casa. *Y mira que se lo decía: no se meta usted en política.* Cuántas veces le he oído este lamento a mi tía Elena, la mayor de las tres hijas, con 18 años, que cuarenta años después me lo diría a mí, y vio otra vez la sombra verde planear por la casa, atormentándola un 23 de febrero en que de nuevo contendría la mitad de España el aliento, a punto de helarse el corazón. La pobre, tuvo que ver mi nombre en las siniestras listas que días después les fueron requisadas a los brutales salvadores, y todo aquel calvario volvió a ser recorrido en la familia, que lo tenía en el pecho como una herida abierta que nunca deja de sangrar.

La matanza, como en tantos lugares de esta piel de toro siempre desollada, sería junto a las tapias del cementerio, y el enterramiento colectivo en un rincón del mismo sin santificar. No importaba si eran o no católicos, sin practicaban o no, si fueron fieles y llevaban una vida de rectitud y de justicia y de solidaridad con los demás: eran los desviados, los traidores, los que vendieron la patria a los ateos de Moscú. ¡Qué santa inocencia la de los familiares, satisfechos cincuenta años más tarde por haber logrado trasladar los huesos a un céntrico lugar del cementerio, dando por fin “cristiana sepultura”!

He vivido los primeros veinte años de mi vida bajo el susurro de la tragedia inconfesable. El desgarrón emigratorio de la familia de mi padre, con el recuerdo de aquellas tierras amplias donde los sueños no se realizaron, quedando separados de tantos seres querido para siempre, se asumía como un suave dolor que te molesta un poco pero se sobrelleva; a veces, venían cartas de luto y otra vez se revivía la despedida definitiva, pero el tiempo fue suavizando la tristeza. En cambio, bajo la zarpa del triunfo, los vencedores impusieron el orgullo de su gesta mil veces bendecida y aquellos familiares, sepultados sin gloria y sin razones, pasarían a ser la sombra sin reposo que vaga por la casa y chocas con su carga dolorosa de continuo y no paran de herirte los balazos que acabaron con ellos para siempre. Sólo cuando íbamos siendo algo mayores (los pantalones largos definitivamente), envuelto en el misterio de palabras a medias y el miedo rebotando en la mirada, la familia reunida nos iniciaba en el misterio de la pesada carga y del estigma. Pero todo, para unos ojos todavía inocentes, era demasiado lejano, incomprensible, y se guardaba en el cajón de tantos puzzlers que sólo con el tiempo se tratan de encajar. Afuera se encontraba, por fortuna, la vida, muy a pesar de la palmeta del maestro, de la pesada sentencia de la piedra y la tierra, de las dificultades de un tiempo de miseria; afuera, y dentro de nosotros, estaba la capacidad para sobrevivir, para formar un paraíso desde la base humilde de nuestra torre de ilusiones, para soñar nuestra grandeza de pequeños dioses invencibles a los que siempre les queda la noria de la feria, los juncos del riachuelo, los bolis de barro llenando los bolsillos y ese cigarro oculto en las traseras de las casas que por la noche nos elevaba con su humo a la felicidad.

## ESA OTRA HERIDA: EMIGRACIÓN.

Lo que realmente nos iba desarmando, a lo largo de toda la década de los años sesenta, era la emigración. De nuevo dos España, sin que se hubiesen superado las referidas por Machado; ahora, atravesadas más o menos por el puñal de la necesidad del noroeste al sureste, estaba a la derecha la esperanza y a la izquierda el duro campo estéril, quemado, bajo los pies que nada poseían: *Marchar, marchar, aunque fuera al mismo infierno*, había escrito a principios de siglo el novelista Felipe Trigo y una vez más sus palabras se encarnaban: *Cuánto en ti pueden padecer, oh Patria* -exclamó Rosalía de Castro un siglo antes- *si ya tus hijos sin dolor te dejan*. Pero no; era, es, aparentemente sin dolor. Aquella riada migratoria, aquella procesión de manos invocando una oportunidad para vivir con dignidad, marchaba, sí, y al mismo infierno si hubiera sido necesario. Y sonriendo. Y tragando las lágrimas. Y dando ánimos a los que quedaban. Y rumiando su soledad, su indefensión, su miedo, en aquellos autobuses atestados, en aquellos vagones donde sentirían que no había nadie, que no podían protegerse de nadie, como la “Mujer con alcuza”, del tremendo poema de Dámaso Alonso que un poco después descubriría. Marchar a lo que fuera, a respirar, a comer, a trabajar. A todo lo que aquí se les negaba. Y lo hacían con el sordo dolor que rajaba por dentro las entrañas y se derramaría en las calles lluviosas de Bruselas, entre el hollín suburbial de Dusseldorf, los hoteles de Munich, las calles por limpiar de madrugada de París, el humo del Clot en Barcelona, las entrañas de Asturias, los barrios marginales de Madrid. Extraños, necesarios; indeseados y ofendidos. Los emigrantes de siempre. Los que tuvieron que marcharse a miles, a millones desde la España pobre, desde el sur, al paraíso de unos pocos más al norte. Los que tuvimos que marcharnos *porque nos faltaba/ la sal “pa” el gazpacho/ y el aceite verde/ “pa” echársela al pan./ Porque nos dejaron/ las tierras quemadas/ y los pueblos blancos/ de trágica paz*, como gritaba Salvador Távora por los escenarios del mundo.

Sin embargo, mi paso por la emigración no fue en modo alguno tan demoledora. Sí lo había sido el irme desprendiendo de amigos día a día, el que la calle, el pueblo, se quedaran sin niños. Marchaban siempre los matrimonios jóvenes, las familias con muchachos de mi edad. Los que comprendían que el futuro estaba lejos de aquel páramo, de aquellos campos adhesionados en manos de unos pocos que para nada necesitaban hacerlos productivos, ya que algunos ni sabían donde estaban exactamente sus terrenos, acaparados, multiplicados con las desamortizaciones del siglo XIX, y bien seguros ya, tras el breve sobresalto de los últimos meses de la II República, en la que muchos creyeron ingenuamente que la tierra iba a ser por fin para el que la trabaja.

Luego, en esos años sesenta, volvían los antiguos amigos y un milagro los había transformado. Venían para pasar los días de vacaciones. ¡Cuándo hubieran pensado aquellas familias decir una frase un poco más atrás inalcanzable: *¡Estoy de vacaciones!* Traían en el bolsillo cinco duros para gastárselos a su antojo, unos pantalones con raya, unas camisas de colores, una pronunciación desconocida, con “eses” y con “d” que a los que nos quedamos ni se nos pasó por la cabeza. Lo peor: las camisas de colores, los sueters chillones. Decididamente, se habían escapado de nuestro mundo de pana y zapatillas, de gris y de rapados en el pelo. Entonces, los que continuábamos en el pueblo, sentíamos nuestra palurdez, la tosquedad bailando, andando, pronunciando. La frustración nos llevaba a peleas, a desplantes, a ese distanciamiento que ya se había iniciado con el adiós de los primeros autobuses. Y nos llevó a desear la emigración como la solución a nuestra poquedad, a la insignificancia

de nuestra vida sedentaria, a la vía muerta en la que el pueblo, invadido brevemente por estos nuevos triunfadores, se había convertido.

¿Tendría, entonces, razón Rosalía de Castro? ¿Sin dolor dejaríamos el pueblo, la calle tan querida, los parientes y amigos, el mundo pequeñito en que vivíamos? Yo, que había terminado la carrera de Magisterio en las pruebas extraordinarias de enero de 1971 -siempre arrastré asignaturas suspensas en ella, así como en el Bachillerato, que ambos hice “libres”-, decidí un mes después marchar a Barcelona. Aquí nada pintaba. Estaba congelada la convocatoria de oposiciones y cerrada la lista de interinidades; no sabía trabajar en el campo, y en el bar y sus otras ocupaciones mi padre se bastaba solo. Tuve, por otra parte, el atractivo de los amigos de “La Mano en el Cajón”, la mayoría en Barcelona, a la que se marchó hacia poco Juan Manuel Escudero. ¿Cómo quedarme en el pueblo y despreñar las oportunidades de alcanzar la gloria que me esperaban 1.100 kms. al este, donde seguro que mis influyentes amigos me otorgarían un puesto de confort?

Esa necesidad de emigrar fue sentida como un trauma en mi familia. Mi único hermano tenía 11 años (había muerto, con seis meses, uno que nos quedaba al medio) y ver marchar al mayor, al que estaba llamado a tener pronto un hogar allí, ser la continuación inmediata del río de la vida, no entraba en sus esquemas. Aquello era perderlo. Reanudar, por un lado, el éxodo que partió a mi familia de Argentina, e inaugurar, por el otro, la condena de las separaciones.

¡Cuánto llanto vi en las despedidas del autobús especial que tomé en Montijo y recorría, pueblo a pueblo, las comarcas de Mérida, Cáceres, Trujillo y Navalmoral de la Mata, recogiendo emigrantes como el que sube sacas de correo! Hubieran sido 22 horas de viaje si no hubiésemos sufrido una avería que nos tuvo parados algo más allá de Madrid por 11 horas: las que tardó en venir otro autobús para sustituirlo, tras comprobar que no tenía arreglo de momento.

Madrid y Barcelona, a los ojos de un joven de pueblo que no ha salido de lo rústico más que para la capital de la provincia, eran la inmensidad inabarcable. Tardamos más de una hora en atravesar las avenidas colapsadas de Madrid y vi por primera vez un escalectris de verdad. Cogimos la ruta de Valencia y me recreé mirando un mar que ya sí había visto, al hacer unos campamentos obligatorios de Magisterio en Chipiona. Subimos por hermosas montañas, compactas de verde, antes de llegar a Barcelona, y me quedé con la maleta al lado del autobús sin saber qué hacer cuando paramos definitivamente.

Como los emigrantes a quienes cantaba Carlos Cano, esa voz profunda de Andalucía que murió al doblar el siglo, llevaba sólo en el bolsillo unas señas a las que dirigirme: era mi seguro, la tabla de salvación. Mi contacto con el nuevo mundo. Una mujer de mi tierra que admitía huéspedes y donde me alojé por algún tiempo, hasta instalarme definitivamente en un piso compartido con cuatro jóvenes más y dos matrimonios enjaulados en su pobreza extrema.

Buenos amigos los de “La Mano en el Cajón”, pero a cual menos influyente en el mercado del empleo que por entonces empezaba a escasear. Lo más que pudieron hacer fue darme un par de recomendaciones: comprarme un buen plano de la ciudad y adquirir un ejemplar del periódico “La Vanguardia” del domingo, donde venía un suplemento inacabable de ofertas de trabajo. ¡Cuántas páginas dando buenos sueldos, maravillosas comisiones, garantías de ingresos saneados, junto a otros puestos de exigencia inalcanzable: experiencia, idiomas, fuertes titulaciones, y también algunos más humildes de auxiliar administrativo, camarero o mozo de almacén. O sea, era



imposible no encontrar algo ajustado a todos los perfiles. ¡El mundo a nuestros pies! Lo mismo que hoy, si miras las páginas de empleo de los diarios “El País”, “El Mundo” o “ABC”.

Cuando guía en mano, combinando metro, autobús y caminatas, me acercaba a cada uno de los lugares de referencia, fui comprobando día a día que aquello no era lo que pintaban, lo que ofrecía “La Vanguardia”, y que tras de cada uno de los reclamos había una larga fila de demandantes de todos los pelajes y de todas las edades. Jóvenes primerizos, perdedores de un reciente empleo, parados con pocas esperanzas, casi ancianos cansados de aguardar... No eran, muchas de las ofertas, más que trámites obligatorios de la legislación vigente: sacarlas a conocimiento público; pero ya estaban adjudicadas antes de salir. Las de “gran porvenir” y “excelentes comisiones”, a las que acudíamos enjambres de inocentes: vendedores de libros imposibles o seguros de vida, coche o casa, para ofrecerlos puerta a puerta. Me quedé al final con dos pequeñas luces de esperanza: auxiliar de camarero y mozo de almacén.

Llegué a poner algunas mesas en el restaurante donde entré a prueba; barrer y fregar suelos, recoger platos, lavarlos, colocar el menaje. No estaba mal, pero tampoco lo estaban las varias docenas de rivales que tenía. Llegó el momento de prorratear el sueldo: ¿qué tal comer, las posibles propinas y una paga... firmada, fingida, de la que no me quedaría al final de las 10 horas de cada día, por seis a la semana, más que calderilla? A muchos se les abrió el cielo; las cosas estaban decididamente mal, pero yo no quise pujar a la baja que se abría como segunda parte de la competición.

Como me habían aleccionado mis amigos, diciéndome que al procurar empleo hay que causar buena impresión, fui a la oferta de mozo de almacén con chaqueta y corbata. En el patio del taller, había una cola enorme que me pareció de indigentes. ¿Qué hacían todos aquellos desamparados allí, ante la puerta pequeñita que daba a una escalera, al final de la cual me dijeron que estaba la oficina? Han pasado más de treinta años y parece que estoy aproximándome al inicio de la fila, todos apartándose con respeto, con indisimulada adulación que me dejó perplejo. Sólo al estar arriba, esperando delante del despacho del jefe de personal comprendí el equívoco: ellos me tomaron por un ejecutivo (¡joven y palurdo ejecutivo!) y yo caí en la cuenta de que me había colado delante de mis competidores.

Tomó nota minuciosa de mis deseos (*abrirme camino en esta ciudad tan acogedora*, me habían encargado que dijera; *dominar este precioso idioma, el catalán*, y no sé cuántas cursiladas que al parecer quedaban bien), y aún así dudó: *pero usted es maestro, aspirará a dar clases*; también estaba convenido: *mi vocación es la empresa, y quiero ir desde abajo*. No debió disgustarle mi razonamiento, porque a los quince o veinte días me llamó a la pensión para darme el puesto, pero yo acababa de obtener, por una suerte tremenda del destino, uno más adecuado: plaza de maestro en un colegio pagado por la Caixa de Barcelona, al jubilarse una maestra y necesitar a alguien joven, de corbata -ahí me valió, pues fueron rechazados otros vestidos con más desenfado-, buenos modales, modesto pero firme para 45 niños de 7 y 8 años de edad, que se subían por las paredes y necesitaban sin duda de un maestro-domador.

En ese intervalo, traté de vender libros y seguros. Barcelona estaba llena de personas con maletín de plástico intentando vender lo invendible. ¿A qué puerta llamar, por cuáles barrios? ¿En la zona del elegante Paseo de Gracia? ¿En el Clot de pisos alquilados donde vivía? ¿En Verdún, plagado de emigrantes de mi tierra y de problemas? Eran mis tres referencias imposibles, mi convencimiento de que yo, de que

tantos, no servíamos para aquello, y lo fuimos dejando como quien deja en el desierto vacía ya la cantimplora, cuyo peso te agobia y martiriza.

También intenté en ese tiempo una interinidad en la enseñanza, pero la Delegación del Ministerio era un enjambre de todo tipo de aspirantes que se arremolinaban delante de las listas, las copias de disposiciones que cubrían las paredes, donde me informé de los infinitos requisitos: académicos (titulación), municipales (empadronamiento), judiciales (penales), de las fuerzas del orden (buena conducta) y no recuerdo cuántos más que pedí por carta a mis padres con escasa esperanza de conseguir lo poco que había: algunas plazas en lo más alto del Pirineo catalán.

El colegio que me sacó de apuros estaba, afortunadamente, en el Clot y, por tanto, en medio de la angustia que me estaba invadiendo, vino a ser un respiro que me dio más de lo que esperaba: una paga incluso superior a la del Ministerio, mucho tiempo libre para mi sueño de vida literaria y amplias vacaciones que me ponían 3 veces al año en mi pueblo, la primera de ellas a poco más de un mes de comenzar: diez o doce días de la Semana Santa.

Antes, me acerqué un par de veces al barrio de Verdún, donde vivían muchos emigrantes paisanos. El autobús efectuaba un largo recorrido, que me transportaba a lo que después leí en Francisco Candel, un escritor murciano afincado desde muy joven en los suburbios de Barcelona; al título de una de sus novelas: “Donde la ciudad cambia su nombre”. Sí, aquello no era la Barcelona de las románticas Ramblas, de la cosmopolita Plaza de Cataluña, de la monumental Iglesia de la Sagrada Familia, de la transitada, bulliciosa, inacabable Diagonal; aquello era una zona donde la ciudad había cambiado de nombre, un montículo plagado de colmenas, donde se vivía hacinados, compartiendo espacios imposibles, laberínticos, inhumanos, a veces inmundos. Allí, reconocí a muchos de los jóvenes de pantalón con raya, de sueters de colores por los que había sentido tanta envidia años atrás, cuando llegaban al pueblo para apabullarnos con su triunfo por la feria.

He soñado, sueño muchas veces, que tomo un autobús que nunca llega. Atraviesa autopistas, deja atrás enormes edificios, cruza descampados, para en muchos sitios, baja gente, sube y nunca llega. Es el autobús que desde la Meridiana, a la altura de la calle Independencia, me dejaba en Verdún. Sí, nunca llegué al Verdún que imaginaba, al barrio próspero, alegre, explosivo y vitalista que me forjé en los años del adiós a los amigos. Había tocado, en cambio, la zona de “Los otros catalanes”, como denominaba Candel a los que se habían ido asentando, desde el sur, en los alrededores de la ciudad soñada, a donde acudieron en masa, dejando sus zonas de miseria.

Los extrarradios de esta ciudad, como los de Madrid o Bilbao, como los de todas las ciudades de recepción de emigrantes, se vieron colmatados sorpresivamente en los años sesenta, sin control, o con un control a rachas, a golpes de piqueta. Se levantaban poblados de barracas, casas de lata, tabla y barro, donde se resguardaban las miles de familias que huían del hambre de las zonas rurales del país; buenas fortunas hicieron los especuladores vendiendo y revendiendo terrenos marginales, saltándose cualquier control, cualquier norma urbanística. Sin agua, sin luz, sin alcantarillado, ni otro tipo de servicios, aquellos desamparados repetían la historia de la industrialización de principios del siglo XIX en Centroeuropa. El caso era quedarse, encontrar un empleo que les diera comida cada día, lloviese, hiciese frío o calor, fuese buen año o malo, sin el capricho de capataces, manijeros, mayoral de caballo, fusta y mastín.

*Desengáñate -me decían-, aquí tendremos peor vivienda que en el pueblo, pero no falta el pan y cinco duros para gastarlos con quien quiera.*

El pan estaba empezando a peligrar y los cinco duros había que guardarlos, por si acaso, pero aquellos hombres recios, aquellas mujeres esforzadas, aquella juventud de barrio marginal se habían hecho un mundo a su medida. Un mundo distanciado de los sueños, de las fantasías montadas en el pueblo, pero tenían aún garantizado el plato de comida. Atrás, había quedado mucha hambre, mucho sudor sin recompensa, mucha tierra dormida, improductiva.

## ESCRITORES EN BARCELONA.

Fue para mí muy importante conocer a Candel. Estaba algo relacionado con mis amigos de “La Mano en el Cajón” y asistía a una tertulia los sábados por la mañana, en una cafetería del comienzo de La Rambla, cerca de la Plaza de Cataluña. Allí le oí hablar por primera vez y después en una conferencia que sobre la emigración dio en el Ateneo. Siendo un hombre sencillo, muy afable, cercano, no me costó trabajo pedirle una entrevista periodística, y aún conservo, pasados treinta años, la grabación que hicimos en su casa, alejada del centro, en una zona llamada de “Los Ferrocarriles Catalanes”, que sale mucho en sus novelas.

*¿Ya funciona, ya funciona?*, es lo primero que oigo en la cinta de casete.

Con una voz engolada, irreconocible, de falsa seguridad, contesto:

*Sí, ya estamos grabando. Voy a empezar por preguntarle sobre la emigración.*

Por ese tiempo, “Los otros catalanes”, publicado primero en catalán, era todo un acontecimiento sociológico. Se sucedían las ediciones. Se discutía en todas partes apasionadamente sobre él. Francisco Candel, pequeñito, todo humildad, todo serenidad, conocía a los emigrantes desde dentro; él era uno más, vivía como uno más, tenía una extensa familia desparramada por la emigración, bebía y paseaba y se reía, lloraba y combatía como cualquier otro, concienciado, en el barrio. Era -sí- uno más, alejado de la fama y el ruido de la prensa, las tertulias, las librerías, las discusiones de sus tesis, sus denuncias, en la Universidad.

Aprendí con él a ver las muchas barcelonas que coexistían en aquella ciudad que me sobrepasaba, que se me había venido encima, trasplantado yo desde un pueblito de apenas dos mil habitantes, cerrado, limitado, abarcable en todos los sentidos. De aquellas experiencias, de aquellas vivencias, nacería mi libro “Maletas humanas”, que primero publiqué por entregas en el periódico HOY, en 1973, y -ampliado- en libro, cuatro años después.

Eso comprendí: habíamos sido maletas, maletas humanas por tantas estaciones, tantos apeaderos; tantas fábricas, minas, obras, talleres, tajos, barrios, poblaciones de absorción. España, con el desarrollismo de los años sesenta, vio moverse a la mitad de su población de un lado para otro, detrás de un empleo, una esperanza, *la sal “pa” el gazpacho/ y el aceite verde/ “pa” echársela al pan*. El espejismo de la prosperidad vacacional nos había cegado: ciudades-dormitorio, barrios de autoconstrucción, hacinamiento y sacrificio, horarios monstruosos de faena, distancias, insomnio, agotamiento, estaban detrás de aquellos pantalones con su raya y las camisas de colores. Mano de obra, no personas, mano de obra se buscaba, como había dicho un ministro alemán; cuando no hiciera falta, se empaqueta y otra vez rodando a donde sea esa maleta de ilusiones que encuentra siempre forma de ir disimulando, ocultando constantes costurones.

Las tardes de los sábados tenían para mí también mucho aliciente. Un poco más abajo de la tertulia mañanera, en la Rambla, a mano derecha bajando hacia el mar, nos reuníamos los miembros de “La Mano en el Cajón”, a los que se unían siempre amigos suramericanos con los que fuimos descubriendo un nuevo mundo, que no era el fabuloso de Colón, ni el contradictorio de nuestros emigrantes, sino otro más tétrico y oscuro, aunque con la misma sangre inocente derramada.

Gocé con la amistad de Florentino Huerga, cuyos poemas me habían resultado demoledores y sublimes. Había repetido tantas veces, estando en el pueblo, algunos de sus versos que tenerlo a él ahora delante me parecía mentira:

*Cómo voy a cantar a la rosa,  
mientras muere un niño sin casa y sin ventana.*

Florentino vivía en San Feliú de Llobregat y trabajaba en los Servicios de Estudios del Banco Urquijo como ordenanza. Tenía dos hijos pequeños, grandes poetas unos años después, y una mujer encantadora; les visité en su ciudad-dormitorio y disfruté con su humor a prueba de desgracias. La última que supe: la muerte con poco menos de 30 años de uno de sus hijos, Carlos, a mediados de 1994. Por esta fecha, ya había perdido el contacto con mi amigo y conocí la noticia por una columna publicada en “El caimán” (Butlletí del casal d’amistat catalá-cubá de Barcelona). *Todavía recuerdo* -escribía Constantino Enguidanos Ruiz- *cuando te vi durante la pasada Huelga General del 27 de enero, en el piquete del Corte Inglés de la Plaza Catalunya o en la presentación de tu libro “La memoria inorgánica” el día 11 del pasado mes de marzo. También sabía de tus proyectos de realizar una obra de teatro contra el bloqueo a nuestra querida Cuba.*

Esa era la gente, y luego los hijos, con que estuve conviviendo en Barcelona: escritores inquietos, trabajadores concienciados, ciudadanos comprometidos con las causas perdidas. Y allí, a aquella tertulia desde la que luego íbamos a tomar unas tapas por el bullicioso Barrio Gótico, llegaban escritores, artistas, activistas huidos de las continuas dictaduras sanguinarias de toda Hispanoamérica.

Para un joven ignorante como yo, salido del cascarón de un pueblo silenciado, mudo aún tras el susto trágico y mortífero de las represalias de la guerra, que sólo había visto el mundo por el tubo de asfalto que me llevó desde mi origen extremeño a la ciudad cosmopolita, aquello era descubrir el universo, salir de la caverna oscura de Platón a la luz increíble que tanto me costaba asimilar. Así, empecé a escribir mis versos más comprometidos, con un tinte social que estaba superado por la estética dominante, pero influenciado por los que habían sido, eran mis maestros: Pacheco y Lencero en Badajoz, Florentino Huerga en Barcelona, los exiliados suramericanos y un puñado asombroso de poetas publicados en un volumen que editó la editorial Zero-Zyx bajo el título de “Poesía revolucionaria guatemalteca” y que me había regalado una amiga de la tertulia. De estos poetas, me obsesionó especialmente uno: Otto René Castillo. Jamás imaginé que el idioma tuviera tanta fuerza, que se pudieran decir cosas tan bellas, tan profundas, con tan sublime grandeza:

*Ese día vendrán  
los hombres sencillos,  
los que nunca cupieron  
en los libros y versos  
de los intelectuales apolíticos  
pero que llegaban todos los días  
a dejarles la leche y el pan,  
los huevos y las tortillas,  
los que cosían la ropa,  
los que les manejaban los carros,  
les cuidaban sus perros y jardines,  
y trabajaban para ellos,  
y les preguntarán:*

*“¿Qué hicisteis cuando los pobres  
sufrían y se quemaban en ellos,  
gravemente la ternura y la vida?”*

*Intelectuales apolíticos  
de mi dulce país,  
no podréis responder nada.*

*Os devorará un buitre de silencio  
las entrañas.  
Os roerá el alma  
vuestra propia miseria,  
y callareis  
avergonzados de vosotros.*

De ellos pasé a Gabriel Celaya, muy querido por los miembros de “La Mano en el Cajón”. Otra vez me chocó el sentido que había de darle a la poesía:

*Maldigo la poesía concebida como un lujo  
cultural por los neutrales  
que lavándose las manos se desentienden y evaden.  
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.*

A Rafael Alberti:

*Los niños de Extremadura  
Van descalzos.  
¿Quién les robó los zapatos?  
Les hiere el calor y el frío.  
¿Quién les rompió los vestidos?  
La lluvia  
les moja el sueño y la cama.  
¿Quién les derribó la casa?  
Los niños de Extremadura  
son serios.  
¿Quién fue el ladrón de sus juegos?*

A Miguel Hernández:

*Me duele ese niño hambriento  
como una grandiosa espina  
y su vivir ceniciento  
revuelve mi alma de encina.  
¿Quién salvará a ese chiquillo  
menor que un grano de arena?  
¿De dónde saldrá el martillo  
verdugo de esa cadena?*

Esa era mi gente: los que escribían y de quienes escribían. Lo que decían y cómo lo decían. Ahí comencé a verme en el espejo, a ser no sólo protagonista de mí mismo y de mi entorno, sino testigo, observador, árbitro concienciado. Sí, no eran horas de rosas, de evasión; los niños descalzos, hambrientos, se habían marchado por el mundo y estaban ahí, en los suburbios, con su camisa de colores, pero sufriendo madrugones, cadenas de trabajo apretándoles el cuello, jornales miserables que había que completar pluriempleándose, quitándose la vida, con la amenaza ahora de una terrible recesión que había de prolongarse, agudizarse cada día en toda la década de los años setenta.

Por entonces, completé mi primer poemario, que editaría en 1972 bajo el elocuente título de “He tenido sujeta la palabra entre los dientes”. Coincidió su publicación con la quema de una librería del Paseo de Gracia a la altura en que se cruza con la Diagonal. Era una tienda amplia, muy frecuentada por estudiantes universitarios y opositores en general a la dictadura franquista, con libros bastante atrevidos para la época, que estaba en el punto de mira del grupo ultraderechista “Fuerza Nueva” y era continuamente amenazada. El destrozo fue espectacular y el valor demostrado por los dueños mucho más: la reabrieron una vez reparados los daños sustanciales y en sus escaparates pusieron los libros más ofensivos para los presuntos asaltantes: de Neruda, Alberti, Miguel Hernández, Antonio Machado, Celaya, Blas de Otero, la nueva canción contestataria... y varios ejemplares de mi poemario, con su título en portada en grandes letras rojas sobre fondo blanco. Evidentemente, del mío interesaba el reto que el propio título contenía, su desafío; pero a mí me llenó de satisfacción verme aireado en un lugar tan emblemático, en un momento en que miles de ojos, interesados o curiosos, recalaban por allí.

Este librito primerizo tenía grandes atrevimientos en su contenido; no creo que lo leyese ningún censor, porque me habría despellejado. Allí rendí homenaje a mi abuelo:

*Estoy aquí, abuelo, ante tu tumba incierta,  
la tumba que cavaban la envidia y la mentira  
cuando acariciabas sueños que no podrán ser nunca  
mientras las bestias pueblen las sierras y llanuras.*

Recordé a mi pueblo y comprendí la mordaza que nos atenazaba:

*Bajo el montón de casas y de sombras  
he tenido sujeta la palabra entre los dientes,  
sujeta como otros, como todos;  
pero cobardemente en silencio,  
temiendo que al hablar  
el puñal frío de la injusticia  
coagule la sangre miserable de nuestras vidas.*

Denuncié la vida en el monstruo urbano que se tragaba a tantos de los míos:

*Conozco una ciudad  
con hombres y mujeres  
que luchan y trabajan,  
que tienen ilusiones  
y viven de esperanzas;  
pero no les queda,*

*para su rostro enjuto,  
en el pecho,  
ni tan sólo una lágrima.*

Ese modelo de verso desgarrado, forzado a veces, testimonial, comprometido con el hombre, descuidando la belleza formal en muchas ocasiones, iba a ser la pauta de los otros tres libros de poemas que publicaría en la década: “Noticias infundadas”, de 1976, “Poemas en Amor Mayor”, de 1977, y “Gritos de existencia”, de 1978, así como de otros versos más, sueltos, que aparecieron en mi “Primera antología poética”, de 1980, prologada generosamente por Leopoldo de Luis, y que cerraría un ciclo de versos que no volví a retomar hasta veinte años después. En esas dos décadas repetí muchas veces que había perdido dos grandes asideros de mi vida pasada y que por mucho que lo intentaba no logré recuperar: la inspiración poética y la creencia en Dios. En el año 2000 recobré lo primero; nunca se sabe que pasará más tarde con las divinidades.



## ESCRITORES EXILIADOS, Y OTRA VEZ EMIGRANTES.

Recuerdo al primer exiliado suramericano que conocí: Raúl Núñez, un argentino de veinticinco años que traía dos preciosos libros editados en su tierra y al que enseguida se unió otro poemario publicado por “La Mano en el Cajón”. Su poesía era diferente a la nuestra, más suelta, más musical, llena de magia, cosmopolita, fresca, distendida, a la vez que profundamente comprometida con la vida, con el amor más libre, con el hombre que rompe con toda atadura y vaga por el mundo despreocupado de cualquier pertenencia material. Raúl era un bohemio como el escritor que lo trajo a la tertulia: el mallorquí Antonio Beneyto, un buen novelista y antólogo reputado, cuya “Narraciones de lo real y lo fantástico” recogía lo mejor de la literatura del momento, especialmente latinoamericana, yendo más allá del boom montado con el realismo mágico que hacía furor entonces. Ambos vivían, como tantos que descubrí después, a salto de mata: de los escasos derechos de autor, de la venta directa de sus libros, de traducciones del inglés, de algún premio, de un préstamo... Sabían adaptarse a las circunstancias, aguantar la escasez, convivir con el hambre, sobrevivir en pensiones increíbles de la calle Escudillers, del Barrio Chino, donde cientos de prostitutas colapsaban los bares y las placitas, el entramado laberíntico de la Ciutat Vella.

Raúl, entre otras muchas, publicó después, en 1984, una novela - “Sinatra”- que era un buen retrato de lo que conoció al detalle en ese mundo densamente urbano de la Rambla, la Plaza Real, las calles de San Pablo y Hospital, la avenida del Paralelo. Mundo de vagabundos, solitarios, artistas, exiliados, mangantes, prostitutas; pensiones, cabarets, cines baratos... en las traseras del Gran Teatro del Liceo. Seguía siendo el mismo que conocí; seguirá siendo el mismo todavía, porque Raúl era el típico representante del exilio americano que me fue dado conocer: urbano, bohemio, desprendido, libre hasta la ansiedad, amante de la vida vivida siempre al día, observador, escritor de continuo, bebedor, descuidado, amigo sin dobleces, claro, realista a veces hasta el cinismo, como lo era en este libro que a muchos le suena al “realismo sucio” de Bukowski, el antiheroico autor de la celebrada novela autobiográfica “La senda del perdedor”.

En una ocasión, un escritor argentino recién llegado a Barcelona, Diego Jorge Mare, no encontró sitio en las pensiones del Barrio Chino y, también por aislarse un poco y rodearse de un ambiente distinto, me encargó que le buscara algo por mi zona. Donde vivía, había quedado libre una habitación y se vino al Clot, pero... no aguantó una semana. Se le caía la casa encima, aquel ambiente gris, el monótono horario de los otros realquilados, el minúsculo parque cercano, con niños, jubilados, madres gritando, pequeña burguesía. Echaba de menos los bares, el contacto con los demás artistas, las intrigas de exiliado, el desorden de otros compañeros con los que había vivido en Londres, en París.

Por mi parte, fui abandonando el mundo ceniciento de Verdún, su fatalismo marginal, sembrado de estériles pendencias: la tierra de origen, lo mejor para todos, y venga alabanzas al imaginario paraíso perdido; pero otro día: el orgullo de ser de ésta de adopción, lejos de tanto señorito hijodeputa, de aquella miseria despreciable. ¡Cuánta inútil discusión escondiendo tantas frustraciones! *A mí que no me hable nadie en catalán, porque le escupo por la cara*, y aquél que lo decía soltaba palabras en el “odiado” idioma en la espita de los días de vacaciones, sacando pecho como si fuese un globo. Y al medio, un vaso y otro más de vino, la baraja de cartas, la mirada embargada entre dos mundos: uno que se perdió y otro que nunca alcanzarían. Perdida toda

identidad, confusos. Catalanes allá, en las vacaciones; charnegos acá, junto al trabajo y el barrio marginal.

*¿Qué somos?*, se preguntaba alguno.

¿Qué se podía contestar? ¿Qué contestaban si se les ponía ante la hipótesis de un regreso posible?

Hice, en 1972, por encargo del periódico HOY, una encuesta entre ellos, en Verdún, y en Badalona, San Feliú de Llobregat, San Boi, Santa Coloma, el Hogar Extremeño de la calle Puerta del Ángel de Barcelona: *Los emigrantes extremeños quieren volver*, sacábamos como conclusión que, domingo a domingo, se publicaba con los resultados de las encuestas. ¿Era verdad? Era un sentimiento profundo, que al final se confesaba; pero con una coletilla: *si tengo al menos las mismas condiciones de trabajo que aquí*. ¿Qué condiciones? Jornadas enlazadas de 12, más horas de fatiga; remuneración para ir pagando las letras pesadas como losas del piso en el suburbio, la ciudad-dormitorio, pequeño, en forma de colmena; largas distancias, confusión de metros, trenes, autobuses donde había que echar alguna cabezada para seguir en pie. Sí, pero ¿y allá? ¿Y en la tierra que se dejó llorando, desgarrados, partidos de dolor, tan asustados como un caballo al que se cerca con lazo y con acero? Allí, como recitaba por nuestros pueblos, ante un público encogido de emoción, Jaime Álvarez Buiza en una serie de actos que hicimos en 1975, precediendo a la imparable y tantas décadas aplazada libertad de expresión: *sólo se quedan los viejos,/ un cura, algún boticario,/ y los que siguen viviendo/ de la sangre del de abajo*. Imposible, claro, el retorno, *porque* - me decía uno de aquellos emigrantes- *las piedras no se comen*.

Pero me estaba atrayendo cada vez más el mundo de mis nuevos amigos. Su increíble odisea. La historia convulsionada de los países de donde procedían, comenzando por el de nacimiento de mi padre. Argentina soportaba desde 1966 inquietantes gobiernos militares. Uruguay estaba en estado de guerra interior, a causa de la potente guerrilla tupamara. Paraguay sufría desde 1954 la terrible dictadura del general Stroessner. En Perú otro general, Juan Velasco Alvarado, atenazaba al país desde 1968. En Bolivia fue depuesto su gobierno legal, de tendencia izquierdista, por espadones generales en 1971; un año después, otro golpe militar llegaría a Ecuador. Colombia tenía graves y continuos problemas con la guerrilla. Nicaragua padecía la cruel dictadura de Anastasio Somoza, heredero de una triste saga familiar iniciada en 1937. Guatemala sufría continuos estados de sitio desde 1967. El Salvador y Honduras se sumaron a los golpes militares y las guerras internas en 1972. Y en todos, los campesinos eran la carne de cañón, y los estudiantes e intelectuales el objetivo de las represiones a los líderes y potenciales concienciadores de las masas. Un periodista, un escritor, eran en principio sospechosos, objeto de investigación. Cualquier línea escrita, cualquier verso, exigiendo justicia, trabajo para todos, pan o libertad, llevaba en sí la firma de condena.

Ellos, aquellos escritores que crecían como hongos en la Ciutat Vella, relataban los sádicos interrogatorios, las atroces torturas, la crueldad más extrema, como

Argenis Rodríguez, venezolano, gran conocedor de todas aquellas dictaduras, que siempre me impresionó, con su hablar suave, pacífico, dulce y a la vez desgarrado. Un gran narrador que paró poco en Barcelona y me dio su dirección viajera para que le enviase unas críticas a sus libros que habían de salir en “La Estafeta Literaria”, de Madrid, y del que leía cosas tan dulces como ésta, sacadas de sus “Memorias”:

*Nosotros no quisimos acercarnos a la ambulancia. El pueblo estaba en la calle. Yo pensaba en todos los muchachos de mi edad que había conocido y que habían perdido a sus padres. Yo me imaginaba diciendo que era huérfano. Esa palabra, huérfano, nunca me gustó. Me sonaba a pobreza, a miseria, a lástima.*

Viví, desde los diecinueve a los veintiún años metido en ese ambiente que rompía con mi pasado en el sopor del pueblo. ¡Y cuánto lo recordaba, a pesar de la emoción con que me enfrentaba cada día a la vida en Barcelona! Hace unos años me decía Claudio Torres, uno de los arqueólogos más reputados de Portugal y activista de izquierda contra el salazarismo, que nada es comparable al exilio político, al estar año tras año pendiente de la muerte del dictador y ver que pasan las décadas sin poder volver a la tierra de uno, a la patria, que se hace cada día más querida y más herida en el pecho, extraño siempre donde quiera que se va, errante, sin paz y sin sosiego; estimaba que la emigración laboral no es tan mala porque siempre se puede regresar, cuando se quiera.

Yo le rebatí su argumentación. Lo he vivido, y sobre todo he visto a muchos emigrantes. A nuestras gentes en Europa, a tantos africanos en España, a mis paisanos del sur en las ciudades monstruosas de todo el norte, el este del país. ¿Pueden volver? ¿Son libres para decidir a capricho su regreso? Muy al contrario; están atados a un pan que les faltó, se vieron expulsados sin un sable detrás, sin que ningún espadón alzado ilegalmente les fuera persiguiendo: sólo eran libres de morir, de torturarse día a día sin nada entre las manos, sin porvenir alguno para unos hijos sin tierra, sin trabajo. Claro que marcharon por propia voluntad; como se marcha, huyendo velozmente, el ciervo cuando se quema el bosque y el fuego todo lo devora. Su tierra estaba devastada, calcinada. Y allá, tan lejos del origen, pensando en el regreso, se sentía el olor aún de la ceniza, de la desolación. ¿Cómo volver? ¡Qué duro tener la libertad de hacerlo y no poder! ¡Qué exilio más siniestro! Pienso que Claudio Torres lo entendió.

Paseando por las calles de mi barrio, por la Rambla, por el puerto siempre activo de Barcelona, sentía la nostalgia de mi tierra. Recordaba las cosas pequeñas y me entraban unas enormes ganas de volver. Y soñaba, soñaba mirando escaparates, consolándome con que ahora, con mis ahorros, podría regresar inundando mi casa de regalos, tantas cosas fabulosas como veía en los comercios de turistas, cerca de la Plaza Real, en la explanada de la Catedral. Era, de pronto, un emigrante de aquellos que regresaban con la camisa de colores.

Recuerdo la vuelta en Navidad. A los maestros, por aquel tiempo en Barcelona se les hacían muchos regalos. Montabas en un taxi a mediados de diciembre cargado de paquetes y el taxista preguntaba: ¿Maestro, verdad?

¿Cuántas botellas de champán llevé? ¿Cuántas de distintos licores? ¿Cuántas cajas de puros? ¿Cuántos libros, bolígrafos, pisapapeles? ¿Cuántas cajetillas de fruta almibarada, de chokolatinas, de bombones? Se llenó una amplia mesa de mi casa con todos los regalos. Rebosaba. Y nosotros, mis padres, mi hermano, mi tía Elena, vivimos un reencuentro de triunfo, si bien yo ya empezaba a distanciarme del mundo cerrado de mi pueblo y lo observaba desde fuera. Había salido de la escena y lo mismo que ahora contemplaba los regalos, había pasado a espectador, a analista de la vida que me rodeaba, sin que aún, transcurridos tantos años, haya abandonado este papel.

## EL IDIOMA CATALÁN. LOS CATALANES.

Sin duda, la vida en Barcelona me estaba cambiando. Las clases, mi trabajo, me dejaban mucho tiempo libre; eran gratas; los compañeros, muy amables, casi todos catalanes, que hablaban entre ellos en su idioma, pero que delante de mí lo hacían en castellano, lo mismo que los niños de mi aula. Yo insistía; quería aprender el catalán, deseaba que conversaran conmigo en su lengua; lo iniciaban, pero enseguida pasaban al castellano, no había manera. Luego, con los años, todo ha cambiado y muchos han utilizado el idioma como arma arrojadiza, como agresión. Un compañero de mi pueblo, que logró plaza allí por intermediación mía, sufrió estas dificultades, terminando por marcharse de Cataluña. Él, muchos, me decían que Barcelona, en los años ochenta, pasó de ser una ciudad cosmopolita, abierta, a cerrarse en reivindicaciones provincianas, en una intransigencia fundamentalista, estéril. Yo, que me había ido en 1973 al servicio militar, no volví, pues convocaron oposiciones al cuerpo de Profesores de EGB y me quedé definitivamente en mi región; no pasé por ese trauma, si es que fue realmente así, de transformarse aquella sociedad acogedora en otra excluyente y enroscada, pero siempre he pensado que una condena a la ligera tampoco es de recibo.

Recuerdo que el gran poeta catalán Joaquim Horta me contaba su experiencia traumática siendo un chaval. Bajaba con su madre a una estación de metro y se adelantó, corrió hacia el andén; la madre se asustó y le llamó gritando en catalán, idioma maldito, prohibidísimo, en la posguerra oscura. Se le acercó un joven que aguardaba al metro y la abofeteó, escupiéndole a la vez: *Hable en cristiano. Hable el idioma del Imperio*. Sí, se le arrojó a los catalanes mucho Imperio y mucho idioma divino en los años cuarenta, en los cincuenta y más. La ley del péndulo llevó después las cosas hasta el otro extremo. ¿Quién puede ahora señalar culpables, después de tanta rabia y tanta humillación?

Así, dentro de los trabajos literarios que estaba haciendo para el HOY, tuve la suerte de poder entrevistar a Salvador Espriu. Digo la suerte, porque el poeta, mitificado en Cataluña por entonces como la mayor gloria viva de la literatura en catalán y de la resistencia y dignidad del pueblo, no concedía casi ninguna entrevista a medios de comunicación, y no digamos si eran de otros lugares de España; también digo suerte, porque me recibió a solas en su casa, durante más de dos horas y hablando de todo lo que le vino en gana. Yo, con mis veinte años, no me podía creer que estaba allí, ante el poeta venerado, presente en todos los escaparates de las librerías; citado en todos los estudios literarios, en todos los actos de resistencia; nominado para el Premio Nobel; nombrado con respeto en cualquier parte. Un joven que se abría al mundo como yo, que me sabía de memoria tantos versos de su emblemático libro “La pell de brau”, ante este hombre inaccesible, encerrado en su casa del Paseo de Gracia, con casi sesenta años, poeta, narrador, autor de teatro, cultísimo, catalanista hasta la médula...

Fue mi vinculación a “La Mano en el Cajón” lo que me abrió las puertas. Él colaboraba con nuestra revista, nos mandaba textos inéditos, simpatizaba con este grupo que tenía entre sus miembros a un escritor en quien confiaba, Lorenzo Gomis.

Subí las escaleras de su casa recordando, en catalán, el poema que más me había calado de toda su vasta producción. Esa advertencia a un *hombre*, que se adivinaba enseguida quién pudiera ser, de cómo un pueblo no puede sacrificarse a los

caprichos personales; de cómo el diálogo, la justicia, la comprensión, son necesarios; el respeto al otro, a su idioma:

*De vegades és necessari i forçós  
que un home mori per un poble,  
pero mài no ha de morir tot un poble  
per un home sol:  
recorda sempre això, Separad. (\*)  
Fes que seguim segurs els ponts del diàleg  
i mira de comprendre i estimar  
les raons i les parles diverses dels teus fills.*

(\*) España, en hebreo.

Me gustaba hablar, recitar, cantar en catalán. Iba los domingos a misa a la Iglesia de la Sagrada Familia, la obra portentosa e inacabada de Gaudí. Cada hora se celebraba una, alternando el catalán con el castellano. Yo escogía siempre la primera. Se cantaba al final: *Sea la pau amb vosaltres/ sea la pau amb vosaltres/ i amb vosaltres sempre, sempre sea la pau*. Me emocionaba. Aquella masa de niños, ancianos, jóvenes, maduros, cantando en su idioma, invocando la paz. Expresándose profundamente en una lengua sabia, antigua, tan sonora... Y ahora, me iba a enfrentar con uno de los símbolos más admirados de este idioma, con un icono vivo, a solas.

Esriu abrió la puerta personalmente. Me pareció pequeño de estatura, frágil, poco seguro en sus andares. Pero una vez sentado, su voz se elevaba como un potente fuego. Preguntaba; parecía que era él quien fuese a escribir la entrevista: nombre, edad, profesión, estudios, domicilio, lugar de nacimiento, gustos, aficiones, obra literaria... Me vi empequeñecido. Me inventé que estudiaba Filosofía y Letras en la Universidad; ante él, con sus varias carreras, idiomas, quedarme en Magisterio me pareció humillante.

*Bueno, poco podrá estudiar en la Universidad. Como la están cerrando de continuo...*

¿Cerrando? ¿Huelgas? Me hablaba también de huelgas. Pasé grandes apuros, porque éste era un mundo, el del movimiento estudiantil, lejano al mío. ¿Qué decir si intentaba profundizar en acontecimientos concretos? Pero él pasó a otro tema: el ambiente cultural de Cataluña, los malos tiempos que corrían. Evocaba el esplendor durante la II República, con cientos de publicaciones, de revistas en catalán.

¿*Tantas?*, pregunté por decir algo y poner una pequeña pausa en el largo monólogo que había iniciado.

¡*Claro!* -contestó ofendido; se iba acalorando por momentos-. *Ustedes los castellanos no saben lo que ha sido Cataluña, la horrible represión que han realizado sobre nuestra cultura.*

Me quedé de piedra. Era la primera vez que me llamaban *castellano*. La primera vez, también, que me hacían coautor de una represión cultural. Y sentí ganas de decirle que yo no era de Castilla, que yo también era de una zona oprimida, que formaba parte de un pueblo reprimido, ninguneado. Que Extremadura, y más el pueblo sencillo de mi tierra, había sufrido, estaba sufriendo, continuas agresiones, y la peor: la errancia a la que fuimos sometidos, la falta de zapatos, de vestidos, de casas y de escuelas como había denunciado Rafael Alberti. Nunca me sentí más extremeño, ni me mordí mis palabras con más rabia.

Nosotros, además, no habíamos reprimido ninguna cultura. Habíamos sostenido la nuestra en rudimentos y se nos había tachado de paletos. Buscábamos, a trozos, nuestra señal de identidad. No teníamos tiempo para perderlo en destrozarnos otras culturas, y allí en Cataluña, en sus ciudades-dormitorio, en sus suburbios, sosteníamos la infraestructura, las tripas del sistema, con lo que él podía estar tranquilo y dedicarse a su creación, porque las calles se barrían, la basura estaba recogida, el pan era cocido cada día, funcionaban las máquinas, crecía la producción, y debajo de todo el engranaje estaban los charnegos, esa masa confusa, “castellana”, que Espriu me estaba denunciando como verdugos de lo suyo.

Me descolocó su reproche, y seguro que fui también injusto con mi razonamiento mudo. En pocos minutos me sobrepuse y seguí escuchando su extenso monólogo, interesante al matizar el sentido de su obra, fuerte, densa, grave, contenida; rigurosa, de fino lirismo, fraternal. Pero volvía de vez en cuando al expolio de la cultura catalana. Pienso ahora que le habría gustado que refrendara sus palabras; yo estaba demasiado impresionado como para hablar, para razonar. Aún así, duró más de dos horas el encuentro, que me abrió otro mundo nuevo en el que después insistiría en otra entrevista con el narrador Manuel de Pedrolo, otro catalanista respetado.

Publiqué las declaraciones de Espriu -él me encargó muchísimo que no acentuara ni la “i” ni la “u”, como acostumbraban a hacer los castellanos- bajo un gran titular: *Salvador Espriu, nuestro hermano*, y le envié el recorte de prensa por correo. Me lo agradeció mucho y aún conservo un par de cartas suyas, con su letra menuda, todas en mayúscula, donde además analizaba y corregía algunos poemas míos que le había dejado cuando estuve en su casa. Los compañeros del colegio no podía creerse que hubiera estado tanto tiempo a solas con aquel personaje de leyenda y varios días me miraron con una sana envidia que hizo cicatrizar el machetazo por la alusión con reproche a mi supuesta identidad de “castellano”.

## OTROS AMIGOS ESCRITORES.

De todos los escritores que entrevisté para aquella serie, hice especial amistad con dos: Manuel Vázquez Montalbán y Luis Cantero.

Entré en relación con Vázquez Montalbán porque Manuel Pacheco me había dado varios libros suyos para él. Me recibía en una oficina cerca de la Universidad Central, leía mis poemas, me aconsejaba cambios y siempre me prestaba libros que él consideraba básicos para mi formación como escritor. Admiraba especialmente a Jaime Gil de Biedma y tuve mucho tiempo varias obras de este autor trascendental, al que me costaba trabajo entender y cuya estética no acababa de llenarme. También me llevó libros de Cernuda y de Salinas, o de aquellos que José María Castellet incluyese en su antología “Nueve novísimos poetas españoles”, sobre todo de Pedro Gimferrer.

Vázquez Montalbán era generoso en el tiempo que me dedicaba, paciente, preocupado con el cuidado estético de la obra. Desde entonces, hemos coincidido varias veces, espaciados los encuentros en los años, pero siempre se acuerda de aquellas visitas insistentes que le hacía y de mi interés por aprender. Sin embargo, por ese tiempo yo estaba obsesionado con Celaya, con Eladio Cabañero —tan cercado por la soledad y el desarraigo como yo—, con Blas de Otero, cuyas obras “Ángel fieramente humano” y “Redoble de conciencia” eran referencias permanentes, libros de cabecera: *Traigo una rosa de sangre entre las manos ensangrentadas. Porque es que no hay más que sangre*, leía, sobrecogiéndome. Esto enlazaba con las vivencias de mis amigos hispanoamericanos, con sus pueblos torturados bajo las dictaduras repetidas. Con este pueblo de España, a donde paradójicamente venían exiliados de América, que asistía a los últimos ajustes del franquismo, invadida de botas policiales la Universidad y llenas las cárceles de líderes sindicales y políticos.

¿Cómo me impresionó ver en los alrededores del Hospital de San Pablo, en cuyo auditorio me invitaron a exponer los problemas de la enseñanza primaria, tantas decenas de policías pertrechados como si fueran a la guerra! Era un acto clandestino, convocado por los propios estudiantes. Se estaba poniendo en marcha la Ley General de Educación, de 1970, la llamada “Ley Villar Palasí” (por el ministro titular) y yo había publicado en todos los periódicos de Barcelona una carta bajo el título: “Cuando se cree que los niños nacen sabiendo”, donde criticaba el sistema “tecnificado” de fichas didácticas con amplias exigencias de contenidos curriculares. ¿Cómo abordar todo aquello desde un 1º de EGB no precedido de amplias posibilidades de formación preescolar? ¿Cómo hacerlo en tantos pueblos olvidados de todo el país, sin infraestructuras, sin dotaciones? Un grupo de estudiantes de Medicina me localizó e invitó al acto, una Mesa Redonda.

La asistencia de jóvenes era impresionante. Colapsaban el auditorio, los pasillos. Quedaron muchos fuera, como escudos ante la posible carga policial. No ocurrió nada; el debate fue profundo, muy apasionado, con abucheos a algunos profesores que defendían la Ley y mucha condescendencia, generosidad, ante mi intervención, poco estructurada, llena de nerviosismo, pero jaleada cuando hablaba de las múltiples carencias del sistema educativo. Del sistema.

Algunos de aquellos policías que estaban rodeando el edificio, y que de haber recibido la orden de cargar —como otras veces ocurrió— nos habrían machacado, podrían ser gente de mi pueblo. Era una salida a la difícil vida campesina, otra vía de escape a la pobreza. Los vestían de gris, les daban casco, botas, porra y pistola, unas



ideas elementales sobre el peligro masón y comunista, y los ponían a machacar: rojos obreros maltrabajados pagados por Moscú y unos niños de papá que se divertían formando algaradas en la Universidad, eran los objetivos preferidos, el martilleo que cada día les inoculaban, la canción que ellos mismos repetían y que yo les oíría muchas veces cuando más tarde coincidíamos de vacaciones en el pueblo.

Vi cargas policiales impresionantes en la Universidad y en la Plaza de Cataluña. Lo que más recuerdo de ellas era el griterío que se formaba, y las carreras. Aquellos tumultos tenían un poco de “encierro de San Fermín”; se vivía el peligro como los mozos de Pamplona huyendo de las bestias que embestían con fuerza en su estampida. Y a veces rodaba por el suelo algún manifestante seriamente herido, sólo que aquí se estaba jugando más que en los encierros: era salir del encierro lo que se pretendía, de la España oscura, opresiva, insostenible; de la bota que ya llevaba 35 años apretando a la inmensa mayoría.

Luis Cantero, mi otro buen amigo al que entrevisté por aquel tiempo y con el que hice una buena amistad, había hecho de la necesidad virtud, de la mordaza de los tiempos una salida para sus libros, que publicaba sin descanso. Imprimía bajo su exclusiva responsabilidad económica, en autoedición, un número determinado de ejemplares, narrativa o teatro; declaraba una edición muchísimo menor, y cuando los censores revisaban los textos, los prohibían, secuestrando la tirada. Así, pongamos que había publicado 1.000 ejemplares, declarando 100: los otros 900 pasaban a su maletín, poco a poco, y con un valor y una cara a toda prueba, los iba vendiendo por oficinas bancarias, tiendas variadas, tertulias de café. A veces, incluso, encuadernaba varios juntos, en imitación de piel, y los ofrecía con el doble reclamo de obras prohibidas (llevaba siempre consigo los certificados de secuestro) y adorno para la estantería.

Tengo delante, cuando escribo esto, unas “Obras selectas” encuadernadas en semipiel roja y con las letras doradas. 500 páginas con tres obras; libro de cuentos: “Narraciones de color turquesa (con títulos tan “suggerentes” como: “La dama sodomita”, “Una muchachita que liga y estudia”, “El joven que vendía su cuerpo”, “La furcia”, “El pederasta”...), novela: “Un maldito pueblo del sur”, y obra de teatro: “Una deliciosa inmoral”.

Ya en los títulos estaba el cebo para el censor y para sus compradores, muchos de los cuales eran clientes fijos que además corrían la voz, con lo que las tiradas aumentaban. ¡Cómo se mesarían los cabellos los censores y se relamería la clientela ante fragmentos como éste:

*La “Concholindo” exhibe ante los reclutas los certificados de la revisión médica, como si de una joya se tratara:*

*- ¡Aquí nunca pasó nada; mis niñas van cada semana a la revisión!*

*Los reclutas, más confiados, se guardan los preservativos de importación para otra ocasión, y trabajan “a pelo”.*

*- ¡No hay nada como trajinar “a pelo” –dice la Soledad.*

*Algún recluta, de vez en cuando, pesca unas buenas pulgaciones; entonces se acuerda de la madre que parió a Soledad la “Concholindo” y sus respectivas vírgenes. Cuando sana, va y hace la reclamación:*

*- Mira, “Concholindo”, pesqué unas purgaciones de campeonato y...!*

*- ¿Qué dices, “desgraciao”? ¡No sería con mis niñas!*

- *¿Pues, dónde, si no?*

- *Tú sabrás a dónde has ido! Seguramente, alguna del Barrio Chino, de las que no están "sindicadas"...*

Luis se ponía a leer estas páginas en medio de sus clientes en los mostradores de las tiendas, entre las mesas de oficinas, en las barras de las cafeterías, con su verbo fluido, atropellado, y parecía un vendedor de crecepelos del oeste, con éxito seguro. De eso vivía.

Publicó también un libro de entrevistas y encuestas titulado "Los españoles y los ritos sexuales" en que nos incluía a todos los amigos de tertulia, y a escritores famosos, artistas bastante conocidos... Se las arregló para lograr un grueso e interesante volumen que editó Tomás Salvador, buen novelista, que tenía una pequeña empresa editorial, Ediciones Marte, y una ligera... bula, pues pertenecía al Cuerpo Superior de Policía. Sin embargo, el horno no estaba para bollos y también fue secuestrado. Hubiera sido un quebranto económico para Tomás, ya que el libro estaba muy bien impreso, con encuadernación de pastas duras a todo color y abundantes fotografías en papel especial de los que participábamos en el trabajo; pero Luis utilizó su técnica infalible de una declaración menor de ejemplares y se pudieron cubrir gastos con la venta acostumbrada.

Luis Cantero, en los tiempos de "apertura democrática", desde 1976 a mediados de los ochenta, llegaría a gozar de gran popularidad en toda España. Trabajó para Radio Nacional con el famoso Luis del Olmo, para diversos programas de televisión y para la revista "Interviú", que alcanzó tiradas de un millón de ejemplares. Su ingenio no tenía límites. Cuando aún el bikini estaba mal visto, por inmoral, él se paseaba por las playas catalanas con dos mujeres que sólo llevaban la pieza inferior, luciendo unos hermosos pechos bien morenos: las fotos del acontecimiento y del público sorprendido salían en "Interviú", junto a una crónica desenvuelta, llena de "picardía", de nuestro buen Luis, e incluso lo filmaba para televisión. En otra ocasión, hizo el mismo paseo con homosexuales, provocando. O pasaba la frontera con Francia - previa acta notarial del objetivo-, llevando una maleta cargada de dinero español, para demostrar lo fácil de la fuga de capitales. Todo un personaje divertido, vitalista, que me enseñó a combatir, riéndose de uno mismo, la añoranza, la tristeza y los ramalazos depresivos de mi soledad.

## REGRESO.

Como la mili era una barrera interpuesta, su inminencia significó para mí un cambio de rumbo. Volví por unos meses a mi pueblo antes de marchar por algo más de un año a Las Palmas de Gran Canaria, donde me había correspondido por sorteo hacer el servicio militar.

Dediqué el tiempo del retorno a leer mucho y escribir un poco. A reencontrarme con los míos, a recordar. También a asimilar aquel mundo convulso de Barcelona, lleno de tensiones, de esperanzas; de sufrimiento, en los inmensos suburbios de la emigración; de bohemios, exiliados y nostálgicos en las calles del Barrio Antiguo; de luchadores en las fábricas, en la Universidad.

Allí, otra vez en el pueblo, leí buen número de ensayos sobre los movimientos migratorios que, ralentizándose ya, habían removido a Europa. Volví a las obras de Francisco Candel, especialmente “Los otros catalanes”, y luego “Algo más sobre los otros catalanes” e “Inmigrantes y trabajadores”. Me interesó mucho “La condición emigrante”, de Guillermo Díaz-Plaja, así como “Los negros de Europa”, de Ernst Klee, “Alemania: exilio del emigrante”, de J.A. Garmendia, “Trabajadores extranjeros en Francia”, de Pierre y Paulette Calame, “La emigración española a Francia”, de Francisco Parra, “4º Mundo: emigración española a Europa”, de Andrés Sorel, “España peregrina”, de Martín Sagrera y “Las migraciones humanas”, de Louis Dolot. Me fui formando un concepto de nuestras abandonadas regiones de origen con “Andalucía, ¿tercer mundo?”, de Antonio Burgos, “La novena provincia andaluza”, de José M<sup>a</sup> Osuna y “Andalucía, los 7 círculos viciosos del subdesarrollo”, de Nicolás Salas. Fruto de esas lecturas, de mi experiencia de los dos últimos años y de mis reflexiones, serían los reportajes publicados en el periódico HOY y en la revista “Guadalupe” sobre la emigración, y el posterior libro “Maletas humanas” (1977), el primero que se publicó en Extremadura sobre este fenómeno, y al que después, con nuevas lecturas, experiencias, viajes, investigaciones en archivos, etc. añadiría “Emigración: capital humano” (1979), “Emigración: telón de la pobreza” (1982), “Emigración extremeña (unidad didáctica para estudiantes de bachillerato)” (1984), “Movimientos migratorios extremeños en el desarrollismo español” (mi tesina de licenciatura, en 1986) y “La emigración asistida a Europa de la provincia de Badajoz durante el desarrollismo español” (tesis doctoral, de 1990, publicada en 1991 y 1996), aparte de otras aportaciones menores, de ponencias, comunicaciones a congresos, publicaciones colectivas, colaboraciones en periódicos y revistas, etc.

Durante más de veinte años, el tema de la emigración en general y de la extremeña en particular, sería para mí una obsesión que me llevó a muchas luchas, muchos empeños, algunos frutos y grandes desengaños, que habrá ocasión de relatar. Ahora, había vuelto al pueblo y de nuevo disfruté con los míos. Con mi padre volví a coger espárragos por los cerros cercanos, por el riachuelo, los distintos riachuelos del pueblo; con mis amigos, a las fiestas, a los bailes de los pueblos de la comarca: bastantes veces montado en bicicleta; bebí por los bares y serví en el mío; compuse poemas; creé una serie de reportajes sobre personajes rurales entrañables que publiqué en la prensa y llevé algún programa literario en emisoras de radio provinciales.

Sí, sobre todo disfruté otra vez yendo a coger espárragos, una pequeña pasión que mantengo. Siempre he tenido -y tengo- una gran facilidad para encontrarlos en el campo. Me aficionó mi padre cuando era tan pequeño que él me llevaba atrás, en

su bicicleta, y me bailaban las piernas mientras él pedaleaba. Íbamos los domingos, con varios de sus amigos, pero ningún otro niño nos solía acompañar: era yo, por tanto, el centro de atención, me cuidaban todos, pero también me hacían rabiarse, invadiendo el terreno en que buscaba y haciendo como que me quitaban los que iba encontrando. Es curioso cómo un adulto no suele darse cuenta de la angustia que puede invadir a un pequeño, ante una broma que consideran de amistad y para el chico es una situación comprometida o de tensión. Aún recuerdo la zozobra que me invadía ante la cercanía de los demás, al adivinar sus intenciones.

La jornada siempre repetía un atractivo ritual: nueve kilómetros o diez de pedaleo, hasta un cortijo en lo alto de una loma. Allí, tomábamos con el encargado de la finca café con leche; se hablaba; después servían un queso que aún recuerdo: curado, de ovejas que pastaban por los alrededores, con un aroma que si lo vuelvo a oler al momento lo reconocería; también el pan era excelente. Habíamos echado más tiempo en la casa que en llegar, y nadie tenía prisas. La rivera donde empezábamos la faena caía a menos de 500 metros y dejábamos las bicicletas, sin necesidad de precauciones, en la orilla; no era ni siquiera imaginable que alguien las robara. Adentrándonos en zarzas y tamujos -pisoteando juncales y albolagas, apartando arbustos de fresnos y de encinas-, íbamos componiendo cada uno su manajo. Pasado el mediodía, llegábamos hasta un claro donde había un pozo y allí sacábamos nuestra tartrera del almuerzo. Comíamos por el suelo y yo admiraba unas enormes mariposas, de cuerpo más grande que mi dedo pulgar, alas estampadas con círculos oscuros y antenas como peines, de las que había gran número entre la maleza; nunca he visto mariposas tan grandes, como tampoco un agua tan clara como aquella del riachuelo, donde bebía después de comer.

Dábamos la vuelta por unos cerros de los alrededores, en donde los espárragos abundaban menos y, en lugar de verdes como los del río, presentaban un color marrón brillante; eran por lo general más cortos y también más delgados. Un día, entretenido en la búsqueda, me quedé rezagado y al levantar la vista no vi a nadie entre las elevaciones irregulares del terreno. Recuerdo todavía el susto, el llanto, los gritos que daba en los breves segundos que estuve solo en aquel mundo agreste donde oía el piar de los pájaros y, enseguida, la llamada salvadora de mi padre, elevado como un dios en uno de aquellos pequeños promontorios.

Terminado el acopio, volvíamos a donde dejamos las bicicletas y se iniciaba el retorno por etapas. Otra visita a un cortijo cercano, donde de nuevo sacaban el vino, pan, queso y chorizo de la casa, y todos charlaban mientras yo me reponía de las caminatas con un apetito que hasta ahora nunca perdí. Estaba anocheciendo cuando a un kilómetro del pueblo solíamos hacer la última parada: una Cantina, antecesora de los restaurantes de carretera en que mi padre y sus amigos culminaban su ritual festivo con los últimos vasos de vino. De allí, a la tortilla de espárragos y a la sesión semanal del cine, con su película de vaqueros intrépidos e indios y mejicanos holgazanes y malos. Aplaudíamos mucho y se cerraba con ello la jornada.

Ahora, con este regreso temporal, habían desaparecido los cortijos, cerrado la Cantina y cambiado la vieja bicicleta por el coche que con mis ahorros contribuí a comprar. También los amigos de mi padre, en gran parte, participaron en la desbandada migratoria. No era lo mismo, y muchos lugares de nuestro recorrido habitual estaban siendo alambrados. Sin el antiguo ritual, el aliciente se debilitaba. Incluso el cine ya no era la misma cueva de emociones, sin aquel griterío de los muchachos que se fueron también tras las maletas.

## SERVICIO MILITAR.

No me costó mucho marcharme a Las Palmas. La tristeza, sí, de dejar atrás a la familia, pero el pueblo se me había ido de las manos. Cuando se cambia el papel de protagonista por el de observador, se pierde arraigo, se cortan las raíces. Estaba tomando el hábito -no creo que bueno- de mirar las cosas desde fuera y por ello es como si flotara en una nube, inspeccionándolo todo. Cualquier aire me podía llevar de un lado para otro: yo sólo era el que tomaba notas.

*Ustedes* –nos dijo un suboficial que nos recogió en la base aérea de Zaragoza, donde nos concentraron a los reclutas- *no van a hacer el servicio militar. Van a pasar unas extensas vacaciones en el mejor de los lugares.*

Nosotros, que nunca habíamos visto tanto uniforme junto, de los que salía tanto grito, tanta orden, no lo veíamos tan claro. ¡Qué día el primero entre formar en filas por tiempo interminable, viajar en aparatos ruidosos, incómodos, bamboleantes como camiones viejos, hacer escala en Sevilla cuando creíamos que ya estábamos en la Base de Gando, vomitar, volver a vomitar, llegar, limpiar los vómitos y nuevamente en filas, con el estómago en el cuello y un mareo que nos tiraba por el suelo de cemento!

Sin embargo, no era malo el cuartel, ni tampoco constante la mala leche de los suboficiales. Manejar a varios cientos de veinteañeros, venidos de todos los rincones del Estado, no debía ser fácil para aquellos hombres que nos doblaban la edad y que cuatro veces al año tenían que coger a una tropa desigual, darle consignas claras, como *dejar los cojones en la puerta del cuartel y recogerlos a la vuelta o si hay algún maricón que se trague sus mariconadas hasta que se licencie*, y conseguir que marcaran un paso marcial para besar con gallardía la bandera.

No guardo un recuerdo especialmente negativo de aquel tiempo. Las leyendas que nos contaban nuestros padres no eran ya más que eso. Ni pulgas, ni chinches, ni suciedad, ni hambre, ni aquella extrema dureza marcial de la posguerra. Pasados los meses de instrucción, algo engorrosos, venía el tedio de un año de cuartel y destinos diversos, muy suavizados con permisos, pases para llegar por la noche más tarde e incluso dormir fuera si se justificaba un trabajo, unos estudios, algún familiar que te acogiera, y hasta exención total de vivir en el cuartel, notificando una residencia en la localidad. Yo fui pasando por las distintas fases a medida que me procuraba unos ingresos: clases particulares, trabajos de promoción en grandes almacenes, etc.

Allí entré en contacto con buenos escritores, que me acogieron con exquisita cortesía. Recuerdo en especial a Justo Jorge Padrón; acababa de obtener el accésit del Premio Adonais, cuando lo ganó mi paisana Pureza Canelo, y estaba visiblemente dolido, convencido de que se había cometido un atropello. Y sobre todo me impactó Pedro Lezcano, siempre trabajando en su imprenta, cercana al “Diario de Las Palmas”, donde colaboré y pasé muy buenos ratos con Pedro Perdomo Azopardo. Pedro Lezcano había publicado un conmovedor libro de poemas: “Consejo de Paz”, por el que le habían formado consejo de guerra. Con estos versos y aquellos tiempos no era para menos:

*Si no sois primavera, espuma o viento,  
Fuerzas de Tierra, Mar y Aire;  
si el vendaval no sois ni la semilla,  
ni la lluvia que nace de los mares,*

*usurpadores sois de las palabras  
nobles y elementales.*

En Santa Cruz de Tenerife conocí a Juan Cruz, que me descubrió los secretos del Valle de la Orotava y las Cañadas del Teide. ¡Cómo me gustó ascender tan alto, ver desde sus 3.718 metros de altitud las otras islas, las nubes a mis pies como un dios griego! Sin embargo, nada me impresionó tanto como Lanzarote, que recorrí por fuera y por dentro -deambulando por sus grutas- con dos amigos, montañero atrevidos, a los que seguía por los precipicios de las entrañas de la tierra pasando el mayor miedo de mi vida. Lanzarote tenía unas playas inmensas por el norte, apenas visitadas (incluso cuando volví, años después, en viaje de novios), que sólo he vuelto a ver -en su belleza- por el Caribe. Y estaba el exotismo de su tierra quemada, de los inmensos valles de piedra volcánica, de los viñedos e higueras protegidos uno a uno por barreras de piedra pómez, escondida la planta en un hoyo, para protegerse del viento y coger más humedad en aquellos secarrales. Allí vi labrar con dromedarios, freír huevos entre pedregales poniendo directamente la sartén en el suelo, utilizar como transporte el asno todavía. Allí sentí una grandiosa paz, esa tranquilidad, ese sentido de lo inmenso que ha cautivado a tantos, que ha hecho que José Saramago se instale a vivir definitivamente.

Eso he de agradecer a mi paso por el servicio militar: conocer a tantos jóvenes venidos de todas las provincias, entrar en contacto con escritores y periodistas isleños que sigo recordando con agrado, descubrir unas islas llenas de belleza y de misterio. Y también, ver un poco por dentro el engranaje militar, pues tras los meses de instrucción, en contacto sólo con los suboficiales y un par de tenientes, así como el capitán, que veíamos como un dios por su poder, fui enviado a Estado Mayor, algo como un firmamento de estrellas y constelaciones.

Cuando me dijeron que iba destinado a la Secretaría del General Jefe del Sector Aéreo -recuerdo sus apellidos: Querol Muller, y tal vez Fernando de nombre-, creí que me desmayaba. Hice los cálculos: si un capitán tenía categoría de dios en el cuartel y al verlo había que cuadrarse y saludar a gritos, ¿qué pasaría cuando me llamase el general? Porque, me lo advirtieron, recibiría las órdenes directamente de él, en su despacho, al toque de dos timbrazos en la Secretaría -uno era para el subteniente-; yo me encargaría de recoger sus manuscritos y pasarlos a máquina, devolviéndoselos al tenerlos mecanografiados. El taconazo que di la primera vez lo conservo aún en el recuerdo, y su cara cordial, su educación hablando, la energía enorme con que trabajaba, lo mucho que a sí mismo se exigía. ¡Cómo disfrutaba después con la presencia temblante en el antedespacho de oficiales y jefes que eran llamados a consulta! Incluso en una ocasión, por orden del general, les cerré la puerta en sus narices, ya que estaban hablando alto y molestaban; su comandante-ayudante, otro más y dos tenientes coroneles se quedaron blancos, mientras yo les encerraba como a unos niños malos.

El general Querol lo era de brigada, y en el despacho contiguo estaba otro de división, Jefe de la Zona Aérea, que ascendería enseguida a teniente general y un par de años después fue el último Ministro del Aire que tuvo el Gobierno; recuerdo también sus apellidos: Franco Iribarnegaray. Un hombre más comedido, de menos presencia que Querol, y muy ceremonioso con los soldados cuando nos encargaba algún trabajo. En el fondo, todo el Estado Mayor era educado, distendido en el trato, menos un teniente coronel ante el que temblaban incluso los de su misma graduación. Los pobres sargentos y brigadas que tanto me impusieron en los primeros meses, se deshacían como un merengue si eran llamados a su presencia. ¡Qué curioso el poder jerarquizado!

Tampoco es que la vida civil esté exenta de esas actitudes de sumisión y mando, pero allí se veía con múltiples escalones, como en cascada. Incluso los cabos solían tiranizar a los soldados, a poco que se vieran jodidos desde arriba o que necesitaran reafirmarse ante su propia minusvalía. Yo también llegué a cabo -interino- y muchas veces miraba con orgullo y pavoneo mis galones.

El tiempo pasó sin tensiones especiales. Desde allí se controlaba toda la zona del Sahara, pero Hassan II aún no se atrevía a desafiar a los militares españoles. Demasiado preocupado estaba con los intentos de asesinato y de golpe militar que había sufrido recientemente como para desafiar a Franco y correr el riesgo de que éste ordenara alguna invasión que acabaría con su reinado. Aquel Estado Mayor donde yo trabajaba, tenía grandes expertos en control militar del Sahara y conocían también los puntos flacos de Marruecos. ¡Cómo debieron rabiar cuando en el verano de 1975, un año después de licenciarme de la mili, Hassan montó la “Marcha Verde” e invadió el desierto controlado por España, sin que se les permitiera intervenir!

Ni siquiera cuando el 20 de diciembre de 1973 mató la ETA al almirante Carrero Blanco, Presidente del Gobierno, se tomaron medidas que nos crearan dificultades. Aquella mañana recorrí el centro de Las Palmas buscando por las mercerías tela negra de seda para hacer brazaletes de luto, por encargo del general, que me dio personalmente el dinero para comprarla. No recuerdo otra cosa especial, aunque supongo que habría misa por el alma de Carrero y que el coronel-castrense pronunciaría uno de sus discursos disparatados, que a nosotros nos resbalaban por completo y a lo más causaban hilaridad -aplazada en sus manifestaciones hasta el “rompan filas”- por sus despropósitos.

Este hombre, pequeño, serio, acartonado, siempre vestido de sotana y con tres estrellones en el pecho, gustaba de arengarnos con historias de la Guerra Civil. A estas alturas de 1973 aún decía que los rojos apresados solían declarar que a nada temían más que a un falangista recién comulgado. *Ahí está la fuerza -gritaba- del cuerpo de Dios, la fuerza del creyente, del purificado con el santo sacramento de la comunión.* Por lo que decía, era tomar la hostia y ponerse a matar como posesos. Una “guerra santa”, sostenida casi cuarenta años después, y sin posibilidad de rebatirle que con aquellas salvajadas hacía más daño a la propia religión que todos los demonios sacados con sus tridentes, sus rabos, sus pezuñas, a pasear entre la formación de los soldados.

Flaco favor le hacía al Ejército y a la religión este hombre seco, frío y distanciado. Como ocurría también con el capitán-castrense ayudante. Un tipo que simulaba ser cercano, estar preocupado por nuestro bienestar -material y espiritual- y nos pasaba encuestas sobre creencias e inquietudes que luego sospechamos eran fichas de oscuras intenciones, de control ideológico, político. Creo que de todos aquellos militares es de éstos de los que la mayoría guardamos peor recuerdo. A muchos, nos empujaron a desconfiar de los curas e incluso a ir distanciándonos de la creencia en la institución eclesiástica y también de la propia religión católica que representaban.

Al abandonar el cuartel en junio de 1974, no guardaba rencor hacia nadie. Ni consideré el tiempo pasado como perdido. Conocí a mucha gente; viajé bastante por las islas, plagadas de turistas y ya también de emigrantes subsaharianos con los que conviví en pensiones del centro de Las Palmas; aprendí un poco de administración en la oficina; leí bastante; inicié unos estudios en la Universidad Nacional de Educación a Distancia que me ayudaron mucho a superar las oposiciones a Profesor de EGB en el verano de 1974; gané algún dinero dando clases particulares y haciendo tarjetas de crédito comercial, y comprendí que las sábanas hay que llevarlas a lavar de vez en cuando y no a los dos meses como me ocurrió la primera vez en el cuartel.

Volví la cara hacia el patio, cuando salía del edificio militar donde aprendí a desfilar y a cantar los versos compuestos por Pemán para el arma de aviación: *Volad, alas gloriosas de España*, y volaba, volaba libre a la Península, mientras quedaban allí nuevos reclutas, muchos angustiados, porque les tocaría hacer el resto de la mili en África y eso siempre sonaba a guerra sin cuartel. Desde el aire, vi la hermosa playa de Las Canteras, siempre llena de gente; vi la ciudad, estrangulada por el mar entre esta playa y la menos atractiva, portuaria, de las Alcaravanas; me pareció adivinar en el Parque Dorama un baile regional de los que había contemplado con la nostalgia traspolada hacia mi tierra. Sentí, de pronto, que dejaba algo mío en aquella especie de garbanzo caído en el Atlántico que es esa hermosa isla, a cuyo ritmo me había acomodado, como me ocurrió en Barcelona, como me ocurre en cada lugar que visito con detenimiento, porque siempre en cualquiera palpita la vida y la ilusión, y las comparto, y sé que somos de la tierra, de cada tierra que pisamos, y en ellas vamos dejando retales de una vida que es difícil, que es imposible, reunir y componer. Luego, a la vuelta, cuando en el verano de 1976 pasé allí unos días de mi viaje de novios, ya no era lo mismo. Un turista siempre sobrevuela y no se encarna con la gente; hace fotos, se asombra, alaba o despótica, pero pasa rozando el espíritu de cada lugar sin penetrarlo.

No he vuelto nunca más, pero retengo en el recuerdo a los personajes entrañables del Parque de Santa Catalina, ganándose la vida vendiendo a los turistas bagatelas. Recuerdo las pensiones de la zona, llenas de jóvenes rurales y de varios países africanos, soñando con un nuevo camino; los compañeros insulares de la mili, que nos llamaban “godos” y aún creían que éramos los sucesores de aquellos que exterminaron a los “guanches” y por eso a veces nos odiaban; los pueblecitos entrañables, auténticos, preservados, del interior, y aquellos aldeanos humildes que en nada se parecían a los turistas de Las Palmas, de Maspalomas, a los que soñaban con seducir, participar en alguna medida de su supuesta riqueza, su abundancia. La dulzura en el habla, la parsimonia de su vida. Esa mirada acostumbrada al mar y aquella piel de yodo y caramelo que tantos ansiábamos tener los que veníamos de los secarrales interiores del país.



## HOGARES PROVINCIALES.

La oposición no fue muy dura. No era el drama de ahora, con una plaza para varias decenas de titulados, cargados de mil méritos académicos que no son más que carga, papel muerto que transportar y fotocopiar y compulsar. Muchos no consiguieron plaza, pero había aún empleo para todos, garantías de acomodo en poco tiempo, con cierta seguridad, no la inestable situación que después se crearía a cualquier nivel, la dura precariedad que se instaló.

Con la plaza segura de profesor, en mi tierra, la alegría de mis padres no conoció límites. Quedaba eliminado el fantasma de una nueva vuelta a Barcelona, y se abría una etapa sedentaria en la que me instalé pretendidamente para siempre, cortando el maleficio de la errancia.

Mi primer destino fue en Badajoz. En las escuelas de los Hogares Provinciales, donde aún vivían más de 200 niños y jóvenes, bajo la tutela de la Diputación. Eran menores sin familia, o con familias indigentes, desestructuradas o de imposible convivencia. Carentes de afecto, de raíces, del mínimo calor con que sentirse protegidos; faltos de seguridad y de asidero, inestables, rebeldes unas veces, deprimidos las más, bastante susceptibles. Gregarios por la fuerza. Muy agradecidos, ante las muestras de cariño, que nunca les sobraban.

Con 23 años, yo me sentí hermano mayor de aquellos chicos. Me quedaba con ellos en sus patios interiores, de cemento y banquetillos, donde pasaban normalmente las horas de la tarde, el tiempo que no estaban en la escuela, el comedor, el dormitorio o la capilla. Paseaba también, cuando los fines de semana se les dejaba libre, por las calles de la ciudad; los llevaba a la emisora de Radio Popular, donde colaboraba, o a entregar mis artículos al periódico, al Parque de Castelar, a las plazas cercanas. Conocía sus vidas, sus deseos. Sabía lo que les preocupaba, la dureza de ese vivir marcado por un orden aséptico, donde a veces se mantenía la disciplina a base de castigos, de voces y desplantes.

La situación, no obstante, había cambiado con respecto a la de unos pocos años más atrás. Algunos compañeros de profesión y sus amigos, que habían pasado por los Hogares, me contaron su experiencia de los años cincuenta, y aquello era una horrible pesadilla, increíble en su sadismo, en tanto horror que no podía ni imaginar. Por ello, investigué sistemáticamente el pasado de la institución, recurriendo a las técnicas de historia oral y de historia de vidas. Viajé para conocer instituciones similares, de Diputaciones y de los Tribunales Tutelares de Menores; fui a Olivenza, Cáceres, Málaga, Toledo, Salamanca, Madrid... Aún vi cabezas rapadas y uniformes de raya; filas para entrar, para salir; ojos de una tristeza inabarcable, una infinita soledad en medio del tumulto, el griterío de patios y pasillos. Pude entender que Badajoz era un ejemplo más de aquella pesadilla, de aquel desconocido ambiente de dolor.

La editorial HOAC, de Madrid, se atrevió a publicarme un libro, entre ensayo y reportaje, con mi experiencia y los testimonios de los que habían vivido los tiempos del sadismo: "Una niñez hundida en la tortura". Estábamos en 1976 y la Diputación intentó querellarse contra mí; consta el acuerdo en los archivos. Alguien más sabio que sus jerifaltes del momento debió aconsejar que desistieran, pero intentaron hundirme utilizando a alumnos y exalumnos en confesiones publicadas desmintiendo los hechos. Procuré dar a la redacción el carácter abstracto de unos hechos posibles en cualquier lugar y tiempo, excepto una parte final -"Hojas de mi diario"- con

anotaciones precisas, pero envueltas en un alo poético, afectivo y denunciando sólo carencias asumibles. Ridiculizando este apartado, para que se sintiesen heridos e indisponerlos contra mí, las cuidadoras -me dolió más que fueran monjas- les leían a los pequeños fragmentos delicados; los niños, durante varios días, me reprocharon con su mirada las alusiones veladas a situaciones particulares de muchos de ellos.

Recibí anónimos, esas cartas sin firma que en sí ya son una descalificación para quien las escribe. Pero también me dieron felicitaciones, palabras de apoyo incluso por la calle. El libro se vendió muy bien en toda España, y debió llegar a manos que investigaron hechos, situaciones, la actualidad de las denuncias. El director de mi escuela -al mismo tiempo subdirector del periódico HOY- y la inspectora de la zona, con la autoridad incontestable de aquellos tiempos de incógnita, muerto Franco, pero en pie sus obras y sus hombres todavía, me increparon, rabiaron contra mí; llamaron a los chicos mayores del internado, a otros que ya habían salido de él, y al final tuvieron que tragarse sus reproches, porque la mayoría confirmó mis denuncias. Más de uno les confesó que habían bebido orines por mearse en la cama; que se les obligó a comer lo vomitado; que se les había pegado hasta el desmayo con el mástil de la bandera, obligado a comer de pie, al sol, cara a la pared; que se les encerró en cuartos oscuros, sin ventilación, sin alimentos, sin agua, forzados a un silencio total, si no querían prolongar el aislamiento de un día a otro más o más aún. Que en aquel momento seguían existiendo las vejaciones, los desprecios, los múltiples castigos de encierro, palizas, quedarse sin comida...

Mi empeño era demostrar que la situación no correspondía sólo al caso particular de una institución. Que aquello había sido, era, la norma de los oscuros internados de los niños huérfanos y pobres del país, los más necesitados de cariño, de comprensión, de apoyo, de medidas terapéuticas para compensar sus carencias. Y que, decididamente, había que cambiar, formar educadores, fomentar aptitudes de cariño, valorar la dignidad de aquellos internados, perseguir actitudes de desprecio y desamor.

No sé si mi denuncia sirvió para mucho. La hice, como haría tantas otras en los siguientes veinticinco años, con afán de mejorar el estado torcido de las cosas, sin pararme a pensar en los inconvenientes que me acarrearían. Me vi fortalecido por lo que pensaba que era un acto justo, y como tantas veces iba ocurrir, esta fortaleza habría de enfrentarse a los dardos envenenados del rencor, pero también se ampararía en la sonrisa tierna de los que vieron en mi voz la suya reforzada.

## RECITALES DE VERANO.

Al tiempo que investigaba en la problemática de los internados y aguantaba la polvareda de la publicación del libro, me encontré metido en una actividad poética arrolladora. En junio de 1975 se celebró en Badajoz un Festival de Música, Poesía y Convivencia que marcó el inicio de otros más, así como semanas culturales, actos poético-musicales, etc. Entre otros muchos, casi siempre repetíamos actuación los cantautores Pablo Guerrero y Luis Regidor, y los poetas Manuel Pacheco, Jaime Álvarez Buiza y yo mismo.

Aquellos actos tenían más de antesala de las actividades políticas a punto de estallar que de acontecimientos artísticos en sí. De hecho, los organizadores solían ser líderes estudiantiles y dirigentes políticos de izquierda que iban saliendo a la luz. Ellos nos invitaban a sus pueblos y ciudades, y las plazas, los salones de cine o de baile, se llenaban de gente que aplaudía los versos y canciones exigiendo justicia, denunciando atropellos, gritando libertad.

*Extremadura,  
tierra de conquistadores  
que apenas te dieron nada.  
¡Ay!, mi Extremadura amarga,  
¡ay!, mi Extremadura  
levántate y anda.*

Pablo Guerrero, con su voz profunda, denunciaba el abandono de esta tierra, llena de tópicos y de miseria, de abandonos. Como Luis Regidor, potente, desafiante:

*Noble Extremadura, mendiga en Cortes,  
allá se van tus sueños y allá se rompen.  
Te mueves hacia dentro y mides tu muerte,  
abre el camino al verso y burla tu suerte.*

Manuel Pacheco, venerado poeta, era siempre muy aplaudido en cada acto. Con sus 55 años, resultaría ya toda una leyenda. Gustaba mucho su “Romance a mi bota”, fuerte desafío, con Franco todavía en el poder:

*La bota que tengo rota  
es la izquierda.  
La del pie del corazón  
y la boca siempre abierta.*

Jaime Álvarez Buiza, con una voz muy reposada, serio y contundente, ponía en pie a los auditorios con versos como éstos:

*Y, ¿quién se acuerda de ti,  
vendimiador esforzado,  
que vas dejando tu cuerpo  
en los racimos del amo?*

*Di, ¿quién se acuerda de ti?*

Declamados en Almendralejo, ante ricos vinateros que aún creían que los poetas iban allí a cantar la belleza de sus reinas de fiesta y de vendimia, sin meterse en más camisas, resultaban insólitos, impactantes y descolocadotes.

Yo recitaba poemas al labrador, al hombre endurecido por la tierra: Aquellos que había visto inquietos, esperando el trabajo cada día en la plaza de mi pueblo.

*Este es un labrador.  
Ved sus manos terrosas,  
los callos de sus dedos,  
las uñas desgastadas...*

Pienso que aquellos recitales de los veranos de 1975 y 1976 tuvieron un importante valor iniciático. Recorrimos decenas de plazas y salones llevando la señal de un tiempo que necesariamente cambiaba. Curiosamente, antes de morir Franco apenas se pusieron pegas a los actos en que participábamos, ni censuraron nuestros versos. No obstante, fallecido el dictador, sus guardianes -temiendo que no estuviera todo bien atado- cerraron filas y bocas, se esforzaron en retroceder a tiempos ya olvidados: nos revisaban las canciones, los poemas; censuraban versos, tachaban estrofas, recomponían composiciones, quedándose con copia que un delegado gubernativo llevaba a cada acto, dispuesto a cortarlo si no se respetaba el texto tal como lo tenían, mutilado. Pasaron a más: rechazaban por completo obras un poco antes recitadas. Y más: prohibir los actos porque sí, por oscuras razones de seguridad que no justificaban.

Aquello era como intentar parar una avalancha de agua arrojando cartones en el río. El tapón resistió sólo un empuje y enseguida se desbordaría la corriente que ya nunca pudieron detener.

Salieron poetas, cantores, de todos los rincones. Se multiplicaron los actos en el año siguiente. Extremadura, España, era una gran plaza de recitales y mítines en 1977. Ya más bien de mítines, porque la poesía, la canción, regresaban a su normalidad pausada; su papel de embajada y torbellino había terminado. Nos quedó un buen recuerdo a todos, un puñado de amigos unidos por el arte y la ilusión, y un pequeño defecto “demagógico” en el verso que a muchos nos costó un gran trabajo corregir.

De aquella etapa, recuerdo con horror el sueño que pasaba regresando en mi coche, de madrugada, de los lugares más diversos. Los volantazos. Alguna salida de la carretera, afortunadamente sin consecuencias para lamentar. Pero más me quedan los aplausos, aquellas ovaciones al tiempo que se abría, a la esperanza inaplazable; la convivencia, la alegría; esa comunión irrepetible que se produce en los primeros tiempos de un cambio trascendente. Y al lado mismo, en Portugal, se había producido una revolución que ni ellos mismos se esperaban: tajante e incruenta, radical, decisiva. Compensaba un poco la amargura que un año antes supuso para todos el brutal golpe, lleno de sangre y de dolor, de Pinochet en Chile. Nos transportaba nuevamente a la utopía. Mezclamos nuestros versos con los suyos. Los versos del sueño, la canción de los sueños.

*Grândola vila morena  
terra de fraternidade,*

*o povo é quem mais ordena  
dentro de ti ó cidade.*

Era una estrofa muy cantada entonces, perteneciente a una composición prohibidísima del cantautor portugués José Afonso, que sirvió de señal en la madrugada del 25 de abril de 1974 para comenzar el golpe militar contra la dictadura vecina. ¡Cómo no sentirla nuestra en aquel tiempo! ¡Cómo no iba a planear por los espíritus de los que llenábamos las plazas con versos y canciones en el 75!

## EL RECUERDO DEL “GOLPE” EN CHILE.

Fue aquel un golpe militar inusitado. Varios cientos de jóvenes capitanes se levantaban contra un poder autoritario, contra una tiranía interior que ejercía igualmente su opresión despiadada sobre grandes extensiones coloniales. ¡Y cómo digerirlo si en todo el siglo sólo había muestras de lo contrario: apoyo y refuerzo militar para las dictaduras; golpes de sable y de fusiles contra gobiernos democráticos! Siete meses antes, el ejemplo lo tuvimos en Chile. Un mazazo además inesperado, pues el país no tenía tradición de tanta saña como allí desplegaron los mandos militares que hasta entonces habían colaborado con el gobierno legal de su país. El comandante en jefe, general Augusto Pinochet, encabezó un levantamiento sanguinario que acabó por triunfar el 11 de septiembre de 1973.

Salvador Allende, en su último discurso a poco de morir, transmitido por Radio Magallanes, decía: *Quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción crearon el clima para que las fuerzas armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y refirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector que hoy estará en sus casas esperando, con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.* Allende, encabezando la “Unidad Popular”, integrada por el Partido Socialista, el Comunista y algunas formaciones de centro-izquierda, había ganado las elecciones el 24 de octubre de 1970 e inició una vía democrática hacia el socialismo. Nacionalizó el cobre (en manos sobre todo de empresas poderosas de Estados Unidos) e inició el proceso de reforma agraria, para acabar con los inmensos latifundios. El bloqueo económico de EE.UU., la huida ilegal de capitales, el boicot productivo y político interior, las acciones terroristas de la extrema derecha, la decisiva actuación de la CIA en el ejército chileno, fueron preparando el terreno, en especial desde 1972. Cuando unas nuevas elecciones en marzo de 1973 den a la “Unidad Popular” el 43% de los votos (frente al 36’2% de las elecciones anteriores), todos estos factores aceleran el proceso, comprendiendo que por la vía democrática no pueden vencer al socialismo.

Veinticinco años después tuve ocasión de rememorar estos sucesos con Carlos Altamirano, el que fuera Secretario General del Partido Socialista de Chile, con Luis Sepúlveda, escritor, asesor de confianza de Salvador Allende, y con Miguel Littín, cineasta, nombrado por Allende presidente de Chile Films. Me resultó conmovedor oír sus testimonios, la ardiente acusación de unos hombres heroicos y a la vez tan sencillos que lucharon queriendo para su país un mundo a la medida de la justa dignidad que todos merecemos. Son ellos, como tantos chilenos que continúan en la lucha, un alegato vivo contra aquella masacre prolongada, manejada por el poder económico-político de los EE.UU. y que ejecutó un ejército sublevado contra su propio pueblo. Se repetía el modelo que abrió las venas -como dice el escritor uruguayo Eduardo Galeano- de América Latina. Que apenas dos años y medio después se reproduciría en Argentina, descargando su ira y brutal escarmiento contra la gente que soñó con aquellas palabras que cantaban, que cantábamos todos, de justicia, paz y libertad.

El escritor Ariel Dorfman, nacido en Argentina, formado en EE.UU. y participante en la revolución chilena como asesor de Allende, lo ha expresado con una enorme belleza y profundidad en su libro “Rumbo al Sur, deseando el Norte”:

*Él entendía que el golpe del general Pinochet se había llevado a cabo fundamentalmente para devolver el poder económico y político a quienes lo habían*

*ejercido durante siglos. Pero también tenía claro que la contrarrevolución estaba pensada como una lección, una admonición. Se lo sometía a esa disciplina tan rigurosa por el imperdonable pecado de usar su imaginación, de imaginarse en el centro de un escenario que supuestamente no le pertenecía. Pinochet estaba tratando de que millones de personas como Diego se arrepintieran del acto mismo de rebelarse, el hecho de que se hubiesen atrevido a soñar una humanidad alternativa, un sendero diferente del que la vida anónima les había marcado desde antes de que nacieran.*

*Pinochet estaba preparando el mundo que conocemos ahora, más de veinte años más tarde, donde la palabra “revolución” sirve para vender zapatos para el jogging y la avaricia ha sido proclamada como excelente y las ganancias han terminado por ser el único criterio del valor y prevalece una actitud cínica frente a todo y la amnesia se ensalza como una virtud y se la justifica como una solución a todos los dolores del pasado.*

¡Qué lejos van quedando las ilusionantes canciones del chileno Víctor Jara, asesinado enseguida del inicio del golpe, y que aún resonaron en nuestros recitales del 75 y 76; que fueron lema en la “Revolução dos Cravos” portuguesa de 1974-75; que ya... casi ni oigo en Cuba!:

*A desalambrar, a desalambrar,  
que la tierra es tuya,  
es mía, es de aquél,  
de Pedro y María, de Juan y José.*

¡Y cómo se ha ido pasando la mano sobre tanto responsable de masacres que escapan a la imaginación de cualquier ser normal, jugando con la ley, sus trampas, sus recursos, con las inexplicables componendas! Ernesto Sábato, recordando su trabajo en la Comisión que investigó los crímenes militares durante la dictadura argentina que inició el general Videla en 1976, escribe en su libro “Antes del fin”:

*El informe era transcrito por dactilógrafas que debían ser reemplazadas cuando, entre llantos, nos decían que les era imposible continuar su labor. En más de cincuenta mil páginas quedaron registradas las desapariciones, torturas y secuestros de miles de seres humanos, a menudo jóvenes idealistas, cuyo suplicio permanecerá para siempre en el lugar más desgarrado de nuestro corazón. (...)*

*Lamentablemente, las leyes de Obediencia debida y de Punto final, y luego los indultos, han abortado aquella voluntad soberana que hubiese sido un ejemplo de lucha ética, que hubiera tenido consecuencias ejemplares para el futuro de nuestra patria.*

Fueron problemáticos esos años de mitad de la década de los setenta. La crisis económica mundial, ocasionada en parte por la subida de los precios del petróleo a raíz de las luchas entre israelíes y palestinos, en 1973, en la que se vieron involucrados buen número de países árabes del área, llevó al paro y la miseria a gran número de trabajadores, como pasa siempre. Como ocurrió en el crac de 1929, o antes, tras la Gran

Guerra Europea de 1914 a 1918, y luego con la Guerra Mundial de 1941 a 1945. Como iba a ocurrir a finales del siglo XX, con el triunfo de las grandes multinacionales, la sustitución de la mano de obra por elementos de alta tecnología y la ambición desmedida de los que más tienen, que no se contentan con ganar más y quieren ganar todo.

Serían años convulsos. De violencia. De inestabilidad. De cambio. Y para nosotros, en España, de esa esperanza renovada que los pueblos cultivan cuando desaparece un dictador y se anuncian tiempos nuevos, aunque el cordel económico nos esté apretando el estómago y el cuello. Años intensos, con la sombra del paro y la luz de la naciente democracia, débil, vacilante, una y otra vez amenazada.



## “ESQUINA VIVA”

Fruto de la actividad de los poetas en 1975, que enseguida el escritor Francisco Lebrato Fuentes, con su generosidad de siempre, calificó de “Generación”, fue la creación de la “Editorial Esquina Viva”. La primera iniciativa no oficial para publicar libros de nuevos escritores que apenas tenían cabida en las instituciones oficiales, limitadas en la práctica a las dos diputaciones provinciales. Como en la inmensa mayoría de las regiones del país, la vida editorial de Extremadura era casi nula; resultaba un acontecimiento la publicación de cualquier libro, sobre todo de creación o ensayo. Así, los pocos que teníamos editado o sacábamos por entonces algo nuevo, gozábamos de cierta “cancha” en los medios de comunicación: noticias, reseñas, entrevistas, críticas de las obras... normalmente con mucha benevolencia por parte de los demás compañeros. Y además se vendían relativamente bien; claro que estamos hablando de media docena de “novedades” al año, lo que ahora hay -si se me apuracada semana.

En este empeño editorial estábamos los periodistas Jeremías Clemente Simón y Gregorio González Perlado (también poeta), el narrador Tomás Martín Tamayo y los poetas Jesús Delgado Valhondo y Manuel Pacheco, además de yo mismo. Los trámites ante el Ministerio de Información y Turismo fueron muy laboriosos, y la posibilidad de formar una sociedad era complicada y económicamente gravosa. Al final, se decidió la fórmula más corta: empresa personal; pero aquello conllevaba responsabilidad y exposición del capital propio (poco, pues a lo más que teníamos los implicados era nuestro sueldo, y alguno su casa). Como yo era el único soltero y, por tanto, el que no tenía que darle cuentas a nadie, decidimos que figurara a mi nombre. Aún recuerdo el capital que declaré: los ahorros de menos de dos años de trabajo como profesor, el coche que me había comprado, una máquina eléctrica de escribir y un par de miles de folios, más mi escasa biblioteca de entonces.

Conseguimos unas 600 suscripciones a los seis libros que prometimos editar en un año y con ello nos atrevimos a empezar. Los medios de comunicación, en especial el HOY y “La Hoja del Lunes”, nos ayudaron mucho, publicando de continuo el boletín de suscripción, aireando sin descanso la iniciativa y cada uno de sus productos, animando a la compra en librerías de cada libro que se editaba.

Cumplimos en el empeño un par de buenas campañas y además de diversos libros de autores individuales, de ensayo, novela, narración y poesía, sacamos dos antologías literarias que no tenían precedente en la región y a las que han seguido otras muy diversas por otros medios. Se trataba de una “Narrativa extremeña actual”, en un tomo, y una “Poesía extremeña actual”, en tres tomos. Estos últimos ya con cierta dificultad financiera, pues a partir de 1978 las publicaciones de diversos organismos, privadas y autoediciones, se prodigaron y no era posible mantener suscripciones, ni tanto apoyo periodístico, ni ventas aseguradas en librerías. De todas formas, nuestro objetivo básico se cumplió: impulsar el panorama editorial en una tierra tradicionalmente atrasada en éste y tantos sentidos.

Fue mucho el tiempo, la ilusión, la inventiva, que dedicamos al proyecto cultural. Enorme la actividad que desplegamos. Creo que en esos años, de 1976 a 1979, estuve más que nunca metido en este mundo de la literatura y junto a él en el del periodismo. Coincidió, además, con un importante movimiento de reivindicaciones de nuestros emigrantes, que siempre animé, y con las primeras actividades políticas

democráticas, en las que entré de lleno, por lo que fui multiplicando mi presencia en actos públicos, en medios de comunicación y editoriales, etc., alternando las facetas de editor, escritor, político y animador socio-cultural. Todo ello supuso en cuanto a mi economía una... significativa dentellada, pues apenas si cobraba algunas colaboraciones periodísticas, pero gastaba más de lo debido en la actuación política (lo que redoblaría en años posteriores), a la vez que robaba tiempo a mi familia recién constituida. Me casé el 7 de agosto de 1976 y nació mi primer hijo el 23 de abril de 1977 (el segundo y último lo haría el 21 de septiembre de 1978); ¡cuánto hubo de aguantar Rosa María en aquellos años de fiebre por cambiar el mundo desde este rincón tan olvidado del país! ¡Cuántas ausencias por viajes, reuniones, actos, campañas de cualquier tipo! De todas formas, las complicaciones “voluntariamente aceptadas” no habían hecho más que comenzar. ¿Han terminado? Ahora, cuando escribo, a mil vueltas de tanto, ¿he puesto punto y final a un sacrificio permanente que me ha llevado tantísimas veces al pie de los caballos, al borde del abismo, del definitivo desengaño?

## COMIENZOS DEMOCRÁTICOS.

Había conocido a Rosa María en un curso de perfeccionamiento del profesorado en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Extremadura. Recuerdo su nombre: “Psicología del aprendizaje”, así como lo poco que aprendí en él, como en tantas decenas de cursos que he hecho después. Siempre le damos vuelta a lo mismo, a lo que ya sabemos, y no se avanza nada. Algo parecido ocurre en los congresos y encuentros de historia y educación, a los que he asistido no sólo en España sino en Portugal, Francia, Cuba, Argentina..., en los que he coincidido con profesionales de más de un par de docenas de países. No sé si en otras ciencias será igual, pero quiero creer que los médicos no siguen a vueltas con la doble circulación de la sangre o el papel crucial en la renovación del oxígeno desempeñado por los pulmones. De cualquier manera, lo importante es la gente que se conoce, y en este caso la trascendencia de haber encontrado a Rosa María. Era el otoño de 1975, tras la primera campaña poética, cuando preparábamos la salida de “Esquina Viva” y mi libro “Una niñez hundida en la tortura” estaba ya aceptado por la HOAC.

Una tarde en que habíamos ido a visitar a mi hermano, que estudiaba interno en un colegio de formación profesional, nos llovió intensamente por la calle y cuando llegamos a mi coche estábamos mojados por completo. Allí no tenía nada para secarnos y eché mano a unos cuantos folios timbrados de “Esquina Viva” para escurrirnos el pelo. Estaban recién impresos y es posible que ésta fuera una de las primeras funciones que desempeñó la editorial. Lo cierto es que secaban muy poco, pero nos divirtió el episodio y desde dentro del coche veíamos caer la lluvia con la alegría de las iniciaciones. Cuando llueve, siempre recuerdo el incidente con cariño y una cercanía que parece imposible el que haya pasado más de un cuarto de siglo.

La celebración de nuestra boda, el 7 de agosto de 1976, se convirtió a los postres en un acto literario en el que intervinieron poetas y escritores que se estuvieron moviendo en los recitales de estos tiempos, y mi suegro, Sergio Rodríguez, también leyó unos sentidos versos por la “separación” de su hija, que ahora, más de veinticinco años después, acaba de sucederme a mí con Moisés, mi hijo mayor. En este largo intervalo, afortunadamente, no he tenido de mi familia más que satisfacciones; los disgustos los he puesto yo, con mis actividades a veces tan quiméricas y mi carácter en muchas ocasiones explosivo.

Así, en 1977 me presenté como candidato a diputado, el número tres, en la lista por Badajoz de la coalición PSDE-PSOEh (Partido Socialista Democrático Español-Partido Socialista Obrero Español histórico, escindido del “renovado”, que lideraba Felipe González). Llevábamos en las candidaturas de toda España importantes militantes socialistas de la época de la II República, pero los medios económicos y la atención de los grupos políticos europeos y periodísticos españoles estaba con los llamados “renovados”. La campaña fue por nuestra parte un gran esfuerzo por dar un mensaje de transición pactada al socialismo democrático, pero no cuajó. Cada día, después de mi trabajo, iba en mi coche a una población distinta, ilusionado como siempre en cambiar el mundo, dejando en casa, en Almendralejo -donde vivía por entonces-, a mi mujer y a mi hijo recién nacido, para regresar bien entrada la noche, cansado y convencido de que aquello no marchaba.

Otros partidos, sobre todo UCD (Unión de Centro Democrático), liderado por Adolfo Suárez, Presidente de Gobierno venido desde los escalafones del

franquismo, y PSOE, con un Felipe González impulsado por la socialdemocracia de Alemania, se veían claramente como vencedores y sus campañas eran un poco ya “a la americana”. Incluso desfilaron majorettes, se lanzaron globos y llevaban fanfarrias en los mítines. Todo menos hablar de programas. Todo menos razonar un modelo social y de gobierno. Todo menos llamar al razonamiento. Lo contrario a lo que yo, ingenuamente, creía que debería ser. Por ello, me desesperaba. Denunciaba este modelo electoral en mis propios mítines, concretaba propuestas y quería contrastarlas con las de los demás; evitaba los llamamientos viscerales, el aplauso fácil del insulto, el chiste grueso, los falsos besos y abrazos que exhibían los líderes por la televisión. Me repugnaban las técnicas electorales desplegadas, basadas en la frivolidad, las falsedades con tal de caer bien, las promesas absurdas, aquel maniqueísmo de yo todo lo bueno y los demás no valen para nada.

Evidentemente, mis razonamientos no podían ser más desacertados. Caían en saco roto. Eran como agua sobre tejado: resbalaban. No correspondían a lo que la gente quería oír. Pienso que aburría hasta a las ovejas queriendo cambiar el mundo; tal vez, en el fondo, es que todos sabemos lo imposible de este sueño, y que aquí se trata sólo de limpiar las veredas, de echarle un poco de agua a los caminos para que el polvo no nos seque la garganta. De levantar poquito a poco el edificio de la vida, sabiendo que las más altas quimeras pueden derrumbarse fácilmente y aplastarnos a los que levantamos sus paredes. Ahí estaban, tan cerca en el tiempo, las tragedias de Chile y Argentina para corroborarlo. Y más atrás nuestra propia, múltiple sangre derramada: la amputada, exterminada a fuego y a cuchillo II República española. ¿Qué se podía esperar? La democracia sí; era imparable la recuperación de todas aquellas libertades conquistadas por EE.UU., por Francia, casi dos siglos atrás: libertad de expresión, pensamiento, reunión, manifestación, movimiento... La reconquista burguesa cuarenta años secuestrada en el país. Pero lo otro, lo del pan, el techo y el trabajo; lo de acabar con el escándalo de las desigualdades; lo del reparto social de la riqueza; lo del derecho “natural” a un mínimo confort, garantizado sin resquicios... aquello se dejaba para plasmarlo en los papeles, para incluirlo incluso en las Constituciones, pero sin garantías, sin medidas concretas y medibles que lo hicieran realidad.

*A los políticos se les va la fuerza por la boca, oía muchas veces.*

*Todos son iguales, me decían hasta los niños de la escuela.*

Y yo me rebelaba. Insistía en que aquello se acabó. Que ya vinieron nuevos tiempos. Que entre todos lo podíamos cambiar. Pero a medida que se acercaba el día de las elecciones, lo veía más oscuro. Se multiplicaban los actos frívolos, la propaganda de diseño, la vaciedad y los insultos. Hacían publicidad los partidos como si estuvieran vendiendo detergentes. Vi lo inútil de seguir razonando, intentar contrastar ideas, medidas, actuaciones, bagaje de cada uno de los candidatos. Me daba rabia haber hecho tanto esfuerzo para nada, tantos kilómetros para nada; haber dejado solos a mi mujer y mi hijo tantas tardes, tantas noches, predicando en un desierto de piedras y de sombras. Decididamente, no era aquella la democracia que me interesaba, de músicas y cohetes, sonrisas falsas, caritas pintadas, millones y millones gastados en propaganda de frases para enganchar al ciudadano como el cebo a los peces, el trigo en las trampas de los pájaros.

Las elecciones eran el 15 de junio de 1977. Dos días antes, envié a los medios de comunicación una carta declarando mi desengaño, denunciando la fanfarria y anunciando que yo no iba ni siquiera a votar, que no colaboraba más con aquella impostura que me daba náuseas. La UCD obtuvo mayoría y los mismos que habían

conducido la nave -así le gustaba decir al dictador- del franquismo serían los encargados de desarrollar el régimen contrario. Como en el dicho popular: Lo mismo valían para un roto que para un descosido. O este otro: Los mismos perros, con distintos collares.

Esto me hace recordar una anécdota que me contó Otelo Saraiva de Carvalho, héroe mil veces vitoreado de la Revolución Portuguesa de los Claveles, que el 25 de abril de 1974 derribó la dictadura del vecino país. El ahora teniente coronel retirado Otelo, ascendido a general (luego degradado) tras el inicio revolucionario del que él fue uno de los principales estrategas, el “cerebro” más reconocido, daba un mitin en 1975, en un momento conocido como PREC (Período Revolucionario En Curso). Estaba presente el entonces Presidente de la República Francisco da Costa Gomes, que le sugirió por lo bajo: *Diles que la revolución portuguesa es socialista*. Otelo se volvió hacia él, preguntándole con sorna: *¿Pero eso es verdad?*, a lo que el general Costa Gomes le respondió: *No. Y la gente sabe que no va a ser así. Pero les gusta oírlo.*

## “REVOLUÇÃO DOS CRAVOS”.

Oír. Llenar el aire de palabras. Calentarse la boca. Prometer. Gritar y descalificar a los demás. Gastar dinero en propaganda, como si se estuviera vendiendo Coca-Cola; eso es lo que vi. Eso es lo que desprecié tanto, porque yo pensaba en una transición de debates, de confrontación de programas y claras decisiones de gobierno. Y además en que aquello sería un camino claro y decidido hacia la justicia y la igualdad.

Ahora, veinticinco años después, lo que no me explico bien es mi ingenuidad. O mejor, mi ignorancia. Ciertamente que mis conocimientos históricos eran todavía muy endeble, cierto que mi información sobre política internacional era floja. Pero no es menos cierto mi ceguera, mi falta de intuición. Lo malo es que me iba a acompañar muchos años todavía, aunque los conocimientos históricos y la información política se vieran recrecidos con mis estudios universitarios de Historia (doctorándome en Contemporánea), de Filosofía y Ciencias de la Educación (licenciándome) y la participación activa política, variada, frenética, como se verá. ¡Cuántas veces estudié las utopías levantadas, caídas y vueltas a caer! ¡Cuántas comprobé que Sísifo no alcanzaba nunca la cima y estaba condenado a seguir deambulando por la ladera de la montaña!

Me interesaron las sublevaciones en Sumer, dirigidas por Urukagina en el 2.500 a.C., y las de Sargón en Acad doscientos años más tarde, que pretendían poner fin a la propiedad de los templos y los grandes dominios. Estudié sus caídas, las múltiples traiciones. Me apasionaron las reformas de Licurgo en Esparta, en el siglo IX a.C., y las de los tribunos Tiberio y Cayo Graco en Roma, en el siglo II a.C., la de Marco Livio Druso, cien años después: todas combatidas, derrotadas. Las luchas señoriales de la Edad Media, formándose los inmensos dominios que se acrecientan más en la Edad Moderna. La rapiña del siglo XIX, originándose las inmensas fortunas de los que aprovecharon la revolución industrial explotando a los grandes perdedores de la historia: la masa de obreros, campesinos huidos del hambre de los campos. Los intentos revolucionarios del siglo XX. ¡Oh!, los grandes sueños mejicanos, vilmente traicionados. Las enormes revoluciones de Rusia y China, zozobrantas, asfixiadas en su propio soplo de vida arrebatado. Y aquí, tan cerca en el espacio, discurrió al tiempo que nosotros comenzábamos el cambio, la “Revolução dos Cravos” portuguesa, que he tenido ocasión de estudiar con gran detenimiento y revivir con sus protagonistas principales. “Un sueño domesticado”, como titulábamos mi hijo Moisés y yo un libro que nos publicó en 1999 la editorial madrileña “Fundación de Investigaciones Marxistas” a propósito de este proceso.

¿Qué recordamos de aquella revolución iniciada por capitanes veinteañeros, sublevados contra la alta jerarquía civil y militar? ¿Qué de aquella noche en que Lisboa fue tomada por tanques sin apenas disparar un tiro, y el sucesor de Salazar, Marcelo Caetano, sólo pudo resistir, oculto en el Cuartel do Carmo, unas cuantas horas? Pienso en la presencia de claveles en la boca de los tanques y fusiles; la gente subiéndose a los árboles, a las grandes máquinas de guerra, con los ojos llenos de alegría; la movilización inmediata de obreros, campesinos..., la salida de presos del Fuerte de Peniches. Y luego, la esperanza corriendo como el agua por cerros y planicies, por pueblos y ciudades, por fábricas y campos. Al fin, la libertad para los pueblos oprimidos de las múltiples colonias donde se derramó la sangre de indígenas, soldados, los de siempre. Por fin, en serio la promesa de justicia, la impaciencia por iniciar su marcha. El hambre de tierras satisfecho en el PREC que durante casi todo 1975 dio esas tierras a los que las trabajan. La nacionalización de los grandes medios productivos.

Sobre todo, el verano del 75 fue especialmente revolucionario. “Verão quente”, para los portugueses, que tras el triunfo del 25 de abril de 1974 asistieron a dos sobresaltos involucionistas afortunadamente derrotados: el 28 de septiembre, cuando los militares más conservadores intentaron desplazar del poder a comunistas y socialistas avanzados, con el consentimiento del general Spínola, Presidente de la República, que se vio obligado a dimitir, y el 11 de marzo de 1975, otra vez con Spínola involucrado, que hubo de exiliarse. Mario Soares, secretario general del Partido Socialista, se había mantenido hasta entonces de acuerdo a regañadientes con los comunistas de Alvaro Cunhal, pero ya el 1 de mayo de este año se enfrentó abiertamente, rechazando el proceso “sovietizador” de Portugal; el Secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger le tenía alertado: *Usted puede ser el nuevo Kerenski; va a tener que exiliarse a EE.UU. antes de que Cunhal le haga desaparecer*. La CIA ya estaba maquinando. El siguiente 25 de noviembre, un golpe militar moderado corta el proceso y comienza la marcha atrás en las conquistas obreras, campesinas.

*¿Cómo os fiasteis del general Spínola, sabiéndole un militar clasista y neocolonialista?*, le he preguntado a Otelio Saraiva de Carvalho, estratega del golpe de los capitanes.

*Porque necesitábamos alguien que infundiera tranquilidad en el exterior. Nosotros, jóvenes oficiales, no hubiéramos tenido la mínima credibilidad*, me dijo. Y se miraba las hombreras, donde se ponen las estrellas.

No les fue difícil neutralizarlo. Pero el sueño de Otelio y de otros capitanes concienciados, como Salguero Maia o Durán Clemente, coroneles como Varela Gomes, generales como Pezarat Correia, almirantes como Rosa Coutinho, iría demasiado lejos. Apoyaban una lucha que iba más allá de impulsar la descolonización en África y Asia; quisieron reconquistar las libertades. Conocían la injusta distribución de la riqueza; sabían del boicot de la oligarquía a las conquistas democráticas, sus sabotajes, fuga de capitales. Comprendían la lucha sindical y política de los grupos marxistas, entre los que el PCP desempeñaba el papel principal. Apoyaban al gobierno del general Vasco Gonçalves, que se hizo cargo del ejecutivo en julio de 1974 y estuvo en él hasta septiembre del 75, en un proceso acelerado de socialización.

Con muchas tensiones internas, con muchas contradicciones, estos militares estuvieron al lado de los campesinos del sur, que llegaron a tomar 1.200.000 hectáreas de latifundios, creando en ellas 550 Unidades Colectivas de Producción, y ya tenían en proyecto otra operación similar. 72.000 trabajadores se ocupaban en ellas, allá donde antes apenas empleaban 21.000. Y no eran cooperativas al uso, con reparto de beneficios, sino colectividades con salario asambleariamente establecido y reinversión de plusvalías en mejoras, compra de maquinarias, realización de infraestructuras, transformación industrial de producciones, comercialización, dotaciones sociales para la zona: colegios, guarderías, hospitales, hogares de ancianos... mejoras de consumo: supermercados propios, selección productiva ecológica, etc.

El mismo mecanismo estaba en marcha en las ciudades, con las nacionalizaciones: fábricas, banca, seguros, transporte, hostelería... Pero este proceso, tan alejado del mercado, de las leyes del “mundo occidental”, privatizador, competitivo, individualista, neocapitalista y neoimperialista... no era bien recibido por las “potencias amigas”, que sutilmente movieron los hilos para reconducir los sueños. Por eso el “golpe” de noviembre, encabezado militarmente con éxito por el teniente coronel Ramalho Eanes, enseguida general y Presidente de la República, será apoyado por todas las potencias democráticas, y los políticos y militares radicales fueron arrinconados o

tienen que exiliarse, como es el caso del coronel Varela Gomes o el capitán Durán Clemente, los últimos en empuñar las armas y hacer llamamientos a la población para una resistencia ya imposible en aquel mismo día.

¡Qué relegación aquella a que fueron sometidos incluso los militares más moderados! No sólo el inquieto Otelo, que hasta ha estado varias veces en la cárcel, acusado... de terrorista, sino otros claramente conciliadores, como el entonces capitán Vasco Lourenço, hoy teniente coronel retirado, presidente de la “Associação 25 de Abril”. Muchos como él no han pasado de comandantes o tenientes coroneles, habiendo protagonizado el golpe decisivo contra la dictadura, en tanto otros compañeros de promoción, no implicados en la hazaña, han alcanzado el generalato, siendo incluso posteriores en el escalafón.

Vasco Lourenço, un hombre afable con el que me podido hablar en varias ocasiones, me dice: *Es el problema de las revoluciones: los que la protagonizan siempre estorban*; pero lo dice serenamente, sonriente, sin sombra de rencor. Y Durán Clemente, con el que he trabado una fuerte y emotiva relación, puntualiza: *Es el problema de las revoluciones que no se completan: los arribistas se hacen al final con el poder*. ¡Y no por ello se encoleriza, sino que también, resignadamente, me sonrío!

El caso es que la Constitución aprobada el 2 de abril de 1976 aún tenía un contenido revolucionario. Dice en su ARTÍCULO 1º:

*Portugal é uma República soberana, baseada na dignidade da pessoa humana e na vontade popular e empenhada na sua transformação numa sociedade sem classes.*

Hasta la revisión de 1989 (la 2ª) no se cambian las dos últimas palabras por *livre, justa e solidária*, cuando ya lo de “sociedade sem classes” no se lo creían ni los más inocentes, o los más desesperadamente esperanzados.

En su ARTÍCULO 80º leíamos:

*A organização económico-social da República Portuguesa assenta no desenvolvimento das relações de produção socialistas, mediante a apropiação colectiva dos principais meios de produção e solos, bem como dos recursos naturais e o exercício do poder democrático das classes trabalhadoras.*

En la revisión de 1982 (la 1ª) se matiza el artículo haciendo coexistir el sector público con el privado, y en 1989 se profundiza la liberación. ¡Pero es que desde mayo de 1976 estaban los propios gobiernos salidos de las urnas saboteando lo que habían dictado y aprobado en la máxima ley!

Los siguientes 20 artículos de la Constitución original tratan sobre la organización económica, en el sentido de ese artículo 80º, e incluso hay todo un TÍTULO en ese CAPÍTULO sobre la “Reforma Agraria”, diciendo en el ARTÍCULO 96º:

*A Reforma Agrária é um dos instrumentos fundamentais para a construção da sociedade socialista.*

Esta contundencia desaparece en las revisiones constitucionales, dando paso al apoyo a las propiedades privadas y familiares, o como más cooperativas tipo tradicional. ¡Pero es que mismamente a finales de abril de 1976, a unos días de aprobarse la Constitución, ya se dictan decretos de devolución de fincas ocupadas y ventas de propiedades estatales a particulares! Los años siguientes, hasta 1989, serán de



agonía de las UCPs, desposeyéndoles de las tierras cedidas, hasta acabar con todas las Unidades Colectivas, a veces con enormes y violentas batallas en el campo, empleando el gobierno incluso tanquetas para desposeer a los campesinos de sus colectividades, condenándolos al paro secular, en medio de las dehesas de caza contra las que se alzaron apoyando a los románticos capitanes de abril del 74. Muchos, por su resistencia en estos despojos, volvieron a ver la cárcel, y dos jornaleros, de 17 y 57 años, encontraron la muerte ante los fusiles de la Guardia Nacional Republicana en el municipio alentejano de Montemos-O-Novo, el 27 de septiembre de 1979.

*Nos mataram* –me decía hace unos años, cuando preparaba con mi hijo Moisés el libro sobre esta Revolución y unos reportajes complementarios que publicamos en la revista “O Pelourinho”, el dirigente campesino António Gervásio-. *La GNR y la Policía de Segurança Pública utilizaron de todo: carros ligeros de combate, perros policías, bastones eléctricos, caballos, aviones de vuelo rasante...; prisiones, torturas, juicios sumarios...*

António Gervásio, un hombre entrañable con el que hemos hecho una profunda amistad, me ha enseñado la documentación legal de todo este proceso. El Tribunal Supremo Administrativo de Portugal dictó 574 sentencias favorables a las UCPs, pero los sucesivos gobiernos no han ejecutado ni una sola. Ni las leyes, ni las sentencias judiciales, han servido para deshacer tanto atropello. Las unas, porque se dictaron para no cumplirlas; las otras, porque siempre hay otro recurso a una instancia jurídica distinta que las dilata y anula: para eso están los profesionales de buscarle las vueltas a la maquinaria de los tribunales; es cuestión de dinero, de mantener por el mango la sartén del poder, o de contar con el apoyo del mundo en posesión de la “Verdad”.

## **RASTROS REVOLUCIONARIOS EN LATINOAMÉRICA. ¿EL OCASO?**

Esta revolución, esta última revolución romántica en Europa, guarda grandes parecidos con la que tendría lugar cinco años después en Nicaragua. La protagonizan fundamentalmente unos jóvenes que quieren cambiar el mundo. Que estatizan las grandes propiedades para repartirlas colectivamente entre los trabajadores. Que sufren el asedio económico, social, político del mundo occidental, porque se salen del redil. Que a pesar de todo tiene grandes logros, devuelven la dignidad a los vencidos de la historia; toman protagonismo los que siempre fueron perdedores. Que... tras muchas luchas desde la base -las manos de faena-, termina “conducida a la normalidad”.

En pocas partes he hecho tantos amigos como en estos dos países. Bueno, también los hice -entrañables- en Cuba, un caso tan distinto y del que tendré más adelante que hablar con cierta calma. He colaborado largamente con el diario “Nuevo Amanecer”, de Managua, por mediación del periodista, poeta y diputado sandinista Luis Rocha, un hombre genial, apasionado, siempre moviéndose entre causas perdidas. El me presentó a Ernesto Cardenal, el insigne poeta que fuera Ministro de Cultura del gobierno sandinista y al que el Papa Juan Pablo II le negó el saludo, lo abroncó en público y lo suspendió en sus funciones como sacerdote: estaba en pecado, por mezclarse con comunistas. Es Ernesto Cardenal un hombre pausado, muy sereno, siempre sonriente; pero se encrespa cuando tiene que defender los logros de la revolución boicoteada, vilipendiada a base de calumnias. Y se enternece cuando recuerda a tantos campesinos luchando y trabajando por conseguir el pan, salvaguardar la dignidad:

*Una bala de francotirador te dio en la cara  
cuando saltabas a la calle en León  
gritando, para animar a los de tu escuadra que te seguían:  
¡PATRIA LIBRE O MORIR!  
Poeta caído a los 20 años.  
Estoy pensando en esto Ernesto  
ahora que los niños son besados por los soldados  
y hay un taller de poesía en la Policía  
y el Ejército de Alfabetización con su uniforme azul y gris  
está regado por todo el país, y hay Reforma Agraria  
y los niños vendeperiódicos y limpiabotas son llevados a jugar.*

Oí de sus labios este poema en la Residencia Universitaria de la Universidad de Extremadura en Jarandilla de la Vera. Varias decenas de estudiantes, políticos, escritores latinoamericanos compartíamos unos días de estudio y reflexión. El escritor chileno Miguel Rojas Mix coordinaba el acto y apenas pudo articular dos palabras para cerrarlo; otra más y se hubiera echado a llorar. Ernesto, con la boina negra sobre su extensa melena tan blanca, su blusa blanca, pantalones azules descuidados, brillaba como un patriarca del amor.

Unos y otros, portugueses y nicaragüenses, pusieron un clavel en la bocana del fusil: escuelas literarias donde la sordidez pasada y los interrogatorios policiales; soldados alfabetizándose, alfabetizando el país; Reforma Agraria; niños elevados desde la miseria al verdor de los juegos. Unos y otros, soñadores, como lo

habían sido un poco más atrás los chilenos, como en medio de los sabotajes lograban serlo los cubanos.

Y en su defensa de guerreros medievales, asediados, mil veces hostigados, fueron perdiendo la partida. Y muchos, desde dentro incluso de la revolución que expulsó a tiranos y sádicos sicarios, han convenido en que ese es el camino: reconducir, moderar exigencias, convenir. Sergio Ramírez, el que fuera vicepresidente sandinista, me hablaba veinte años después de la irrupción revolucionaria y exitosa de los suyos, de que el único Estado eficaz es el “Estado pactado”, mediante el ejercicio del consenso.

*La izquierda “tomista” -decía, refiriéndose a la revolucionaria- es excluyente. No va con el progreso, que viene de la mano del entendimiento de izquierdas y derechas.*

No son ajenos a estos postulados otros guerrilleros latinoamericanos, como es el caso de Joaquín Villalobos (miembro fundador del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador), que cuando yo le reprochaba, a finales de los años noventa, sus ataques a la *izquierda siniestra* (en sus palabras, refiriéndose a la izquierda marxista), sonreía, tan de vuelta de tantas luchas perdidas, reperdidas.

*La izquierda que dice “no” al mercado, asusta a la población -razonaba-. Necesitamos una izquierda socialdemócrata y una derecha civilizada para sacar nuestro país adelante.*

¿Qué hay de verdad en todo esto? No lo dicen simples charlatanes de la barra de un bar. Lo dicen luchadores, guerrilleros que decenas de años estuvieron exponiéndolo todo. Intelectuales que en los años setenta usaron la palabra y el fusil por las selvas de Centroamérica para liberar a sus pueblos de la tiranía y la miseria. Hoy hablan de *eficacia económica*; *equidad* lo llama Edmundo Jarquín, del Banco Interamericano de Desarrollo, otro luchador que despotrica del... igualitarismo comunista, repartidor de pobreza.

A todos ellos los acusa el sociólogo norteamericano James Petras de *haberse atrincherado en la política parlamentaria y comenzado a asimilar políticas neoliberales de privatización*. En este sentido, el mejor contrapunto se lo oí a Fidel Castro en el Teatro Kart Marx de La Habana, cuando clausuraba un Congreso de Educación en junio de 1998, en el que participamos varias centenas de educadores de más de una docena de países: *Hay quienes, para excusarse de no hacer el socialismo, dicen que no quieren repartir la miseria. Claro, es muy lógico, la miseria la reparten entre las masas y la minoría privilegiada no recibe ninguna miseria, tiene todos los ingresos, todos los gastos asegurados.*

¿Cuál es la alternativa? ¿Cuál la postura más sensata? Desde esos años convulsionados, he asistido, he participado en el debate, que a veces te deja sin aliento, pesimista, derrotado. Cuando retomé la poesía, en 1999, dediqué mis primeros versos - transformados al año siguiente en el libro “Siempre Abril”- a la Revolución de los Claveles. Entre ellos, dedico una composición a Álvaro Cunhal, al que había seguido

como político, investigador y novelista, y conocí en un mitin en Campo Maior, sobre 1994, y luego coincidimos en un acto sobre la Reforma Agraria en Évora, en 1999. Digo en ella:

*¿No estás cansado  
de levantar tus manos hacia la nada inmensa  
hacia la nada?  
Caminar sobre la arena del desierto  
sin que nadie se pare  
a recoger los ecos de tu voz.  
Gritar una vez más  
las sagradas consignas que los demás ya ignoran.*

Álvaro Cunhal siempre se me pareció un poco a Julio Anguita, pese a las diferencias de edad y de experiencias. Ambos secretarios generales de partidos comunistas, vieron como se descomponían los países del Este sin que se removieran sus convicciones. Sufriendo en las carnes de sus formaciones y en las propias los efectos negativos del derrumbe; difamados, tomados a chacota muchas veces, pero siempre firmes, sin exteriorizar ni el más pequeño desaliento. Austeros, radicales, duros en la respuesta al contrincante. Pero secos también en el trato con los suyos, tal vez a causa de una profunda timidez bien maquillada, de una modestia cultivada en exceso. Con Julio compartía muchas inquietudes históricas, la fascinación por las desamortizaciones del siglo XIX, sobre lo que él estaba haciendo en los años noventa su tesis doctoral; la pasión por la docencia, profesión de ambos; el gusto por la política municipal, que el ejemplarizó siendo alcalde de Córdoba. Con todo, ¡qué poca cercanía emocional manifestaba! Ni en el momento de relax tras una comida entre unos cuantos compañeros perdía esa barrera sutil que creaba distancia. Pienso que igual pasaba con Álvaro Cunhal. Sin embargo, ¡qué admirables los dos, qué íntegros, qué incansables tras de tantas luchas de las que dejan heridas que nunca cicatrizan!

António Murteira, buen escritor, infatigable político de batallas que acaban en derrota casi siempre, histórico también de la Reforma Agraria portuguesa, prologó mi poemario, y decía:

*Agora há que “caminar sobre la ardiente arena del desierto”... “a recoger los ecos de tu voz”, de nuestras voces. Façamo-lo! Porque essa é a condição do Homem: caminar, caminar sempre.*

¡Oh!, entrañables amigos caminantes; luchadores saltando las barreras, buscando los recodos, salvando los escollos; estrategias escogiendo la fórmula que dé por fin con el antídoto contra tanta avaricia, tanta mezquindad; controvertidos debatientes, combatientes. ¡Cuánto he aprendido de cada uno de vosotros, equivocados o acertados, pero sinceros siempre, sacrificados al extremo!

Caminar siempre. Limpiamente, aunque topemos tantas veces con la nada inmensa, con la nada. Caminar, aunque tengamos que desandar caminos, empezar desde cero, buscar por otras sendas. Porque, como nos cantaba Mercedes Sosa en aquellos años setenta de tanto despertar:

*Qué ha de ser de la vida  
si el que canta  
no levanta su voz en las tribunas.  
Por el que sufre,  
por el que no hay ninguna razón  
que le condene a andar sin manta.*

Caminar, cantar, gritar es lo que hicimos en aquellos años de ilusión, a pesar de tantos reveses, tantos engaños, tanta piedra subida como Sísifo, caída y vuelta a levantar. Aún se puede ver nuestra figura, recortada en el perfil de la ladera, aunque pasen las masas y nadie pare a recoger los ecos de nuestra voz, nuestra canción, y sí en cambio se aprovechen tantos avispados de la senda que fuera despejada.

## CONGRESO DE EMIGRANTES.

En la primavera de 1978, una coordinadora de grupos de emigrantes extremeños organizó un festival de música y poesía en Navalmoral de la Mata. El lema: *Extremadura, tierra rica de hombres pobres*. Aún había que presentar poemas a censura; así era el gobierno democrático de UCD. Yo me negué a recitar en esas condiciones, pero estuve presente y hablé de aquella exigencia que consideraba un atropello. Fue un acto concurrido, antinuclear -al lado del doble reactor de Almaraz-, reivindicativo del retorno voluntario de emigrantes. Allí se reconsideró la idea de hacer un Congreso de Emigrantes Extremeños, del que ya habíamos hablado en algunos actos culturales y en la presentación de mi libro “Maletas humanas” en Hogares Extremeños de distintos puntos del Estado. La idea era apoyada por todo tipo de organizaciones, si bien había un grave inconveniente: las más tradicionales exigían que fuese una actividad “apolítica”; las más combativas, pretendían su politización, pero al margen de los partidos; éstos, deseaban entrar en la organización.

Aquí me tocó a mí hacer una labor de encaje. Por un lado, convencer a las Cajas de Ahorro para que financiaran el Congreso; por otro, garantizar a cada uno la mínima satisfacción de sus exigencias. Así, desde abril a julio me vi obligado a mantener múltiples reuniones, encuentros, asambleas, y publicar artículos, realizar ruedas de prensa, estar al quite de cada opinión que se publicaba. Esto tenía el inconveniente de que el Congreso se identificaba en exceso con mi persona, pero la ventaja de que, una vez logrado que se confiara en mí, se podría celebrar lo que hasta entonces, tras múltiples intentos de diversas organizaciones, no había pasado de borrador de proyecto.

Tuve en la tarea un buen colaborador: Julián Rocha, miembro del colectivo “Voz Castúa”, de Barcelona, recién regresado a Badajoz. Un hombre discreto, trabajador, meticoloso, muy ordenado, que gozaba de la confianza de los grupos de emigrantes más contestatarios del País Vasco, Cataluña y Madrid. Juntos hicimos el proyecto del Congreso, convencimos al Rector de la Universidad Laboral de Cáceres para que lo acogiera en sus instalaciones y conseguimos que aquellos grupos más activos de emigrantes jóvenes se implicaran: podrían debatir libremente en las asambleas congresuales, que es lo que más les interesaba.

Los Hogares Extremeños más tradicionales siempre se mostraron reticentes; se llevaban fatal con los grupos juveniles. Éstos tenían entre sus componentes buen número de militantes de izquierda radical y aquellos contaban con muchos nostálgicos del antiguo régimen. Creo que nunca he tenido que desplegar más “diplomacia” que en aquel problema sin salida: artículos y más artículos en prensa, dorándoles la píldora, visitas, conversaciones prometiendo control, comedimiento... algo que en modo alguno estaba en condiciones de asegurar, pero lo hacía. Al final, dejando siempre en el aire su participación, también se presentaron cuando desde los días 25 al 28 de agosto celebramos el Congreso.

En cuanto a los partidos políticos, no hubo grandes inconvenientes. Aceptaron todos su papel de invitados, bien seguros de que al final los medios de comunicación destacarían su presencia. Por otra parte, a aquellas alturas del comienzo democrático, con tantas tareas por hacer, tampoco les preocupaba mucho verse liberados de organizar y controlar una más de la que no existían precedentes sobre su rentabilidad. Secretarios regionales y provinciales, así como la mayoría de los

parlamentarios salidos el año anterior de las elecciones de junio, estuvieron presentes e intervinieron.

Con esas garantías más o menos formalizadas y un programa seguro de intervenciones de poetas, cantautores, grupos de teatro, coros musicales, pintores, escultores con sus obras, librerías, editoriales... las Cajas de Ahorros de Badajoz, Cáceres y Plasencia hicieron una sustancial aportación: 100.000 pts. cada una -del dinero de entonces-. Otras entidades bancarias y particulares también dieron algunas ayudas menores, pero muy necesarias para completar los gastos de cartelería, octavillas, programas, megafonía móvil anunciando el Congreso por los pueblos, publicidad en medios de comunicación...

Agosto fue un mes frenético para Julián y para mí. Tuvimos que multiplicarnos en actos y reuniones. Escribí como un autómatas artículos y reportajes a diario. Diseñé publicidad. Viajé. Telefoneé hasta el hastío. Cuando a las nueve de la mañana el día 25, tras solventar los últimos problemas de “protagonismo” entre los miembros del comité organizador, abrimos las sesiones, respiré con un alivio que me duró... casi cinco minutos.

El primer interviniente, Domingo Tomás Navarro, cuya ponencia desconocíamos pues no pudo entregar el original por cuestiones -alegó- de tiempo, se despachó con la propuesta de *un nuevo partido político que lleve a Extremadura al poder*. Ahí vieran saltar a los representantes políticos invitados, reuniéndose de urgencia, convocando a la prensa, denunciando la manipulación del Congreso. Y vieran a los directivos de Hogares rasgarse las vestiduras ante el incumplimiento de no politizar los actos. O a los jóvenes emigrantes de grupos más radicales, sintiendo en la propuesta un tufillo de pequeña burguesía regional. O a los representantes de las cajas de ahorro cruzando los dedos ante la avalancha politizadora.

La lluvia me cayó toda a mí, y creo que alguno no me lo ha perdonado todavía. ¿Cómo convencerlos de que nada más comenzar el acto, ante unas 400 personas y medios de comunicación regionales y nacionales, desconociera lo que se iba a proponer, por parte de un escritor al que yo había animado expresamente a participar? Me defendí como pude y confesé que había sido sorprendido en mi ingenuidad; en cualquier caso, allí había todo un comité organizador representando a las más diversas tendencias. Tampoco era cuestión de echarme a mí solo a los leones...

A partir de ahí, se recondujo el Congreso. Se hicieron buenas aportaciones de cuantificación de emigrantes por zonas; de situaciones socio-económicas en los lugares de recepción; proyección de futuro para sus hijos; necesidades infraestructurales y productivas de Extremadura para posibilitar el retorno; inversiones de ahorro emigrante y autoempleo; colaboración de las instituciones extremeñas y los centros de emigrantes; experiencias de retornados; formación de cooperativas, etc. Igualmente, logramos unas buenas actividades de extensión cultural, y en todo un alto nivel de participación asamblearia.

No obstante, tuve que soportar los ácidos comentarios de algunos periodistas, pues entonces estaba muy en boga hacer un periodismo corrosivo, despegado, que cargaba las tintas en los aspectos negativos. La sombra de la “politización” me persiguió todo el tiempo, así como los reproches en el sentido opuesto: haber impedido la participación ejecutiva de los partidos políticos.

El más crítico en este último sentido fue el parlamentario -luego Presidente de la Junta de Extremadura- Juan Carlos Rodríguez Ibarra. Comenzó

diciendo: *Siento no poder felicitar a los organizadores, como lo han hecho mis compañeros. Ha sido un error no contar con los partidos políticos.* Me dolió. Y más si se tiene en cuenta que a la primera reunión a que invitamos a los partidos en Badajoz, el 19 de junio, el suyo no asistió, de lo que luego se disculpó por escrito su entonces secretario provincial, Alfonso González Bermejo. Y más aún cuando en la siguiente reunión, en que se debatía expresamente el grado de participación de los partidos -el día 7 de julio- estuvieron presentes tres de sus miembros, los señores Villalba (de la ejecutiva provincial), Cansinos (senador) y Gallegos (de la ejecutiva, en representación oficial), manifestando éste último que el partido había decidido ir como observador. Por si fuera poco, el PSOE estuvo desde esa fecha hasta la del Congreso en permanente contacto conmigo, a través de su secretario provincial de Badajoz, facilitándome direcciones para invitar a los actos, e incluso dos de los ponentes: uno de Méjico y otro de Francia.

En todo caso, el balance fue positivo. Tuvo una gran proyección en los medios informativos. Abrió la sistematización de los estudios sobre nuestra emigración. Animó a la creación de una Consejería de Emigración en la Junta de Extremadura (que llevaría a cabo Rodríguez Ibarra, enseguida de ser nombrado Presidente). Ayudó a cohesionar a las fuerzas asociativas de emigrantes extremeños. Sirvió de base para la creación de un “Servicio de Estudios de la Emigración” (privado y sin ánimo de lucro), que me encargué yo mismo de dirigir, así como sus revistas “Andén” y “Tierra Extremeña”. Demostró que para hacer las cosas sólo hay que proponérselo y tirar hacia delante contra viento y marea.

Tras él hubo un II y un III Congresos, creándose luego una especie de “asamblea permanente”: el “Consejo de Comunidades Extremeñas en el Exterior”, vigente en la actualidad, con importantes competencias en materia de emigración, gracias a la elaboración de una “Ley de la Extremeñidad” y sus reglamentos, generosamente beneficiosa para los extremeños que viven en el exterior. En todo ello, de una otra forma, se me ha ofrecido la oportunidad de participar de manera activa.

Esta experiencia ocupó muchas horas, días, años de mi vida, pues a ello dediqué gran parte de mis investigaciones históricas (incluidas tesina y tesis doctoral); de mis intervenciones en charlas, coloquios, debates, mesas redondas; de elaboración de materiales pedagógicos; de creaciones literarias (mis novelas “Recordatorio”, publicada en Bilbao en 1984, tras obtener el premio “Rosa de Oro” y “Las cuatro de la tarde”, publicada en Badajoz, en 1986, al ganar el premio “Felipe Trigo”); de intervenciones políticas; de multitud de artículos en prensa de todo tipo: periódicos “Hoy” y “Extremadura”, ABC (ediciones de Madrid y de América), “La Región Internacional” (ediciones de Europa y América), “Carta de España”, “Mundo Obrero” (edición internacional), “Migrations” (Suiza), “Noticias Obreras”, “O Pelourinho” (hispano-portuguesa)... distribución a través de las agencias “Efe” y “Logos”, etc., así como dos libros más de ensayo sobre la problemática migratoria.

A principios de los años noventa fui dejando esta actividad como tarea prioritaria. Ya nuestra emigración era pasado y estaba historiada y atendida suficientemente. Entrábamos, curiosamente, en una época de receptores de emigración... y pasábamos al club de nuevos ricos, olvidando nuestro tradicional peregrinaje y sus penalidades. La cuestión ahora es: ¿tomamos buena nota de nuestra oscura errancia, contribuyendo a facilitar el triste trago del que deja lo suyo buscando la comida?

¿Qué he sacado, personalmente, de toda esa tarea en la que he echado horas, ausencias familiares, energía, años y más años –pongamos... veinte- de nunca



decir “no” a cualquier demanda que se me hiciera? Sin duda, la satisfacción de muchos proyectos culminados, una obra escrita, en cierta medida densa y consultada, muchos amigos a los que pude sacar una sonrisa en medio del dolor. Y luego, un silencio que ni las organizaciones de emigrantes ni las instituciones se han ocupado de romper, pareciendo a veces incluso que molesta a ciertos “personajes” -que aprovecharon el momento para engancharse al carro e ir viviendo de él- toda alusión a la labor que me tocó desarrollar en unos años en que nadie se ocupaba sistemáticamente de la problemática migratoria. No es que haga una década -desde que dejé de involucrarme en el tema- que espero “una medalla” (¡después hay que tratarlas con limpiametales!), pero lo cierto es que nadie me ha ofrecido la más humilde chapa. Rectifico: cuando empezaba, en 1972, el Hogar Extremeño en Barcelona me dio su emblema de plata y cuatro años más tarde su símbolo en bronce el de Madrid. ¡Alabados amigos, que luego no comprendieron la continuación de mi labor!

## CONSTRUYENDO EL HOGAR.

Menos de un mes después del Congreso, cuando aún estaba recopilando trabajos sobre el mismo y escribiendo intensamente para distintos medios informativos, que me pedían balances y perspectivas de futuro, nació mi segundo hijo, Javier. Yo me acababa de incorporar, tras las vacaciones de verano, a mi trabajo de maestro en Almendralejo y Rosa María tendría el respiro del permiso posparto, por lo que seguiríamos viviendo en Badajoz.

¡Qué cuesta arriba se me hizo ese otoño! Viajar todos los días, dar clases con desgana, atender tantos compromisos sobre cuestiones de emigración que ya estaban empezando a agobiarme... Y cada tarde, al regresar de Almendralejo, comprobar que mi hijo Moisés, de quince, dieciséis meses, profundizaba la eficacia de su hazaña de aquel tiempo: arrancar el papel pintado que con tanto trabajo habíamos pegado -siguiendo la moda- forrando las paredes. Era una auténtica tortura lo del papel pintado. Había que cortarlo, extenderlo en el suelo o en una mesa larga para impregnarlo por detrás de cola y luego llevarlo a la pared, justamente al lado del que le anteceda, sin montarlo, horadándolo en la parte de enchufes eléctricos, marcos de puertas y ventanas... doblando con cuidado en los salientes de vigas y dinteles... Esperar a que al secarse no quedaran partes sin pegar. Que no se formasen arrugas. Que no hubiera dobleces... Luego llegaba Moisés con sus manitas y la paciencia interesada de un niño que todo lo quiere descubrir y certeramente hallaba una esquina mal pegada de la que tirar con eficacia.

Siempre iba a casa temeroso, y siempre mis temores se confirmaban con creces: tiras cruelmente mutiladas, colgajos que pendían del techo. Mi mujer desbordada, con Javier lloriqueando, mamando, necesitado de un baño, demandando atención, cualquier cosa; Moisés, con un brillo de milagroso destello en la mirada, dando tumbos de un lado para otro, envuelto entre tirajos de papel. Eso si no estaba en medio de un bosque de libros desparramados por el suelo, pues en aquella época Rosa María y yo estábamos muy influenciados por las ideas pedagógicas de la corriente “Escuela Nueva” y estimábamos que todo lo que hacen los niños es investigar el mundo que les rodea y autoestimularse en su creatividad, que no se puede reprimir si no se les quiere tarar y traumatizar. Nuestra biblioteca era, entonces, un prado de libros desparramados por el suelo, pintarraqueados en sus portadas y, al azar, en páginas interiores. Las obras clásicas de la literatura del siglo XIX, la picaresca española del siglo XVII, los autores del boom latinoamericano, competían, brotando en el suelo, con aquellos autores y obras pedagógicas que adquiríamos por entonces con fervor: Celestín Freinet y todos sus seguidores de la Escuela Moderna, Ferrer y Guardia, Neil y su venerado “Summerhill”, los alumnos de la Escuela de Barbiana, Paul Freire, Iván Illich, Carlos Díaz, Edmond Gilliard, Rogers, J.M. Sutter... Tenía que recogerlo todo; volver a ordenar los peldaños bajos de las estanterías -los de las sesudas investigaciones del niño no traumatizado-; reponer los trozos arrancados de papel... Y había después que lavar los pañales de los dos, tenderlos, poner un poco de orden en la casa, dormirlos cuneándolos simultáneamente.

Creo que llegué a ser un buen especialista en el cunero de los niños. Meses después, los dos dormían en su propia habitación y se acostumbraron a coger el sueño al tiempo que se les movía en la cama de arriba abajo, presionando con la palma de la mano en el colchón. Yo me colocaba al medio, una cama a cada lado, y presionaba con mis brazos; uno, dos, cinco, diez minutos, y ya parecía que se habían dormido, por

lo que poco a poco dejaba de actuar. ¡Menudo escándalo al pararme! Los dos berreaban como posesos y tenía que volver al cuneo en nueva sesión de diez minutos que... generalmente había de retomar tras otro fracaso al detenerme.

Rosa María, en tanto, recomponía el paisaje después de la batalla: barrer, fregar, preparar comida para el día siguiente, limpiar tanto como ensuciaban... Sin embargo, era hermoso. Se sucedían las aventuras: un diente que hacía su aparición, una palabra nueva que aprendían, las muchas monerías que hacen los niños y que más que a ellos hacer caer la baba de los padres. Los paseos por la calle, primero con carritos, luego alternando de la mano y en brazos. Los cuentos inventados, las primeras lecturas sustituyendo a los cuneos: ¡cómo les gustó -años más tarde- “El maravilloso viaje de Nils Holgersson”, de Selma Lagerlöf, o “Las aventuras del barón de Münchhausen”, de Rudolf Erich Raspe! También les leímos una y otra vez “El Quijote”, en una preciosa edición infantil que conservamos en casa, como los anteriores, o como muchos más de aquellos años niños: “Alicia en el país de las maravillas”, “Las aventuras de Tom Sawyer”, “El viento en los saucos”, “Las aventuras de Pinocho”... Se dormían en medio de aquel mundo fantástico y nosotros también cabeceábamos, cansados y felices. Si era verano, habríamos ido por la tarde a los “Parques Infantiles”, donde Moisés no se cansaba de subir al tobogán, salvando a gatas un pequeño escalón de acceso, lejano, pero que él trataba con mucho respeto y precaución, en tanto Javier iba creciendo en el carrito, luego acercándose y finalmente acompañándolo. El resto del año, a diario teníamos el tiempo apretado entre el trabajo y las ocupaciones de la casa, de tal manera que llegábamos a las lecturas desde las faenas inacabables de la cocina y los arreglos múltiples domésticos; los fines de semana, hacíamos escapadas a mi pueblo y mis padres -como en Badajoz los de Rosa María- nos descargaban un poco de la demanda continua de los niños.

Sin embargo, ahora que lo evoco, sé que aquello no fue así de sistemático y dulcemente monótono. A partir de 1979 me vi metido en un torbellino de actividad política, al menos durante tres o cuatro años, que significó muchas ausencias, muchas horas restadas a la familia, mucha paciencia de Rosa María para asumir lo dos papeles, el suyo y el mío, en tantas ocasiones. Realmente, ella siempre se ha volcado más que yo en la casa, pues cuando fui bajando en la acción política me entré de lleno en retomar los estudios universitarios de Historia y Pedagogía, luego las oposiciones a profesor de enseñanza secundaria y ya, al tiempo que las aprobaba, nueva dedicación política, esta vez como concejal del Ayuntamiento de Badajoz hasta el año 2001 en que presenté -en enero- mi dimisión. No obstante, también creo que mis desatenciones familiares no fueron excesivas, pues siempre encontraba tiempo para estar con mi mujer y mis hijos, para pasear con ellos, leerles cuentos, hacer algunos viajes por el sur de España y Portugal, y -más tarde- diversos países europeos y Asia Menor, seguir yendo todos a mi pueblo y... cultivar el huerto y el jardín en una parcelita que compramos a poco de comenzar los años ochenta, donde fuimos viviendo por temporadas vacacionales y de fines de semana, y desde hace más de tres años nos instalamos definitivamente... por ahora.

## CREACIÓN DEL PSPE.

Mi reentrada política tuvo lugar antes de comenzar la primavera de 1979. Creo que fue en febrero cuando, en medio de diversos problemas internos, el secretario regional (que hasta nueve meses antes lo era sólo provincial, de Badajoz) del PSOE, Alfonso, González Bermejo, dimitió de su cargo e incluso se salió del partido, acusándolo de autoritario, centralista. Yo, el 5 de marzo, le dirigí una carta en la que, entre otras cosas, le decía que, dadas las circunstancias internas del PSOE, así como el avance de los diferentes partidos nacionalistas y regionalistas en el Estado español, veía necesario crear un Partido Socialista de Extremadura. *Pienso –escribía-, desde luego, que el socialismo es internacionalista. Que las clases populares han de redimirse a sí mismo mediante la unión, mediante la lucha contra el enemigo común: la burguesía, el capital. Que hay un bloque dominante al servicio del capital, unido por intereses económicos, de dominio, etc., siempre en guardia para aplastar al bloque de los trabajadores, bloque dominado, partido, derribado, desunido... En este sentido, un partido regional podría ser una paradoja, una traición. Y sería ruinoso, en efecto, atrincherarse en una mentalidad burguesa, estancada, autárquica... Para mí que no se trata de eso. Un “Partido Socialista de Extremadura” debe fundarse como método estratégico de lucha, necesario en las circunstancias actuales, momentos de “democracia burguesa” con predominio de fuerzas derechistas y nacionalistas, y presencia de una izquierda nacional contradictoria e ignorante de sus propias bases.*

Iba rubricada esta carta manuscrita, de la que conservo copia obtenida con papel-carbón de calcar, con una firma de rasgos amplios, abiertos, firmes, decididos. Cualquiera grafólogo vería en ella la ilusión, la esperanza, el tesón que en aquellos momentos tenía. Las ganas de cambiar el mundo y el convencimiento de que lo iba a lograr.

Para este fin redentorista, estaba persuadido de que no bastaría con valernos por nosotros mismos; recordaba la máxima marxista: *Proletarios de todos los países, uníos*. Había leído mucho sobre ello, y por eso puntualizaba en la misiva: *Ha de hermanarse con los otros partidos nacionalistas populares y entablar negociaciones con las fuerzas socialistas en general*. Es decir, estaba dispuesto a conquistar el poder mundial desde la base mínima de una región pequeña y deprimida. Y lo creía, porque me consideraba en posesión de la Razón y la Verdad. Porque representaba a la inmensa mayoría de los seres humanos explotados, y porque en una democracia, donde el voto de cada uno vale igual que el de los demás, no iba esa apabullante mayoría a ser tan tonta como para votar en contra de sus propios intereses de clase y personales.

La suerte estaba echada y el servicio de correos fue muy eficaz: la respuesta de Alfonso está fechada el 6 de marzo. Son cuatro páginas de letra firme también, con frases y argumentos explosivos, que nos abrían el camino de la lucha sin par. *Ante todo -me contestaba- hay que luchar por el socialismo, pero esta lucha no es la misma en todas las regiones porque no son las mismas condiciones objetivas. Aunque el fin es el mismo, la emancipación, el fin de las clases, los medios no son los mismos y por tanto el planteamiento de la lucha es distinto*. La consonancia entre los dos era clara y, enseguida, nos reunimos en su casa, en la rebotica de su farmacia y junto a otros amigos y compañeros, decidimos crear el partido que, al tener registradas el PSOE las siglas de PSE dentro de su estructura federal, las cambiamos por PSPE (Partido Socialista del Pueblo Extremeño).

El día 28 de marzo de 1979 firmamos los estatutos ante notario, y tres días después yo mismo presentaba las correspondientes copias en el Registro de Partidos Políticos, en Madrid.

Los fundadores aparecíamos por el siguiente orden: Alfonso González Bermejo, Moisés Cayetano Rosado, Vicente Alcantud Cabezas, Verecundo Llorente Vera, Rafael Gil Herrera e Isabel Monterrey Martínez. En los artículos 4 y 5 se fijaban nuestros objetivos y características fundamentales. Así, se decía:

*ARTÍCULO 4.- El Partido Socialista del Pueblo Extremeño es un instrumento de la clase trabajadora extremeña y de los trabajadores extremeños emigrados, para conseguir su completa emancipación como clase explotada y como región oprimida, siendo la defensa de estos intereses lo que fundamente la unidad del Partido y sus relaciones con otras organizaciones de clase, con las que podrá federarse a nivel de Estado Español y a nivel internacional.*

*ARTÍCULO 5.- El Partido Socialista del Pueblo Extremeño pretende la superación del capitalismo y la implantación del socialismo democrático y autogestionario*

Tras subsanar unos pequeños errores estatuario, a requerimiento del Ministerio del Interior, el 4 de mayo se nos inscribía formalmente en el Registro de Partidos Políticos, en el Tomo I, folio 311 del Libro de Inscripciones, *determinando la referida inscripción el goce de todos los efectos jurídicos y legales que señalan las leyes*. Es decir, echábamos a volar con todas las bendiciones de la “sociedad burguesa” a la que pretendíamos picotear hasta convertir en polvo, para levantar sobre ese suelo yermo el vergel de una sociedad libre, justa, igualitaria, socialista. Los trabajadores de todos los rincones estarían esperando ese momento para comenzar su redención. Y no digo esto con ironía, sino transcribiendo lo que era nuestro pensamiento ilusionado, nuestra arrebatadora decisión de darle un giro decisivo a la historia.

De inmediato nos pusimos manos a la obra. Quince mil pesetas cada uno para empezar y calentarnos los sesos pensado en eslóganes, pronunciamientos, declaraciones, propaganda y gira por los pueblos de la región para extender nuestro mensaje. Hicimos una comisión ejecutiva provisional, hasta celebrar en enero un Congreso y yo fui elegido secretario general.

No era fácil. Aquella avalancha de militantes socialistas desengañados que teóricamente estaban con los postulados de Alfonso, entre los que había buen número de alcaldes y concejales, siguieron apretados dentro de las filas del PSOE. Los jóvenes desengañados de los políticos al uso uncidos al carro que más tira y medradores a la sombra del poder, siguieron con sus despotriquesos, pero sin afiliarse, sin colaborar lo más mínimo con nosotros. Sólo un puñado de estudiantes de Medicina, en cuya Facultad Alfonso era profesor ayudante de la temida asignatura de Farmacología, tomaron la decisión de colaborar, si bien su tendencia sería más bien discursiva, y no les estimulaba acompañarnos en nuestras correrías por los pueblos, repartiendo panfletos en mano, pintando siglas y eslóganes por las carreteras, pegando carteles en fachadas abandonadas, haciendo megafonía.

Eran muy sacrificadas nuestras peregrinaciones de fines de semana. A veces incluso dormíamos fuera, o no dormíamos, espabilando el sueño con pegadas y pintadas en el trayecto. La reacción de la gente era para todos los gustos. Los más, nos ignoraban, o nos miraban con la curiosidad con que se observa a los que van haciendo

propaganda de las corridas de toros. Otros nos jaleaban: *¡Eso es lo que hace falta, un partido extremeño, que defienda nuestros intereses y no dependa de las órdenes de Madrid!*; este apoyo verbal no se concretaba en ofertas personales y seguían hacia el bar o hacia la plaza, dejándonos bregando con las brochas y la goma de pegar. Algunos, nos echaban una jarra de agua fría con sus observaciones o sus gestos.

A poco de iniciar nuestras giras, un domingo en que regresábamos de Zafra, donde estuvimos repartiendo hojas informativas del partido y boletines de inscripciones, paramos en Santa Marta, para hacer lo mismo. Aquel día yo me había levantado de madrugada para escribir el panfleto que íbamos a distribuir, pasarlo a una hoja de cera de multicopista y lanzar por la máquina manual -que nos habían prestado- un millar o más de ejemplares, más otro tanto de boletines para solicitar la entrada en el PSPE. Eran las dos del mediodía, por lo que llevaba encima como unas 10 horas de labor, y aún quedaba este pueblo, La Albuera y unas “pintadas” en la carretera. Sin embargo, no estaba cansado. ¡Había tanto potencial militante en el bar que abordamos!

Parecía que nos hacían un favor, recogiendo nuestros humildes folios. ¡Qué forma de mirar! En el fondo, la misma que en la Plaza Chica de Zafra, donde habíamos estado apostados. La que se repetía casi siempre, como diciendo: *Y éste, ¿a qué viene a molestarme a mí con sus monsergas?*

*¿Esto qué es?*, me preguntó displicente un parroquiano, tras darle un trago al vino tinto.

*Ya ve, nuestra presentación.*

*¿Presentación de qué?*, gritaba, mientras otros miraban la escena.

*Del Partido Socialista del Pueblo Extremeño.*

Ya había cogido los papeles y con las mismas los arrojó al suelo, mezclándose con los restos de aperitivos, palillos, colillas de cigarro, escupitajos, y me volvió la espalda como a unapestado. Todos se desentendieron, y ahora no recuerdo si recogí los ejemplares que con tanto esfuerzo había pergeñado, confeccionado y multicopiado por la madrugada. Salí entristecido, y seguro que, de haber firmado otra propuesta como la de la carta inicial de todo este proyecto, no habría presentado rasgos tan firmes y confiados.

Pero aún habría días peores, como una tarde de verano, con el sol cayéndonos a más de 45° en una plaza de pueblo a la que empezaban a llegar los primeros asiduos de la partida de cartas. Pegábamos carteles en una fachada abandonada, pintábamos nuestro símbolo en rojo: PSPE, dibujando artísticamente los dedos en puño de una mano alzada, y animábamos a construirnos un nuevo futuro por los altavoces de la megafonía de mi coche. En un pequeño descanso de la soflama pude oír el reproche de uno de los presentes, un hombre mayor, muy canoso, de boina y grandes surcos en la cara:

*¡Políticos! Todos son iguales. Lo que quieren es “jartarse”*

Y yo, en aquel momento, afiebrado de calor y cansancio, baldado de kilómetros, pegadas, repartos y parlamentos por el micrófono, soñoliento de pasarme las noches cavilando, escribiendo, multicopiando propuestas puntuales para cada zona que íbamos visitando, pensé en mi mujer, que estaría en casa lidiando con mis dos hijos pequeños, aguantando el calor, aguantando la ausencia, aguantando los bocados que le daba a nuestros ahorros para salir disparado con nuestro coche por esos páramos, bien surtido de pintura, posters, pegatinas, hojas informativas, etc. que salían de nuestros

bolsillos, de las economías de los muy pocos militantes que formábamos aquel grupo de locos. Pensé en que podríamos estar de vacaciones, tirados en la playa o trotando en algún prado del norte: me costaría el mismo dinero. Pensé en mis hijos, tan traviesos, tan activos, tan jaleadores cuando llegaba derrotado de estas interminables correrías. Miré a aquel ser mezquino, o tal vez vapuleado, tal vez de vuelta de muchos desengaños, y vi en sus ojos la mirada escéptica que se iba a ir repitiendo por millares a lo largo de tantas campañas como nos quedaban por hacer. Seguí, seguí a lo mío. Seguí intentando redimir al mundo entero. Hablé, pegué carteles, repartí propaganda. Continué con mis escasos compañeros, sudados, cansado al extremo, alegres cuando otra vez de madrugada llegábamos vivos e incluso aún con ilusión a nuestra casa, y ya pensábamos en la nueva tarea del día que pocas horas más tarde comenzaba a clarear.

También tuve mi detención por las fuerzas del orden -fuerzas represivas, decíamos- como todo político de izquierdas que se precie. Fue al día siguiente de una mesa redonda sobre el “Estatuto de Autonomía”, con diversas fuerzas políticas en Puebla de la Calzada. Me llamó la Guardia Civil para que me presentara en su cuartel y me negué a ir hasta que no me dijeran el motivo. Al rato se presentaron en casa, de paisano, y en la puerta me leyeron los cargos de mi detención: atentar de palabra contra el Rey. Al parecer, alguien del público me había denunciado... ¡confundiéndome con otro de los intervinientes, que sí dijo que había que derribar la monarquía! ¡Menudo atentado! Sí recordé que alguien del público se me acercó encendido, diciéndome: *¡no tendréis cojones, no tendréis cojones!* Entonces lo relacioné; en el acto lo había tomado por un loco. Me tuve que ir con los guardias civiles, dejando en la puerta de casa a mi mujer, asustadísima, y a mis dos niños, tan chicos, sin entender nada. En el cuartel, apenas me interrogaron, pues los mismos que me detuvieron estaban de servicio en el acto público y recordaban que yo no había sido el “terrorista”, como decía el teniente que me recibió y que deseaba sacarme no sé qué declaraciones imposibles. Estuve toda la tarde, varias horas, mientras unos cuantos de mis compañeros se concentraron en la puerta del cuartel, esperando noticias. Fue muy desagradable y comprendí el grado de ceguera e intransigencia de algunos energúmenos; ya veríamos lo que harían en caso de involución política: seguramente lo mismo que en la Guerra Civil, que algunos esperaban. Cuando unos ocho años después estuvo el rey Juan Carlos I en Badajoz, y como portavoz de IU lo cumplimenté, estuve a punto de contarle la anécdota, pero no me dio tiempo, en medio de tanto chupacámara como interrumpía cualquier conversación. En cualquier caso, ¿a santo de qué?

El dinero para sufragar los gastos de nuestra campaña permanente no sólo salía de los bolsillos de cada uno de nosotros. También se utilizaban los métodos clásicos del ingenio militante: rifas de cualquier cosa, saqueando a los familiares y amigos; venta de pegatinas, colgantes y baratijas, y poniendo un bar en las ferias donde teníamos presencia militante, fundamentalmente Badajoz y Mérida.

¡Si habré despachado vino, cerveza, cubatas y raciones de carne o pinchitos en la Feria de San Juan de Badajoz! Un año y otro, creo que durante tres temporadas, nos pasábamos unos 10 días casi a tiempo completo viviendo entre las lonas de nuestro chiringuito. También fui a echarle una mano a los compañeros de Mérida y creo que de algunos pueblos pequeños más. Pero lo peor era Badajoz, de extensa e intensa feria, que había de restar a mi familia, pues apenas salía con ellos me caía de cansancio. ¡Qué madrugadas con los últimos clientes, borrachos y pesados: ni se iban ni te dejaban recoger! ¡Qué aguante ante los teorizadores que llegaban a pedir un vaso y darnos consejos, hacernos reproches y perdonarnos la vida! ¡Cuánta cara la de algunos, muchos, que en cuanto podían se largaban sin pagar! Allí, al final de cada día,

se reunían los que iban echando de las otras casetas, y al final de la feria era como una cueva de indigentes que no pagaban y entraban en pendencia de continuo, espantando al resto de la clientela; rompían vasos, sillas, botellas, lonas y alguna cabeza. Echaban abajo nuestro deseo de apertura, acogimiento total, “casa del pueblo” en medio del jolgorio. Menos mal que no llevamos a cabo la ingenua propuesta de algunos de nosotros: organizar en un rincón exposiciones de pintura, cuentacuentos, escenificaciones de teatro, recitales de poesía.

*La gente, con el “peo” de la feria -decía con buen criterio uno de los compañeros-, nos echa al Guadiana como le vayamos con esas cursiladas.*

A pesar de todo, se sacaba en limpio algún dinero y, en especial, divulgábamos la idea de este partido redentorista que, poco a poco, fue calando en Extremadura, fue siendo conocido. ¡Menudo empapelamiento y pintadas hicimos por toda la región! Pero de ahí no pasó a mayores y nuestras fuerzas no dieron para más de tres años de sostenida actividad: la falta de afiliación, el desengaño y los problemas económicos nos fueron desinflando, aunque legalmente sigue registrado todavía.



## PRIMEROS PASOS HACIA LA UTOPIA.

En los primeros días de junio de 1979 fui con mi compañero Rafael Gil a Palma de Mallorca, pues el Partit Socialista de Mallorca nos había convocado a una asamblea de partidos nacionalistas. Allí estuvimos, aparte del anfitrión, el Partit Socialista de Menorca, Socialistas del País Valenciá, Bloc Catalá de Treballadors, Bloc d'Esquerres d'Alliberament Nacional, Movimiento Nacionalista de Aragón, EIA-Euskadico Ezquerria, Partido Obreiro Galego, Partido Socialista Galego, Partido Socialista de Canarias, Pueblo Canario Unido, Partido Socialista de Aragón y nosotros, adhiriéndose a nuestras resoluciones enseguida el Conceyu Nacionalista Astur y el Partido Socialista de la Región Murciana.

Allí acordamos seguir *profundizando al máximo en una coordinación abierta de las diferentes opciones de izquierda nacionalista del Estado español*, condenamos la lentitud del proceso autonómico, el *carácter centralista y autoritario del poder estatal de la oligarquía española*, rechazamos la integración en la OTAN, la renovación del Tratado Militar Hispano-Norteamericano, la instalación de centrales nucleares, exigiendo la paralización de las que estaban en funcionamiento, y mostramos nuestra repulsa por *los proyectos de militarización de las Islas Baleares y Canarias*.

Me acuerdo de la rueda de prensa conjunta que dimos, la insistencia de los periodistas en que definiéramos el tipo de Estado que propugnábamos para España. Como no lo teníamos preparado, cada uno salía como iba pudiendo del apuro; no olvidemos que algunos eran claramente independentistas y otros suavemente autonomistas, como el tiempo se iba a encargar de mostrar. Los gallegos, vascos y catalanes tuvieron que frenar un poco sus impulsos; los aragoneses y nosotros, formados fundamentalmente por militantes salidos del PSOE, hubimos de alargar nuestras propuestas diferenciándonos del origen. Cuando me tocó el turno, de los últimos, yo no sabía ya por donde salir.

*Queremos una República federal y socialista*, dije en medio de un silencio en el que miré a mi compañero Rafael, que no reaccionaba.

*¿No es eso?*, le dije, tragando saliva.

*Sí, claro, por supuesto*, contestó, y no sé si convencido o no, porque aquello fue rebasado por nuevas intervenciones con polémica.

Así, estaba entre nosotros el diputado nacionalista canario Fernando Sagaseta, un pro-soviético radical, látigo del gobierno de UCD en temas de bloques militares. Catastrofista como pocos. Antiliberal acérrimo.

*Entonces -preguntó un periodista-, ¿ustedes son antinucleares por principio?*

*No -saltó Sagaseta, sin que hubiéramos llegado a discutir este matiz-. Antinucleares en esta sociedad burguesa, a la que no le importa la vida de los ciudadanos, que en modo alguno controlamos la seguridad de esas centrales a través de representantes populares.*

*Pero usted -insistía el periodista-, ¿no se opone a las centrales nucleares en la URSS?*

El diputado canario no vaciló:

*En absoluto. Las centrales nucleares en la Unión Soviética son seguras porque están controladas por el pueblo.*

Lamentablemente, siete años más tarde, un accidente en la planta nuclear de Chernobyl, en Ucrania, ocasionaría la que ha sido la mayor catástrofe en la historia de la energía atómica para usos no bélicos directos. Pero fue peor cuando nos preguntaron por la OTAN. Todos contestamos airados, y otra vez el canario se distinguió por su fogosidad.

*La OTAN es el instrumento del gran capital para oprimir a los pueblos, para pisotear los derechos más elementales. Una organización terrorista internacional como no ha habido otra jamás.*

Los periodistas, a lo de siempre:

*¿Y el Pacto de Varsovia?*

*La reacción de las clases populares contra la alta burguesía imperialista de la OTAN. Una necesidad para salvar a la Humanidad (lo decía con mayúsculas).*

Sin embargo, el ejército soviético, que había tomado Checoslovaquia en 1968, cuando intentó salirse de su órbita, invadía en este diciembre Afganistán, para apoyar el gobierno procomunista, encontrando una fuerte resistencia, que ocasionó millares de víctimas. Sagaseta nos iba poniendo en el disparadero con sus comparaciones y sus razonamientos. No sólo la historia se encargaría de demostrar que aquel maniqueísmo no era acertado, sino que la evidencia del día a día ya nos estaba haciendo ver que imperio contra imperio, EE.UU. y la URSS, OTAN y Pacto de Varsovia, tenían poco que echarse a la cara.

Esta primera reunión trascendió a los medios informativos y a la opinión pública como la de unos grupúsculos radicales, soviéticos, de áspera dialéctica, que rechazaban todo lo que hasta entonces constituía la realidad del país. Es decir, un bloque marginal, sin futuro en la construcción de la democracia dentro de los márgenes que daba la Constitución; beligerante, resentido.

Por aquellas fechas, no obstante, a mí no me dio tiempo a hacer estas reflexiones, que vendrían muy poco a poco. Estábamos en plena acción y sólo daba tiempo de actuar. Elaborar documentos, multiplicar pasquines, llenar los pueblos de mensajes, intentar la captación de militantes, idear fórmulas para sacar dinero, sacarlo de nuestros propios bolsillos y, tras la vuelta de Mallorca, preparar nuestra caseta para las Fiestas de San Juan.

El verano fue, con todo ello, agotador. Pero nos dio tiempo para sacar un “borrador de Estatuto de Autonomía de Extremadura”, que era el primero que se elaboraba por cualquier fuerza política, social o académica, en la región, tras la aprobación de la Constitución de 1978: su Título VIII ofrecía la posibilidad de llegar a un Estado de las Autonomías que entonces caminaba con lentitud.

Una vez más, yo fui el encargado de redactar el trabajo previo, para lo que me encerré, en las madrugadas que me dejaban libres las continuas campañas, con múltiples borradores elaborados por nuestros compañeros de las demás regiones y nacionalidades, anteproyectos catalán, vasco, gallego y andaluz, entonces en discusión, modelos de otros países federales, fundamentalmente Alemania, y estudios y consideraciones de profesores de derecho internacional.

Por supuesto, en él se reivindicaban las máximas competencias de autogobierno y el obtenerlas de forma rápida. Pero lo más curioso eran las consideraciones iniciales, donde exponía: *El PARTIDO SOCIALISTA DEL PUEBLO EXTREMEÑO, aún consciente de que la constitución burguesa y centralista da irrisorio margen para las autonomías, y menos para el autogobierno popular, hace el presente borrador de Estatuto de Autonomía de Extremadura como servicio al pueblo extremeño, más necesitado que ninguno de sacudirse el yugo del centralismo despótico y buscar las vías de la autodeterminación, que impida el que desde fuera nos sigan coartando nuestro desarrollo, expoliando nuestros recursos y ofreciéndonos basura del progreso en forma, por ahora, de Centrales Nucleares y cementerios radioactivos, cosas para las que los colonizadores exteriores cuentan con buenos aliados dentro de Extremadura (aliados disfrazados de extremeñistas y progresistas que colaboran en la nefasta política del gobierno central, desestabilizan nuestras producciones y economía, cercenan nuestra cultura y la concientización, y evaden ahorros, créditos y capitales).*

Mi propuesta fue aceptada por unanimidad en una calurosa tarde del mes de julio, en que la leí a una docena de agotados militantes, que a continuación tendrían, tendríamos, que seguir con la pega de carteles y los mítines.

Al día siguiente pasé las dieciocho hojas en tamaño cuartilla, escritas a un espacio, a papel de cera de multicopista, le di a la manivela una y otra vez, y obtuve el primer par de centenares de copias que distribuiríamos entre los medios de comunicación, militantes, partidos “hermanos” y algunos demandantes concretos de fuera del partido.

Nuestro espacio estaba claramente definido: el de la Revolución. El de la lucha campesina y proletaria contra la clase dominante, sin componendas de ningún tipo. Por ello, para conmemorar el “14 de agosto” (43º aniversario de la toma de Badajoz por las tropas fascistas al mando del teniente coronel Yagüe, que se saldó con una terrible represión y asesinato de los defensores republicanos), organizamos una concentración ante la Plaza de Toros Vieja en memoria de los que allí fueron fusilados por defender la democracia y la libertad, aliados con: la Organización Revolucionaria de los Trabajadores-Partido del Trabajo, el Partido Comunista marxista-leninista y colectivos de emigrantes en Catalunya y Euzkadi no menos taxativos. Pero entre todos, no creo que pasáramos de un par de docenas de concentrados, pese a la mucha publicidad que hicimos por la ciudad, y la gran sensibilidad que en ésta realmente existe sobre aquella tragedia.

Allí tuvimos un primer desencuentro entre los convocantes, pues el grupo venido del País Vasco quería que cortásemos la avenida, tirándonos al suelo en un remedo de “pueblo asesinado”. Hubo, entre los veintipocos asistentes división de opiniones, venciendo en número los partidarios de rechazar la propuesta, lo que originó algunas deserciones.

A continuación, celebrábamos un acto cultural con poetas y cantautores en el Centro Social de una parroquia de barrio obrero, y hasta allí nos desplazamos andando, gritando, coreando consignas. La gente, en este barrio -“Cerro de Reyes”-, salía a las puertas de sus casas, todas de una o dos plantas, para vernos desfilar.

*Únete, compañera, compañero, únete.*

Era una militante del PC(ml) la que más gritaba.

*Por la Revolución. Por la unión del pueblo. Únete.*

La decidida militante, de nombre María -no sabíamos más-, miraba a los curiosos, gesticulaba con los brazos, los llamaba hacia sí.

*¡Vamos a la lucha! Únete.*

María no se cansaba de invitar a cada uno, con un megáfono en la mano, muy pegado a la boca, y levantando el brazo libre en un puño. Pero ni caso. Ni un gesto. Ni un músculo que se moviese en aquellas caras indiferentes a nuestro batallar. Las *compañeras y compañeros* no se unían.

Tal vez nos juntamos en la parroquia medio centenar de personas -niños en buena parte, que entraban y salían-, y volvimos a los versos y canciones del 75. Y un representante de cada organización convocante se dirigió al público, arengó con ilusión. Nada podía desanimarnos porque estábamos llenos de ensueños, de ingenuidad, de una esperanza desbordante. A veces, el ánimo bajaba, pero otra vez amanecía en nosotros la fuerza volcánica de la utopía, a punto de empezar a realizarse. Mirado así, con la perspectiva de los años, nos parece mentira que intentásemos lo imposible, lo absolutamente imposible: lo que ni nuestros vecinos portugueses habían podido conseguir con la Revolución armada de 1974, radicalizada en el 75 y a continuación reconducida a dinámica política “occidental”; lo que soñaron en aquellos mismos momentos los nicaragüenses, también con las armas en la mano, y acabó igualmente en la “normalización” tutelada por EE.UU.; lo que Chile había perdido hacía unos años, envuelto en sangre, pese a ganárselo en las urnas; lo que, al final descubrimos, era un espejismo en la URSS y todos sus satélites, que quedarían envueltos en ceniza, la ceniza de la Revolución que se torció, o tal vez nunca fue como pensábamos... Pero entonces todo era arrebató, titánico arrebató, pese a las menudencias de miserias cotidianas que nos empeñábamos en olvidar sobre la marcha. Siempre estábamos dispuestos, después de ser malheridos en los reveses, a un nuevo amanecer.

En el otoño, tras un verano sin concesiones al descanso, preparé un proyecto de “Estatuto del Menor” que presenté en las “III Jornadas Nacionales sobre

Inadaptación Social y Recuperación de Menores”, celebradas en Madrid, en octubre. El PSPE fue el único partido político presente en los debates, cuando en el Parlamento español se iba a empezar a discutir una “Ley de Protección a la Infancia” y la “Reforma de la legislación de Menores”.

Mi trabajo venía a beber en las fuentes que utilicé para mis dos libros de ensayo pedagógico hasta entonces publicados: “Una niñez hundida en la tortura” (HOAC, 1976) y “Autonomías, ocio, educación y cultura” (ZERO-ZYX, 1979). Precisamente, los educadores, pedagogos, psicólogos, asistentes sociales, dirigentes asociativos, sindicalistas que allí se reunieron eran en su mayoría militantes o simpatizantes de la HOAC (vivero de dirigentes políticos y sindicales de izquierda durante el franquismo; cristianos concienciados, críticos en gran parte) y colaboradores de la editorial ZERO-ZYX, la que -también en el franquismo- publicó los textos filosóficos, pedagógicos y políticos más atrevidos de aquella etapa oscura; muchos habían vendido libros de ambas organizaciones en sus zonas, en tenderetes contestatarios, en reuniones más o menos clandestinas. Ellos eran abrumadoramente gente “antisistema”, disconformes también con la marcha política del país, con la trayectoria de los partidos progresistas en la transición que vivíamos. Pero, como nosotros, contaban con más buena voluntad que fuerza y apoyo. No obstante, vine satisfecho de las Jornadas, respaldado por unos colectivos animosos, con los que seguiríamos intercambiando proyectos y experiencias; pero ya era un síntoma desalentador que aquella editorial potente, que vendía 10.000 ejemplares de cada título sin problemas, que había sido el faro progresista de los últimos años del franquismo, ZERO-ZYX, por aquellas fechas entraba en suspensión de pagos y apenas publicó algún libro más. La HOAC reconvirtió sus publicaciones hacia temas de militancia obrera y cristiana, y también recortó sus objetivos. Las ponencias de estas Jornadas no se llegaron, en conjunto, nunca a publicar.

## **ATENEO POPULAR.**

Mas todo seguía su curso acelerado en nuestro partido. Tras tener sede provisional en el despacho de abogado de uno de nuestros militantes, al que le causábamos estragos en la cuenta de teléfono, alquilamos una pequeña casita en el Casco Antiguo, donde no podíamos desenvolvemos. Con otro esfuerzo económico más, rifas, aportaciones a voluntad y casetas de feria, nos trasladamos a otra casa mayor, muy bien acondicionada, en la antigua calle “Santa Lucía”, llamada oficialmente “Teniente Coronel Yagüe”, el máximo responsable de la represión en Badajoz.

Es curioso lo de los nombres oficiales. Nadie conocía a esta calle por su nombre pegado a las paredes. Cuatro lustros y el fusilador de tantos milicianos y republicanos en general no era reconocido ni por los que vivían allí, incluso aunque comulgasen con sus ideas (¿qué ideas tendría, debajo de los fusiles, la pistola y las órdenes mandando disparar?). Lo mismo ocurrió con la popular Plaza de “San Francisco”, rebautizada “Francisco Franco”, o la calle “Santo Domingo”, que se transformó en “Calvo Sotelo”, etc.

Hubo que esperar a la llegada de un gobierno municipal socialista para que el cambio se efectuase. Para que se devolvieran los nombres de santos y de santas, ¡quién lo iba a decir! Pero era lo coherente: también durante la República hubo gobiernos locales socialistas y respetaron el callejero tradicional.

Antes de que el cambio se produjese legalmente, ya nosotros fuimos tachando con spray las usurpaciones y restituimos la tradición. Con una letra muy “historiada”, que había aprendido en una asignatura de Magisterio llamada “Caligrafía española, magisterial y cursiva”, tracé en rojo el nombre de la santa en cada comienzo de la calle donde teníamos la sede. Al poco, lo reprodujo el periódico HOY, en una foto amplia, a pesar de su conservadurismo editorial, como ejemplo de lo que ya se iba haciendo oficialmente necesario.

Y en aquella sede extraordinaria nos pusimos enseguida manos a la obra. Lo primero, tras limpiarla y aportar algún mobiliario imprescindible, ir formando una biblioteca-hemeroteca abierta al público en general; luego, una sala de estudios, igualmente a disposición del que deseara utilizarla, y después la creación de un “Ateneo Popular”, con un salón de actos para charlas, debates, coloquios, reuniones; otra sala para celebrar cursillos de enseñanza, sanidad, manualidades; una más para exposiciones de arte, artesanía, folklore, y otro apartado para desarrollar recitales de música y poesía, talleres literarios, de pintura, escultura, etc.

Abrimos el Ateneo el 30 de noviembre con una Mesa Redonda sobre “La delincuencia juvenil” en la que intervino un psiquiatra, Joaquín Ingelmo, un funcionario de la Administración de Justicia, Julián Rocha (mi compañero del Congreso de Emigrantes, que se había afiliado al PSPE), un profesor de EGB, director de Centro en zona suburbial marginal, Juan Antonio Serrano, y yo, como ponente en las “III Jornadas Nacionales sobre Inadaptación Social y Recuperación de Menores”. Al mismo tiempo, se inauguraba una exposición pictórica de un grupo de niños que pertenecían a un taller creativo del “Grupo Búho (teatro irreal)”, amigos nuestros, bajo el título “Los derechos del niño”.

Fue un acto de nutrida asistencia, al que habíamos hecho gran publicidad, llenando Badajoz con nuestros carteles, repartiendo octavillas, haciendo

megafonía. A él seguirían otros, con periodicidad semanal, que contaron igualmente con amplia aceptación, como una mesa redonda sobre “Drogas”; otra sobre “Homosexualidad”; diversas sobre historia y teoría política; un cursillo sobre “Técnicas Freinet de la Escuela Moderna”; muchos recitales y conferencias de poesía (formando un taller aparte, con su propia revista: “Correspondencia poética”); exposiciones de los más variados pintores, fotógrafos y escultores de la comarca; debates de actualidad, sugeridos y libres, etc. Ya en diciembre sacamos a la luz una revista del Ateneo, llamada “Debate Socialista”, multicopiada, de 14 apretadas páginas, que como la revista poética, me tocó componer, tirar y alzar a mí, y en buena parte escribir.

El acto más controvertido fue una mesa redonda sobre “Aborto”, celebrada el 25 de enero de 1980, en la que intervinieron el psiquiatra Joaquín Ingelmo, Maribel Villalobos, asistente social, Pepita Casco, del Movimiento Democrático de Mujeres, y Antonio Rodríguez, ginecólogo y presidente del Colegio Oficial de Médicos.

Todos se postularon a favor de los derechos de la mujer para decidir sobre la interrupción del embarazo, respetando unos plazos prudenciales para la salud, y abogando por la asistencia médica gratuita. Todos menos el ginecólogo, un hombre de derechas que había aceptado intervenir por su amistad con Alfonso González Bermejo y por su auténtica militancia antiabortista. En su intervención dijo cosas como ésta:

*Hay que condenar a aquellos que se regodean con la sangre de los inocentes, pisoteando sus tripas, bailando ante sus cuerpos despedazados en este cruel asesinato.*

Aquello fue como una bomba. Y lo curioso es que algunos de los asistentes me increpaban a mí.

*¿Qué clase de partido progresista es éste? -me decían-, que trae a semejantes reaccionarios a intervenir en su sede?*

*Hay que ser democráticos-contestaba-. Dar la oportunidad de debatir, de contrastar las opiniones.*

Lo que les faltaba oír. El ginecólogo miraba sonriendo, condescendiente. ¡Más que se acaloraban!

*¡Qué incauto! -me reprochaban-. Ellos tienen todos los foros para hacerse oír. Lo último ya es que la izquierda les regale el suyo.*

No había forma de ponerse de acuerdo y aquello acabó como el rosario de la aurora. Y yo, en el fondo, me quedé admirado de aquel hombre, cuyos argumentos no compartía en absoluto, pero que tuvo el valor de entrarse en la boca de sus más declarados oponentes, de los más radicales. ¿Qué ganaba con ello? ¿Prestigio? ¿Adeptos? Por supuesto que no. Tal vez, como creyente religioso, lo ofrecía en sacrificio, como yo de pequeño las chinas en las plantas de los pies que nos sugerían los misioneros cuando pasaban por el pueblo. De eso me acordaba cuando lo despedía y contemplaba la sonrisa que no le había desaparecido en todo el tiempo.

## **OTRAS LUCHAS.**

En Mérida también montamos otro Ateneo Popular, menos activo, pero entre ambos creamos una red que atendió la demanda de otros pueblos, si bien limitados a la provincia de Badajoz. Cáceres fue siempre para nosotros un hueso duro de roer. Sin embargo, las tres ciudades fueron durante aquel curso escolar referencia importante de reuniones en otra de las batallas que emprendimos: la exigencia de que los maestros extremeños no fueran desplazados a la fuerza de nuestra región en la obtención de destinos definitivos, como venía frecuentemente sucediendo.

Como era de esperar, en esto contamos con el apoyo de los propios afectados. Pocos querían marchar, no se sabe por cuantos años, a Canarias, al sur de Andalucía, a Cataluña o el País Vasco. Nosotros argumentábamos que eso era una descapitalización intelectual, un saqueo al patrimonio cultural vivo de nuestra tierra, un atropello a nuestra dignidad colectiva, privándonos de quienes tenían que formar a las nuevas generaciones, pues ninguno sobra, y si no, ante tantas discriminaciones, era de justicia que se nos compensara con mayor atención educativa.

Organizamos concentraciones en las Delegaciones Provinciales de Educación, pequeños encierros en sus pasillos, reparto de octavillas en la calle, marchas urbanas de protesta, múltiples declaraciones en prensa, cartas con firmas colectivas de afectados, padres, simpatizantes, etc.

Fue una actividad con gran proyección exterior, en la que yo -como profesional de la enseñanza- me impliqué mucho y sufrí las amenazas más o menos veladas de las autoridades educativas, e incluso algunas declaraciones “sucias” de delegados de educación que dejaron entrever tratos de favor a mi mujer y a mí en los destinos profesionales, lo que era absolutamente incierto, pues siempre los obtuvimos por concurso público. Pero la maledicencia mancha, o duele, o crea dudas, y el que se atacara no ya a mí sino a Rosa María me enfureció hasta el extremo de que a poco estuvo alguno de contarle con algún chichón en la cabeza. Era otro trago amargo más de los que tuve que aguantar en la política.

Ahora bien, gracias a nuestra lucha y a otras similares que coincidieron por todo el país, los maestros no fueron desplazados. Quedaron ese curso académico en “comisión de servicios” y al siguiente sólo los que lo pidiesen expresamente cambiarían de región en su destino profesional.

De otra parte, nuevamente tendríamos una reunión de partidos nacionalistas y regionalistas. Esta vez en Puente Viesgo, los días 8 y 9 de diciembre, convocados por el Partido Regionalista de Cantabria. Pero ahora éramos otros los que acudíamos a la cita; en realidad, casi nada tenía que ver con el de Mallorca. Así, allí nos encontramos con el Partido Nacionalista Vasco, con Convergencia Democrática de Cataluña, Partido Socialista de Aragón, Partido Social Cristiano de Asturias, Ezquerra Nacionalista Valenciana y Partido Socialista Andaluz, sin que tomáramos decisiones



conjuntas, a pesar de que el objetivo era, como nos escribía Eduardo Obregón (Presidente del Comité Ejecutivo del PRC), *el estudio de la posibilidad de crear una Coordinadora de partidos nacionalistas y regionalistas*.

Una vez más, los viajeros fuimos Rafael Gil y yo. Rafael se enzarzó en una discusión sobre la identidad extremeña con el representante catalán Robert Ramírez Ballcells, defendiendo que nuestros emigrantes en Cataluña forman parte de ella. El otro le decía:

*No es de donde se nace sino de donde se paca.*

*Sí, claro -contestaba Rafael-, pero es que vosotros no les dejáis pacer.*

Creo que el buen vino que nos sirvieron contribuyó a ello. Lo cierto es que lo pasamos bien; sobre todo con el senador del PNV Josefa Elósegui, que nos contó un par de anécdotas con gracia: cuando se envolvió en una bandera vasca, quemándose a lo bonzo en una visita de Franco, y cuando sustrajo un estandarte de Euskadi del Museo Militar de Madrid, obtenido como botín de guerra por las tropas franquistas. Lo decía con tanta sorna, con tanta vitalidad, divertido por las reacciones que recordaba de sus enemigos, que parecía un cuento fantástico y no dos acciones peligrosas -sobre todo la primera-, que dieron lugar a cuánto rasgar de vestiduras y a cuánto escándalo de prensa, celebrado ahora, entre risas, al lado de las Cuevas del Castillo, las Chimeneas, las Monedas y la Pasiega, tesoros del arte rupestre franco-cantábrico. Algo, en fin, de positivo sacamos del encuentro.

No bien volvíamos, cuando nos esperaba otro viaje. Los pocos militantes del PSPE que teníamos en Barcelona nos reclamaban para negociar con otras fuerzas políticas la presentación de candidaturas a unas inminentes elecciones en Cataluña. El 15 de diciembre estábamos allí Alfonso González Bermejo, Julián Rocha, Rafael Gil y yo, convocados por Francisco del Viejo, que nos había preparado dos encuentros políticos, una rueda de prensa y un mitin.

El primer encuentro fue con el Partido Comunista -no sé a cuento de qué-, el cual nos dio “una larga cambiada”; o sea, escuchó nuestras propuestas de negociación de listas conjuntas un representante de tercera o cuarta o quinta fila, tomó notas y dijo -con muy buen criterio- que ya se nos contestaría. A la espera estamos de ello.

El otro era con el Partit Sindicalista, muy del gusto de nuestros compañeros de Cataluña Francisco del Viejo y Consuelo Sánchez, con el que firmamos un preacuerdo, que al final quedó en nada, pues no se llegó a candidatura alguna en su día.

La rueda de prensa, una tarde de sábado, contó con las notorias ausencias de todos los medios informativos, que normalmente no acuden en ese horario y día, salvo interés muy especial de lo que se diga o quien lo diga, y éste no era el caso: ¿qué podíamos aportar dos grupúsculos sin seguidores?

El mitin en el Centro Extremeño de Sant Boi de Llobregat, muy dinámico, de gente progresista y abierta, fue correcto, animoso y animado. Creo que resultó lo único estimulante que nos trajimos de aquella precipitada visita, forzada por la exigencia de Francisco del Viejo: *o venís o disolvemos el partido en Cataluña*. Poco se perdía y la presión era inaceptable, pero aquel rumor de las listas nos estaba dando cierta presencia en la prensa regional extremeña, por lo que tuvimos que tragar. ¡No dicen que los políticos para desayunar tragan sapos!

Un año después el desplazamiento militante nos llevaría a Euskadi. Mi inseparable Rafael y yo cubrimos a dúo cinco encuentros por varias ciudades de aquella hermosa tierra, siempre en Hogares de emigrantes extremeños, para reclutar militancia y dar a conocer nuestras propuestas sobre el retorno digno de los que lo desearan, mas ya lo hacíamos con menos fuelle y convencidos de que nuestra intentona nacionalista tenía un futuro más que limitado.

Pero el comienzo de 1980 era para nosotros la culminación ilusionante de una primera etapa: del 3 al 5 de enero celebramos nuestro “I Congreso” y habíamos empapelado y pintado Extremadura con el llamamiento. ¡Qué ingenuo y bonito el cartel que presentamos! Hay en primer plano un campo amplio, llano, recién arado, con gruesos surcos de tierra; sobreimpreso a mano va el slogan: SEMBRANDO FUTURO. Detrás, unas montañas de media altura y saliendo de entre ellas un sol enorme, orlado por el nombre del partido; dentro del sol, un mapa de Extremadura, con la bandera verde, blanca y negra en diagonal y al medio el puño cuyos dedos son las siglas PSPE. Todavía, milagrosamente, quedan en algunos canchales graníticos de la región restos del mensaje, concienzudamente pintados en aquellos días.

A nuestro Congreso vinieron representantes del Partido Socialista de Aragón, de Izquierda Nacionalista Valenciana, Partido Regionalista de Cantabria, Bloc d'Esquerras Alliberament Catalá y Partit de Treballadors Catalá. Enviaron adhesiones Euskadiko Ezquerria, Partido Socialista de Canarias, Unión del Pueblo Canario, Socialistas del País Valenciá y Partido Socialista del Pueblo Asturiano. Apariciones y desapariciones de compañeros con los que no había forma de cuajar una relación definitiva. Relación que intentó por última vez el Partit Socialista de Mallorca en junio de 1982: con fecha del día 2 nos escribía, en nombre de la Comissió Executiva, Damià Ferrà-Ponç intentando formar una Coalición Electoral para las Elecciones Generales de octubre; la reunión que sugería entre los partidos nacionalistas y regionalistas no llegó a celebrarse.

En la clausura del Congreso causó expectación la presencia del cura marxista y catalanista Lluís María Xirinaes, que al final del franquismo se hizo muy célebre por sus peticiones de amnistía, ayunando, en huelgas prolongadas de hambre, ante la Cárcel Modelo de Barcelona; había sido senador en la primera legislatura, y presentado por algunos grupos pacifistas como candidato al Premio Nobel de la Paz. Éste convencido y practicante seguidor de Gandhi fue muy aplaudido en su intervención contra el alienamiento político de los que él llamaba *culiparlantes*: parlamentarios que sólo estaban para apretar un botón en su escaño, en obediencia bovina a sus partidos, lejos de los intereses de sus votantes concretos. *Es el problema -decía- de los grandes partidos estatales que nosotros vamos a evitar con nuestras organizaciones de base, sólo comprometidas con el pueblo trabajador de sus nacionalidades*. No defraudó a un público incondicionalmente entregado de antemano.

Fue un buen encuentro y se elaboraron ponencias importantes. Se hizo prácticamente un programa de gobierno para Extremadura. De gobierno, claro,

republicano, socialista, autogestionario y nacionalista. Muy, muy radical. Yo fui ratificado como secretario general y, pese a tantos reveses desde la creación del PSPE unos nueve meses atrás, volvía a renacer una vez más el ánimo perdido. Continuaba la lucha, la peregrinación pueblo por pueblo, los jarros de agua fría, las recaídas, otro luz entrevista en el futuro, trabajo y más trabajo.

El Ateneo Popular marchaba. Sus reuniones, sus actos, sus encuentros. Los boletines “Debate Socialista” y “Correspondencia poética”. Y a finales de año, un nuevo proyecto vio la luz: una revista de información y formación política, “Tierra Extremeña”, muy cuidada, de 28 páginas impresas y separata literaria, que controlábamos desde el PSPE, aunque el sello editorial era “Servicio de Estudios de la Emigración Extremeña”, para darle un carácter más abierto y captar publicidad. Se editaban 2.000 ejemplares y se distribuía en quioscos y librerías, llegando a sacar seis números, en periodicidad mensual.

¿Por qué lo dejamos en seis? Las ventas no llegaban a más de un millar de ejemplares, el resto lo regalábamos. Pero lo peor es que nos íbamos quedando sin publicidad, pues el contenido beligerante, la crítica a los partidos y políticos con representación en las instituciones, la oposición constante a todo, hizo que los anunciantes no vieran prudente su presencia en el medio: podían -o ya tenían- sufrir represalias de los poderes zaheridos en nuestras páginas.

Aquello iba a ser el principio del fin, pues para imprimir estas publicaciones y otros panfletos, octavillas, etc. compramos maquinaria de cierto valor, para lo que tuvimos que pedir créditos elevados. Habíamos echado el cuento de la lechera: confiábamos en nosotros mismos, en el compromiso de varios militantes que nos subimos cuantiosamente la cuota, y pensábamos sacar importantes cantidades de puestos en feria, rifas, etc.

Unos y otros se fueron desentendiendo, descuidando pagos, olvidando dar el callo en las casetas de feria (que o no se ponían o daban pérdidas), aplazando rifas y sorteos. Al final, sólo Alfonso González Bermejo, Basilio Bote (en cuyo taller de impresor estaba la imprenta, valga la redundancia, con la que al final se quedó para su empresa familiar) y yo quedamos frente al préstamo y la exigencia de Caja de Ahorros de Badajoz para saldar la deuda: a comienzos de 1983 tuve que echar mano de todos mis ahorros para, junto a esos otros dos compañeros, hacer frente al pago final: más de lo pedido, a pesar de los pagos parciales hechos, por acumulación de intereses deudores. Aquello, en realidad, acabó con el partido. O tal vez mejor dicho: el partido había sido abandonado por sus militantes, sin llegar a más confrontación electoral que una candidatura municipal en Villafranca de los Barros en 1983, donde no obtuvimos ni un solo concejal; este problema económico y la desbandada general fueron la última patada que nos dieron por los cuatro años de agotador y gravoso servicio.

Tres años de hibernación y volveríamos a la carga en 1986, integrándonos en la recién creada coalición Izquierda Unida, donde otra vez me volcaría con la fe de un novicio, como si no estuviera escarmentado. En tanto, ahogué mi frustración en los estudios universitarios y en el trabajo educativo, así como en la literatura de creación y el ensayo, donde sí pude obtener las satisfacciones de las licenciaturas en Historia y Ciencias de la Educación, adelantar mi tesis doctoral, ganar dos premios de novela y publicarlas, y dar a la imprenta otros trabajos sobre emigración, educación y crítica literaria. Mi familia también salió ganando, porque pude dedicarles más tiempo, buena parte del cual pasábamos en nuestra parcela de media hectárea, donde me convertí en un experto hortelano, junto a Rosa María. Ahí nos

vieran zachoando, sembrando, cuidando, recolectando patatas, ajos, cebollas, puerros, lechugas, acelgas, espinacas, calabacines, calabazas, tomates, pimientos, berenjenas, habas, habichuelas, espárragos, guisantes... Plantando árboles frutales, cepas, olivos... Nos dio un poco por la agricultura ecológica, que iría remitiendo poco a poco, aunque algo nos queda todavía, si bien gallinas, patos, pavos comunes y reales, faisanes, tórtolas y palomas, han ido adueñándose de la parcela, donde ahora vivimos. ¡Ah!, y los gatos; siempre más de una docena de gatos pidiendo de comer a todas horas. Y los perros. Y periquitos y canarios.

## VUELTA A LA NATURALEZA.

Es curiosa esta “vuelta a la naturaleza”, tan exitosa por todo el país. Los años de posguerra estuvieron presididos por el humilde esfuerzo de supervivencia que desembocó -años sesenta- en un afán por dejar atrás la miseria de los pueblos y marchar a la ciudad; ser urbanos, pisar asfalto, vivir en medio del asfalto, conseguir el pisito en la colmena suburbial, disfrutar de los grandes edificios apiñados. La década siguiente fue la confirmación de la tendencia. Las enormes ciudades que habían engordado ostensiblemente con nuestra emigración, engulleron a los pueblos cercanos, dando lugar a inmensas barriadas-dormitorio, que eran el sueño de los que aún quedábamos en los pueblos, maldiciendo del campo y de nuestras casas bajas en hilera; no digamos los que vivían aislados en fincas más o menos grandes: se sentían unos parias, que no aguantaban más aquel destierro. ¡Todos a la ciudad! O, todos los que quedaban en nuestras zonas pequeñitas: ¡a imitar el urbanismo de la ciudad! Al menos, asfaltando, llenando de cemento nuestras calles, de alquitrán, ocultando el rústico empedrado, expulsando de allí a los niños temerosos de la tierra y las piedras en el tétrico juego de mi infancia; quitando las lanchas de pizarra o granito multiforme de las puertas, donde en verano nos sentábamos para tomar el fresco por la noche; retirando al ejército de gallinas que picoteaban la hierba que salía por los rincones, la paja caída de los carros, los restos de comida que alguno todavía echaba al medio de la calle desde el portal.

Cuando llegaron los años ochenta, con el parón migratorio, con la extensión del modelo urbano a todos los rincones, con la culminación del sueño asfáltico, motorizado, estándar..., hay una nueva vuelta ilusionada, ilusoria, romántica, a lo rural. Pero no era cuestión de desmontar los avisperos, las grandes avenidas, las capas de cemento, para que allí aflorase el pozo, el pilón de las bestias, las casas encaladas, las altas chimeneas, la azada y el rastrillo, la noria de la huerta. Tal vez tampoco era ese el deseo colectivo, sino más bien seguir teniéndolo todo en una mano y con la otra echarse a morro el botijo, mirar crecer a los tomates y sacar del gallinero los huevos del día, con una nueva fiebre que nos entró de pronto: el alimento, la vida natural; el disfrute del relativo aislamiento, de unos metros dorados de libertad y soledad.

Surgieron las “parcelas”. Pequeñas fincas rústicas, de 5.000 metros cuadrados generalmente, que fueron la ilusión de las clases medias cansadas de la urbe, necesitadas de un descanso semanal, un quiebro en la monotonía del trabajo sedentario, o el retorno romántico de los que ya se jubilaron y habían estado entre humo de fábricas y cuchitril de suburbio los mejores años de su vida.

¡Cuánto suelo de pasto y de encinar fue invadido, segregado, troceado con las parcelaciones que iban expandiéndose como mancha de aceite por los alrededores de todas las ciudades! Algunas con cierto gusto en la reconversión, las más con tristes resultados, creciendo como hongos. Y si en los confines de las playas tuvo lugar, desde unos años antes, la invasión del mal gusto, imitando las peores ciudades-dormitorios, destrozando paisajes litorales, por todo el interior se ocupan sierras, valles y llanuras con ese afán de vuelta a la naturaleza que, de tanto quererla, se acabó por matarla en muchos casos. ¡Qué difícil fue ese retorno a lo rural! ¡Qué imposible en tantos casos donde una vez más lo destruyó todo la mano de la ganancia fácil, de la especulación!

La reacción de las autoridades urbanísticas generales y de los ayuntamientos resultó tardía. Se les fue de las manos. O la demagogia hizo que se les

fuera de las manos. Así, en muchos casos, se razonaba con simpleza: si los ricos han tenido siempre sus casas de campo, por qué no pueden poseerlas los demás. Basándose en la extensión mínima de cultivo por esos años (5.000 metros cuadrados, incluso en seco, claramente insuficiente como base productiva rentable), se permitió parcelar y... urbanizar. Estábamos así ante unidades colectivas residenciales sin remedio; algunas con más de 1.000 parcelas, lo que fue originando un problema de atención ciudadana: redes de agua potable y evacuación de detritus domésticos (solventados generalmente con pozos de sondeo y pozos ciegos respectivamente, particulares de cada uno), recogida de residuos sólidos, transporte colectivo, atención sanitaria domiciliaria, servicios para niños y ancianos (cuando la residencia se fue haciendo fija), seguridad pública, etc.

En los años noventa, remitió la “fiebre rústica” o se agotó el mercado: surgieron masivamente los barrios residenciales de casas adosadas, de chalets aislados con jardín tipo americano, con servicios de ocio comunes, como canchas de tenis y piscinas, y eso fue cambiando la tendencia, haciendo furor en el cambio de siglo como opción de síntesis campo-ciudad. Se pasó, por tanto, del sueño urbano de los años sesenta-setenta (tras la parálisis de la posguerra) a la “vuelta a la naturaleza” de los ochenta-noventa, para conjugar los dos aspectos en el nuevo invento (viejo también, como todos, pues grandes ciudades hubo en el Imperio romano, y más atrás), abarcador de ambos modelos en un mismo producto, como dicen los vendedores de las inmobiliarias.

Yo había pasado los diecinueve años primeros de mi vida en el pueblo-pueblo de verdad. Fui lanzado por el impulso de mis sueños y el azar de la mili después a las ciudades grandes o moderadamente grandes al menos. Pasé luego, cuando me casé, al pueblo que se va vistiendo de ciudad, y de él a la “ciudad-media-Europea” -como les gusta decir a los arquitectos-, donde llevo más de veinte años residiendo. Pero de mi piso en edificio de ochenta vecinos he pasado hace más de tres años a residir en este predio rústico, a 6-8 kms. de la ciudad, donde ya desde hacía otros catorce o dieciséis años vivía en vacaciones y fines de semana. Afortunadamente, no es una zona degradada; se consiguió preservar el alcornocal que preside buena parte del centenar de parcelas de la urbanización, donde hay también encinas y pinos, aparte de los frutales que hemos ido plantando. Nuestro borde oeste es la raya de Portugal, y cuando no formábamos parte de la Comunidad Europea he visto a la Guardia Civil persiguiendo mochileros, contrabandistas de café; los primeros en coches todo-terreno o grandes motos como caballos, y los segundos también con ese tipo de motos del desierto: pequeños escamoteos y escaramuzas nada comparables al siniestro negocio posterior del tráfico de droga. Ciertamente, se goza de ventajas que ni mis padres tienen en el pueblo, donde continúan, y en el que cada vez es más molesto el ruido de los coches que vuelan sobre el asfalto y el cemento, así como las “movidas” juveniles de fines de semana: están ya como en una mínima ciudad, con sus discotecas, restaurantes, centro de salud, de ancianos, de recreo... Un poco cara y cruz. Tal vez no hayan perdido con el cambio. Creo que yo tampoco. En un cuarto de hora estoy desde mi casa en el trabajo;

desde la huerta y las gallinas en el fárrago de rotondas, circulación densa, semáforos. Conservamos, no obstante, el piso antiguo, y entre uno y otro lado se reparten libros, múltiples recuerdos que uno en la vida va siempre acumulando. Pienso que, después de tanto batallar, he cedido a un remanso que sin duda es conveniente. Espero, de cualquier manera, que me queden muchas cosas por delante y, si hay ocurre, ¡que sea para bien-cualquier cambio!

## SUBURBIO Y ESCUELAS.

Quedamos, no obstante, a mediados de los años ochenta. En un receso de la actividad política y una entrega apasionada a los estudios. También a mi profesión, la educación, que en cualquier caso nunca descuidé.

En esos años estaba destinado en un colegio de extrarradio, “El Progreso”, sirviendo a niños de los barrios más o menos marginales del “Gurugú” y “Cuestas de Orinaza”; después pasé a “Santa Engracia”, donde ejercía mi mujer, al lado mismo. Toda esa década de los ochenta estuve allí y ¡con cuánta ilusión llegué a lo que era considerado lo más conflictivo y comprometido de la ciudad!

Cualquier ciudad presenta este tipo de zonas de absorción. Allá van los que no tienen otra posibilidad, por su falta de ingresos, o por lo escaso de los mismos. Con el modelo que ya había visto en Barcelona, allá en la barriada de Verdún, o en Madrid -Vallecas u Orcasitas-, en Las Palmas de Gran Canaria y su barrio de El Risco... Pobres en origen, de autoconstrucción o mínimas viviendas de promoción pública, sin suficientes dotaciones y servicios, que luego crecen sin control, fuera de ordenación, de forma clandestina, en lucha con los ayuntamientos, y se llenan de lumpen, de chabolas, de negocios oscuros, de inseguridad, de delincuencia; de víctimas sin culpa, muchas víctimas hundidas en su pozo de pobreza, al lado de unos grupos puntuales que controlan negocios lucrativos de tráfico de drogas.

El Gurugú se había creado a principios de siglo, al amparo de la cercana estación de ferrocarril y a mano de unos cerros que daban paso a Portugal: el típico barrio de las primeras oleadas comedidas de emigrantes que se reconvertían de campesinos en albañiles, vendedores ambulantes y contrabandistas de café portugués. Con muchas desavenencias internas y mucho batallar ante la vigilancia de las autoridades, pendientes de sus construcciones ilegales y de las sacas de café portugués. *¡Esto parece el Gurugú!*, había dicho un guarda de la zona, a raíz de lo que en aquel lugar tan significativo de nuestra guerra con Marruecos se vivió en 1909: una de las batallas más sangrientas de aquel cutre neocolonialismo. De eso le viene el nombre. Y con los años, el Gurugú fue remansándose, perdiendo el alo de barriada extremadamente conflictiva para ser, cuando yo estuve allí, un barrio de trabajadores en general poco cualificados, con graves problemas de desempleo, muchos hijos y malas condiciones de habitabilidad en sus viviendas autoconstruidas.

Cuestas de Orinaza era otra cosa. Asentado en lo alto de los cerros que nos acercan a la vecina Portugal, había surgido de nueva planta en los años ochenta. Sus viviendas, de promoción pública oficial, se las dieron en régimen de alquiler a unos grupos de vecinos procedentes de un foco de chabolas cercanas, que fueron, a cambio, destruidas: La Luneta (por la construcción defensiva -ya desaparecida- allí existente, que pertenecía al conjunto de edificaciones y amurallamientos militares del siglo XVII). Esta población constituía una última hornada migratoria, coincidente con la que llevó a tantos extremeños, a tantos trabajadores de la España pobre hasta las zonas ricas del norte. Las capitales de provincia, y más las fronterizas, a la vez que participaban también de la sangría migratoria, recibían de los pueblos otros emigrantes, decididos a una vida de subsistencia, precaria, de subempleo y muchas veces marginalidad, que desgraciadamente se fueron convirtiendo en focos de delincuencia y tráfico de drogas. Al final, el núcleo inicial se vio, se vieron todos, convertido en un lugar de más que difícil convivencia, donde crecían barracones, casas de lata, chabolas con nuevas



familias que se asentaban clandestinamente, compraban, realquilaban, ampliaban, transformaban lo que no era suyo, creaban pasadizos, dobles fondos, escondites y fortines contra la policía, bunkers para la droga, y para las armas también. De cuando en cuando, asomaba la tragedia, con sangre, muertes y revanchas sin fin, siguiendo el modelo sin fronteras de las mafias, la delincuencia organizada. Pocas veces entraba la policía a poner un orden imposible, y cuando lo hacía era con toda la parafernalia de los grupos especiales antidisturbios o grandes efectivos que habían de luchar con familias enteras, con niños adiestrados a esta intifada peculiar de los lugares *donde la ciudad cambia su nombre*, como decía mi viejo amigo Francisco Candel.

Y allí aterricé yo, todo gozoso, porque estaba dispuesto a cambiar el signo de tanto infortunio, a concienciar a los muchachos y con ellos a sus familiares, como Lorenzo Milani, el cura de la Escuela italiana de Barbiana, como Makarenko, el pedagogo ruso de los internados de jóvenes en la frontera de la delincuencia, como Paulo Freire, el apóstol brasileño de los “meninos da rua”, como el anarquista catalán Ferrer y Guardia, dignificador de un proletariado sin raíces.

No era menor la ilusión de un nutrido grupo de compañeros, curtidos en reveses, pero siempre volviendo a la esperanza, al mínimo asidero para seguir intentando una promoción cultural y una concienciación de clase que resbalaba como aceite sobre vidrio. Chocaban, chocábamos contra esa costra que se forma a base de golpes y maldades, a golpes de miseria y de encanallamiento.

Utilicé cuantos recursos conocía a base de leer y releer, estudiar experiencias educativas, enrolarme en cursillos, seminarios, grupos de trabajo. Era un reto, una pasión, un gran empeño personal, a lo mejor para compensar la frustración del intento político, para sentirme realizado, para elevarme la autoestima. Trabajamos en las clases con periódicos, con radio, con una envidiable biblioteca que teníamos; llevé invitados a poetas, cantautores, políticos, sindicalista, abogados, fiscales, policías, médicos, asistentes sociales, economistas, líderes vecinales, antiguos alumnos que superaron muchos baches. Hacíamos visitas, estudios por los barrios, por las instituciones, monumentos, servicios de la ciudad. A veces se me iluminaba el panorama oscuro de las clases viendo un pequeño cambio de conducta, una disposición hacia la reflexión, hacia el aprendizaje. En alguna ocasión, uno u otro se desviaba del tedio, del derrotismo, de la pose distante y agresiva que imperaba. ¡Y salía adelante! Y compensaba tanto esfuerzo. Pero... la mayoría de las veces volvía al fango, y muy contados fueron los alumnos que luego he visto liberados del ghetto, sobre todo en el primero de los colegios. Sin embargo, a más he visto luego en las páginas de sucesos de la prensa, en los edictos publicados en boletines oficiales, reclamados, acusados, envueltos en aventuras desgraciadas. Y la mayor parte, sin tocar estos extremos, aprisionados por la triste historia cotidiana de familias rotas, con mucha historia carcelaria, con muchas ausencias y una miseria inconcebible. ¡Con cuánta violencia, cuánta frustración!

Los niños y jóvenes de nuestros centros tenían muchos hermanos. Hice varias encuestas y rondaban una media de ocho hijos por pareja. Y también detecté en mis estudios que el paro de largo duración afectaba a más del cincuenta por ciento de ellos; de ahí que tantos vivieran con los abuelos, gracias a la pensión de ancianidad. ¡Los abuelos! ¡Qué batalla la de esos ancianos que toda su vida padecieron el hambre, las calamidades más atroces y ahora, cuando podían vivir con algún desahogo, tenían la carga de los hijos, de los nietos, los problemas que todos arrastraban!

Las casas siempre eran pequeñas para tantos miembros. Setenta, ochenta metros cuadrados. A veces, los hijos mayores también se habían casado, tenían hijos a su vez, y vivían bajo el mismo techo. De diez a quince, más personas en cada hogar, utilizando todos los rincones para dormir, desmontando camas y jergones durante el día, para comer, sentarse, estar.

Pienso que el mejor servicio que prestábamos era el del comedor escolar. Rosa María, que fue muchos años la responsable del de “Santa Engracia”, dice que sólo en esos centros ha visto niños a los que les guste quedarse abrumadoramente al comedor. ¡Muchos iban precisamente por el comedor! De ahí que en septiembre y junio, cuando no funcionaba, se disparaba el absentismo escolar. Sé que buen número de ellos hacían allí su única comida fuerte del día. Venían a la escuela tras beber un café negro, y devoraban cuanto se les ponía. Alguno se guardaba una reserva en los bolsillos: aseguraba una cena, o un bocado al menos para antes de acostarse. También había personas mayores que al final pasaban por la cocina y se llevaban de lo que sobraba para casa. Pero, ¿y los fines de semana? ¿Y durante las largas vacaciones?

En medio de tanta necesidad, brotaban las tensiones, se producían enfrentamientos que en algunos casos se extendían a las familias, resolviendo entre ellos con violencia las múltiples pendencias. A veces la agresión llegaba también a algunos profesores: por no tener cuidado, por consentir el presumible abuso de uno u otro, por sus medidas de disciplina o calificaciones en la clase. Daban voces, muchas voces, insultaban, se iban de las manos. Apenas podían sofocar estas refriegas las dotaciones policiales que habían de intervenir.

Cuando alguno, en el frecuente acaloramiento, se “cagaba” en los muertos de otro, las batallas se sucedían, multiplicándose los implicados. No había perdón posible. Y no había forma alguna de razonar.

*Pero, ¿qué importancia tiene eso?*, le decía una maestra a un pequeñazo que se revolvía como poseso ante el insulto.

La miraba como se mira a un zombi.

*A ver, dímelo a mí, verás como ni me inmuto.*

El muchacho ponía los ojos como cuadros.

*Porque ustedes son unas putas y unos maricones*, sentenció finalmente.

Sí, ese era el concepto de buen número de familias con respecto al profesorado. Allí se respetaba la ley del más fuerte. Razonar era como una debilidad inconcebible, no permitida en tantas situaciones de infierno, donde pisas o te pisan, no hay otra opción.

¿Qué enseñarles? ¿Qué escala de valores y actitudes? ¿Respeto, solidaridad, conciencia social? ¿Acaso la había con ellos, en sus casas sin servicios, en sus barrios olvidados, en sus hogares de pan tan deficiente, de parados sobreviviendo de trapicheos y chapuzas -algunos ascendiendo, con negocios penados, lucrativos a fuerza de peligro-?

¿Podían interesarles las correrías de los cristianos en su costosa reconquista? ¿El refinamiento de las Cortes de Inglaterra? ¿La belleza programática de nuestra Constitución? ¿Los ríos de América? ¿Las ecuaciones con dos incógnitas o las de segundo grado? ¿La tabla periódica de elementos? ¿La conjugación en subjuntivo de los verbos?

Nosotros, un poco, rompíamos con todo eso. Pero, ¿y dónde estaba la enseñanza alternativa? ¿Cómo formar conciencia y caminar hacia su liberación? ¿Les interesaban las luchas históricas del movimiento obrero? ¿Las obras literarias del realismo, con su carga de belleza y de denuncias? ¿Los problemas de salarios y gastos posibles a realizar con el sueldo de los trabajadores? ¿El estudio urbanístico contrastado de barrios residenciales y barriadas de aluvión? Se me dormían igual. Y bostezaban. Y mis periódicos, y grabaciones de la radio, y visitas, y charlas con invitados surtían el mismo efecto. A veces, a alguno se le encendía una luz en la mirada, se embebía, y aquello iba compensando para no desfallecer. Pero no conseguíamos frutos colectivos. Sus tensiones, sus problemas, ya eran los suficientes como para meterse en otros, de otra gente, de otros tiempos, o de ellos mismos, para profundizar en las heridas.

Una vez quise escenificar, espontáneamente, la vida en el barrio, siendo ellos mismos los actores y dramatizando lo que vivían a diario. Me salieron con una burda imitación de un programa de chistes que por aquellos días hacía furor en la televisión.

Los llevaba a emisoras de radio, para que viesen como se confeccionaban los distintos espacios que habíamos estudiado: sólo les interesaba ver dónde se grababa el programa de canciones “Los 40 principales”, formándose el cisco en los estudios.

Traía a un especialista en formación profesional. Se reían de sus gafas gordas. O de su chepa. O de la voz gangosa, o de flauta, o de orfeón, que tuviera, con la más aparatosa de las insolencias.

Recortábamos noticias de la prensa para confeccionar murales de información general: fútbol y sucesos luctuosos acaparaban todo el espacio de las cartulinas, dibujando en las fotos atributos sexuales más que exagerados.

Salíamos por el barrio: se escondían -sabiamente- los gatos. Íbamos a los parques de la ciudad: corrían peligro patos y palomas. Pasábamos por una avenida con grandes edificios y llamadores automáticos: echaban humo de tanto golpearlos. Íbamos a la catedral: las pilas de agua bendita eran vaciadas, mojándose unos a otros. Rodaban las cabezas de bronce en el Museo de Bellas Artes. Arrancaban plantas. Sacaban provecho furtivo por los supermercados...

Y era una vez y otra. Y un año y otro año. Y un método, y el otro, que parecía más revolucionario. A veces me encendía:

*No os da vergüenza, que no vais a salir nunca del hoyo en el que estáis. ¿No sabéis que cuanto más pobres más coraje hay que tener para salir del fango y superarse?*

Unos oían llover. Otros me contestaban:

*¿Qué fango es ése? ¡Yo vivo como me da la gana!*

¡Cuánto contestaban! ¡Cuánto se indisponían con cualquiera, amenazando a veces!

*Va a venir mi padre y te va a rajar.*

Corrían a por el padre. Y en ocasiones venían, y otros familiares más detrás de él. Y la navaja estaba allí, para parlamentar, para sostener con su brillo el brillo de una colección insospechada de insultos, maldiciones.

*¡Que te caiga un cáncer en la boca, so cabrón!*, era muy socorrido.

Y hubo profesores que salieron alguna vez bien calentados. O tuvieron que agacharse a cambiar la rueda pinchada del coche, o llevarlo al taller para reparar cristales, rayones, o a la policía para denunciar robos de su interior.

No es cuestión, claro, de hacer un catálogo de anécdotas y agravios, pero aquello minaba la moral, mordía la ilusión. Acababa cansando, acabábamos siendo derrotados. Una vez más, también aquí, vencidos por la evidencia de que aquello no tenía solución. Joaquín Costa había dicho 100 años más atrás: *¡Pan y escuelas!* Sí, pan, pan, sin duda. Pero mejor dicho: trabajo, trabajo y remuneración dignos, para acabar con tanta miseria, con tan profunda, intrínseca, desgarradora miseria de cuerpo y de espíritu; lo demás, viene por añadidura, se construye sin traumas, si no se es un torpe constructor. Pan, trabajo en esos barrios marginales que toda ciudad arrastra y donde cada día nos damos de bruces con una realidad insuperable: la desazón, el sufrimiento que estalla en mil violencias y a todos les envuelve, ahogándose allí mismo, y pocas veces se refleja fuera: sólo cuando el periódico, la radio, la televisión, nos muestran resultados, patéticas noticias que no se pudieron o no se quisieron remediar.

Un día, paseando con otros compañeros del batallar político por Cuestas de Orinaza, saludé a un antiguo alumno, interesado en su momento por aquellas pequeñas aventuras que me montaba para ganarme su atención.

*Éste fue uno de mis mejores alumnos, dije.*

*Sí -contestó él-, y ya ve para qué me ha servido. Para estar tirado aquí en la calle, sin trabajo, ni esperanza de que me den alguno.*

Más adelante, se “buscó la vida”, como muchos decían. Y “trapicheó”, y fue escalando posiciones. Y cayó abajo. Conoció la cárcel.

*No volveré más. ¡No sabe usted lo que es aquello!*

Pero volvió otra vez. Y volverá seguramente cuando salga.

Era la historia de todos los cinturones marginales de las ciudades del país. La dura historia que hoy, si cabe, es más dramática, porque el negocio de la droga ha creado mafias poderosas, que se instalan allá, en medio de unos pobres indigentes que participan o callan, amenazados, temerosos, malvistos, maldecidos por todos; por nuestra sociedad acomodada que desconfía del que procede de esos focos. Focos de absorción, barrios obreros de aluvión en los años del desarrollismo que despobló núcleos rurales, transformando a los “paletos” en “gente de ciudad”, en personalidades desestructuradas, sin raíces en tantos casos. Y ahora, al cambio de siglo, recibe otro ingrediente explosivo para complicar aún más las cosas: los parias venidos de más abajo todavía, los supervivientes de pateras y dobles fondos de barcos y camiones; los emigrantes subsaharianos, de Latinoamérica, del este europeo, de Asia, que sueñan con nuestra riqueza repartida, con nuestra generosa abundancia, que han visto por la televisión, que les llegó de boca de alguno que volvió mostrando su triunfo. Otra vez la rueda, de nuevo el espejismo, en esta historia repetida. Como la fiebre de América de un siglo más atrás, en la que se vieron envueltos tantos de los nuestros, mis abuelos

paternos, por ejemplo, en los montes helados de los Andes, en la Pampa argentina, tan generosa... para unos pocos dueños solamente.

En cualquier caso, no debería dar una imagen negativa del siglo XX, a pesar de todos sus horrores, sus guerras sanguinarias, los grandes desarraigos del proletariado errante, las muchas esperanzas quemadas en las revoluciones que luego se torcieron. Y menos de su segunda parte, los cincuenta años que he vivido. ¡Cincuenta años no es nada! En mis correrías infantiles por el pueblo, a un lado y otro de su estirada piel recostada en el riachuelo de las grandes sequías del verano y las inundaciones invernales, había un buen número de familias que vivían en chozos de palos y de paja. Que trabajaban, cuando los capataces querían contratarlos, de sol a sol por unas cuantas monedas que apenas daban para que el hambre no matase. Que vestían harapos, tenían pulgas y sarna. Que pedían por las casas cuando había lluvias prolongadas o vendían picón, arrastrando sacos, de los que salía un polvo negro y les llenaba el blusón remendado, el pelo, la cara en la que resaltaba el brillo de unos ojos suplicantes.

Desaparecieron poco a poco tantas pesadillas. Y allá donde los chozos, se levantan barriadas discretas, e incluso con el lujo de jardines y antenas parabólicas y coches relucientes en las puertas. Tampoco existen ya los capataces de vara y de caballo, ni los voceadores de picón o pedigüños callejeros.

Y aquel escándalo de los kilómetros cuadrados de chabolas en las grandes ciudades no existe sino en pequeños núcleos, donde a veces juega más la picaresca y el negocio sucio de la droga.

La droga, esa sí que se ha entronado como exclusiva emperatriz de tantos jóvenes que perdieron el rumbo en los años del cambio, en nuestra transición mal conducida. O tal vez en esta transición generalizada, universal, del cambio brusco de culturas autóctonas por la globalizada de los mensajes por satélite y el poder fulminante de la publicidad. ¡Cómo estamos bajo el yugo de los grandes manipuladores de conductas, de estilos, de aspiraciones y de vida!

Sin embargo, la esperanza siempre late, una vez más levanta el vuelo desde las grandes montañas de ceniza, y hay una juventud que se despierta, que se incorpora y que protesta. Que planta cara a los enormes poderes del dinero, las armas, los medios y todos los recursos. Que, allá donde los poderosos se reúnen, acuden a millares, multiplican su número, aguándoles la fiesta, presionando para abortar brutales avaricias. Siempre, siempre, ha habido, hay, un eterno despertar. Siempre un camino donde se avanza un poco, aunque de cuando en cuando se retroceda, y desaliente y duela.

## LA REINCORPORACIÓN POLÍTICA.

En 1986, nos nació otra esperanza política a los que ya veníamos dando revolcones: Izquierda Unida. A raíz de la convocatoria de un referéndum nacional para decidir si España entraba o no en la OTAN, se formó una plataforma que hizo campaña decidida en contra. Allí se congregaron pacifistas, ecologistas, grupos alternativos a la sociedad de bloques militares, sindicatos, partidos políticos... Los restos de la batalla del PSPE sacamos un poco de fuerza y también hicimos nuestra humilde aportación. El referéndum del 10 de marzo fue muy ajustado, pero una vez más perdimos en las urnas. España entró en la Organización del Tratado del Atlántico Norte y nosotros, en medio de la derrota, vislumbramos la posibilidad de un proyecto global alternativo: una fuerza política situada “en la otra orilla”, con ambición de acoger a todos los que quisieran de verdad transformar la sociedad.

No obstante, pese a las muchas esperanzas y el optimismo de algunos, aquello no cuajó de inmediato. No fue el refugio de tanto descontento como nos pareció que existía en el país. Tal vez, la hegemonía manifiesta del PCE alejó a muchos votantes que mantenían los prejuicios heredados o sencillamente no llegaban tan lejos en la ruptura con lo establecido.

*Izquierda Unida* -decía Alfonso Guerra en sus mítines- *es el Partido Comunista vestido de lagarterana.*

“Lagarto” nos salieron las elecciones del 22 de julio de 1986 en que IU sólo obtuvo 7 escaños en el Congreso de los Diputados, de los 350 puestos, y ni un solo senador, de 208. Pero siempre hay consuelo para todo: fue muy poco el tiempo para dar a conocer nuestro mensaje, apenas habíamos constituido la coalición cuando nos enfrentamos en las urnas... De cualquier forma, yo me acuerdo de que estábamos convencidos de disputar con muchas posibilidades de éxito el lugar más importante de la oposición a la derecha y que no habría mayorías absolutas. Pero Coalición Popular (antecesora del Partido Popular que más adelante llegaría al poder) logró 105 puestos al Congreso y el PSOE revalidaba la victoria de cuatro años antes con 184 diputados.

Un año después, tuvimos nueva oportunidad: en junio se celebrarían elecciones municipales, para las que podíamos prepararnos sin agobio. En Badajoz, constituimos un grupo de trabajo y yo me encargué de recopilar información municipal para hacerle frente a un gobierno local socialista que también ostentaba mayoría absoluta; nuestro “antecesor”, el PCE, sólo tenía un concejal en la corporación. Era cuestión de ir extendiendo el mensaje por barrios, colectivos asociativos y medios de comunicación y alcanzar dos objetivos: aumentar significativamente el número de concejales y que el PSOE no tuviese mayoría absoluta, con lo que se vería forzado a negociar permanentemente con nosotros la política de la ciudad.

El alcalde era un hombre muy popular y cercano a la gente. La gestión tenía su punta populista, muy ostentosa en las formas, y habían llenado la ciudad de carteles publicitarios donde se leían cosas como ésta: *En Badajoz se vive o Visto todo, me quedo en Badajoz.*

Escribí varias cartas y artículos en la prensa criticando duramente los eslóganes. Los calificaba de frívolos e incluso de irrespetuosos. De burla para con una población donde abundaban cinturones de miseria, barrios marginales, familias con

graves necesidades económicas, mucho paro obrero, enorme falta de vivienda y casco histórico en ruinas, así como una especulación urbanística considerable.

Hicieron mella mis críticas y se me acusó de lo obvio: que yo lo que quería es ser alcalde. No era ingenua la acusación, pues en aquellos momentos (otoño e invierno de 1986), aún no se había decidido la composición de la lista de IU: ésta era una forma eficaz de meter cizaña desde fuera. Y, en efecto, tuvo fortuna. El PCE, como fuerza más que mayoritaria, casi hegemónica en la coalición, se movilizó internamente y, ya en la primavera, tenía tomada su decisión: encabezaría uno de sus miembros; a mí me ofrecían el segundo puesto. Creo que pensaron en una negociación con tensiones y seguramente se sorprenderían cuando me lo dijeron: inmediatamente les contesté que sí; nunca me había pasado por la imaginación liderar nada en aquella coyuntura, e incluso estaba allí un poco por inercia, o por no saber negarme a otra nueva aventura sacrificada, gravosa. En efecto, lo fue; menos que las campañas del PSPE, errantes por toda Extremadura y los lugares de nuestra emigración, pues nos limitábamos a la ciudad de Badajoz y sus poblados, pero una vez más había que hacerlo todo: pensar consignas y panfletos diferenciados, distribuirlos a mano; pegar carteles; hacer megafonía; hablar a grupos ínfimos de oyentes distraídos... y financiar de nuestros bolsillos todo el gasto, pensando esta vez en resarcirnos cuando, al ser concejales, cobrásemos las gratificaciones legalmente establecidas (IU se quedaría con todos los ingresos, como siempre ha sido, pero nos devolvería el dinero adelantado).

El fracaso fue rotundo. No sacamos ni un solo concejal, siguiendo una tónica muy generalizada por todo el país, con lo que IU en general y, más en concreto, en Badajoz, quedaba al borde de la desaparición. El primer candidato local, Javier Bodas, el apoderado de la campaña, Pablo Muñoz, y yo (tal vez con alguna ayuda más) tuvimos que aflojarnos el bolsillo, saldar deudas y rumiar nuestra derrota. ¿Qué hacer ahora? Aquello se descompuso; yo me enfrasqué en mis estudios, mis clases, mi familia. Una etapa productiva en cuanto a la publicación de ensayos e investigaciones, la culminación de mis trabajos académicos, acabando el doctorado en Historia, y el desarrollo de nuevas experiencias educativas, con la introducción sistemática de la prensa en la escuela, en lo que me especialicé, dando o recibiendo cursos en Cuenca, Zamora y Zaragoza, y desarrollando las técnicas didácticas en diversos Centros de Profesores extremeños. A la carga política no volvería hasta 1990 en que comenzamos a preparar las elecciones municipales de 1991, con unas nuevas o esforzadas esperanzas, sacando fuerzas de donde apenas quedaba voluntad.

## LABOR MUNICIPAL.

¿Por qué volví? ¿Por qué insistí una vez más en algo que sabía sacrificado, desde una orilla tan difícil, tan poco comprendida, sin las compensaciones que otros sí encontraban desde opciones seguras, en las que siempre hay un puesto que ocupar, unas contrapartidas? ¿Cómo no me quedaba con mi huerta, con mi literatura, las investigaciones, la familia, y dejaba el fragor de una batalla perdida de antemano para nuevas tropas de refresco?

En 1990 no sólo contribuía en los nuevos trabajos de preparación de la candidatura municipal. Era también miembro del Consejo Regional y de la Presidencia de IU en Extremadura, y por si fuera poco: coordinador local. Con todo ello, desde junio de ese año, multipliqué mi actividad como en los mejores tiempos del PSPE. ¡Ahora sí que pateé barrios, me reuní con colectivos, convoqué actos, di conferencias, participé en debates, escribí para los medios de comunicación! ¡Ahora sí que pegué carteles, repartí folletos, coloqué octavillas en los limpiaparabrisas de los coches, envié cartas, publicidad, pegatinas! Porque éramos pocos, una vez más muy pocos, y la tarea no admitía demora, si no queríamos quedar definitivamente en la estacada.

En verano, coordiné un trabajo de campo por la ciudad que causó bastante expectación: tomamos en diapositivas imágenes de todo Badajoz y recabamos opiniones de todo tipo de colectivos y personas. Fueron muchos días de patear calles y barrios, monumentos, río, instalaciones oficiales. Con ello, preparé una conferencia en la Casa de la Cultura que fue el pistoletazo de salida de la campaña preelectoral. Desmonté la publicidad municipal en cuanto a bienestar ciudadano, mostrando los atropellos ecológicos en el río, el abandono temerario de nuestras zonas monumentales, la miseria profunda de los barrios periféricos, la insalubridad de amplias zonas de la ciudad, los desastres de la indisciplina y la mala gestión urbanística, la falta de dotaciones municipales descentralizadas, las demandas no atendidas de amplias capas de la población, las cifras angustiosas del paro, la falta de viviendas a precios asequibles, etc., dando alternativas a cada denuncia presentada. Tuvo buena repercusión en los medios informativos y el gobierno municipal picó el anzuelo: entró en polémica conmigo, descendiendo a ataques personales. Aquello vino a confirmarme como candidato de IU a la alcaldía y como político local al que la ciudad y los medios de comunicación iban ya a prestar atención cada vez que se manifestara. Sin duda, todo esto me dio fuerza moral y ánimos para mantener una actividad permanente.

Por fortuna, esta vez sí logramos representación. Obtuvimos dos escaños de concejales, en tanto el PSOE conservaba su mayoría absoluta por tercera vez con quince, y el PP conseguía diez. El propio alcalde reelegido, Manuel Rojas, expresó su contento por tener a IU en la Corporación, pero su desagrado porque yo la representase como portavoz. Aún sentía las heridas de mi campaña, ciertamente agresiva y constante, mucho más tensa que la que estaban haciendo desde el PP. Sin embargo, tras los primeros encuentros oficiales, ambos notamos que había algo que nos acercaba, que creaba entre nosotros cierta simpatía, acrecentada por momentos: tal vez nuestro sentido utópico de la vida, los sueños redentoristas que los dos teníamos.

Los primeros meses, esa segunda mitad de 1991, fueron muy duros para el alcalde. Estaba tratando de que una empresa brasileña, muy fuerte en el sector de confección textil, se instalara en Badajoz, donde la falta de puestos de trabajo se estaba haciendo angustiosa. Daría cientos, tal vez miles de ocupaciones, al tener cierta



exclusiva de venta de camisetas en Francia y ser el primer paso para otras inversiones y actividades inducidas. Manolo Rojas se volcó, comprometiéndose con los brasileños más allá de lo posible; ellos atornillaban más y más: recalificaciones de terreno donde instalarse, subvenciones y aportaciones a fondo perdido de la Junta de Extremadura, avales municipales, infraestructuras y gastos de agua a cargo del Ayuntamiento, cesión de instalaciones complementarias... nuevos avales, nuevos préstamos que había de asumir una institución que ya arrastraba una carga de deudas bancarias rozando, e incluso rebasando, el máximo legal permitido... Y sin embargo, ni el empleo era el prometido, ni las ventas llevaban el ritmo asegurado.

Aquello marcó seis meses de dura oposición. Manolo Rojas se veía acorralado, pero huía hacia delante: más concesiones, más compromisos con la empresa textil, en los que iba quedándose prácticamente solo. Nadie atendía sus razones. Su propio partido empezaba a recular; el portavoz del PP, Miguel Celdrán, se levantó de una reunión explicativa en la que estábamos los tres y nos dejó con un portazo: Manolo pretendía que consensuáramos nueva subvención *para que ya todo arrancara de una vez*. Nos quedamos allí los dos, frente a frente. Él desayunaba un café con leche y unas pastas. Noté cómo le era penoso hasta tragar. ¿Le respaldaría IU? ¿De qué le iba a servir si en aquellos momentos sus nuevos proyectos no contaban con otro apoyo, ni suyo ni de otros! Además, mis compañeros de coalición tampoco me hubieran permitido darle el mínimo respaldo. Y es que Manolo se había metido en un callejón sin salida, enredado en la maraña de unos voraces empresarios que venían a por ayudas, a por el dinero de las instituciones con un proyecto lleno de quimeras que, en efecto, al fallarles el grifo municipal, quebró de inmediato. ¡Cuántas empresas avispidas estaban por ahí, dando el timo de la estampita en municipios tan llenos de problemas como ganas de sacudirse la miseria!

Un exceso de confianza y la angustiosa necesidad por crear empleo acabó por arrollar a un hombre voluntarioso, amable, muy querido por la gente, bueno y generoso, al que todos -desde el más indigente al más ambicioso emprendedor- pedían algo, pedían mucho, pedían demasiado.

Cuando en el pleno ordinario de diciembre presentó, sin rodeos, su dimisión irrevocable, yo quedé consternado. ¡Cuánto me hubiera gustado seguir trabajando, peleando con él, oponiéndome, colaborando! Desde su angustia, tuvo sonrisas para todos en aquella amarga despedida. Luego, hasta su muerte tras una penosa enfermedad que le daba falsas esperanzas entre uno y otro tratamiento, seguimos cultivando nuestro mutuo aprecio. Le recordaba aquel desplante a mi presencia municipal y se reía abiertamente, como lo hacía siempre, insistiendo en que no fue más que la inercia de una lucha política que yo tampoco dejé de practicar.

Ese mismo verano de elecciones aprobé las oposiciones a profesor de enseñanza secundaria, dejando definitivamente el purgatorio de mis clases imposibles en el colegio “Santa Engracia”, donde quemé mis ilusiones de cambiar el mundo desde la escuela. Pasé por un par de institutos de la ciudad hasta conseguir plaza definitiva en

el “Bárbara de Braganza”, donde tuve en el primer curso que di a una hija de Manolo como alumna. Una chica simpática, trabajadora, como él. Vivimos ese papel de profesor y padre en una relación de amistad que compensó de nuestros anteriores enfrentamientos y me fue enseñando a ser más autocrítico y menos hiriente con el que en política tuviese que enfrentarme.

El trabajo como profesor de instituto supuso una descarga grande, puesto que el número de horas impartiendo docencia bajaba considerablemente, las materias me exigirían más preparación y reciclaje científico, y el alumnado era más receptivo a la enseñanza. Sin embargo, quedé impresionado por lo mucho que se quejaban mis nuevos compañeros, por la poca disposición hacia el trabajo del alumnado y la indisciplina en general, que veían crecer año tras año. Yo, viniendo desde una zona tan difícil, noté un cambio tan grande, vi los distintos ambientes de los centros a los que iba destinado tan relajados, que no podía entender el pesimismo, cada vez más extendido, de los profesores. Tampoco la desidia generalizada entre los jóvenes.

No les falta razón cuando se quejan de que el alumnado cada vez está menos motivado por la enseñanza que le ofrecemos en los centros. Pero nuestra cultura académica sigue siendo muy libresca, anclada en métodos y en contenidos que se heredan década tras década, y sin embargo la sociedad, los intereses juveniles, la técnica audiovisual e informática, los nuevos valores introducidos en el mundo occidental, se nos alejan como un cometa que apenas si nos deja el rastro de su brillo. Seguramente, hay que hacer un esfuerzo de reacomodación, un cambio en estrategias, disciplinas, contenido, que también a nosotros nos sitúen en órbita, en la veloz órbita de este mundo del progreso que se nos escapa de las manos y que debemos controlar sin aspavientos, sin derrotismos, sabiendo colocarnos en la vanguardia del progreso, como tantas veces en la historia lo fue la educación. Por supuesto que no resulta fácil, pero tampoco lo sería intervenir quirúrgicamente con técnicas de mínima invasión o colocar en el espacio exterior satélites de comunicaciones, y se hace; no se sigue operando con rajadas en canal, o tocando tambores para pasarse información, por mucho que un día su utilidad e incluso novedad fuera puntera.

En fin, es la polémica del cambio de mentalidades, de las transformaciones sustanciales, en las que estamos enzarzados los enseñantes, como lo están en tantas otras materias los profesionales de las mismas. Y esa inquietud y ese cuestionamiento ya son positivos de por sí.

Volviendo a la vida municipal, ésta siguió su curso e hicimos la oposición más dura y sistemática de todo mi paso de diez años por el Ayuntamiento. No dejamos respiro en los tres años y medio que fue alcalde a Gabriel Montesinos, sustituto de Manolo Rojas, procedente, en anteriores legislaturas, de la lista del PCE; ni siquiera en un periodo de seis meses -la primera parte de 1994- en que acordamos una especie de tregua, al ser nombrado por Gabriel concejal-delegado de relaciones con Portugal. Costó una bronca en IU, pero mis relaciones con cargos públicos portugueses del Alentejo, pertenecientes al Partido Comunista -hegemónico en la región fronteriza-,

hacían aconsejable que asumiera ese papel. Yo creo que fue un rasgo de generosidad de Gabriel, que le costó serios disgustos dentro de su grupo municipal, muy desunido - hasta el punto de que tres de ellos más tarde se salieron del partido y formaron grupo aparte-, pero contaba para ello con el apoyo del partido a nivel regional.

Fue una legislatura muy difícil. También el PP sufrió una escisión -ésta, anterior-, pasándose al final de tres grupos a cinco. La deuda general crecía sin cesar, debido a la política de construcciones propias de viviendas, que resultó ruinoso; a los impagos cada vez más frecuentes de impuestos y tasas, por parte de un sector del vecindario, que había entendido mal la generosidad anterior de Manolo Rojas, su transigencia; a los débitos bancarios, en continuo crecimiento, al no poderse afrontar amortizaciones, tenerse que renovar créditos a más alto interés, y la subida generalizada de éstos, que ellos solos se llevaban más del 15% del presupuesto ordinario; a la negativa de proveedores corrientes a seguir surtiendo al Ayuntamiento, por su falta de liquidez, lo que nos dejó en manos de un intermediario -El Corte Inglés-, que servía con precios prohibitivos o cobraba en solares que nos descapitalizaban; a la sangría de la empresa textil brasileña, que aún conservaba derechos adquiridos en avales y servicios gratuitos, y, en fin, a un exceso de obras de equipamiento y sociales, que hicieron mucho bien a la ciudad, pero que exigían cuantiosos gastos, para los que no había dinero.

Estos problemas, no obstante, eran la norma universal de los ayuntamientos. Durante la larga dictadura, sus competencias y servicios habían sido mínimos, llegándose a la democracia con unas corporaciones enfrentadas al reto de dignificar la vida municipal: asfaltar calles, planificar jardines, construir equipamientos deportivos, impulsar viviendas para los grupos más desfavorecidos, atender necesidades básicas en barrios marginales, crear servicios culturales, favorecer al movimiento asociativo, recuperar el patrimonio histórico, promocionar las fuentes locales de riqueza, atraer inversiones creadoras de puestos laborales, etc. Y todo ello valía mucho dinero, que sólo en una parte podía sacarse de los bolsillos -siempre depauperados- de la mayoría de ciudadanos; tampoco la legislación vigente permitía impuestos especiales y gravámenes a los grupos más afortunados, a las grandes empresas -que además huirían-, a las voraces constructoras que se habían ido aprovisionando de todo el suelo destinado a edificar. Muchos recurrieron al endeudamiento, a los bancos públicos primero, y luego a los privados ante el gasto siempre en crecimiento. Una y otra vez, el Estado asumió en todo o en parte los débitos, y eso fue un gran respiro para los primeros gobiernos elegidos; suerte sobre todo para la entonces mayoritaria en los consistorios: UCD, pero a partir de mediados de los años ochenta las cosas se complicaron más; el Estado cerró el grifo, los gobiernos socialistas se echaron adelante en aumentar servicios, los ciudadanos se habituaron a exigir y los grandes grupos económicos a no correr con gastos sino a participar también en el pastel. Llegamos, claro está, a la década de los noventa con una situación de bancarrota (aunque la banca, de romperse, sería de tantos beneficios como acumulaba, con la disparatada subida de intereses).

El acoso al PSOE era terrible. Y si no fue bastante todo esto, se unió el escándalo de corrupciones destapadas a nivel estatal. Para rematarlo, un escándalo propio: el teniente de alcalde y diputado provincial Matías Ramos fue acusado de diversos delitos en ambas corporaciones, como apropiación indebida de fondos y malversación, que le llevaron a la cárcel.

¿Qué iba a pasar en las elecciones de junio de 1995? Pues la debacle electoral que el PSOE tuvo a todos los niveles. En el Ayuntamiento de Badajoz, el PP se

alzó con la mayoría absoluta, pasando a 16 concejales. Nosotros subimos a tres, lo que nos proporcionó por la comarca un diputado provincial: mi otro compañero, Pedro Escobar, incorporándose al grupo uno más, Pablo Muñoz. El PSOE quedó reducido a ocho, a pesar de presentar una lista totalmente renovada, de hombres y mujeres que no habían estado hasta entonces en la gestión municipal. Recuerdo la desazón de su portavoz, Ricardo Luengo, una excelente persona, maravilloso compañero, que soñaba con un gobierno de coalición PSOE-IU. ¡Cómo me hubiera gustado colaborar con él en una gestión conjunta de izquierdas, en un momento en que la coyuntura económica externa se reconducía, bajando espectacularmente los intereses bancarios de 16 a 5 y 4%, y -pese a nuestra oposición- haber conseguido un respiro en la gestión privatizando el servicio de aguas, con redes en muy malas condiciones y grandes impagos, aportando además a fondo perdido la concesionaria –“Seragua”- 2.500 millones de pesetas, a lo que se unía que El Corte Inglés, al instalarse -lamentablemente en lo que tenía que haber sido una gran plaza-, nos ingresaba más de 1.000 millones entre compra de terrenos e impuesto de obras y construcciones!

Al PP se le ponía todo en bandeja. Incluso antes de comenzar su gestión, criticándonos, pues en el último acto institucional conjunto fuimos una pequeña delegación municipal a Cuba, donde nos hermanamos con la ciudad de San José de las Lajas, a la que recientemente habíamos donado unos 17 millones de pesetas para construir ampliaciones en un hospital.

*Van a por las mulatas* -decía el que iba a ser alcalde, Miguel Celdrán, en una de sus manifestaciones desafortunadas, machista y racista, que más adelante enmendaría: en 1998 delegó en mí para asistir a un encuentro de solidaridad en La Habana.

A Miguel, otra buena persona, con la que hice profunda amistad, se le calentaba con frecuencia la boca, pero -como ya nos tenía acostumbrados- no era fácil que nos enfadara. Eso sí, casi siempre tuvo estilo y gracia criticándome. Al PSOE, en cambio, se la tenía jurada...

El PP dedicó los cuatro años de su primer mandato a sanear la hacienda municipal, tal como era su consigna para todo el Estado: controlar el gasto, renegociar la deuda bancaria y de proveedores, perseguir los impagos y rebajar la enorme cantidad de servicios voluntarios de los que las anteriores corporaciones se habían hecho cargo. En el control llegaron a extremos inauditos. Así, nosotros pedíamos -por ejemplo- media docena de bolígrafos, de lápices, de gomas, y se nos enviaban tres unidades de cada cosa; coetilla: *sois tres concejales, pues tres bolígrafos, etc. necesitáis*. Pero con los folios timbrados, o sobres, por ejemplo, la participación se dificultaba; el concejal-delegado de Hacienda no tenía problemas: pides 500, te envío 250. Siempre por la mitad.

Esta técnica de ahorro en el chocolate del loro la extendió a todos los servicios, racionando cada vez más, lo mismo folios que escobas, detergente o gorras de los agentes de la policía. Llegó un momento en que en las oficinas tuvieron los

trabajadores que traerse bolígrafos de casa, o que en el water no había papel para limpiarse o que veías a los bomberos pasándose las mascarillas antihumo de uno a otro, por falta de material. No digamos las chaquetas zurcidas de la policía, los pantalones remendados de los jardineros, los guantes rotos de los barrenderos o las motos de los ordenanzas que repartían avisos con las cubiertas de las ruedas desgastadas, saliendo los arillos interiores como si fueran pelos de punta. ¡Ah!, los sillones desfondados, las sillas tambaleándose, las paredes con churretes.

*Hay que ahorrar. Todos están muy mal acostumbrados,* decía el concejal.

Echabas cuentas y el ahorro de un año con toda esta miseria no daba para el pago de un día de intereses de demora, y eso que bajaban sin cesar los tipos. Ricardo Luengo se desesperaba; él, tan serio, no era capaz de tomarse la situación con un poco de sorna. Yo disfrutaba enviando pedidos de material fungible que, al final, me era denegado en bloque. Eso sí, ninguno de los dos podíamos transigir con la desatención al personal de los servicios.

*Hay que ahorrar.*

De ahí no lo sacábamos. Si acaso un reproche al PSOE:

*Ustedes tiraban el dinero a espuestas. ¡Como no era suyo! Así quedaron esto, que más se parecía a un cuartel robado.*

Más desesperación para Ricardo. El alcalde se reía, pero dejaba hacer. Aquello era un absurdo que nos entretuvo un tiempo necesario para cosas de una importancia superior. Porque lo cierto es que graves problemas de fondo continuaban como siempre: gran indisciplina urbanística, con proliferación de urbanizaciones ilegales periféricas; suciedad generalizada, pese a campañas efecticistas de lavado de cara; indigencia de gran número de familias, que los servicios sociales no lograban atajar; aumento de la delincuencia ciudadana, del raterismo callejero, de la prostitución ligada al consumo de estupefacientes; ruido incontrolable: de motos a libre escape, de “movida juvenil” en fines de semana; abandono del casco histórico, pese a unas ayudas europeas -el Plan Urban- que trataban de rehabilitar el entorno y luchar contra la marginación en la zona; ruina galopante del patrimonio artístico en la alcazaba musulmana; descontento creciente del asociacionismo ciudadano, al que se le rebajó la ayuda que Manolo Rojas había instaurado con generosidad... Únase a ello la continuidad con la Junta de Extremadura, gobernada por el PSOE: balones de uno a otro lado, echándose la culpa de falta de atenciones.

Ahí tuvimos que hacer una oposición a dos bandas: de un lado combatiendo al PP en Badajoz, del otro al PSOE, como gobierno de la región con responsabilidades -por ello- en la ciudad. No obstante, como el PSOE no tenía mayoría absoluta en la Asamblea regional, los presupuestos de 1996 tuvieron que negociarlos con nosotros, y -entre otras cosas- exigimos una dotación económica sustanciosa para crear más de 500 puestos de trabajo, de contrato anual, en la ciudad (más de 5.000 en toda Extremadura); aún así, fue larga la lucha: el PP no estaba de acuerdo, porque a ellos les suponía un desembolso aún mayor que a la Junta, pues los convenios laborales del Ayuntamiento cifraban los sueldos por encima de la media. ¡Cuánta pataleta tuvimos que liar! Al final, crearon la mitad de los empleos, en tanto nosotros advertíamos: *para el siguiente año, el número de puestos habrían de doblarse en toda la región.* No pudo ser; una profunda crisis en IU dividió al grupo parlamentario regional y se nos acabó la capacidad de exigencia. El plan quedó olvidado y todos

respiraron más tranquilos. El PSOE porque ya estaba hasta la coronilla de nuestras utopías; el PP, porque nunca aceptó gastar esas partidas en empleo, alegando que sobraban trabajadores municipales. Como los que cogieron fue a regañadientes, los mandaban a barrer con una escoba y cogedor tipo salita de la casa, o a cavar en las rotondas en grupos de 15 o 20, que no podían desenvolverse, o a regar jardines con manguera para desesperación del encargado al ver los hoyos que hacían en los parterres, la tierra corrida a las aceras y calzadas, llevando a su vez al responsable de limpieza al borde del infarto. Aquello fue un fracaso que nos endosaron a nosotros, y más de un ciudadano maldecía de nuestros repartos de trabajo.

*Estos se creen que están en Rusia todavía*, oí más de una vez, saliendo las voces de los bares.

En fin, la crisis de IU nos dejó un poco en la cuneta. Y literalmente caminamos por ellas en una serie de “marchas contra el paro” que programó la Presidencia regional. Un año y otro, un número... decreciente de compañeros, se ponía las botas de hacer leguas, cogía la bandera regional, o la roja, o la pancarta, y marchaba en fila carretera adelante, pueblo tras pueblo, coreando las consignas de la unión:

*¿Contra el paro?*, preguntaban desde un megáfono.

*¡Lucha obrera!*, se contestaba a gritos.

Unos hacían los cientos de kilómetros de la marcha de una semana entera. Otros, en cada localidad, se sumaban -nos sumábamos- en el recorrido interior y unos kilómetros en las afueras. Muchos curiosos nos miraban, impasibles.

*¡No nos mires!*, salía del megáfono.

*¡Ú – ne – te!*, coreábamos como una letanía.

Yo me acordaba de los tiempos gloriosos del PSPE, de aquellas derrotas permanentes. Hacía de tripas corazón para estar en la fila. A veces la dejaba. Volvía como un deber, como una pena impuesta inherente a mi cargo de concejal-portavoz (los otros, los cargos internos, los había ido dejando conforme me cumplían los mandatos). Aunque nuestra oposición municipal contra el PSOE había dado frutos, con cierto afianzamiento electoral, el trabajo que desarrollábamos chocaba contra mil incomprendimientos. No era fácil y eso me estaba haciendo mella. Llevaba unos seis años de concejal cuando empecé a notar cierta fatiga. En cualquier caso, no creo que fuera para menos: alternaba mi trabajo en el instituto con las tareas de concejal: plenos, comisiones informativas, reuniones de patronatos y fundaciones, comparencias -casi a diario- ante los medios informativos, consultas con especialistas, visitas a los servicios municipales, a los barrios, a los poblados, a colectivos ciudadanos, atención a los vecinos en el despacho, en la calle, en casa, en cualquier lado; estudio de proyectos, presentación de propuestas, seguimiento de realizaciones, exposición pública de críticas y alternativas, elaboración de folletos, boletines, artículos, etc. Todo ello, a lo que dedicaba el tiempo de la mañana que mi trabajo me dejaba libre, buena parte de las tardes y fines de semana (sin dejar descuidada, ahora ya no, a mi familia), tenía su punto positivo: me estaba abriendo un amplio campo de conocimientos generales, y sobre todo urbanísticos, económicos y laborales; también, cierta simpatía entre amplias capas de la población, que reconocían el trabajo, lo que se reflejaba en las encuestas de conocimiento y valoración, donde siempre estuve satisfactoriamente situado.

Además de esta labor, me encargaron unos trabajos de coordinación municipal federal, es decir, del Estado español. Dentro de IU se creó un “Foro por la

vivienda pública”, con reuniones periódicas en Madrid, donde presenté especialmente distintas experiencias realizadas en Portugal sobre “vivienda evolutiva”. En ello, era pionero el caso de la ciudad de Évora, capital del Alentejo, donde el gobierno municipal comunista había recalificado grandes espacios de suelo periurbano, comprado previamente a precio rústico, y lo ofrecía en lotes edificables a los ciudadanos necesitados de vivienda. Éstos, que además se beneficiaban de subvenciones, ayudas técnicas y exenciones de impuestos municipales, podían construir su vivienda de forma aplazada, es decir, según iban necesitando dependencias. Así, en su parcela de unos 200 metros cuadrados, respetando un proyecto previamente escogido entre varios de los servicios urbanísticos municipales, levantaban la cocina, la sala de estar-comedor, el baño y el dormitorio, por ejemplo, siendo el resto jardín y aparcamiento abierto de su coche; conforme necesitaran más o económicamente les fuera posible, añadían otra habitación, y otra, e incluso levantaban otra planta, siempre respetando el proyecto escogido y aplazado. Así uno y otro, formando barrios muy humanizados, económicos, sin especulación inmobiliaria.

Igualmente, desarrollamos conferencias de política municipal, tratando de unificar proyectos de gobierno y contrastando experiencias. Ahí también me especialicé en el tema de viviendas, así como de control urbanístico, en edificaciones ruinosas y suelo sin edificar (que se presta tanto a la especulación y hay que impedir con plazos obligatorios de construcción y gravámenes), divulgando diversas experiencias de recuperación de viviendas de gente mayor y sin recursos: ayudar a estas personas en los cascos antiguos, dignificando su vida, con líneas de ayuda especial para reparar acometidas de agua, tendidos eléctricos interiores, restaurar ensolados, hacer cuartos de aseo, eliminar humedades y barreras arquitectónicas, etc. IU llevó algunas experiencias de este tipo allá donde gobernaba y, con mejor o peor fortuna, las presentamos como mociones en los ayuntamientos donde hacíamos oposición.

Estos foros y conferencias tuvieron su reflejo regional y organizamos actos parecidos por toda Extremadura. En Badajoz, logramos traer a cargos públicos de Portugal, cuya experiencia tras la Revolución de los Claveles y de aquellos momentos era un gran incentivo para todos, y tenían muy buena acogida general en la región, al ser actos abiertos. Fue un comienzo de colaboración transfronteriza, tras tan largo periodo de ignorancia mutua.

Pero a la hora del apoyo electoral, ¡qué poco provecho sacaríamos! En efecto, en las elecciones de 1999 bajamos de nuevo a dos concejales. Esta vez iba yo de segundo y mi compañero del PSPE, Alfonso González Bermejo, encabezaba; la intención era que pasase a diputado provincial, dejando las labores municipales para él y los otros compañeros de la lista que saliesen: dos o tres más, así eran -yo me aproximaba más a lo que realmente ocurrió- de optimistas. Lo cierto es que salí de puro milagro; a un paso, a pocos votos, estuve de quedarme en la estacada. Eso sí, de diputado provincial ni soñarlo. Y otra vez el PP con 16 escaños, el PSOE con 9 -uno más- y nosotros dos, como los restos de un naufragio del antiguo PSPE recalados en el Palacio Municipal. Mis compañeros Pedro y Pablo -ambos del PCE- esta vez no concurrían. Nuevas desavenencias internas dejaron a Pedro fuera, perdiendo elecciones previas, y Pablo se desentendió, optando por retirarse de la lucha “familiar”.

Por mi parte, había completado el segundo mandato municipal con cierto esfuerzo y escepticismo, pero obtuvimos algún reconocimiento de la ciudadanía. Las batallas que librábamos en cuanto a dignificación del patrimonio monumental, la rehabilitación del casco antiguo, el ordenamiento urbanístico de la ciudad y poblados,

las nuevas necesidades de equipamiento y expansión, así como la dignificación del trabajo de los 1.100 empleados municipales, la transparencia en las contrataciones, las propuestas de eficacia en la gestión laboral y confección de presupuestos anuales y su seguimiento, los proyectos culturales, de servicios sociales y de utilización de los espacios rústicos de propiedad municipal para disfrute ciudadano, consiguieron hacerse respetar entre los otros grupos. El mismo alcalde, cuando en la noche electoral mi escaño estaba aun en el aire, a favor precisamente de su grupo, declaró públicamente que prefería perder un concejal con tal de tenerme en el Ayuntamiento. Era un consuelo. Ocho años en la corporación municipal me habían supuesto muchos sacrificios, pero también algunas alegrías, cuando razonando imponía pareceres, o cuando acompañando a colectivos o ciudadanos agraviados o angustiados, lograba que salieran quitándose de encima un peso, recobrados de un desaliento o resarcidos de no sé cuantas injusticias absurdas e increíbles.

De todas formas, de aquella campaña de 1999 salí muy tocado. Fue un puerta a puerta, un boca a boca de varios meses, fatigoso. Y lo peor: muchas veces frustrante. Repartía octavillas en la calle y algunos ciudadanos o no las cogían o las tiraban con descaro: me acordaba de aquel día lejano en Santa Marta, que iría una vez y otra a repetirse, con personas ariscas, desagradables, profundamente reaccionarias que me bajaban la moral. Y hay más: algunos eran de los que aparecían por el Ayuntamiento pidiendo mil favores; uno sólo que no lograran los hacía dar coces para siempre.

Recuerdo un día de precampaña en el mercadillo de los martes. Repartíamos programas entre los vendedores, a cuyos representantes acompañé tantas veces en sus reivindicaciones ante el gobierno municipal. Una joven rubia -de frasco-, muy despachada, me miraba mientras le ofrecía mis papeles.

*¿Sabes de qué partido soy yo?, me preguntaba a voces.*

Sonreí.

*Del partido de San Andrés: del que más me dé.*

Y lanzó risotadas estridentes que fueron coreadas por otros vendedores de la zona, que se palmeaban el pecho, los muslos, las caderas.

Allí, mi brazo extendido, ignorado, parecía el de Lázaro saliendo de la tumba. ¡Qué mal se me ha dado siempre este contacto electoralista con la gente! ¡Qué ridículo me veía con mi fajo de papeles donde pedía más atención para estos vendedores, espacios amplios, agua corriente en fuentes, más permisos de instalación, zona de aparcamiento para compradores...

También era frecuente que ellos mismos u otros aguerridos ciudadanos nos increparan cuando estábamos haciendo campaña por las calles:

*Apencad, apencad, que para unos días que trabajáis cada cuatro años, tratando de engañarnos, no está mal que sudéis la gota gorda.*

Es como si los “políticos”, aquella parte de la ciudadanía que habíamos optado por desarrollar una labor de servicio a la comunidad con mejor o peor criterios, fuéramos de otro planeta. O unos cuatrerros de pistola al cinto pidiendo votos como los forajidos pedían la bolsa a cambio de la vida. Luego, eso sí, muy suaves los más discordantes cuando de pedir favores se trataba, cuando querían inducirnos a trato picaresco.



Por aquellos días librábamos una campaña de apoyo a los sindicatos de la construcción que habían firmado un convenio en que se acordaba no trabajar los sábados. Papel mojado. Las grandes constructoras seguían con una media jornada prolongada, con todo descaro.

Íbamos ante las obras el puñado de militantes que quedábamos -tras que las continuas crisis de IU nos diezmaran-, junto a otro tanto de esforzados sindicalistas. Los obreros apenas nos miraban; seguían paleta en mano, carretilla arriba y abajo.

*Compañeros, el convenio establece no trabajar los sábados.*

Otra vez nuestro megáfono en función.

*¡Únete!, compañeros, ¡Únete!*

Salía así, con la falta de concordancia gramatical.

Y las carruchas para abajo y para arriba. Y las grúas moviendo materiales. Y el cemento y el yeso, estrellándose, como nosotros, contra la pared.

Más insistencia de megáfono. Vuelo de octavillas.

Cuando ya les tocábamos un poco las narices, alguno y otro más y otro, nos hacían un corte de mangas y vuelta a la faena.

¡Hala!, a seguir con los panfletos de campaña...

Sin embargo, hacíamos encuestas y la población mostraba continuos, variados descontentos. Se quejaban de los abusos de “Seragua”, del abandono de nuestro casco antiguo, del caos del tráfico, de la inseguridad, de los pésimos servicios de limpieza, del mal estado de parques y jardines, de lo poco adecuado de la zona del mercadillo, del abuso patronal para con todo tipo de trabajadores, de la falta de perspectivas para la juventud... ¡De tantas cosas que hasta nosotros quedábamos superados por su crítica! De ahí el optimismo de mis compañeros ante la confrontación electoral. Pero la fuerza se iría por la boca y el voto fue otra vez para el PP.

## **RETIRADA.**

Ya sabía que tenía los días contados como concejal. Me faltaba ilusión para afrontar más de lo mismo. Sin embargo, sentía la responsabilidad de continuar por algún tiempo, hasta que Alfonso se habituara al trabajo municipal y el siguiente de la lista -un independiente en IU-, Manolo Sosa, fuera preparándose para entrar con eficacia. Así, en el verano del año 1999 volví a desplegar casi tanta actividad como en todos los veranos anteriores: hacía un repaso y evaluación de los servicios principales del Ayuntamiento, que presentaba a los medios de comunicación, con propuestas alternativas y de mejora. El eco en dichos medios era grande, pues en verano las noticias escasean. Oficialmente, dejé de ser el portavoz, pero en la práctica Alfonso y yo nos alternábamos en la tarea, tanto públicamente como en las intervenciones oficiales. Pero cada vez fui desentendiéndome más de la acción política en la calle, circunscribiendo mi actividad al Ayuntamiento; apenas iba a la sede local de Izquierda Unida y faltaba también a muchas de sus convocatorias públicas, generalmente de reparto de folletos, recogida de firmas ante propuestas o protestas, concentraciones reivindicativas, etc.

Sin embargo, aún tuve que prestar otro servicio delicado a IU. En marzo del año 2000 había elecciones generales y la Presidencia regional creyó conveniente que yo encabezara la lista al Congreso de los Diputados por la provincia de Badajoz. Aquello era trabajar de firme durante varios meses, con la seguridad de que en forma alguna saldría diputado; las encuestas no nos daban ni la mitad de los votos necesarios, lo que a mí desde luego me tranquilizaba, pues en nada me seduce un cargo que te obliga a estar al menos la mitad de cada semana en Madrid y el resto de los días viajando por la provincia, de un lado a otro, demandando informaciones y explicando gestiones realizadas. No obstante, quedé muy claro que si sonaba la flauta renunciaría a favor del segundo de la lista; innecesaria exigencia que, por supuesto, todos aceptaron.

¡Cuántos mítines, cuántas comparencias en los medios de comunicación, cuántos kilómetros! Me sentía como un torero corto de recursos, tropezando de un lado para otro, de punta a punta en esta provincia inmensa, con más de 21.000 kilómetros cuadrados. Y cada día llenaba la moral de sueños, de valor, sabiendo que caminaba a la derrota, pero al menos pensando que el mensaje alternativo, la ilusión por crear un mundo ajeno a lo salvaje del neoliberalismo galopante, calaría en unos pocos capaces de seguir alzando las banderas, siguiendo hacia delante, pese a tantas tormentas. Incluso volví a retomar en lo profundo las viejas utopías, a cobrar nuevas fuerzas, a sentirme con ganas de dar otras batallas desde la orilla que habíamos escogido, tan poco frecuentada.

El fracaso electoral fue estrepitoso. El correctivo que nos dio el electorado no tenía igual. Y decididamente comprendí que estaba golpeándome contra un compacto muro inabitable. Tal vez luchando contra molinos en forma de gigantes. Más que posiblemente, equivocado en cuanto a las estrategias de actuación en una sociedad que había cambiado mucho más de lo que nosotros estábamos pensando. Pretendiendo introducir un modelo alternativo por completo imposible. Sin referentes prácticos, pues todas las revoluciones o se nos habían desmontado o estaban cuestionadas en muchas de sus prácticas.

Los votos lo habían dicho: no querían saltos al vacío. Sí reacomodos, sí correcciones al sistema. Y a lo mejor en el futuro un cambio sustancial en tantas

mezquindades, tanto egoísmo, tan feroz falta de solidaridad, cuando masas inmensas vayan quedando en la cuneta. Así, no era cuestión de tirar definitivamente la toalla, pero sí comprender que había cubierto una etapa y me llegó la hora de descansar un poco.

Aunque en noviembre -y para cinco meses- conseguí una licencia remunerada en mi trabajo del Instituto -ya había disfrutado, al hacer mi tesis doctoral, de un año de este tipo de excedencia-, para investigar la introducción de materiales transfronterizos en la enseñanza de las Ciencias Sociales, mi apartamiento de las labores municipales era notorio. Se hacía necesario que alguien con más ilusión, con más empuje para llevar las labores de concejal con eficacia, se hiciera cargo del puesto; ese era Manolo Sosa, que venía de refresco. Lo dije una vez y otra en el consejo local y ya en diciembre acordamos el momento del cambio: sería tras el pleno donde se debatiera el presupuesto anual y el avance de revisión del Plan General de Urbanismo, dos temas de importancia en los que siempre trabajé con profunda dedicación y sobre los que tenía cierto dominio. Así, en enero de 2001, al final del pleno ordinario del mes, en el capítulo de ruegos y preguntas, tomé la palabra para lo que todos sabían: despedirme de la Corporación, como le había anunciado previamente a cada grupo.

Pedí disculpas por la visceralidad con que muchas veces me enfrenté a otros concejales y recibí los parabienes del alcalde y del portavoz del PSOE, Eduardo de Orduña, otro compañero entrañable, trabajador y preparado. El Pleno aplaudió largamente y sentí en aquel momento que una larga etapa de sacrificios y renunciaciones quedaba ya en mi pequeña historia. No di por malos los años, los momentos tremendos, tantos tragos amargos vividos en política. Durante varios días, buen número de ciudadanos me paraban por la calle para agradecer mi labor, para pedirme -muchos de ellos- una vuelta, tras algún tiempo de descanso. El alcalde publicó el día 29 de enero de 2001 una carta en el periódico HOY (a donde sé que llegaron más, pero el director no creería necesaria su publicación) que decía:

*La dimisión de Moisés Cayetano Rosado como concejal del Ayuntamiento de Badajoz es una pérdida para la Corporación Municipal y para nuestra ciudad. Él dice que se marcha por motivos personales y hemos de respetar su decisión, pero no me cabe duda de que su recuerdo permanecerá entre nosotros como una de las mejores y más capacitadas personas y uno de los políticos con mayor sensibilidad que ha pasado por el Consistorio sirviendo de manera ejemplar, eficaz y abnegada a una ciudad que necesita este tipo de hombres comprometidos y serios en sus responsabilidades.*

*Moisés Cayetano Rosado y yo llegamos al Ayuntamiento de Badajoz en la misma fecha, o sea, la de las elecciones municipales de 1991. Casi diez años después, habiendo compartido ambas tareas de la oposición política y más tarde, colaborando y debatiendo, profundizando en los asuntos ciudadanos y discrepando hasta la saciedad desde ámbitos de responsabilidad distintos, he de decir sin temor a equivocarme que su voluntad por llegar a acuerdos, su continua disposición al diálogo, su carácter firme e inquebrantable pero moderado, su actitud solidaria y comprensiva y sus amplios conocimientos sobre cualquier asunto que cayera en sus manos volverá a demostrarnos que no somos capaces de retener a los mejores.*

*Desde posiciones ideológicas distintas, desde concepciones de gestión de la sociedad y de tantas cosas tan diferentes, me es muy fácil reconocer -y lo hago con orgullo y sinceridad-, sobre todo porque la sociedad no está acostumbrada a que los políticos y gobernantes seamos también personas, que Moisés Cayetano Rosado ha sido y es un buen político, un buen concejal y una buena persona, independientemente de*

*sus muchos valores profesionales e intelectuales, que todo el mundo conoce sobradamente. Le echaremos de menos y lo único que puedo desearle desde aquí son muchos éxitos personales, familiares, profesionales e incluso políticos, mucha salud y que ojalá regrese al Ayuntamiento. La ciudad saldrá ganando.*

*Miguel Celdrán Matute  
Alcalde de Badajoz*

¿A enemigo que huye, puente de plata? En todo caso, tampoco fui políticamente un contrincante que asustara, que acosara en exceso, que fuese a demoler cimientos a cualquiera. Pero sí una cuña que en este caso, bien mirado, al poder municipal constituido podía serle de alguna utilidad: les caía muy lejos en la competitividad electoral y en cambio sí muy cerca al grupo socialista, sus rivales, y a los que habría de combatir para restarles apoyo ciudadano si quería subir en representación. Bien mirado, al partido en el gobierno municipal les resultaba válido.

## EL REGRESO INTERIOR.

Esta retirada de la vida política me ha servido, entre otras muchas cosas, para volver más a mi pueblo. Para visitar más a mis padres, acompañado de Rosa María, y a veces –ya pocas- de mis hijos. Ellos no pueden identificarse físicamente con el pueblo; apenas si han ido de visita y en él sólo mis padres son una referencia, lo demás les queda fuera. Lo malo es que también yo noto que muchas cosas se me están quedando a un lado. Que ya, esta calle de alquitrán y coches no es mi calle; que los bares, de máquinas sin fin y música estridente, nada tienen que ver con aquel de mi padre o los otros donde yo chateaba con los pocos amigos que me dejó la emigración; que la gente a la que reconozco y con la que siento alguna cercanía cada vez son menos. Nada tengo que ver con estos jóvenes, menos que adolescentes, guardando cola ante el comercio que les vende ginebra, whisky, ron y coca-cola, con lo que se emborrachan hasta el desmayo recostados en coches con música de locos. Nada con los guerreros de motos como jacas que pasan en puro desafío a las leyes de la velocidad y haciendo piruetas. No me quedan ya ni la barbería de Soto, con su parsimonia y con sus chistes verdes; ni el pequeño taller de zapatero de Agapito, escuchando ensimismado seriales de la radio; ni la fragua de Andrés o el padre de Sabina, llenos de risotadas, entre el golpeteo de los martillos; ni la carpintería de Gabriel, siempre con una bota de buen vino tras las ruedas de carro y el serrín, o la más distanciada de Julián, hablando por los codos; ni la huerta sorprendente, hermosa, del señor Antonio, ni el mentidero-pulpería de Alonso; ni la churrería vociferosa de La Liebre: sentía fascinación por ir al corralón repleto de mujeres, que esperaban su turno sin dejar el parloteo; los hombres no entraban en aquel santuario de vestales, que decían continuamente *yo no me salgo de la picha para entrarme en los cojones*, y La Liebre, como una terrible hermafrodita, por cualquier cosa exclamaba, poniéndose con las agujas de voltear los churros en jarra: *pues no me sale de los huevos; que se vayan a tomar por culo, porque no me sale de los huevos*, y yo esperaba a que me tocara pedir con los ojos redondos, con la boca abierta, en aquel mundo de fuego, humo, palabrotas y muchas tortas dándose en las nalgas aquellas mujeres vitales y encendidas, deseando que me ignoraran, se saltaran mi vez y pudiera seguir allí, disfrutando en silencio de las sentencias repetidas que siempre tenían como estribillo la entropiada.

Tampoco está ya el comercio Nuevo, la carnicería de Araceli, el locutorio telefónico de Mariquita, a donde iban las madres de emigrantes, los ojos abiertos como puños, sofocadas, y salían gritando de alegría por unos nuevos nietos o aullando de dolor por las noticias de accidentes, enfermedades, desgracias, muertes.

Por aquel teléfono yo hablé un día con los Reyes Magos. Me puso mi madre en el locutorio de la entrada y, por el enorme y pesado aparato, me llegaba clara y cantarina la voz de Melchor, que luego fue reemplazada por la de Gaspar y también de Baltasar, nasalizándose cada vez más y preguntándome siempre si era bueno, si me portaba bien con mi familia y, al final, tomaban nota de mi encargo: indios y pistoleros, caballos, tiendas, el bar, el banco y el hotel, todo en colores, de plástico embrujado, que en la mañana del día 6 de enero invadieron la salita de entrada, distribuidos para empezar una aventura. Mariquita, con su buen humor y disponibilidad, había hecho el milagro de las voces magas desde la centralita, y años después se divertía mucho recordándolo. Ahora, con la automatización del locutorio no quedan más recuerdos que los nuestros.

Luego entonces, ¿con qué me identifico? Cuando vamos a tomar unas raciones al nuevo restaurante de la gasolinera, o a la venta de verano donde nos sirven pollo y pescadito, ¿qué hay allí de los tiempos de la tierra y las piedras? ¿Quiénes de aquella época, o de la que siguió de bailes puritanos en el doblado del bar de Juan Manuel, donde pasábamos lo más pecaminoso del domingo? Muy pocos, con todo renovado, y esos pocos apenas si ya reconocidos, a base de vidas separadas, de proyectos distintos y tanto tiempo de decir sólo *¡adiós!*, a lo más *¿cómo estás?* Y sonreír.

Mi hermano Rodolfo, en cambio, ha estado, sigue estando más unido que yo a los que allí quedan. Cierto que él -nueve años menor- no perdió tantos amigos con la oleada migratoria. Cierto que sigue yendo con más frecuencia, y juega al dominó, y sale con gente de su edad por los bares. Y está más arraigado a la mentalidad que los jóvenes nuevos están pulverizando. Nosotros, Rosa María y yo, en cambio, apenas mantenemos más que algunas relaciones familiares y los paseos con mis padres.

¡Los paseos por el campo! Exceptuando el verano, arrasador, en las otras estaciones vagamos por los alrededores y en especial hemos vuelto una y otra vez a la huerta de las ciegas. Ya sólo queda una: la Ciega, la pastora, una mujer enjuta, con más de ochenta años, que nunca se sienta, mantiene entre sus manos la garrota, como en los viejos tiempos, y habla de la vida, de las cosas que pasan como si las viese cada día, como si observara tras la puerta de una casa de calle frecuentada el paso de la gente y conociera lo que conversan y lo que piensa cada uno.

Las ciegas fueron otro temor de mi niñez. Iba con mis padres, con otros familiares a su huerta, a un par de kilómetros del pueblo: una vega fértil en medio de un roquedo de granito donde brotaba y brota la retama, la jara, el gamón, la borraja, el chupaperros y el cantueso, entre los bolos, los dorsos de ballena de las enormes piedras que apenas dejaban entre ellas la lengua de tierra del cortijo y unas fanegas de labor. Quiero recordar más plantas, multitud, en aquellos canchales densos también de encinas y alcornoques: zurrone de pastor, cardos corredores, hinojo, lirios, marrubio, cabezuela, orégano, romero... y abajo, en el riachuelo: poleo, berros, chumberas y cuatro o cinco arbustos de laurel que eran la angustia de la otra hermana ciega y nuestra. Apenas sentía que algún niño deambulaba por allí, pensaba que le estaban robando hojas de las cientos de ramas de aquellos arbustos gigantescos y gritaba como una loca en crisis, y corría, con zancadas de autómatas que me dejaban, al verla, como paralizado, al pie de los laureles, justo al lado de un pozo sin brocal, lleno hasta arriba de un agua cenicienta, donde las lavanderas hacían la colada. La ciega -para mí, entonces, un ser terrible, poderoso en su mundo de tinieblas, diabólico- movía los brazos como si tuviese convulsiones y abría mucho unos ojos blancos y luego los cerraba hasta formar unos pliegues de horror. Más tarde, sabría que la pobre mujer unía a su desgracia de invidente un retraso mental bastante acentuado, pero aún entonces le seguí temiendo, o incluso le cobré más miedo, y no podía soportar su presencia ni cuando, ya serena, se sentaba en la puerta de su casa, cuneando muñecas destrozadas con una risa histérica que me ponía la carne de gallina.

La ciega retrasada iba a por agua al pozo sin brocal con la naturalidad de una persona sana en todos los sentidos. ¡Y con cuánta desconfianza si me quedaba cerca de la casa! Pensaba que le enredaba en sus juguetes y mascullaba indescifrables amenazas que más de una vez me dieron pesadillas por la noche.

Este temor me duró tantos años que, acabado el servicio militar, cuando por encargo del periódico “Hoy” fui a hacerle una entrevista a la pastora, sentí aún el

cosquilleo de una irreprimible desazón al toparme con ella cerca de los laureles. ¡Cómo aguzó el oído al sentir mis pisadas! Pero mi voz, ya madura, le borró la inquietud que le causaban los muchachos. Y se mostró simpática, y alegre, y zalamera.

Ahora, muerta tras pasar unos años recogida en una residencia de ancianos, emigrada otra hermana vidente que las cuidaba, la pastora lleva el destino de su huerta ella sola. No vive allí, sino en el pueblo, y cada día viene y va, por la vereda que corre junto al regato, para atender lo poco que se mantiene en pie.

Ya no lucha tras el rebaño de ovejas por las lomas de los alrededores, ni brega con ellas en el redil de al lado de la casa. Poco a poco, se fue desprendiendo de animales, quedándose con algunos pocos como símbolo, como entretenimiento: también los tuvo que vender, porque se los robaban, como le siguen robando ahora las escasas gallinas que picotean entre los naranjos, las higueras, los pastos no labrados, donde antes crecían pimientos, tomates, cebollas, alcachofas... De pie en la explanada de enfrente de la casa, se lamenta de los desaprensivos que un día se llevan un gallo, otro un par de pollos, otro incluso un pequeño aparato de radio que guardaba entre piedras, muy bien disimulado el viejo tesoro donde -como me decía- escuchó tantas veces mi voz, y le alegraba.

Al darle las *buenas tardes*, enseguida contestaría por mi nombre.

¿*Y lo conoces?*, preguntaba mi madre.

¡*Y qué he de hacer!*, contestaba desde su rostro hecho cuero de vientos, sol y lluvia. ¡*No ves que lo escucho por la radio!*

¡Cuánto le entristeció el robo del humilde aparato! Pero se negó a que le regalaran otro. Se iba, se va negando a todo,alzada en esta soledad donde ya no suenan sus ovejas, los gritos de la hermana, las risas y las bromas de alegres lavanderas que iban con sus grandes cestos de ropa cada día, parlanchinas, cantoras, picantotas, tranquilas porque ese día también ganaron el pan de la familia.

Antes, cuando mi infancia, mucha gente se acercaba a la huerta. Para lavar, para comprar a un mejor precio las hortalizas de cada temporada, para charlar un poco entre los aires agradables, medicinales, de aquella farmacia naturista. Ahora ya, ante aquella sombra negra, de vestidos negros, de pelos -sin tinter- todavía negro, de la pastora sin ovejas, apenas nos sentamos a charlar una docena de antiguos parroquianos. Como ella, añoramos los tiempos en que la alternativa a la tierra y las piedras de la calle era el vergel de aquella huerta, repleta de sonidos naturales, de paz serena, pese a la inocente desconfianza de la hermana aguadora, celosa de sus bellos laureles y los juguetes de la casa. Ese mundo, en cenizas ya, aunque se conserve el roquedo y su vegetación asilvestrada, un día desaparecerá ante la piqueta y la cuadrícula de casas que el progreso acabará por levantar. En tanto, qué disfrute regresar a esta huerta de las ciegas, al molino de viento -callado y sin las aspas- que domina el paisaje desde un cerro, a las conversaciones aplazadas, al tiempo sosegado, a las puestas de sol que adivina la ciega y sabe que es momento de cerrar el día y volver por la vereda del riachuelo hacia su casa del pueblo.

## DESCUBRIR PORTUGAL.

Esta sencillez y este sosiego, lo he estado viviendo en el Alentejo desde que descubrí nuestra vecina región portuguesa, tan pegada a nosotros, tan accesible en sus planicies inmensas, en sus pueblos extremadamente acogedores, tan poco conocida todavía. La relación de Extremadura con los vecinos del oeste, nunca ha sido suficientemente estrecha, sino más bien ocasional y llena de prejuicios. Apenas se iba más allá de comprar toallas y café en la ciudad fronteriza de Elvas y cada tres o cuatro años -en su celebración irregular- visitar Campo Maior, durante sus “Festas do Povo”, la fiesta de las flores de papel con que engalanan los vecinos gran número de calles, en un derroche de paciencia, colaboración, belleza y explosión de colores y de formas.

Para mí, en aquellos años absurdos en que pasar por la frontera fue toda una aventura de trámites, registros y horarios restringidos, Elvas era sus varias calles comerciales y los cafés con dulces muy azucarados, además de un restaurante -“El Cristo”- donde hacíamos largas colas para comer mariscos. Fue una sorpresa inmensa comprobar, ya en los años ochenta, que estábamos ante uno de los mayores tesoros urbanísticos, monumentales y arqueológicos de la península. En realidad, a nadie de este lado de la raya se le ocurría mirar otra cosa de nuestros vecinos que sus tiendas de objetos de regalos, sus múltiples comercios de tela y ese restaurante mítico en el que comer lo más alejado de las cocinas alentejana y extremeña: bueyes de mar, langostas, centollos, almejas, gambas, langostinos... regados con los vinos rosados del norte del país. Por supuesto, ni se nos ocurría aprender una sola palabra en portugués. Íbamos por las calles, con nuestros bolsones de la compra, con la alegría del vino y del marisco, hablando alto, lanzando risotadas, como los ricos nuevos y groseros a los que los demás están obligados a servir, *que para eso les dejamos nuestros buenos dineros.*

Cuánta razón tenía Miguel de Unamuno al escribir en 1907:

*¿A qué se debe este alejamiento espiritual y esta tan escasa comunicación de cultura? Creo que puede responderse: a la petulante soberbia española, de una parte, y a la quisquillosa suspicacia portuguesa de la otra parte. El español, el castellano, sobre todo, es desdeñoso y arrogante, y el portugués, lo mismo que el gallego, es receloso y susceptible. Aquí se da en desdeñar a Portugal, y en tomarlo como blanco de chacotas y burlas, sin conocerlo, y en Portugal hasta hay quienes se imaginan con que aquí se sueña en conquistarlo.*

No hay más que ver, aún, a la mayoría de nuestros paisanos caminando por las calles de una población portuguesa. ¡Cuánta autosuficiencia! ¡Cuánto aire de superioridad! ¡Qué contentos de haberse conocido! Por su parte, el portugués sigue mirándonos con una vieja desconfianza difícil de romper. En guardia si se muestra uno muy cercano; corroborando sus prejuicios si nos ven distantes: *¡qué pretenciosos son los españoles!* Cualquier observación crítica pueden tomarla a mal: *¡Ah!, espanhois...* oigo muchas veces ante cualquier gesto, comentario, reconvención, incluso expresado con los modales más corteses.

Sin duda, mucho se ha avanzado para lograr el buen entendimiento, pero el distanciamiento de siglos, las múltiples pependencias en las que nos hemos envuelto a lo largo de la historia, no pueden permitir que de un día para otro se acaben los prejuicios, la desconfianza, el resquemor.



Yo conseguí traspasar esta frontera gracias a Rosa María. Ella se puso a estudiar portugués en la Escuela Oficial de Idiomas de Badajoz, nada más implantarse la especialidad a finales de los años ochenta, y fue adentrándose en esta bella, poética, recurrente lengua, en la historia lusitana, su arte, sus costumbres. Y asistí al principio a su entusiasmo desde mi indiferencia, mi gusto por los mariscos y la curiosidad por las flores de papel de Campo Maior.

Siendo nuestros hijos aún muy pequeños, de seis u ocho años, comenzamos a frecuentar en verano las playas del sur de Lisboa: Caparica, Praia do Rei, do Meco, Bicas, Foz... Un trenecito casi de juguete nos llevaba de una a otra, abriéndose camino entre la arena, casi al borde del golpeteo de las olas de la marea alta. Eran inmensas lenguas de arena fina, de color canela, donde Moisés y Javier no se cansaban de levantar castillos, buscar conchas, caracoles, ayudar por las tardes a los pescadores que recogían las redes cargadas de algas y de peces. ¡Qué paciencia la de estos pescadores con nuestra intromisión, con nuestra engorrosa y entorpecedora ayuda, ante la que no vi nunca ni un mal gesto, sino siempre una sonrisa y la entrega entusiasmada de estrellas de mar a los pequeños!

Unos años después, aún en la década de los ochenta, descubrimos algo más al sur, doblando el enorme acantilado calcáreo de Cabo Espichel, la playa y el pueblo de Sesimbra. A los pies del Parque Natural de la Sierra de Arrábida, resguardado por grandes paredones plegados en la Era Terciaria y abierto en arco al mar, con una enorme playa, partida al medio por un fuerte abaluartado del siglo XVII.

Sesimbra era aún un pueblo pequeño de pescadores de mariscos y sardinas, de cazón, rape y jureles (“carapaus”: siempre me acuerdo más de su nombre en portugués), con calles en cuevas, por donde subían los marineros a la anochecida el cubo de peces, los anzuelos, las redes. Por la mañana, copaban la bahía con sus barcas. Y la tarde se llenaba de esfuerzos, descargando las cajas de pescado en el puerto, los que salían con barcos al mar abierto, y arrastrando las redes kilométricas los que faenaron por los alrededores. Era un trasego permanente, que sólo se remansaba cuando había que reparar los aparejos, remendar las mallas, anudar cordeles, recolocar anzuelos, pintar las tablas de las barcas, embrear..., llenándose las callejuelas de alambres, maderas, hilos laberínticos.

Olía siempre a pescado puesto sobre las brasas, a sardinas asadas, a calamares a la plancha. También a deliciosas sopas: “açordas” de pescadores, a base de pan artesanal, cazón, almejas y una combinación de hierbas aromáticas que perfumaba todos los alrededores de los pequeños y abundantes restaurantes, de las casas particulares, pues todos tenían su pequeña parrilla en la puerta, en donde preparaban la comida. Era todo una fiesta de pescados “grilhados” sobre el carbón, de humo que levantaba el apetito a cualquier hora, de luz aprisionada en las fachadas blancas, reflejada en la pantalla azul del mar.

Con los años, Sesimbra fue perdiendo un poco de su encanto. Desaparecían poco a poco sus casitas bajas y allí se levantaban enormes edificios: colmenas de apartamentos, algunos en forma de cajas de cerillas gigantes. Se derribaron muchas de sus tasquitas para construir restaurantes de colores chillones donde servían hamburguesas, perritos calientes, coca-colas. Cambiaron las redes muchos pescadores por la bandeja, el gorro, el uniforme de multinacionales de la comida rápida o el bar de importación. Se abarrotaron las calles, las placitas, de coches, motos grandes. Queda, eso sí, mucho de su atractivo en las puestas de sol, en su arroz de marisco, en la curva tranquila de la playa, en el castillo árabe sobre los paredones de caliza. En las mujeres de negro que siguen llevando la silla de anea a la orilla del mar, y atienden, aunque parezcan distraídas en su labor de punto y sus zurcidos, las correrías de los nietos huyendo de las olas.

La zona era ideal para pequeñas excursiones. El mismo Cabo Espichel se prestaba a grandes correrías, para buscar huellas petrificadas de dinosaurios, fósiles de ammonites. Los desniveles verticales de más de 100 metros, con el mar golpeando y rompiendo en gigantes oleadas de espuma blanca, dejaban ver la costa alta, recortada del cabo, con pequeñas playitas allá abajo, donde los pocos que accedían parecían muñecos diminutos. Siempre sopla un viento fuerte, que a la caída de la tarde se hace helado y se cuela como un fantasma por las estancias deshabitadas del Santuario de Nostra Senhora do Cabo, a cuyo resguardo algunos lugareños venden fósiles, bebidas, bocadillos y dulces al goteo de turistas que busca controladas aventuras.

Rosa María siempre se empeñaba en caminar por la larga “Pista de dinossaúros” que conducía desde la explanada superior a la pequeña cala “Praia dos lagosteiros”. Con el calor de la mañana, yo creía ver ya a los grandes monstruos devorándome, y mis hijos perseguían lagartijas, saltamontes, cualquier cosa, por las veredas de aquel desolado secarral, que me hacía sudar por dos motivos: el sofoco del sol y el continuo peligro en que veía a los dos niños, brincando como cabras. Al regresar a Sesimbra, apenas 12 kilómetros más allá, sentía el paraíso en el verdor de sus pinos, en el agua siempre fresca de la playa, en los helados deliciosos de sus dulcerías, en el anuncio de sus restaurantes, olorosos de peces y mariscos puestos en la parrilla, con un hambre ya de mil demonios después de aquella excursión a los abismos y al pasado de millones de años.

Pero las excursiones impagables eran hacia el norte: la magnífica Lisboa y aquel mundo increíble de belleza monumental y paisajística que formaban Estoril, Cascais, Sintra, el rosario de playas de toda esta zona, su selvática sierra -hoy ya Patrimonio de la Humanidad-; un poco más al norte, Mafra, y bajando -en este círculo de 50 kilómetros de diámetro-, Queluz.

A mis hijos les gustaba mucho el “Palácio da Pena”, de Sintra, mezcla de manuelino, neogótico y rasgos orientalizantes, encaramado en una de las cumbres de la sierra. Pero les gustaba por fuera. La visita del interior, lenta, siempre encajonada entre turistas de todos los países, pasando de una a otra de sus muchas decenas de habitaciones se les hacía insufrible. Les ha ocurrido -a mí también un poco- en todos los palacios gigantes a los que el entusiasmo artístico de Rosa María nos ha llevado.

Pero aquí, colmó un día la paciencia de Javier, muy pequeñito, mas con un genio que se llevaba todo por delante. Moisés se burlaba de su impaciencia -no siendo menor la suya, pero así la espantaba-, por lo que el chico, al salir de la hora larga de visita, echó a correr por una de las veredas del montículo que no había quien lo siguiera. El apuro que pasamos fue de vértigo. Los caminitos que bajaban del Palacio eran muchos y se cruzaban entre sí. ¿Cómo buscarlo? Fue un tiempo interminable de llamadas a gritos, de correrías al azar, de subir y bajar por los caminos, hasta que lo encontramos, tan asustado como lo estábamos nosotros.

Con los años, fuimos ampliando el radio de nuestras excursiones y diversificando los lugares. Admirándonos de la belleza del país vecino. Sorprendiéndonos con el encanto austero de Tras-Os-Montes, sus pueblos de pizarra, sus valles de riachuelos y praderas rabiosamente verdes. La maravilla de Porto y sus alrededores: ese granítico paleozoico y monumental norte de Portugal, de espectaculares miradores marítimos y tierra adentro plagado de castillos medievales. El soberbio Parque Natural da Serra da Estrela, en el centro del país, con sus pueblitos de pastores detenidos en el tiempo, tanto en sus construcciones como en sus costumbres o su gastronomía serrana donde la oveja y el cabrito marcan la pauta: variadísimos quesos, ensopados de borrego, cabrito asado, pierna de carnero, lomo embuchado, carne con judías... todo en fuego de leña, cazuelas de hierro, recipientes de barro... Al oeste del Parque, hacia la costa: ese tesoro que va desde Aveiro hasta Coimbra (pasando por la Serra -con su palacio- de Buçaco), para bajar a lo más depurado de la belleza monumental en Leiria, Batalha, Nazaré, Alcobaça, Óbidos: allí, el gótico se hace una fiesta de encajes de granito, una lluvia de arbotantes y pináculos estilizados, un arcoiris no de colores sino de matices en los arcos ojivales. Nada iguala en monumentalidad, en orfebrería de canteros, al monasterio de Batalha. Pero, ¿y la belleza de cuento de hadas de ese pueblecito de pescadores: Nazaré? ¿Y el señorío de Alcobaça? ¿Y las termas inigualables de Caldas da Rainha?

Pocos países, en un espacio como el de Portugal, de menos de 100.000 kilómetros cuadrados, guardan tanta riqueza natural, tantos contrastes de costa acantilada y llana, rectilínea y sinuosa...; tan variado interior: docenas de zonas protegidas, parques naturales de montaña, de ríos, de estuarios...; pueblos y ciudades en picachos, en planicies, acompañando -alargados- a ríos, riachuelos, pantanos, estuarios, playas, acantilados... Y pocos también con tanta riqueza construida a lo largo de la historia: cada civilización les ha dejado lo mejor de sus creaciones civiles, militares, religiosas; el remanso de los ríos peninsulares en este curso bajo ha permitido asentarse a toda clase de culturas paleolíticas, neolíticas, de todo tipo de pueblos prerromanos; la riqueza del subsuelo mineral atrajo a los conquistadores, y así los romanos han ido dejando murallas, monumentos, obras públicas, por todo el país; la ocupación árabe y después la larga reconquista obligó en la Edad Media a amurallar, levantar castillos, sobreponer mezquitas, iglesias, santuarios; las pendencias y ocupaciones de Castilla, las luchas por su independencia en el siglo XVII, llevaron a las magníficas fortificaciones abaluartadas, sobre todo en la costa y en la raya; las nuevas guerras de los siglos XVIII (de Sucesión en España) y XIX (de independencia, contra Napoleón) hicieron necesario el reforzamiento y perfeccionamiento de las anteriores; la sensibilidad patrimonial presente -a pesar de las terribles dictaduras- en el siglo XX obró el milagro de preservar casi todo el legado de los siglos, aunque adulteró con sentido imperial alguna parte del mismo.

Así, en esta vista de pájaro que nos dejó a la altura del río Tajo, hemos de hacer una referencia a la zona del este: la Beira Baixa, dominada por esa hermosa

ciudad de Castelo Branco, cuyo Jardín del Palacio del Episcopado es una delicia vegetal, monumental y escultórica. A propósito de las esculturas, recuerdo que en la primera visita que hicimos Rosa María y yo, nos hizo gracia el tratamiento representativo de su saga de reyes: todos apuestos, intimidadores en su grandeza, de gran porte... menos tres de ellos, de mucho menor tamaño y majestad: Felipe I, Felipe II y Felipe III... los tres reyes españoles bajo cuyo dominio estuvo Portugal (en España eran: Felipe II, III y IV), y que allá, despectivamente, llaman “los felipes”. Es una ingenua espina que tienen clavada y, casi siempre que pueden, se la sacan...

Alrededor de Castelo Branco hay una serie de aldeas increíbles por la belleza de sus construcciones y del entorno: Castelo Novo, Alpedrinha, Proença-a-Velha, Monsanto e Idanha-a-Velha, son pueblecitos deliciosos, encaramados a macizos rocosos, haciendo incluso pared con ellos, calles con ellos, y desde donde se contemplan paisajes infinitos, puestas de sol y amaneceres increíbles. Van a juego, en su buen gusto y conservación de tradiciones, con los vecinos de la alta Extremadura: todo un lujo de excursiones transfronterizas para el amante de lo auténtico, de lo que no ha sido travestido para agradar a un turismo de consumo.

Más abajo, ocupando casi un tercio del país, está el Alentejo. Mucho bueno habremos visto en el resto del país, pero esta región, fronteriza con la baja Extremadura y buena parte de Huelva, encierra las más puras riquezas naturales y el patrimonio mejor preservado de todo Portugal. Con ella, en los diez años que estuve de concejal e incluso después, ahora, he mantenido, mantengo, los contactos más estrechos y frecuentes. Primero, por el empeño de Rosa María, luego -pero siempre contando con lo anterior- al ser nombrado concejal-delegado de relaciones con Portugal del Ayuntamiento de Badajoz; después, al crear y dirigir las publicaciones transfronterizas “O Pelourinho”, que patrocina la Diputación Provincial de Badajoz, y al final por todo eso, por los amigos que hice y el cariño que a cuanto se refiere a Portugal -y en especial al Alentejo- he ido cogiendo.

La franja sur, el Algarve, tiene el atractivo de sus playas, magníficas, y también un gran legado monumental, así como una indudable belleza paisajística en las montañas del borde nororiental y en los cabos suroccidentales de San Vicente y Sagres; pero la avalancha turística mantenida desde los años setenta ha ido provocando una agresión especulativa, constructiva, que ha dañado considerablemente la pequeña región. Como contrapartida, al menos de momento, ha elevado el nivel de vida de sus habitantes, los más castigados por la emigración laboral de los años cincuenta y sesenta, que estuvo a punto de despoblarla por completo.

## RELACIONES TRANSFRONTERIZAS.

Rosa María, insisto, ha sido y es una enamorada de la cultura portuguesa. Diplomada en la Escuela de Idiomas, pertenece a la primera promoción que logró el título de “Portugués” en Badajoz; su tesis de licenciatura en Psicopedagogía es un estudio exhaustivo sobre la Educación Especial en Extremadura y Alentejo de 1970 a 1995, y ha sido publicada por el Gabinete de Iniciativas Transfronterizas de la Junta de Extremadura en 2001; ha participado en todo tipo de Encuentros y Congresos Transfronterizos de Educación, Cultura y Sociedad, y me ha arrastrado en su devoción desde que en la primavera de 1991 me animó a participar en el “I Congreso España-Portugal de Reforma Educativa”, celebrado sucesivamente en Badajoz y Lisboa.

Por aquellas fechas yo fui elegido concejal del Ayuntamiento de Badajoz, y comenzaron los contactos más o menos oficiales con los vecinos alentejanos, primero de una forma ocasional y después cada vez más sistematizados. Así, cuando acompañaba a Rosa María a un acto cultural en alguna zona de la frontera, alguien sacaba a colación que era concejal de Badajoz y esto siempre era acogido con sorpresa y agrado en los pueblos fronterizos. Tan inusitada era entonces la presencia de un cargo público extremeño en un acto cultural, o social, o educativo... o político alentejano. Ocurrió en 1992 en Elvas, con ocasión de la presentación de los resultados de unas excavaciones en una villa romana del entorno; un amigo que nos acompañaba le indicó mi cargo municipal al “vereador” -concejal- de Cultura y al momento se deshizo en atenciones.

Este “vereador”, António Serra, del Partido Socialdemócrata, al saber mi procedencia política: Izquierda Unida, me presentó al único vereador similar de su Corporación: João Vintém, del Partido Comunista de Portugal. Pasamos una buena tarde juntos. Visitamos la villa romana, de espléndidos mosaicos, y comimos una abundante y gustosa comida alentejana en un cortijo al lado de las excavaciones. Vintém, poco después, en nombre del PCP, me invitó a presentar una ponencia sobre las demandas de los ayuntamientos españoles con respecto a los fondos económicos de la Comunidad Europea para el desarrollo local. El Encuentro fue en Portalegre y ese día, como fui por la mañana y las actividades eran por la tarde, visité (con Rosa María, que siempre me acompañó en todas las correrías que me esperaban) el Parque Natural da Serra de San Mamede, una reserva de fauna y flora de montaña mediterránea verdaderamente ejemplar.

Portalegre, sin tener la ingente monumentalidad de Elvas, cuyo recinto amurallado del siglo XVII es el mejor de Europa (tiene completo su lienzo abaluartado, sus puertas, fosos, flechas, fuertes...), a la vez que posee un castillo medieval árabe en perfecto estado, restos de fortificación romana, varias iglesias góticas, renacentistas y barrocas, palacios, jardines y un gran acueducto del siglo XVIII..., sin la riqueza neolítica, romana y árabe de los alrededores elvenses... tiene, en cambio, en su cabecera, ese pulmón verde de densos encinares, alcornoques, pinos, hayas..., retama, jara, romero, brezo, helechos y albolagas de la Serra de San Mamede, y un discreto patrimonio monumental militar y religioso. A un paso, están las poblaciones de Marvão y Castelo de Vide, dos auténticas ciudades-museos medievales; la primera, toda fortificada, con callejuelas interiores de puertas ojivales de cantería granítica, y castillo en lo alto como nido de águila dominando todo el Parque Natural; la segunda, de fortificación medieval en la zona más alta, gótica en sus puertas y ventanas ojivales, tanto del recinto como de las casas del interior -habitadas igual que en Marvão, y como

el barrio gótico de Elvas-, se derrama ladera abajo en una magnífica judería con sinagoga, y una morería, que confluyen en la gran plaza renacentista de palacios y casas señoriales. Al final de esta línea urbanística, Castelo de Vide tiene su cementerio, colgado sobre un valle siempre verde y húmedo, mimado por sus habitantes, como todos los campos-santos portugueses; ahí reposan los restos del *capitão de Abril* Salgueiro Maia, uno de los héroes de la Revolución de los Claveles, injustamente tratado en vida, como todos los demás, y homenajeado ahora, tras su prematura muerte a causa de un cáncer.

Después de mi presencia en una nueva actividad pública en Portalegre, otro acto que recuerdo con cariño por esta zona fue precisamente un homenaje a Salgueiro Maia en ese cementerio de Castelo de Vide. Se celebraba en Portalegre el *VI Congresso sobre O Alentejo*. Era en mayo de 1993. Tanto Rosa María como yo, presentamos ponencias a este Congreso (las seguiríamos presentando a cada uno de los que, bianualmente, se celebran de forma itinerante por el Alentejo), y un amigo portugués, que meses antes había participado en un Encuentro Municipalista Transfronterizo que organicé en Badajoz, nos acercó hasta Castelo de Vide para participar en el acto. Confieso que entonces apenas me sonaba Salgueiro Maia y muy poco sabía de la Revolución de los Claveles, que unos años más tarde me llevaría, junto a mi hijo Moisés, a publicar un libro con sus avatares y consecuencias, y en 1999 a volver a la poesía, con mi libro “Siempre Abril”, que gira alrededor de ese magno acontecimiento histórico, y fue publicado en la colección “O Pelourinho”, en el año 2000.

Jorge Santos Carvalho, este amigo portugués, fue el primero que despertó en mí un interés crítico por esa revolución romántica que pretendió instaurar en Portugal constitucionalmente el socialismo y se reconvirtió a la situación de democracia tipo occidental tras romper con los sueños de las nacionalizaciones y la reforma agraria que páginas atrás comenté.

Dentro de mi poemario “Siempre Abril”, la composición dedicada a Salgueiro Maia resume lo que sentía sobre esa evolución:

*Enseguida el olvido;  
después la exaltación como homenaje  
al mismo que la hace, no a ti mismo:  
al que se pone las medallas  
cuando llega la hora de la fiesta,  
pasada la tormenta de la que supo resguardarse.*

*Tú, una voz de firmeza irreversible,  
un cuerpo expuesto  
a la última locura  
de fiera acorralada...*

*Vinieron, tras las flores  
los silencios;  
tras los primeros parabienes,  
la penumbra,  
y tras ello  
la dura mezquindad.*

*Tú,*



especial a Alentejo, donde la mayoría de las poblaciones estaban bajo gobierno del PCP, y que esto no vinculaba en nada a IU.

No lo tuvo mejor con sus concejales el alcalde, si bien contaba con el visto bueno de la comisión ejecutiva provincial. Incluso se vio obligado a retar a alguna “compañera” que se negaba en redondo a mi nombramiento. *Mira -le dijo-, si tú te atreves a hacerlo la tercera parte de bien de lo que pueda llevarlo a cabo Moisés, te doy a ti la delegación.* Masculló alguna protesta con el rabo entre las piernas y al final, por silencio *-el que calla, otorga-*, aceptó.

El 21 de enero de 1994 se firma el decreto de nombramiento y ya en febrero presenté el programa de actividades, que iba desde crear aulas-taller de portugués a potenciar todo tipo de encuentros de estudio, investigación, artes plásticas, música, poesía, deporte, etc., pasando por intercambios de jóvenes, visitas guiadas a un lado y otro de la raya, elaboración de publicaciones bilingües, valorización del patrimonio transfronterizo, etc.

Se me adjudicó, primero a tiempo parcial y luego en exclusiva, un funcionario que era diplomado en “portugués”, de la promoción de Rosa María: Pablo Villasán, que a partir de ese momento sería como un hermano gemelo en la febril actividad que mantuvimos.

El día 1 de marzo abrimos las aulas de portugués. El alumno más joven tenía 8 años; el mayor, la mayor en este caso, 65. Dos días antes, con buena parte de los inscritos en el aula, hicimos la primera excursión transfronteriza: Estremoz y Evoramonte fueron nuestro destino.

Estremoz, ciudad fundada en 1258, empina su recinto medieval en un cerro desde donde se domina una inmensa planicie y, al sur, la Serra de Ossa, alrededor de la cual se asientan, en una circunferencia de 80 kilómetros, los concelhos de Borba, Vila Viçosa, Alandroal, Redondo y el mismo Estremoz. Aquí, el patrimonio de castillos medievales, de síntesis musulmana y cristiana, no sólo es excelente y está magníficamente conservado sino que se completa, en buena parte de estos municipios y pueblecitos dependientes, con poderosos amurallamientos abaluartados de los siglos XVII y XVIII; iglesias, santuarios y conventos góticos, manuelinos, renacentistas, barrocos y neoclásicos enriquecen los tesoros monumentales de la zona, a los que añadir espectaculares palacios, sobre todo el de los duques de Bragança en Vila Viçosa, al que pocos igualan en belleza, solidez, gusto y lujo en toda la Península.

Una tras otra, estas poblaciones fueron objeto de nuestras visitas, que poco a poco iban ampliando el radio: Évora, Monsaraz y, después, Seixal, Moita, Lisboa, Caldas da Rainha... recibieron a nuestros alumnos de la escuela-taller o a delegaciones de estudiosos, profesionales del urbanismo, la historia, geografía, sociología, animación cultural o... representantes de nuestras murgas de carnaval que intercambiaban experiencias y festivales con los profesionales de las zonas visitadas.

También llevamos a ellas exposiciones de nuestros artistas: escultores, pintores, fotógrafos, artesanos, etc., al tiempo que recibíamos en Badajoz las muestras de los artistas de esos lugares, de lo que íbamos dando cuenta en catálogos monográficos que se hacían para cada ocasión, y en la revista “O Pelourinho” que fundé en 1994, publicándose el primer número en marzo, y de la que en 2002 ha salido el número 12. A estas publicaciones de catálogos y números ordinarios de la revista con noticias, proyectos, ensayos e investigaciones transfronterizas, fuimos uniendo números



extraordinarios, libros, sobre Encuentros de estudios históricos, pedagógicos, sociológicos, que a lo largo de estos años pudimos organizar.

Mi responsabilidad oficial como concejal-delegado no duró más de seis meses: jamás IU lo asumió y tampoco los concejales del PSOE lo aceptaron en su mayoría. Cada vez que había un debate fuerte y encontrado en el Ayuntamiento, el acuerdo peligraba. Gabriel Montesinos tampoco aceptaba que yo le hiciera una oposición tan crítica, teniendo esa responsabilidad de gobierno, y siempre amenazaba con dimitirme. Al final, no tuve otro remedio que renunciar, si bien seguí colaborando intensamente “en la sombra”.

Al poco de ser nombrado mi sustituto, el socialista Juan Manuel Rodríguez Tabares, se publicó mi ensayo “Relaciones hispano-lusas en la II República española: el caso de Badajoz”, dentro de la colección “O Pelourinho”. Yo seguí coordinando la revista y las actividades, que ya desde los primeros meses se habían diversificado. Atendiendo a los objetivos iniciales, realizamos intercambios de jóvenes Badajoz-Alentejo en fines de semana, con estancia familiar: Estremoz, Borba y Vila Viçosa fueron las poblaciones con las que iniciamos la experiencia. Igualmente, potenciamos y asesoramos excursiones educativas transfronterizas, con estancia de escolares de un lado y otro de la raya en distintas poblaciones vecinas. Firmamos protocolos de colaboración con la Associação Cultural Alentejo-Extremadura, con las câmaras municipales de Elvas, Campo Maior, Évora, etc. Realizamos un gran festival folklórico con grupos de ambas regiones en el Teatro López de Ayala, de Badajoz, a raíz del cual combinamos múltiples presencias de unos y otros en distintos ayuntamientos y câmaras municipales. Organizamos torneos de ajedrez, de fútbol, de marcha a pie y bicicleta, etc.

Lo único que fue quedándose atrás fue la creación en Badajoz de un Museo del Río, tan identificador de lo transfronterizo, por el que seguí batallando, sin resultados positivos. La idea básica del proyecto era que sirviese tanto para el mejor conocimiento bicultural, como para el desarrollo y potenciación de los valores y los recursos sociales, patrimoniales, turísticos y etnográficos. Pretendía fomentar, previo su conocimiento, los sistemas ecológicos, productivos, patrimoniales, etc., así como los estilos de vida todavía vigentes en distintas partes de nuestra circunscripción territorial, implicando a los municipios y câmaras municipales regados por el Guadiana y sus afluentes. Queríamos cartografiar el río a su paso por la raya; rehabilitar las infraestructuras ribereñas; catalogar el mundo mineral, animal y vegetal; divulgar su cultura y potencial, conformando rutas turísticas.

De todo ello, tendríamos muestras y reproducciones en el espacio físico del Museo: planos, fotos, minerales, recreaciones vegetales; barcas de pescadores, artes y técnicas pesqueras; aparejos e instrumentos de los antiguos contrabandistas de café; chozos de trabajadores ligados al río; piezas arqueológicas de la zona -de la prehistoria a la etapa preindustrial-, etc., así como documentación en diapositivas, vídeos, de hemeroteca, biblioteca, etc.

Desde el Museo se harían campañas de rehabilitación de molinos, batanes, prensas, martinets, aceñas, pozos, norias, lagares, hornos, etc. que constituirían una ruta turístico-cultural-ecológica visitable.

Era un proyecto de enjundia que se quedó... para mejores tiempos. Sentí envidia cuando en 1999 vi algo parecido en Seixal, en el estuario del río Tajo. Gobernaba desde 1995 el PP, y conseguí que se creara una Comisión de Relaciones con Portugal, desde la que seguí dirigiendo la mayor parte de las actividades, así como las

publicaciones “O Pelourinho”, que poco a poco fueron pasando a ser competencia de la Diputación Provincial, en cuya imprenta se imprimían (el presidente -después vicepresidente y responsable de Cultura-, Eduardo de Orduña, del PSOE, también concejal en Badajoz, dio totalmente carta blanca); como miembro de la Comisión visité Seixal y allí conocí su “Ecomuseu”. Un museo ecológico creado en 1982 con la misión de investigar, conservar y valorizar el patrimonio natural y cultural, reutilizándolo en la medida de lo posible.

Así, habían rehabilitado 12 molinos de agua (que para su funcionamiento se servían de las mareas), realizado en algunas actividades ocasionales de molienda y exposiciones temporales y permanentes. Igualmente, recuperaron dos embarcaciones destinadas al transporte de mercancías y pasajeros, y una de pesca, veleras, a las que instalaron un motor auxiliar con el fin de garantizar el traslado rápido en caso de necesidad e imprevisto, que recorren con regularidad el amplio estuario. Al tiempo, han hecho un levantamiento topográfico, documental y gráfico de la zona, mostrando su riqueza piscícola (de peces residentes, migradores; anádromos, catádromos; óseos y cartilagosos), ornitológica (aves acuáticas y terrícolas; residentes y migradoras), forestal y herbácea, con amplio despliegue divulgativo.

Otro proyecto, posterior, que presenté al IX Congreso sobre O Alentejo en 1997, y recibió el apoyo unánime del plenario, constando como recomendación para poner en marcha en las conclusiones finales, también espera su oportunidad. Se trata de la creación de un “Centro de Estudios Transfronterizos Lusitanos”, del que ya venía hablando y escribiendo en distintos foros y publicaciones periódicas de Extremadura y Alentejo desde 1996.

El presidente de la Junta de Extremadura, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, al que envié recortes de prensa y fotocopias de mis artículos y la ponencia presentada al Congreso sobre O Alentejo, se interesó por ello, me pidió ampliación y matices del proyecto, recibíendome en audiencia el 22 de enero de 1998 para intentar impulsarlo desde la Junta.

Las competencias que proyectaba eran muy amplias: centro de documentación convencional y de nuevas tecnologías; organización de actividades de investigación, formación académica y profesional, y de divulgación; publicación de estudios; asesoramiento a entidades municipales, universitarias, comerciales...; red de museos transfronterizos, etc.

El presidente me gestionó una entrevista con el rector de la Universidad de Extremadura, César Chaparro, para recabar su conformidad y ayuda, que tuvo lugar en febrero. Su acuerdo fue total con el proyecto, lo que mostré a continuación al director del Gabinete de Presidencia y al mismo tiempo director del Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, Ignacio Sánchez Amor. Bien, todos conformes. Y más reuniones; a mediados de marzo, otra vez con el rector y cinco profesores universitarios especialmente entendidos en relaciones con Portugal; otra más a finales de mes con el vicerrector de Coordinación, Ricardo Hernández, para ultimar detalles; de nuevo con

Sánchez Amor. Y cartas cruzadas con el consejero de Educación, con el presidente. Y más encuentros, en el verano, con el rector, con el vicerrector. Y cartas a todos. Y buenas palabras, y deseos, de todos. Pero el tiempo pasó y unas capas finas de polvo y olvido cubrieron los proyectos. A finales de 2001, de nuevo volvimos a la carga. Esta vez, en el Congreso Internacional del Caia y el Guadiana, celebrado en noviembre en Elvas, con una propuesta similar que firmaba con Eduardo Orduña, el portavoz del PSOE en el Ayuntamiento de Badajoz y vicepresidente de la Diputación Provincial, y el ingeniero agrícola José del Moral. Nunca puede uno perder la ilusión. A veces es cuestión de días, o de años, o de generaciones. Pero al final la fruta madura y acaba por caer.

En cualquier caso, no puedo quejarme en este tema de las relaciones con Portugal. Tanto el Ayuntamiento de Badajoz, como la Diputación Provincial o la Junta de Extremadura han ido acogiendo con cariño los múltiples proyectos con los que les he bombardeado. La Universidad de Extremadura me ha invitado, por medio de varias de sus Facultades (de Filosofía y Letras, Económicas, Educación...), a impartir cursos, participar en seminarios y congresos, escribir en sus publicaciones, etc. La Consejería de Educación de la Junta de Extremadura ha becado mis investigaciones de educación transfronteriza. Del otro lado de la raya, el trato que ha sido exquisito: buen número de câmaras municipales me han demandado colaboración, por medio de sus presidentes o “vereadores” de cultura; lo mismo ocurre con las universidades de Évora y Moderna de Beja; o con los Congresos sobre O Alentejo, y diversos periódicos y revistas de ambos países, nacionales, regionales y locales. Así, he conseguido multitud de amigos a un lado y otro de la vieja frontera y en las riveras del Tajo y el Guadiana. Y he podido gozar de la belleza de estas tierras inigualables e intentar que los demás también las descubran y disfruten.

En este último sentido, me siguen apasionando las rutas de viajero que he ido publicando en los distintos números de “O Pelourinho”, en el “Diario de Badajoz”, en el semanario transfronterizo “Aquí”, u otras publicaciones ocasionales, dando lugar al libro “Un paseo por la raya” que publica el Gabinete de Iniciativas Transfronterizas de la Junta de Extremadura. Con ello, he descubierto en mí una especie de vocación... oculta: la de guía turístico. Lo he ido haciendo una y otra vez con alumnos de enseñanza secundaria; con chicos franceses que cada año vienen de intercambio varios días con los institutos de Badajoz; con amigos cubanos, generalmente artistas musicales, que trae la Diputación Provincial de gira veraniega; con grupos espontáneos de amigos; con alumnos del aula-taller de portugués, y con asociaciones de vecinos (pionera: la badajocense de Santa Marina), que me tienen como una especie de guía oficial de sus correrías por el entorno, en lo que me defienden como puedo. ¡No es fácil -créanme! el trabajo de conductor de rutas, por muy cercanas y sencillas que parezcan, sobre todo si pretendes que los demás interioricen lo que ven.

Rastrear y mostrarle a los demás los encantos transfronterizos es una gran satisfacción. No sólo por la monumentalidad de, pongamos, el castillo de Álvaro de Luna en Alburquerque, el barrio gótico de Valencia de Alcántara, el conventual y puente romano de Alcántara, la riqueza medieval de Coria, los recintos fortificados de un lado y otro de la raya -que se corresponden como ojal y botón de una camisa-, la magia del convento *Flor de Rosa* en Crato, la fabulosa catedral y admirables restos romanos de Évora, esa maravilla fortificada que es el casco antiguo de Beja, o la ciudad-museo de todas las civilizaciones que contiene Mértola, o el ensueño urbanístico de Monsaraz, o el majestuoso castillo de Alconchel y las iglesias irrepetibles de Olivenza. También por la belleza del paisaje, nuestro bosque mediterráneo de encinas y

alcornoques en la gran planicie, y de pinos, hayas, castaños y nogales en los salientes montañosos, con sus ricos sotobosques, donde prolifera una riquísima flora y fauna. Y por la variedad y riqueza gastronómica, sabia y audaz en el aprovechamiento de los recursos autóctonos, a un lado y otro de la raya: nuestras sopas y sus *açordas*; los potajes; nuestros fritos de peces y carnes, sus asados en barbacoa de leña: tenca, trucha, carpa... borrego, cabrito, cerdo...; los deliciosos quesos; los vinos espesos, retintados, o blancos de fruta, transparentes; la magia de los dulces almendrados, de las galletas artesanas...; la nota olorosa del cilantro, el poleo, la hierbabuena, el berro, perejil, orégano, romero, tomillo, verdolaga, laurel...

## EL FADO.

Luego está esa presencia nostálgica del fado. ¡Qué impresionante escucharlo en una plaza a rebosar de gente respetuosa coreando estribillos que ponen la carne de gallina! Recuerdo tres actuaciones memorables del fadista Carlos do Carmo en Redondo, Borba y Avís, con más de 500 personas escuchando su voz profunda y desgarrada: un canto firme *ao homem das castanhas*, que espanta el hambre y el frío vendiendo en la calle, calientes y buenas, sus humildes castañas salvadoras; *ao menino da rua*, que se abre camino por la vida, apartando las sombras a base de entereza y de ilusión. Recuerdo las humildes fadistas que piden limosna en el Rossío o en el Chiado de Lisboa, con la elegancia de unos fados que detienen la respiración a cualquiera:

*Lisboa, velha cidade  
cheia de encanto e beleza,  
sempre formosa a sorrir  
e ao vestir sempre airosa.  
O branco véu da saudade  
cobre o teu rosto linda princesa.*

Lo cantaba una fadista ciega, acompañada simplemente por un triángulo en la Baixa lisboeta e inundaba todas las calles comerciales con su voz, llegando hasta la Praça do Comercio. En una y otra visita la he encontrado, al atardecer, en el mismo sitio, y la he visto también en reportajes televisivos sobre Lisboa: es un elemento tierno, humano y triste del paisaje urbano, que lucha contra el frío y el calor, contra la lluvia y la indiferencia, contemplando -aunque no la pueda ver- esa *Lisboa d'oiro e de prata*:

*Outra mais linda não vejo.  
Eternamente a brincar  
e a cantar de contente.*

Y parece que los ojos sin vida juegan, cantan, ríen, disfrutan de la vida, desde la estática espera de una moneda para poder volver a su casa humilde y encender el fuego donde asará el bien ganado bocado de ese día.

Los portugueses son unos apasionados amantes del fado, respetuosos hasta convertirlo en ceremonia, en acto de reafirmación de identidad; admiran a sus fadistas y se identifican extraordinariamente con ellos. Así, la fallecida Amalia Rodrigues, máxima expresión del fadista, de la fadista, es una gloria nacional equiparable a sus grandes poetas, a sus héroes más reverenciados. No obstante, también he tenido ocasión de ver la ingratitud y la zafiedad en el trato dispensado a unos pobres fadistas callejeros, con esa terrible chabacanería con que tantas veces tratamos lo sencillo, lo que creemos tener tan por debajo.

Así, una noche, a medio camino de la rua Garret, en el Barrio Alto de Lisboa, una anciana pequeña, enflaquecida, cantaba con desgarro y una voz poderosa y admirable un fado sensible y tierno: “Rosinha dos Limões” (*Quando ela passa/ franzina e cheia de graça/ há sempre un ar de chalaça/ no seu olhar feiticeiro/...*), acompañada a la viola por un hombre tan desamparado y mínimo como ella. ¡Cómo llenaban el aire de la calle y de la noche la armonía de esa voz increíble y las notas acertadas de la guitarra! La letra, amorosa, romántica, intrascendente de la canción, se elevaba a lo más

sobrecogedor de la poesía en aquella pareja casi invisible en sí y tan omnipresente en la calle, en los alrededores. Me apresuré a acercarme, alejado como estaba, en el Largo do Chiado, y pude ver frente a la fadista, que pedía con un platillo la contribución económica de los oyentes, a dos compatriotas suyos que se reían de ella con sorna, a voces, con extrema crueldad, sin por otra parte soltar ni una moneda. *Como usted es una fadista joven-joven y bella* -venían a decir- y *nosotros estamos a punto de poner una casa de fados, la vamos a contratar enseguida*. La pobre mujer, encogida, sonriendo humildemente, decía y repetía: *Obrigado, obrigado*. Daba las gracias, no sé si con desconcierto, resignación o ingenuidad, a los dos energúmenos que únicamente podría disculparlos el que seguramente hablaban por boca del mucho alcohol que habían tomado.

Soy un enamorado incondicional del fado. No tanto como Rosa María, que se pasa horas, días, escuchándolos, repitiendo una y otra vez la audición de grabaciones, pero sí vuelvo irremediabilmente a Amalia Rodrigues, a Teresa Silva Carvalho, a Francisco José, a Carlos Ramos, a Lucília do Carmo, a Filipe Pinto, a Carlos Guedes de Amorim, a Hermínia Silva, a Carlos do Carmo... ¡tantos más!

Este canto melancólico, algo equivalente al flamenco en Andalucía, al tango en Argentina, ligado al sufrimiento, a la soledad, al desvalimiento individual y social de los más débiles, a la nostalgia enamorada de los más sensibles, tiene una versión “culta” en el fado de Coimbra, canción de estudiantes, más refinado y minoritario que el lisboeta, pero igualmente sublime: escuchado en la ciudad de origen, con los cantores vestidos con toga negra de estudiantes antiguos, produce tanta emoción como el popular oído en las calles de Lisboa, en las plazas de Alentejo, en las tascas y bodegas del barrio capitalino de Alfama o los pueblecitos portugueses, tanto de pescadores como del interior. Es todo un espectáculo que llega a lo más profundo de nuestros corazones.

Pero yo, entre todo los lugares donde pueda escucharse, y entre todos los virtuosos que lo dominan, tengo mi predilección: la bodega particular de un amigo entrañable de Campo Maior: António Gonçalves. Él, cuando a principios de noviembre probamos el nuevo vino, o con motivo de un encuentro de amistad surgido porque sí, nos invita a cenar en esa estancia de toneles, mesas rústicas y banquetas, a los pies de la muralla combinada medieval-moderna, con el castillo iluminado casi en vertical, y las parrillas llameando en la puerta.

Allí acuden guitarristas aficionados, de guitarra portuguesa y viola, fadistas no profesionales y otros que, como yo, sólo pueden poner su entusiasmo, su admiración y sus aplausos. ¡Cuánto artista que siente la guitarra como un ser de vida propia, que acarician con un cuidado extremo hasta sacar de ella todo un mundo musical de encanto! ¡Cuánto cantor que ni le pasa por la cabeza llenarse los bolsillos de dinero, sino llenarnos los oídos de armonía, de esencia poética, de extremada, fina, concentrada emoción!

Mi amigo António tiene una de las mejores voces que he podido escuchar -y ya van muchas-. Todo el que lo oye por primera vez queda anonadado. En algunas fiestas que hemos organizado en mi casa o con motivo de la presentación de libros relacionados con Portugal (mi poemario “Siempre Abril” o el escrito por mi hijo Moisés, bajo el título “De las dictaduras a la utopía: el verano caliente del 75 en Alentejo y en Extremadura”, acompañado de un CD con poemas, canciones y fragmentos de discursos y entrevistas de o sobre la época) o festivales poéticos transfronterizos, he solicitado su presencia y siempre ha estado a punto, generoso, entusiasmado, y acompañado por otros intérpretes, enamorados del fado como él, milagrosos también en su voz y sus manos.

Todo el que lo oye lo recuerda una y otra vez, me lo recuerda, lo festeja. Oírle cantar composiciones como *Gaivota*:

*...Que perfeito coração  
bateria no meu peito.  
Meu amor na tu mão,  
nessa mão onde perfeito  
batia o meu coração...*

O *Por morrer uma andorinha*:

*Se deixaste de ser minha  
não deixei de ser quem era.  
Por morrer uma andorinha  
não acaba a primavera...*

O *Duas lágrimas de orvalho*:

*Duas lágrimas de orvalho  
caíram nas minhas mãos,  
quando te afaguei o rosto.  
Pobre de mim pouco valho  
p’ra te acudir na desgraça,  
p’ra te valer no desgosto...*

Oírle, oírles, tantas maravillas, no tiene precio. Sólo por eso valdrían la pena todos los esfuerzos, todas las luchas, todos los sinsabores que hayamos tenido que arrastrar para poner en pie estas fraternales relaciones con Portugal. Pero ocurre que las compensaciones han sido, son, enormes: esta amistad, tantas amistades; los fados, las visitas, el mundo maravilloso descubierto a ese otro lado de la endeble raya: su arte, historia, arqueología, paisajes, gastronomía, tierna y envolvente humanidad. Un gozo que hay que seguir cultivando con placentera entrega.

## CUBA EN EL CORAZÓN.

Y de esos años convulsos de actividad municipal también saqué otra compensación, de por sí, igualmente justificadora de todas las heridas que pudo infligirme el batallar político: un acercamiento entrañable a la realidad de Cuba, así como la posibilidad de movilizar ayudas institucionales que contribuyeran a contrarrestar el cruel bloqueo a que les sometió y somete Estados Unidos.

Estábamos en mayo de 1995, a finales casi del mandato municipal, cuando antes de comenzar un pleno me llamó a un aparte Gabriel Montesinos y uno de los concejales de su equipo de gobierno. Íbamos a aprobar una sustanciosa ayuda para colaborar en la ampliación del Hospital comarcal de San José de las Lajas, en la provincia de La Habana, además de un hermanamiento con esa ciudad, y... realizar un viaje a la isla, al que se me invitaba en representación del grupo de IU. No lo dudé un momento. Si la dimensión transfronteriza me había supuesto una apertura a la convivencia con los entrañables amigos con que tantas veces creamos barreras, este gesto de solidaridad y acercamiento a la primera zona con que España entró en contacto sistematizado de América y la última que logró la independencia, me parecía un emotivo gesto de hermandad. Habíamos estado 400 años unidos; llevábamos 100 de alejamiento, pero en los primeros cuarenta años de esa centuria Cuba fue el primer receptor de nuestra emigración, seguido de Argentina, y cuando la Guerra Civil asoló nuestro suelo, a pesar de vivir allí bajo la cruel dictadura de gobiernos inestables, emparedados entre el bestial Gerardo Machado y el no menos sádico Fulgencio Batista, muchos voluntarios vinieron a luchar por la República legítima de España. A estos detalles emotivos se unía otro, poderoso y decisivo: Cuba era esa luz pequeña, solitaria y sitiada del socialismo pleno, con casi cuarenta años de experiencia ya en aquellos momentos. ¿Cómo era, en realidad, la “Cuba de Fidel”? ¿Cuál había sido el impacto social, económico, cultural, educativo, etc. del marxismo, sostenido a un paso del gigante imperio del ultracapitalismo, beligerante, agresivo de continuo contra la pequeña isla en forma de caimán?

Recuerdo que el portavoz del PP, Miguel Celdrán, montó en cólera. Por la ayuda y por el viaje. Yo encendí su enajenación en mi turno de intervenciones:

*Es un orgullo -dije-, poder contribuir a reparar los daños que el bloqueo de EE.UU. está haciendo en ese pequeño país hermano, ejemplo de dignidad y de libertades*

Lo de *libertades* le llegó al alma y disparaba dardos encendidos contra la *dictadura comunista, que persigue con saña a los opositores y tiene al pueblo muerto de miedo y de hambre*. El portavoz socialista no sabía por donde salir, tal vez no muy convencido de que yo tuviese razón.

*Bueno, bueno -replicaba-, vamos a dejar ese tema, porque lo importante es que aprobemos esa ayuda para el Hospital que va a salvar muchas vidas humanas, gracias a nosotros.*

La votación contó con la negativa del Grupo Popular y los votos a favor de IU, PSOE y un independiente, José Antonio Belmonte, que procedía del PP y había abandonado el grupo a comienzos de legislatura. Menos de un mes después, íbamos a Cuba un representante de cada grupo -menos el PP- y el alcalde, para hacer entrega de



la ayuda, firmar el hermanamiento, visitar el Hospital y conocer la zona, además de estudiar otros proyectos de colaboración.

En junio, el calor en el trópico es inclemente, como sus lluvias sorprendivas, breves y torrenciales. Y ese fue el recibimiento en el aeropuerto José Martí de La Habana, donde fuimos atendidos muy amablemente por varios funcionarios del gobierno local de San José de las Lajas y del gobierno provincial. Nunca había sentido ese sofoco de humedad cálida; pensaba que sería como en Canarias, pero no era comparable. Cuba nos empapó de sudor. Dos años después, viajando con mi hijo Moisés, en abril, para ultimar nuestro libro: “Cuba: la boca del caimán”, que publicó la Diputación Provincial de Badajoz, en 1998, me sorprendí igualmente con este agobio que no nos dejaba trabajar.

*Apenas salgo del hotel -me decía- y ya tengo la camisa pegada.*

Mirábamos por las calles, por las plazas, a la gente andar como si tal cosa, jugar a la pelota, trabajar en las múltiples obras, leer en las bibliotecas sin aire acondicionado... y aquello nos causaba admiración. O los niños, revolcándose en los patios de las escuelas como si tal cosa, trabajando en sus pupitres, cantando, moviéndose ajenos a nuestra derrota.

Es evidente que la costumbre jugaba a su favor, pero yo, por mucho que llevo medio siglo soportando los tórridos veranos extremeños, sigo ocultándome en las habitaciones más frescas de mi casa en las tardes de calma derretida, auxiliándome de todo tipo de aparatos que espanten el calor. Verdad que de pequeño lo vivía sin agobio, con naturalidad, pero los años me hacen más temeroso de las subidas del termómetro; allí, en Cuba, no oí nunca ni el *¡Ozú, que caló!* de los andaluces o alguna cosa parecida.

Es el cubano un pueblo recio, sufrido, acostumbrado a las dificultades, vitalista y alegre, arrollador. No se le ocurriría perder ni un solo segundo de su vida por resguardarse del calorato. Es lo suyo la calle, el grupo, la danza, el tabaco y el ron; la lucha por la vida en cualquier tajo, la actividad frenética; el dar y el recibir, la convivencia. Siente profundo cariño por España y fuerte desprecio por los *gringos*, como siempre dicen. Les gusta conversar y pasear, dan confianza; resulta difícil que se enfaden, aunque si ocurre pueden ser terribles: se ponen *bravos* y se *fajan* con cualquiera. Te llaman *hermano, hermano*, de continuo, cambiando la “r” por una “l” fricativa de mucha dulzura y cercanía. Ríen, ríen y ríen; se ríen de sí mismos, de sus dificultades; hacen chistes de su propia sombra. Pero saben también ponerse tristes y tienen una sensibilidad extraordinaria, un gusto sublime por lo bello, lo sencillo, lo humano y fraternal. Su paciencia y sosiego resultan infinitos, pero también su firmeza y resolución, su entereza y la defensa de su independencia y convicciones. Sólo así puede entenderse que, a pesar de los intereses de los hacendados del azúcar, plantaran cara a la emancipación de España una y otra vez, con cruentas guerras desde 1868 y hasta 1898; que consiguieran mantenerse fuera de las barras y estrellas de EE.UU. desde esa última fecha hasta la Revolución de 1959, a pesar del enorme poder del vecino gigantesco y el colaboracionismo de los hacendados y sus brutales dictaduras; que desde 1959 hayan despreciado con firmeza a todo el mundo capitalista, implantándose un régimen socialista-marxista en las mismas barbas del imperialismo yanqui; que a pesar del hundimiento del bloque comunista desde 1989, con el que mantenían un comercio justo y solidario, sobrevivan a los cantos de sirena del dinero, aunque para evitar la desolación haya tenido que aceptar la entrada de capitales extranjeros y turismo de ocio que les crea una situación de dañinos contrastes.

Esto lo vi enseguida que llegamos en junio de 1994. No es fácil para un país pequeño, de poco más de 100.000 kilómetros cuadrados, tropical, crear riqueza de por sí para autoabastecerse. Allí, ni tienen petróleo -más que unos pocos pozos de baja calidad-, ni minerales suficientes; la agricultura permite una pequeña variedad de cultivos, como corresponde a su zona geográfica y clima; la industria no puede ser más que la derivada de esa producción primaria: azúcar, tabaco, ron... muy dependiente de los mercados internacionales dominados por potentes intermediarios; los servicios... ¡ahí está la cuestión! Así nos lo explicaban nuestros nuevos amigos: no quedó otro remedio que recurrir a los servicios, y más en concreto al turismo y las inversiones extranjeras -siempre participadas de capital y control gubernamental-: hoteles, restaurantes, complejos turísticos, infraestructuras, algunas industrias... Sobre todo, tras la caída del bloque soviético, al quedar a merced del mercado puro y duro con un agravante: el bloqueo norteamericano, que impide no sólo la relación entre los dos países de personas, productos o capitales, sino que sanciona y represalia hasta la obsesión a toda empresa o nación que efectúe intercambios con Cuba, impidiendo o dificultando la relación con empresas o grupos de EE.UU. e incluso el ataque en sus puertos o utilización de los aeropuertos. Así, a Cuba comprar le supone un montante superior al normal, pues el vendedor ha de incluir los daños que las sanciones norteamericanas le ocasionan; igual ocurre con las ventas, o los intercambios de tecnología o medicinas, tantas en manos yanquis precisamente.

Con todo, ningún país del área tiene una situación socio-económica mejor que Cuba; ni siquiera equiparable.

Con la delegación de La Habana, y también por libre, pude comprobarlo. Y no sólo en ese viaje sino en el que dos años más tarde hice con mi hijo Moisés. O un año después, en 1998, cuando fui en junio a un Congreso Mundial de Educación con Rosa María. O ese último año, en noviembre, cuando volví -en nombre del Ayuntamiento de Badajoz y... ¡lo que son las cosas!, representando al alcalde, Miguel Celdrán, que tanto criticó nuestro primer viaje, que según él era *para ver mulatas*-.

Las hambrunas constantes de Centroamérica, la extrema miseria de Haití o las sangrantes diferencias en la Republica Dominicana, con una inmensa mayoría en la pobreza, ni rozan a Cuba. La mendicidad de Bolivia, las tremendas carencias de Colombia o Perú, de Brasil e incluso de Chile y Argentina, a pesar de sus recursos naturales incomparablemente mejores, no se muestran con tanta crudeza en este país agredido. Ninguno le llega ni remotamente en sus logros educativos al alcance de todos, en sus coberturas sanitarias, en la atención integral a la niñez, en las conquistas generalizadas, en la obsesión por dar a cada uno un techo digno, un trabajo, una mínima igualdad de oportunidades.

Sin duda, la liberación que supuso la llegada del turismo -con sus dólares- y los empresario -con sus cheques bancarios-, han ido fomentando, sobre todo en las grandes ciudades, la formación de grupos que luchan por medrar, subir al carro del dinero fácil, crearse un ritmo de vida alejado de los ideales colectivos. Así, no es raro encontrarse a un buen ingeniero que ha dejado su profesión para enrolarse de taxista clandestino, a un cirujano aventajado que sustituye el bisturí por la escoba de barrer en un pequeño restaurante particular, a un profesor de la universidad que se embolsa unos dólares acompañando a turistas en ratos de placer.

*Es -nos decía el Metodólogo Nacional de Historia, con el que estuvimos hablando varias horas- el inconveniente más gravoso de la apertura al turismo, que está dañando a buena parte de toda una generación de jóvenes cubanos.*

Llama mucho la atención, pero esos profesionales no son en Cuba una clase privilegiada, sino que se ganan un sueldo que no difiere bochornosamente del de los demás ciudadanos sencillos; otra cosa sería escandalosa, como lo sería tenerlos en paro como sí hay aquí muchos, y generalmente no nos sentimos escandalizados ante ese derroche de capital humano, ante ese despilfarro de recursos personales.

Todas mis visitas se han centrado en conocer los sistemas sanitario, educativo, cultural, de ocio, la distribución del empleo, la vivienda y las infraestructuras básicas. Entré y observé el trabajo en la Facultad de Medicina de La Habana y su Hospital Clínico, en el Vedado; su gigantesco Hospital Hermanos Amejeira, cerca del Malecón; pequeños hospitales de provincia, como el que nosotros decidimos ayudar, de San José de las Lajas; dispensarios de barrio, de pueblecitos minúsculos, con su médico y enfermero, o médica o enfermera, concebido siempre para cada grupo de mil o menos habitantes. Recorrí las instalaciones de la universidad, diversas facultades; institutos de enseñanza secundaria, colegios, escuelitas, centros especializados para alumnos con dificultades graves, guarderías. Vi unos profesionales llenos de ilusión, preparados, formados, como en pocas partes. Desde luego, en toda el área iberoamericana es impensable encontrar tanta calidad. Las instalaciones generalmente eran humildes, necesitadas de reparación y de pintura en muchos sitios, ante la falta de materiales propios y las dificultades para comprar cemento, hierro, cristales, pinturas... En 1990 se había abierto un “período especial”, tras el derrumbe del bloque comunista, y acusaban el aislamiento y los embargos crecientes de EE.UU. Pero los niños seguían teniendo garantizada la leche, la comida, la atención gratuita, la educación cálida y de calidad. Los enfermos acudían a los hospitales, a los centros de atención primaria, sabiendo que se les atendería, a pesar de la falta preocupante de medicinas.

Mucha gente concienciada viajaría a Cuba llevando en sus maletas todo tipo de material escolar y de medicamentos. Eran las dos peticiones fundamentales que nos hicieron y que darían lugar a sendas campañas a nuestro regreso, canalizando lo obtenido a través de asociaciones de solidaridad y de delegaciones cubanas destacadas en España. Y no se trataba de hacer un acto de caridad, una contribución samaritana como es tan corriente en Occidente para con los pobres del Sur, a los que -por cierto- tanto contribuimos históricamente en arruinar; era un gesto solidario, fraternal para con un pueblo que se negaba al sometimiento, al alineamiento dentro del bloque dominante encabezado por el vecino poderoso, un gesto de respaldo a su política social, a su destino socialista, mantenido ya durante cuarenta años, sitiados, bloqueados, amenazados, sabotados de continuo.

Visité, en la capital y en diversos pueblos y ciudades, sus cines, sus salones de espectáculos, bibliotecas, centros de estudio, canchas deportivas, gimnasios, círculos de recreo y convivencia... La austeridad, la falta de pintura, los desconchones y la ausencia de lujo, no empañaban la participación de gentes de todas las edades. Es admirable la cantidad de artistas, deportistas, escritores, que ha dado y está dando Cuba. El empuje de la “nueva canción”, la suprema belleza de su danza, el colorido arrasante de sus muralistas, sus pintores, las marcas admirables de sus tan numerosos deportistas, la prolífica producción de sus novelistas y poetas, siempre en la vanguardia.

En la sede central de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba pude asistir a debates de extraordinaria altura, y tuve -en el tercer viaje- la ocasión de presentar mi libro “Cuba: la boca del caimán”, un recorrido histórico y análisis de la actualidad cubana, desde una óptica crítica, comprometida. Presentó el acto el novelista Francisco López Sacha, director de la Sección de Literatura de la Unión, y analizó el

libro, con una profundidad admirable, Pedro Pablo Rodríguez, profesor de historia en la Universidad de La Habana y vicepresidente del Centro de Estudios Martianos.

En la Unión hablamos mucho de literatura. Siempre hay escritores, críticos literarios, apasionados lectores por allí que gustan de repasar los logros literarios de Cuba, donde Nicolás Guillén, José Lezama Lima y Alejo Carpentier forman un trío podríamos decir que sagrado. Los poemas afrocubanos de Guillén, su libro “Songoro Cosongo”, se leen con devoción. “Paradisio” y “Oppiano Licario”, de Lezama Lima, son dos novelas (a pesar de lo difícil de su lenguaje barroco, profundamente metafórico) de cabecera para muchos. “El siglo de las luces” o “El recurso del método”, de Carpentier, interminables relatos históricos, constituyen un orgullo nacional.

Pero también admiran, de forma indiscutible, a escritores alejados, incluso combativos e hirientes contra el régimen, como Guillermo Cabrera Infante, cuya obra “La Habana para un infante difunto”, definitivo juego barroco de nostalgia, sensualidad, memoria laberíntica, dulce carnalidad, sátira fina, corre de mano en mano como el ron. O Heberto Padilla y su duro “Fuera de juego” o el áspero alegato “En mi jardín pastan los héroes”. Incluso Zoé Valdés, brutal en “La nada cotidiana” o “Traficantes de belleza”. O la descarnada novela autobiográfica “Antes de que amanezca”, de Reinaldo Arenas. O las terribles narraciones de Pedro Juan Gutiérrez, aún más corrosivo.

Recuerdo una conversación con el poeta, presidente de la Casa de las Américas, Roberto Fernández Retamar, y el novelista y presidente de la Fundación Fernando Ortiz, Miguel Barnet. Hablábamos de los escritores exiliados, del “boom” de la literatura cubana hecha por disidentes. Roberto, tan serio, tan comedido, con su voz profunda, pausada, casi recitando, defendía la calidad de los artistas que continúan en Cuba, que son leídos dentro y sobre todo fuera a pesar de que los grandes medios informativos los silencian, en tanto jalean al que presenta carnaza en sus escritos desde cómodos exilios. Barnet, más apasionado, radical en sus juicios, se encendía:

*Ahí está nuestra obra. Reconocida internacionalmente, pese a las múltiples ofensas, pese a los desprecios apriorísticos. ¡Qué fácil insultar, exagerar, mentir, echar carnaza... y llenarse los bolsillos de dinero! Pero nosotros escribimos, publicamos con mil dificultades y, cuando una obra triunfa, es el pueblo quien patrimonializa las ganancias económicas, pues por ley nosotros tenemos cedida la propiedad intelectual.*

Proseguía:

*Mi “Biografía de un cimarrón” ha sido traducida a diversos idiomas, se han hecho decenas de ediciones y vendido miles y miles de ejemplares. Podría haber sido rico, de estar fuera de Cuba; pero sigo aquí, luchando con los míos, padeciendo sus mismas dificultades y carencias.*

Nancy Morejón, una notable poeta, presente en el debate, se reía. No quería entrar en la lucha de ofensas, en las mezquinas descalificaciones que le venían de fuera. La profesora y ensayista Luisa Campuzano, locuaz y vitalista, corroboraba y ampliaba los argumentos de Miguel Barnet, ante la desesperación de éste, al que quitaba de continuo la palabra.

Barnet, dentro de su extensa producción novelística, participada de lo antropológico y la sociología, tiene una obra deliciosa: “Gallego”, sobre la emigración española a Cuba de entre finales del siglo XIX y principios del XX, que es un retrato delicado, conmovedor, sobre las dificultades de aquella gente soñadora, sufriente y

solitaria, que buscaba un porvenir menos oscuro en el ardiente trópico y, salvo contadas y sonadas excepciones, sufrió tanto y vio tantos castillos interiores derribándose. Algunas de sus creaciones han sido llevadas al cine en coproducciones hispano-cubanas. Él es un ejemplo del revolucionario discreto, trabajador, firme en sus convicciones, pero también dañado por los múltiples ataques, por las calumnias permanentes; incluso venidas de dentro, pues cuando el éxito de “Cimarrón”, familiares lejanos, que ya casi ni se acordaban de su pariente protagonista: Esteban Montejo, quisieron participar de las ganancias de los derechos de autor, acusando a Barnet de enriquecerse, sacándole información al anciano cuya vida noveló.

Estos y tantos escritores, intelectuales cubanos, viven una vida sencilla y apretada, si bien los requerimientos que se les hacen desde fuera, su participación en encuentros, congresos, seminarios, etc. en países occidentales les reportan algún beneficio económico que mejora las estrecheces cotidianas. Y si alguno decide romper con su país, generalmente es recibido con toda clase de parabienes por los que intentan desacreditar a la política cubana, cantando las “democráticas” posibilidades de Occidente, donde parece que todos vivimos nadando en la abundancia.

Tras el primer viaje que hicimos la delegación municipal de Badajoz, nos llovieron las críticas. No sólo del PP, sino de sectores significativos del PSOE e IU, nuestros compañeros de “filas”. También desde algunas asociaciones de solidaridad con los países subdesarrollados, que decían que el viaje era innecesario y bien podíamos haberle enviado ese dinero que gastamos en lugar de permitirnos *unas regaladas vacaciones*.

Cuando de inmediato celebramos el último pleno, antes de la toma de posesión de la nueva corporación municipal, en la que yo repetía como portavoz de IU, un grupo de militantes de las asociaciones que protestaron por nuestro viaje, se presentaron en la puerta del Ayuntamiento vestidos de turistas veraniegos, con bañadores, camisetas de tirantes, sandalias, sombrillas de playa y carteles alusivos a la holganza caribeña. Los guardias municipales no les dejaron entrar de esa guisa, pero ellos aguantaron allí toda la sesión, cantando sones cubanos y tocando el silbato, para incomodarnos. Dentro, Gabriel Montesinos y José Antonio Belmonte, asistieron al pleno con camisetas de eslóganes cubanos, para darles a los otros por la cara; esto había sido una idea mía, pero yo no me atreví a protagonizarla.

Ya digo que el lamentable reproche de Miguel Celdrán se saldó finalmente con que dos años y medio después él mismo me envió como su representante en un encuentro en La Habana. También buena parte de los manifestantes veraniegos recurrieron después a mí para que defendiera en el Ayuntamiento sus propuestas. Yo seguí con los proyectos en que me había comprometido en el viaje, y más aún si tenemos en cuenta que de toda la delegación que fue en esa primera ocasión iba a ser el único que repitiera como concejal.

En el otoño de ese año, tras haberse renovado la flota de camiones y contenedores de basura de la ciudad, pedí en una moción que lo reemplazado se enviara

a San José de las Lajas: era un compromiso que adquirimos allí, pues carecían de flota y recipientes suficientes.

*¿Y para qué quiere usted que le mandemos esa chatarra? ¿Es que la van a vender al peso?*, me dijo con ironía el alcalde.

*La van a utilizar nada más llegue, porque ellos saben reciclar y poner a punto lo que nosotros desechamos*, le contesté.

A regañadientes, llegamos a un acuerdo:

*Bueno, usted verá. De acuerdo. Pero nosotros no ponemos ni una peseta en desplazamientos ni en nada. Usted va a los almacenes donde están todos esos trastos inservibles y se las arregla como pueda.*

Así lo hicimos. Contaba, claro, con la ayuda de la Diputación Provincial, gobernada por el PSOE y presidida por Eduardo de Orduña, que se había comprometido a reparar los camiones y transportar los contenedores de basura hasta un puerto de Cádiz, donde se embarcarían. Seleccionamos cinco camiones, en los que se empleó a fondo el servicio del Parque Móvil de la Diputación, y 300 recipientes-contenedores de basura, que se acoplaban mecánicamente a estos camiones en las maniobras de descarga. Fue una labor muy costosa, porque los contenedores -enormes- estaban amontonados de cualquier forma, en un descampado de propiedad municipal, muchos rotos e inservibles. Había que seleccionarlos, apilarlos y montarlos en unos camiones-bañeras de la Diputación para su transporte. Pero al final se consiguió, y cuando volví a San José de las Lajas una y otra vez, pude verlos funcionar por sus calles, con las matrículas de Badajoz aún en los camiones y los sellos del Ayuntamiento e incluso con rótulos de nuestros barrios de procedencia los contenedores.

En una revista municipal de 1997 publiqué un reportaje con fotos de recogida de basura con estos camiones, así como de las obras del Hospital que se ampliaba con nuestros fondos. En 1998 repetí y amplíé la información, con las obras ya finalizadas; por entonces, también le habíamos donado un autobús de pasajeros del Ayuntamiento, en buenas condiciones, pero retirado de servicio por antigüedad: iba lleno de medicinas, instrumentos hospitalarios y material escolar, en parte producto de una campaña oficial entre la ciudadanía del propio Ayuntamiento.

A lo que el alcalde siempre se resistió fue a enviar dinero. A pagar nuevos proyectos. Y sin embargo, en el viaje que yo hice en noviembre de 1998, se me entregaron varias solicitudes de ayuda, verdaderamente urgentes. En especial, reparación de vehículos de transporte sanitario y la impermeabilización de la cubierta de una guardería infantil que visité y tenía goteras por todas partes.

Como no había forma de conseguir ayuda municipal, sirviéndome de que era consejero general de la Caja de Ahorros de Badajoz en representación del Ayuntamiento, solicité entrevista al Presidente del Consejo de Administración y le expuse el caso. Me acompañó, para darle más garantías de pluralidad, otro consejero, que además formaba parte del propio consejo de administración, representante del PP: Germán López Iglesias, hombre de talante abierto, conciliador, buen amigo.

El presidente, José Manuel Sánchez Rojas, y yo volvimos a reunirnos una y otra vez, hasta que delimitamos las ayudas y la forma de pago, lo que finalmente se aprobó en Consejo, enviándose tres millones de pesetas en julio del año 2000.

No fue ésta la última vez que recurrí a Sánchez Rojas para una ayuda con respecto a Cuba. En diciembre le llevé un libro mío de poemas: “Guía de La Habana”,

que editaría la Asociación Extremeño-Alentejana de Solidaridad con Cuba”, para lo que solicitaba el patrocinio de la Caja. Tampoco hubo problemas y en la primavera del año 2001 salió, muy bien impreso, el libro con cuya venta se sufragaron diversos gastos y pequeños proyectos de la Asociación.

El poemario fue muy bien acogido en Extremadura y Alentejo, así como por los amigos cubanos a los que se envió, y recibió críticas elogiosas en diversos medios informativos y suplementos culturales. Es un recorrido de unos 800 versos por la ciudad de La Habana y sus alrededores, sus calles, plazas, monumentos, barrios, playas, personajes, creencias, aficiones, valores, esperanzas, carencias e inquietudes, hecho con mucho amor y toda la objetividad con que el sentimiento y la pasión nos deja cuando queremos ser coherentes.

*Yo aguardaba este libro -escribe en su prólogo el poeta y periodista Santiago Castelo-. Aquí está el mejor Moisés Cayetano Rosado, el poeta, el hombre, el enamorado, el periodista, el escritor a flor de piel. Y ha hecho lo que tenía que hacer: una guía de La Habana a corazón batiente. /.../ Ha hecho un libro humano, un libro hondo, donde no faltan la melancolía ni la suave denuncia. Ha hecho un itinerario lírico a golpe de sangre y pulso.*

## **MOMENTO NUEVAMENTE DE EMPEZAR.**

Cuando el libro salió a la luz, hacía un par de meses que había renunciado al puesto de concejal, y estaba enfrascado plenamente en una nueva aventura: planificar y elaborar materiales curriculares transfronterizos en las ciencias sociales de la enseñanza secundaria. La Consejería de Educación de la Junta de Extremadura me había concedido una licencia laboral por estudios durante cinco meses y andaba en ello: buscando las posibilidades de introducir en la enseñanza de la geografía, la historia y el arte aquello que compartimos a pesar de la frontera peninsular, y aquello que a causa de la frontera y las hostilidades ha sido levantado: fortificaciones y prejuicios. Lo esencial de estas pesquisas, salió de imprenta (nuevamente de la mano de la Diputación Provincial de Badajoz) cuando acababa el año trágico de 2001, entre las convulsiones de un mundo enfrentado, encasillado en fronteras de odio y cerrazón.

Yo cerraba una larga etapa, cumplía diversos compromisos y festejaba 50 años de estar rodando por el mundo. El año 2002 me traería novedades: mi primer nieto y la decisión de afiliarme al PSOE, tras abandonar la aventura de IU, con lo que da comienzo una nueva etapa en la que tengo esperanzas renovadas. Al fin, eso es la vida, *caminar*, como dice mi amigo alentejano y admirable poeta António Murteira, y involucrase en proyectos que siempre nos encienden nueva luz. Cincuenta años no es nada, sino momento nuevamente de empezar.

*Moisés Cayetano Rosado*



# ÍNDICE

MI CALLE  
LA ESCUELA  
LECTURAS INICIALES  
PRIMERAS RELACIONES POÉTICAS  
LA FERIA. TARDES DE VERANO  
DEL PARO A LA EMIGRACIÓN  
LA HERIDA DE LA GUERRA  
ESA OTRA HERIDA: EMIGRACIÓN  
ESCRITORES EN BARCELONA  
ESCRITORES EXILIADOS, Y OTRA VEZ EMIGRANTES  
EL IDIOMA CATALÁN. LOS CATALANES  
OTROS AMIGOS ESCRITORES  
REGRESO  
SERVICIO MILITAR  
HOGARES PROVINCIALES  
RECITALES DE VERANO  
EL RECUERDO DEL “GOLPE” EN CHILE  
“ESQUINA VIVA”  
COMIENZOS DEMOCRÁTICOS  
“REVOLUÇÃO DOS CRAVOS”  
RASTROS REVOLUCIONARIOS EN LATINOAMÉRICA. ¿EL OCASO?  
CONGRESO DE EMIGRANTES  
CONSTRUYENDO EL HOGAR  
CREACIÓN DEL PSPE  
PRIMEROS PASOS HACIA LA UTOPIA  
ATENEOS POPULARES  
OTRAS LUCHAS  
VUELTA A LA NATURALEZA  
SUBURBIO Y ESCUELAS  
LA REINCORPORACIÓN POLÍTICA  
LABOR MUNICIPAL  
RETIRADA  
EL REGRESO INTERIOR  
DESCUBRIR PORTUGAL  
RELACIONES TRANSFRONTERIZAS  
EL FADO  
CUBA EN EL CORAZÓN  
MOMENTO NUEVAMENTE DE EMPEZAR

m.c.r